Por el país de Montaigne

Adolfo Castañón

EL COLEGIO DE MÉXICO

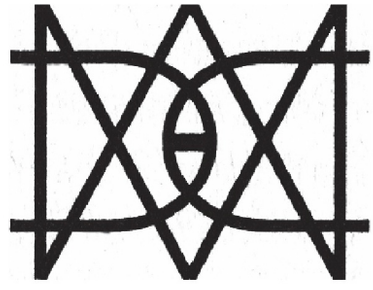
Rescates

POR EL PAÍS DE MONTAIGNE



Adolfo Castañón

POR EL PAÍS DE MONTAIGNE



EL COLEGIO DE MÉXICO

844.31
M761c

Castañón, Adolfo, 1952-
Por el país de Montaigne / Adolfo Castañón. — 1a. ed. — México, D.F. : El Colegio de México, 2015.
351 p. ; 22 cm. — (Rescates)

ISBN 978-607-462-728-2
Incluye bibliografía

1. Montaigne, Michel de, 1533-1592 — Crítica e interpretación. I. I. t. III. Serie.

Primera edición en "Cuadernos de Montaigne", 1995.
Edición de los *Ensayos escogidos* de Miguel Montaigne en la colección "Nuestros clásicos" de la UNAM con prólogo de Juan José Arreola, 1997.
Edición en Juan Pablos Editor y Ediciones sin Nombre, México, 1998.
Edición en Paidós, 2000.

Primera edición (revisada, corregida y aumentada), 2015

D.R. © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-728-2

Impreso en México

Para Jean Meyer y
en memoria de Louis Panabière (1935-1994),
lectores de México y de Michel de Montaigne

ÍNDICE

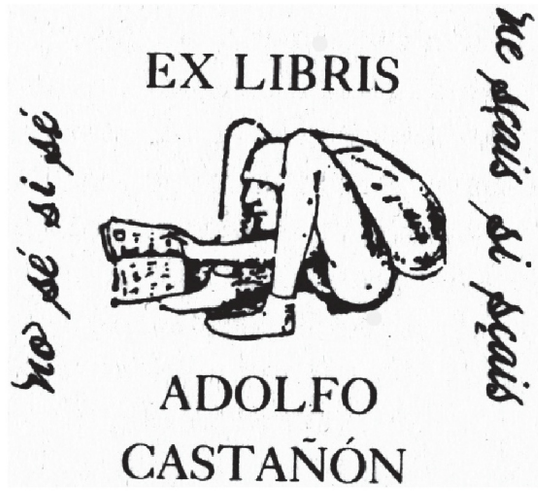
Ex-Libris: No sé si sé 11
Umbral 15
Dintel 23

1. Encuentro con un clásico: Michel de Montaigne 29
2. La inminencia del reino: Michel de Montaigne 43
3. En el país de Montaigne (I) 57
4. Hacia la Torre de Montaigne 61
5. Personaje preferido: Montaigne 65
6. Apología mínima de Raymond Sebond 71
7. En la Torre de Montaigne 75
8. En el país de Montaigne (II) 85
9. Viaje del Diario de viaje por Francia, Alemania e Italia 93
10. Del conocimiento de sí mismo. Lectura de Aristóteles, Montaigne y Thiebaut 109
11. ¿De qué se ríen quienes ríen de Cristo? 123
12. De la prudencia 127
13. De la inclinación al arte de vivir: lectura de Montaigne 133
14. Prólogo al ensayo "La educación de los hijos" 139
15. Montaigne al trote escéptico 147
16. ¿Qué creer? ¿A quién creer? Prólogo al ensayo de Michel de Montaigne "De la experiencia" 155
17. Entre los pulgares de Montaigne y los dedos de Dalí 171
18. El interés por la literatura autobiográfica 179
19. Buenas noticias para los lectores de Montaigne 185

20. Cultivemos nuestros jardines: hacia las sentencias 193
21. Las sentencias de la Torre 197
22. Príncipes y laberintos de Montaigne 205
23. Muestras 211
24. Cadena montañesca 219
25. Envío 245
26. Montaigne en Alfonso Reyes 249
27. Montaigne en Octavio Paz 281
28. Michel de Montaigne y afines en los libreros de A. Castañón 287

Índice de ilustraciones 339
Índice onomástico 343

EX-LIBRIS: NO SÉ SI SÉ



La imagen que escogí –¿o fue ella la que me escogió?– para identificar mis libros proviene del grabado de Brueghel *el Viejo* (¿1530?-1569) realizado en 1557. Se titula *La lección* y lleva una leyenda en latín: *Parisios stollidum si quis transmittat asellum. Si hic est asinus non erit illic equus.* La vi por primera vez, aislada del grabado como en mi *exlibris*, en el escritorio de Francisco Valdés, el entonces joven escritor con quien a principios de los años setenta dirigí la efímera y juvenil revista *Cave Canem*. *La lección* de Brueghel *el Viejo* despliega una cascada de personajes –más de cuarenta– en un patio de escuela ¿o será un establo? Sólo dos de ellos son adultos: la dama que espía la barahúnda desde una celosía y el docente que, sentado, descubre las nalgas a uno de los indóciles y parece descifrar en ellas algún texto invisible para nosotros. Uno de los personajes lee con pícara atención: el burro. El resto son niños, muchachos, enanos o, como el lector que escogí para *exlibris*, *grilhos* o *gryllos*

(se pronuncia grillos). "Los *gryllos* –escribe el autor de *La gruta tiene dos entradas* en su ensayo sobre Antonio Tabucchi– son figuras extrañas: cabezas con patas, caras hechas de cuerpos, figuras con un cuello de pájaro o de cuadrúpedo en forma de sombrero, efigies caricaturescas que componen un género de figura satírica a base de grandes deformaciones y cuyo nombre proviene, según un texto de Plinio *el Viejo*, del dibujo que hizo a un tal Grylos el pintor, contemporáneo de Apeles, Antífilos *el Egipcio* (*cf.* J. Baltrusaitis, *La Edad Media fantástica*)." El Gryllo-lector en cuestión llama la mirada inteligente por un motivo. En medio de zipizapes y rifirrafes hay alguien que lee y da la cara, alguien que no juega con el libro y tampoco se oculta detrás de él, por ejemplo, el personaje de la izquierda que, es cierto, lee pero oculta la cara tras el gorro y ¡sólo nos enseña las pelotas! Nuestro amigo, el Gryllo-lector, no lee sin algunas dificultades, aunque menos seguramente que las que sufre el paciente asno que arriba descansa la mirada (pues se ha quitado los quevedos) sobre un papel lleno de garabatos. Las dificultades de nuestro amigo son de otro orden. Aunque es evidente que lee con placer, salta a la vista que para él la lectura es algo más que un ejercicio intelectual: parece una proeza física, una asana o postura de yoga. La posición en que se encuentra recuerda la de un insecto, por ejemplo un chapulín o un grillo. Sus esbeltas y largas piernas sólo subrayan su carencia de cuerpo. O, mejor, la singularidad de un busto que parece todo él una giba. El lector de *La lección* tiene algo de jorobado. Sólo tiene una mano y un brazo, por ello no se le aplica la sentencia evangélica de que la derecha ignore lo que hace la izquierda. Esa única mano le basta para sostener un libro en el que tal vez se reproduce como *exlibris* y al infinito la figura de la cual él mismo es emblema.

Subrayo que, de todos los personajes que componen este carnavalesco instituto, el Gryllo es prácticamente el único lector (descontando al burro) que no se distrae y que da la cara. Es un lector al que podemos nombrar. Parece absorto en su libro pero en su cuerpo hay cierta lúcida

tensión. No me extrañaría enterarme de que un día dejó suspendida la lectura para salir de viaje aunque no, por supuesto, a París.

En cuanto a la leyenda "No sé si sé", es, desde luego, una variación del socrático "yo sólo sé que no sé nada" y, más todavía, un reflejo del "¿qué sé yo?" de Michel de Montaigne. La forma en que está enunciada la frase sugiere un diálogo, como si fuese pronta respuesta a una interpretación del tipo: "Tú sabes..."

Así que no sólo es pregón escéptico y pirrónico, anuncia que para el lector la única tesis es el paréntesis. Es también un enunciado que se alza contra la prepotencia intelectual, contra la supuesta naturalidad y necesidad del saber de los conocedores autorizados (de cualquier conocimiento o de cualquier autorización). La frase también invita a ser cauteloso con el conocimiento ya adquirido: –"Usted que sabe... –No, *no sé si sé.*" En francés, un francés algo arcaico pues la sç se usó en el Renacimiento, la frase dice lo mismo pero encierra un valor agregado. *Ne sçais si sçais* suena muy parecido a *ne saisissais,* es decir yo no agarraba, no cogía o no captaba, y se declara así la aspiración a ser inmune a la avaricia y a otras furias posesivas. "No captaba" también recalca el paréntesis como estilo de vida y de pensamiento. Por otra parte, el libro que el Gryllo-lector tiene en la mano parecería un espejo o *in infolio* lleno de sabiduría arcana, *ancient or forgotten lore* que diría el poeta. La ausencia de cuerpo del lector sugiere que él no tiene otras preocupaciones que las mentales; sus esbeltas y largas piernas nos hacen saber que es un andariego impenitente, como conviene a todo aquel inseguro de su saber y que por lo mismo es un peregrino, un errante preguntón. O, como dice el refrán, más vale un burro preguntando que un sabio respondiendo. El "no sé si sé" es por lo mismo una invitación al viaje. El lector, al mismo tiempo que sobre sí, vive también fuera de sí. Montaigne –citado por Andrés Sánchez Robayna– lo dice admirablemente: *Il faut sortir chez soi,* que traducido en forma libre da: hay que *salir* hacia el interior de uno mismo.

Uso el *exlibris* con el Gryllo de Brueghel *el Viejo* en dos formas. Lo pego como etiqueta sobre algunos libros, en particular sobre los que presto. Confieso aquí, de paso, mi perplejidad con el dicho vulgar a este propósito: yo presto libros y estoy acostumbrado a que me los devuelvan. Tengo un *Cahier de Doléances*, un cuadernito rojo donde anoto el libro prestado, la fecha y la persona a quien le he tenido confianza. Con algunos amigos, por ejemplo con Augusto Monterroso, observé el ritual de prestarle un libro cada 10 años, mismo que él con puntualidad me devolvía: lo hizo así con *Las histoires brisées* de Paul Valéry y con *Orlando furioso*, la traducción española del poema de Ariosto, que hizo el Conde de Cheste. El otro uso que hago del *exlibris* es imprimirlo en el colofón de mis libros. Significo así que, por más que el lector sea el dueño del objeto libro, el primer dueño es el autor o más aún: el Gryllo-lector que, en la Ciudad de Dios, deletrea fielmente nuestros garabatos.

UMBRAL

Por el país de Montaigne fue publicado originalmente en 1995, en la colección mexicana "Cuadernos de Montaigne" de la revista *Ensayo* creada por Julio Aguilar. En 1997 Juan José Arreola me permitió poner como epílogo de la selección hecha por él en la Colección Nuestros Clásicos ese ensayo que tuvo la fortuna de cohabitar así en esas páginas con las escritas como prólogo por el autor de *Confabulario*. Por cierto, Arreola también me permitió que se cambiara el texto de aquella traducción anónima y espurea de la primera edición por la más noble de don Constatino Román y Salamero. José María Espinasa y Blanca Sánchez le dieron abrigo editorial en Juan Pablos Editor y Ediciones sin Nombre en 1998.

En 2000, Laura Lecuona, aconsejada por Fernando Escalante, lo incluyó en el núm. 2 de la Colección Paidós, publicada por ese sello en México. El mismo Fernando Escalante y Roberto Breña me invitaron a dar algunas exposiciones entre 2007 y 2013 en el marco de sus cursos de historia del pensamiento político en la carrera de "Relaciones internacionales" que se imparte en El Colegio de México. Antes, gracias a Juliana González, directora de la Facultad de Filosofía y Letras, impartí un cursillo sobre el tema del ensayo y sobre Montaigne en el año de 1990.

Michel de Montaigne me ha acompañado a lo largo de mis días: sus libros, los libros sobre él, su país, Burdeos, la Dordoña, sus lectores y estudiosos han trazado para mí un círculo de amigos muy amplio que incluyen a personas tan diversas como las mencionadas o las de Octavio Paz, Alejandro Rossi, Jean Meyer, Hugo Hiriart, Andrés Sánchez Robayna o Javier Garciadiego a cuya invitación ha respondido el autor

reuniendo aquí las huellas de ese peregrinaje en torno al lugar imaginario, intelectual, sensible y sensitivo apellidado *Por el país de Montaigne*. Parte del ensayo así titulado se dio como conferencia inaugural en el "Coloquio ensayo/interpretación"; organizado por Lilian Weinberg para la Facultad de Filosofía y Letras el lunes 26 de octubre de 1998 en el Salón de Actos de la misma.

"Encuentro con un clásico" fue escrito en 1999 y leído en Querétaro en el marco del Foro Internacional de Humanismo organizado por el Instituto Interdisciplinario de Humanidades que fundó el hermano franciscano Eulalio Gómez, a quien está dedicado.

"Hacia la torre de Montaigne" fue incluido como prólogo a "De la educación de los hijos" de Michel de Montaigne publicado por el Fondo de Cultura Económica en Madrid en la Colección Fondo 2000, en mayo de 1998.

"De la prudencia" fue escrito como un encargo amistoso de Miguel de la Madrid, entonces director general del FCE y con quien sostuve no solamente una relación profesional sino muchas conversaciones; en alguna de ellas, éste me pidió que reuniera en un documento los excursos expuestos en aquellas conferencias privadas. Retrospectivamente, y guardando todas las distancias, me divierte pensar que esa relación no deja de rimar con la que sostuvo Montaigne con los reyes de su desgarrada época.

El ensayo titulado: "¿Qué creer? ¿A quién creer?", sobre el ensayo "La experiencia" de Montaigne fue dictado como conferencia en el IFAL para dar las gracias por haber sido distinguido por el gobierno de la República Francesa con la Orden de Caballero de las Artes y de las Letras en 2004. En la ceremonia estuvo presente el Dr. François Chevalier, historiador eminente, amigo y maestro. Fue también publicado como prólogo al libro del mismo título: "La experiencia" en la colección "Pequeños grandes ensayos" de la UNAM, dirigida por Hernán Lara Zavala y como número 12 de la misma en 2004.

El texto sobre "La educación de los hijos" fue editado como prólogo a la edición de este ensayo que publicó en Madrid la editorial Veintisiete Letras dirigida por Viviana Paletta en 2010, con traducción y notas de Ezequiel Martínez Estrada.

Las páginas de la "Apología mínima para Raymond Sebond" fueron en parte un eco de algunas de las polémicas sostenidas por Octavio Paz, Enrique Krauze y Alejandro Rossi en los años ochenta y noventa. Se plantean un designio temerario e imposible: resumir y rendir homenaje a las abundantes de la "Apologie de Raymond Sebond", del libro XII del Libro II de los *Ensayos*. La traducción que hizo Montaigne al francés en 1569, luego reeditada en 1581 de la *Theologia naturalis* o *Sicientia libre creaturatum sine libri naturae et scientia de homine* es uno de los trabajos menos conocidos del autor de los *Ensayos* y sólo se conocen extractos. El docto y sabio catalán Ramon Sibuida (1385-1436) enseñó teología y fue rector del Estudi General de Tolosa de Languedoc. Su obra fue muy admirada por su padre, Montaigne heredó el manuscrito que le había sido regalado a éste por su amigo y protector Pierre Brunel. Con esta traducción podría decirse que concluye el aprendizaje literario del joven de Montaigne. Todavía en 1604, Leonor de Montaigne, la madre de Michel, envió como regalo al Barón de Uxelles un ejemplar de esta obra cuando fue reeditada en 1581, y ya se habían publicado los *Ensayos*, muestra de que en la familia esta obra era tan apreciada como los *Ensayos* mismos. El libro de Ramon Sibuida –Raymond Sebond o R. Sabundio o R. Sabundus– se puede consultar en su versión catalana moderna: *El Libre de les criatures*. Traducción y edición a cura de Jaume de Puig y Oliver, Ed, 62, Barcelona, 1992. El libro de R.S. fue traducido parcialmente al flamenco, al alemán y al español por Francisco Fernández de Córdoba, versión de la cual da noticia Marcel Bataillon en su *Introducción au 'Dialogo de la doctrina cristina'* de Juan de Valdés (1529) (1981), p. 287 y Montaigne, *Les Essais,* Ed. Jean Balsamo, Michel Magnien, y Catherine-Simonin, Notas a "Apologie de Raymond de Sebond" p. 458 y ss. La

traducción al castellano atribuida a Francisco Fernández de Córdoba de 1549 es en realidad anónima pues este es el nombre del impresor que la dio a la estampa en Valladolid. La otra traducción se debe al P. Antonio Ares y fue publicada por Juan de la Cuesta en Madrid en 1614 con el título *Diálogos de la naturaleza del hombre, de su principio su fin. En los quales se le da por admirable stilo el necesario y verdadero conocimiento aasi de Jessu Christo nuestro Dios y señor como de sí mismos. Traducidos de la lengua latina en la qual los compuso el muy docto y piadoso Remundo Sabunde, en castellana y anotados por el P. Fray Antonio Ares, Predicador de la sagrada Religión de los Minimos, del glorioso patriarca Francisco de Paula, a cuya profunda humildad y altísima Caridad los dedica. En Madrid por Juan de la Cuesta, Año de 1614. Vendense en el Convento de N. Señora de la Victoria* (véase Jaume De Puig n. 179 en "Michel de Montaigne y afines en los libreros de A. Castañón").

Las páginas sobre "Montaigne al trote escéptico" fueron originalmente redactadas para saludar la aparición del libro del escritor, periodista e historiador francés Jean Lacouture "Montaigne a caballo" que fue traducido por Ida Vitale y presentado en México con la presencia del autor en 2000. El escepticismo, hay que subrayarlo, no es paso cansado sino trote y Montaigne era un singular anacoreta pues, cuando no estaba en su torre, se encontraba en los caminos rumbo a una Ciudad.

"Las sentencias de la torre" les gustaron a Fernando Savater y a Javier Pradera, quienes les dieron cabida en la revista española *Claves de razón práctica* y las recogió en un cuadernillo de tiraje limitado el poeta tabasqueño y monje franciscano Francisco Magaña.

"Las sentencias de la torre", "Cultivemos nuestros jardines: hacia las sentencias" y "Viaje del Diario de viaje por Francia, Alemania e Italia" fueron editados en una edición limitada de "150 ejemplares numerados y firmados por el autor", "gracias a los nobles oficios de los Carmelitas Descalzos" y "la suerte de la edición estuvo en manos de Francisco Magaña y el autor", con el sello de Ediciones Monte Carmelo e impreso en

Pueblo Nuevo de San Isidro Labrador en México, en 1999. La obra "se publicó gracias al apoyo del Lic. Roberto Madrazo Pintado". La Congregación de Claustro la conformaban: Francisco Magaña, Jorge Filigrana, Ervey Castillo, Miguel A. y Luis Schils, Carlos y Felipe Coronel, Marcelino González, Beatriz Bonfil, Salvador Alpuín, Pablo Alfonso Graniel Velasco, Miguel Falconi y Rocío Jiménez. Y como Seglares: Roberto Madrazo Pintado, Óscar Sáenz Jurado, Manuel E. Graniel Cáceres, Pedro Jiménez León, Mario Ibarra Lizárraga, en un cuadernillo engrapado de 148 pp.

"Buenas noticias para los lectores de Montaigne", fue publicado en la revista de la Universidad de México en marzo de 2008. El resto de los textos reunidos aquí fueron escritos expresamente para este volumen junto con el ensayo de bibliografía titulado: "Michel de Montaigne y afines en los libreros de A. Castañón", devotamente preparado por Susana Monreal Romero y el autor. Un retrato hablado de Montaigne e ilustrado por las imágenes de Salvador Dalí sobre los *Ensayos* fue expuesto en la Casa de las Humanidades de la UNAM el 31 de mayo de 2013; el acto fue organizado por Mariana G. Pichardini y concurrieron a él, entre otros amigos, José Luis Ibañez y Roberto Breña.

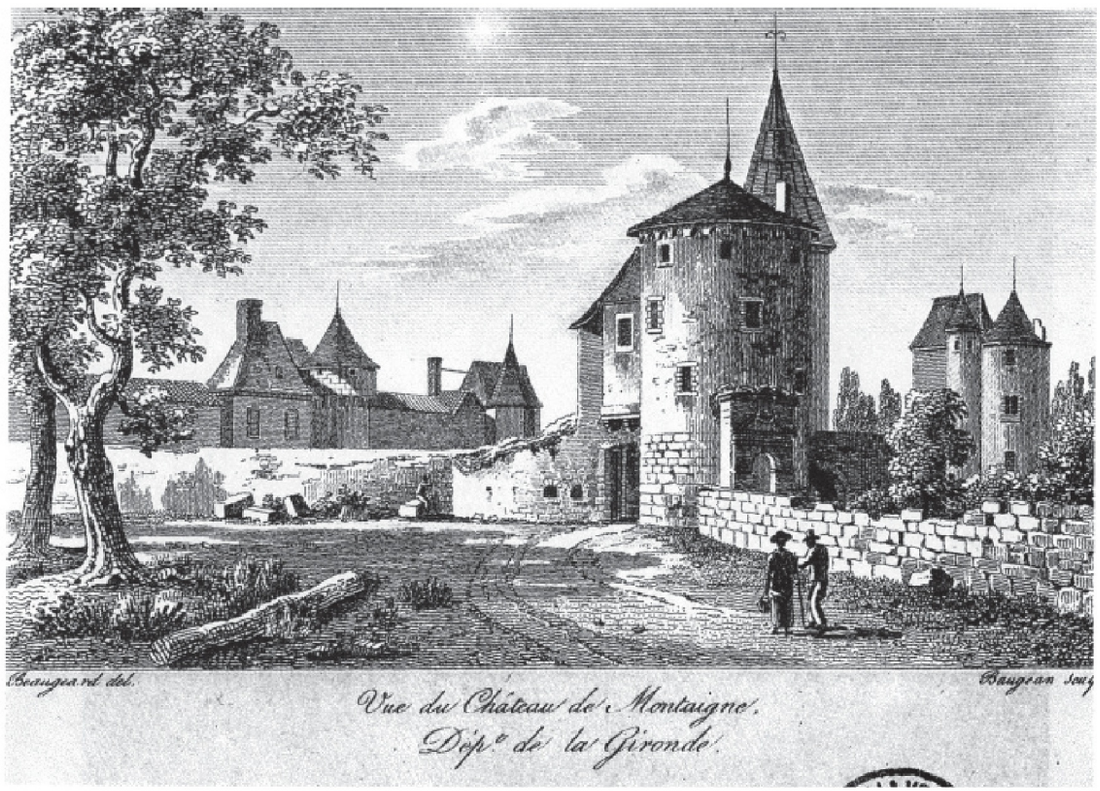
El autor agradece a Fernando Savater, Carlos Thiebaut, Carlos Pereda y Héctor Subirats algunas observaciones; a Danubio Torres Fierro y a Michel Braudeau, el envío y préstamo de libros; a Fernando Escalante Gonzalbo y a Laura Lecuona la invitación para integrar *Por el país de Montaigne* como segundo número de la Colección Amateurs de la editorial Paidós Mexicana en 2000.

Este libro se debe en buena medida al doctor Javier Garciadiego, Presidente de El Colegio de México, historiador, y miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua y uno de los pocos amigos y conocidos que han visitado la torre de Michel de Montaigne (otro es Jaime Moreno Villarreal), y a la buena disposición para llevarlo a la estampa de Francisco Gómez Ruiz y Gabriela Said Reyes del Departamento de

Publicaciones de dicha institución. A la asistencia de Lourdes Borbolla q.e.p.d., Verónica Báez, Cristina Villa y Leticia Gaytán, quienes participaron en distintos momentos en su proceso de edición. A la compañía perdurable de Marie Boissonnet, mi esposa. Gratitudes a todos.

Adolfo Castañón
Investigador asociado de El Colegio de México,
y miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua

México D.F., a 29 de junio de 2014,
en el 130 aniversario del natalicio de Pedro Henríquez Ureña



1. En Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, Présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 64.

DINTEL

¿Por qué Montaigne? Quizá no basta la devoción por un escéptico, sucesivamente epicuro y pirrónico, no deja de ser flagrante solecismo por más naciturno, o sea reacio a nacer, que sea el pasajero de los *Ensayos*. Subsisten, sin embargo, algunos hechos. Por ejemplo, el montón de voces-amigas que lo recomiendan por gratitud o gente que se lo ha encontrado a la mitad de un proyecto y no ha podido menos que hablar de él. ¿Por qué será? Habría más de un paralelo. Una de las figuras o convergencias que salta a la vista con fuerza es la del poder espiritual y sus tareas en épocas conmovidas por la mudanza de los paradigmas y los dogmas y, concomitantemente, por la reestructuración del orden cotidiano en el proceso civilizatorio. Y en épocas desquiciadas, ¿a quién no se le antoja conversar con un hombre que ha hecho del no salirse de sus quicios privados y públicos toda una ciencia o mejor –que no otra cosa es ésta– un arte? Arte de vivir pero también arte marcial, economía de la voluntad que, a partir de la inseguridad de un territorio, administra las posibilidades de la convivencia y la sobrevivencia en operaciones aparentemente diversivas pero que, en verdad, tienden a moderar, a impedir la apropiación del ciudadano y la Ciudad por las guerras que se los disputan –de los apetitos y pasiones a los prestigios y los precios– tanto desde el interior como desde el exterior. Si Montaigne extravaga en su andar por casi todas las ramas del conocimiento y la experiencia, ese laberinto se debe a la fidelidad con que él sigue la línea recta de su método. Pues, a decir verdad, hay método en su cordura. De hecho, la cordura es como el premio que viene a coronar una vida ordenada, según él mismo advierte. Sin embargo, ¿cómo llevar una vida ordenada

en el seno de un mundo agitado por el caos? Es claro que se trata de un proyecto más bien apropiado para surcar estos tiempos a contracorriente, idóneo, pues, para permanecer en el mismo sitio cuando todos siguen su curso hacia los rápidos de la depreciación. Si su lectura puede parecer desalentadora al profesor, desmovilizadora al militante, insoportable a quienes confunden la filosofía con el odio de las opiniones, el buen gusto con el tedio, el sentido común con la razón de Estado, es porque Montaigne no forma parte de las costumbres de una cultura –la escrita en español– catequizada, debilitada por el ejercicio de este o aquel dogma.

De varias cosas se puede acusar a Montaigne, pero sobre todo de contribuir al cultivo del uno y su honesta ignorancia contra la cultura, usura de todos. En esta senda, su proyecto de relatividad moral –de relativización social e individual de lo moral– entraña la inteligencia de un hecho orgánico: que las buenas costumbres son tantas como hombres buenos cuenta la Tierra y que la buena conducta es relativa en la medida en que es bien distinto el camino que lleva de un hombre a otro. Respaldado en pruebas científicas, Aldous Huxley lo asienta de otro modo: hay tantas formas –y más– de corazones como de rostros. En más de un sentido, Montaigne podría considerarse como el Confucio del Occidente moderno: escepticismo pero también piedad, respeto por el interior personal e higiénica exigencia de acción pública, Gaya Ciencia, una concepción más bien alegre, saludable y gozosa de virtud. El "portarse bien" de Montaigne tiene muy poco que ver con la exhibición ejemplarizante de un mascarón filisteo; ese arte consistiría en saber llevarse a sí mismo, en mantener con paso regular nuestro itinerario ético. No sólo precursa Montaigne el autoanálisis y otros alivios gnósticos de la honestidad; aunque se observa a sí mismo, también registra con minucia su entorno –tanto y tan bien que siglos después el historiador, por ejemplo Braudel, puede acercarse a él en pos de noticias y detalles de primera mano– como si el premio de ensanchar el

fondo de sí mismo fuera precisamente la posibilidad de caminar cada vez más dentro del mundo. Montaigne, en todo caso, está ahí –y eso es algo que se agradece. A decir verdad, el sentido de esta sastrería no es otro que el de exornar una antigua gratitud: ¿cómo caer de pie en un mundo que está de cabeza?



Il inspire une nonchalance du salut, sans crainte et sans repentir.

Pascal.

2. En M. Conche. Colección dirigida por André Robinet. París, Editions Seghers, Colección Filósofos de todos los tiempos, 3a. ed., 1970, p. 64. Photo Bibliothèque Nationale.

1. ENCUENTRO CON UN CLÁSICO: MICHEL DE MONTAIGNE

Para Eulalio Gómez

I

Oí la palabra "clásico" por primera vez en los pasillos de una librería de viejo ante una estantería atiborrada de libros. Mi padre hizo un vago gesto imperativo diciendo: "En realidad sólo vale la pena leer a los clásicos". ¿Qué quería decir? Ante mi memoria infantil aparecían los bustos en yeso de algunos autores griegos, latinos, alemanes, franceses e ingleses que se encontraban en la nave de una iglesia –el antiguo templo de San Agustín– que había sido transformada en Biblioteca de la Universidad, en la esquina de las calles de Isabel La Católica y República de Uruguay, en el centro de la ciudad de México; ahí me dejaban mis padres para estudiar durante las vacaciones escolares a partir de los seis o siete años, pues en casa no había quien me cuidara. Los clásicos eran, según infería mi imaginación infantil, los muertos a quienes se recordaba por haber escrito algo excepcional. Los ficheros de la biblioteca, llenos de tarjetas manoseadas y ajadas por el tiempo pero en perfecto orden, recogían no sólo sus obras sino aquellas otras que se habían escrito sobre ellos. En la mayoría de los casos los clásicos, por cierto, tenían el pelo largo y ensortijado; también el entrecejo fruncido y –dato esencial– la nariz aguileña. Yo me miraba al espejo y veía que tenía la nariz respingada.

Otra característica del clásico, según la advertía el niño que fui, era su ubicuidad. Había libros de Platón, Aristóteles, Aristófanes, Goethe,

Montaigne, Cervantes y Molière en todas las bibliotecas y sus nombres estaban en todos los libros de texto. Los adultos conocían sus nombres –"Ah, sí, Shakespeare", aunque nunca los hubieran leído. "Y ¿por qué sólo hay que leer a los clásicos?", le pregunté a mi padre. "En ellos –me respondió– está todo. Los argumentos de las películas y las teorías de los científicos y de los políticos." Esta respuesta de mi padre se me hizo todavía más convincente cuando me di cuenta de que algunos clásicos tenían, al igual que ciertos países, ríos, héroes, santos, presidentes, reyes y reinas, una calle con su nombre. De todos modos, no entendía yo muy bien por qué era necesario que alguien sacrificara su vida para que le pusieran su nombre a una calle, sobre todo cuando pensaba en que había muchas calles –otros tantos sacrificios inútiles– con nombres de personas que casi nadie sabía identificar.

II

Cuando estuve en edad de empezar a leer, me di cuenta de por qué la gente decía "Ah, sí, Shakespeare", con voz indiferente y mirada de mesero que no quiere dar la cuenta. Mi padre, por ejemplo, me había contado la *Odisea* abreviándola, adaptándola y aun desfigurándola para hacérmela digerible. Me había gustado que él me la contara *a mí*, pero me daba yo cuenta de que para un lector incipiente los clásicos eran difíciles y aburridos. No era sencillo leerlos; había que vencer o pasar por alto muchas dificultades. Por ejemplo, el idioma, la gran mayoría no había escrito en nuestra lengua y había que leerlos en traducción. Esto realmente me angustiaba: ¿cómo sabíamos entonces que estábamos leyendo al autor y no al traductor?, ¿y qué podía llegar realmente hasta nosotros de un autor que había escrito hacía cientos o miles de años en un idioma que no era el propio y que además –como se dice– era una lengua muerta? Esta pregunta me ha dado vueltas en la cabeza durante mucho tiempo; me ha llevado a interesarme por las cuestiones de la traducción y a aprender

idiomas, a tratar de conocer algo de algunas de esas "lenguas muertas" y de su cultura y civilización.

Cuando dejaba de ser niño y empezaba a ser adolescente, leí la biografía de Arthur Schliemann, el arqueólogo aficionado que descubrió Troya. Schliemann encontró la ciudad mítica leyendo la *Ilíada* bajo el cielo de Grecia y midiendo sus pasos según las descripciones que hacía Homero, como quien busca en el desierto un pozo de agua. Después de intentos innumerables, dio con las ruinas de Troya, la Antigua Ilión. Había ganado y perdido varias fortunas millonarias en ese intento hasta que dio con el lugar exacto y pudo traer a la luz el tesoro enterrado de Helena. Lo primero que hizo en cuanto las joyas estuvieron en sus manos fue ponérselas sobre la cabeza y el pecho a su esposa y hacerla fotografiar. La imagen aterrada de la joven esposa de Schliemann tocada con las joyas milenarias es inolvidable. Quizá la impresión viene de concebir lo inconcebible: comprobar empíricamente que el mito tiene realidad histórica. Esa es una de las características de los clásicos –en particular de los antiguos–: invitarnos a tomar conciencia de que la edad de oro efectivamente existió y de que alguna vez tuvo existencia histórica una infancia de la humanidad. Se puede decir lo que se quiera a propósito de la existencia histórica de Homero: ¿existió efectivamente el rápsoda? Es el seudónimo de un equipo, de una colectividad o, como quiere Robert Graves: ¿Homero fue una mujer? En cualquier caso, ahí están la *Ilíada* y la *Odisea*. No sólo eso: Arthur Schliemann desenterró Troya. Alguna vez Salomón habitó el templo que lleva su nombre.

Otra cosa que me parecía enigmática en aquellos años era que tres personajes –clásicos entre los clásicos: Pitágoras, Sócrates y Jesucristo– nunca hubieran escrito nada. ¿Podían ser clásicos los ágrafos? En todo caso, *Los versos de oro*, los *Diálogos* de Platón y los *Evangelios* estaban ahí. Otra cuestión era la de si la Biblia –con los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento– podía ser considerada clásica. ¿En qué sentido podía ser clásico lo que entre los cristianos y los judíos era considerado palabra de

Dios? La clave está en la palabra testamento: testimonio de una herencia. Si las obras de Homero y Platón son clásicas, es precisamente porque representan el testamento de una civilización –pero recordémoslo– no hay testamento sin herencia y heredero. Hay que entender que el autor-clásico, el autor-testamento no lo es verdaderamente mientras no sea actualizado, revivido por los herederos.

De la misma manera en que no siempre sabemos ver las iglesias como una obra de arquitectura, en esa misma forma no siempre apreciamos a Isaías como poeta; ver en el Génesis un poema, en el Éxodo una narración y en el Cantar de los Cantares, precisamente eso: un poema entre los poemas. Habría que detenerse a pensar –creyentes y no creyentes, pero sobre todo los primeros– por qué la Biblia sólo podía haber sido escrita como poesía, por qué –para decirlo con Borges– en esa vasta antología de la literatura producida por un pueblo a lo largo de los siglos y que el genio de sus sacerdotes supo atribuir a un autor único: el Espíritu Santo, predominan las formas poéticas.

Cuando mi hermana y yo éramos niños, íbamos todos los domingos a la iglesia, guiados por nuestro padre visitábamos las iglesias de Acolman, Tepozotlán, Xochimilco, Chimalhuacán, Amecameca y otras en los alrededores de la ciudad de México, para no hablar de la Catedral, de San Hipólito, de San Francisco que estaban en el Centro. Mi padre nos explicaba qué era un atrio y qué era un estípite, qué un coro, un sagrario, un ábside; la diferencia entre los contrafuertes del estilo románico y los del gótico. Él era un liberal de pura cepa, pero estaba vivamente interesado en que asistiéramos al Catecismo y supiéramos qué significaban palabras como bautismo, sacramento, resurrección, transfiguración, juicio final. Cuando años más tarde, en 1986, fui a la agonizante Unión Soviética y visité en compañía de Selma Ancira y del escritor Yuri Greidin un museo donde se encuentran las obras de un gran pintor, Andréi Rubliov –el personaje histórico en que se inspiró la película homónima (1966) de Andréi Tarkovski (1932-1986)–, me di cuenta de cuánta razón había

tenido mi padre. Al preguntarle a mi guía-escolta algo sobre uno de los cuadros que representaba a un San Juan Bautista, me di cuenta de que ella había sido mentalmente amputada de todo lo que tuviese que ver con la religión, y que las palabras que acabo de mencionar y otras –sacramento, ascensión y así por el estilo– no tenían para ella ningún sentido, pues su educación la había mantenido en una ignorancia completa, casi de lobotomía cultural. Un escalofrío recorrió mi espalda, agradecí que el liberal radical y de pura cepa jacobina que era mi padre se hubiese preocupado por integrar en mi educación los relatos clásicos de la Biblia tanto como la conciencia de que la historia de la cultura y la de la Iglesia están entrañablemente relacionadas.

Los autores de la Antigüedad Clásica son como el cordón umbilical que vincula la historia actual y profana con la edad mítica y la infancia de la humanidad; gracias a ese cordón nos es posible estar en contacto no sólo con nuestros orígenes sino con las formas más altas del pensamiento y de la expresión. ¿No es cierto que en Homero y Sófocles está toda la literatura y en Platón y Aristóteles casi toda la filosofía?

Antes de preguntar ¿qué es un autor clásico?, habrá que responder ¿qué es un autor? Hugo de Saint-Victor, en el *Didascalicon*, quizá el primer libro de teoría y arte de la lectura, escrito en Occidente (fue compuesto en el siglo XII) establece una clasificación que ha sido recordada no hace mucho por Ivan Illich en su libro *En la viña del texto* que explora los paralelos entre nuestra cultura y la de la Edad Media. Hay diversas clases de "autores", dice Hugo de Saint-Victor. En primer lugar, los verdaderos autores, es decir las Autoridades de la Iglesia: San Agustín, San Jerónimo, San Anselmo, aquellas figuras que son realmente semillas. Siguen los intérpretes o exégetas que, sin llegar a ser autoridades, pueden interpretar los textos. Entre el intérprete y la autoridad las fronteras son sutiles: Agustín y Jerónimo empezaron siendo exégetas, pero la calidad y penetración de su labor escrita, leída y actuada, los elevó al rango de autoridades. Luego de los exégetas, siguen los comentaristas. A diferen-

cia del intérprete, que establece o debate el sentido, el comentarista parafrasea, desdobla, explaya y, cuando más, compulsa y coteja, compara el texto. Finalmente, viene el copista o amanuense que lo transcribe. El copista es el autor más humilde pero resulta clave en la cadena de la lectura. Si los clásicos griegos y latinos no hubiesen sido copiados y traducidos al árabe, nos quedaría muy poco de esa herencia que en realidad llegó a nosotros, como sabemos, hasta bien entrado el Renacimiento. La clasificación monástico-eclesiástica de Hugo de Saint-Victor resulta útil para establecer una jerarquía de la lectura: Platón es un autor-autoridad, pero quizá Quintiliano e Isócrates están más próximos del intérprete y del comentarista que de la autoridad. Autor es el que sabe sembrar una semilla y producir un fruto; intérprete el que sabe recogerlo y apreciarlo; comentarista el que es capaz de clasificarlo; amanuense o copista el que sabe cómo almacenarlo. En el mundo moderno, los editores, los verdaderos editores, ocupan el lugar de los copistas.

¿Qué es un autor clásico?

"Clásico" viene del latín *classicus*, de primera clase. El *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) de Covarrubias indica:

> *Clase*. Vale en lengua latina la flota o armada de muchas galeras o navíos; y la división de las colaciones o vecindades en la ciudad. Y así escribe Tito Livio, que Servio Tulio dividió la ciudad de Roma en cinco clases. De aquí tomaron los profesores de la lengua latina, en las universidades y estudios, dividir los oyentes en tres clases: de menores, medianos y mayores.

Lo primero que llama la atención de esta definición es que "clásico" se refiere, ya sea en el orden naval o en el urbano, a un conjunto: el clásico nunca está sólo. El Corán, por ejemplo, ¿sabría ser un texto clásico si es una obra que se autocalifica como solitaria, excluyente y excepcional? La otra cosa que llama la atención en la definición es que clásicos son los autores que se enseñan en las clases, es decir, que entre los clásicos,

hay clases: autores de mayor o menor dificultad o –si se quiere atender la metáfora urbana de Tito Livio– que la ciudad de la cultura está dividida en clases: y así como hay clásicos de la filosofía, de la poesía, del teatro, del pensamiento científico, los hay de la literatura universal, de la europea, de la española y aun de la hispanoamericana. Ahora mismo estamos dudando de si la noción de clásico es viable para las comunidades imaginadas a partir del orden nacional, y si es posible hablar de clásicos de la literatura costarricense, boliviana o mexicana. La noción de clásico remite a un orden urbano, a una ciudad. ¿No es plausible que en la república de los libros cada república, cada comunidad imaginada tenga derecho a conservar un conjunto de autores que definen y sostienen su memoria? ¿Se pueden identificar los penates de una tribu, los ídolos de un foro (*idola fori*) con los habitantes de un panteón, los elementos de un *canon* –es decir con un *orden clásico*? Todo diccionario es un cementerio, pero ¿cualquier cementerio es un diccionario?

Entre los siglos XVI y XVIII se asienta la noción de que el autor clásico es un autor modelo; representa en cierto modo una especie de metropatrón (como el que existe en París hecho de platino) contra el cual periódicamente debemos ajustar nuestras medidas o, si se quiere, una hora de Greenwich que nos permite poner a la hora exacta nuestros relojes culturales. Esta es la acepción que lleva a identificar la voz "clásico" con la de perfección: el modelo que representa la perfección de un género. En ese sentido, podemos concebir que se hable de clásicos del romanticismo. Por cierto, la oposición que enfrenta a clásicos y románticos, se remonta al siglo XIX. Calca una oposición interior: la que hablaba de la batalla de los antiguos y de los modernos. Para Victor Hugo es romántica toda la gran literatura que se escribe en el siglo XIX, para Madame de Staël sólo es romántica la literatura "moderna" (del XIX) que se escribe inspirándose en motivos caballerescos y medievales. Pero clásicos son por definición los autores que pertenecen a la Antigüedad greco-latina, los autores que se estudiaban en las clases de aquella universidad nacida en

la Edad Media y donde se dio una fecunda secularización del orden intelectual monacal aplicado a la cultura laica. Cabe señalar que clásico tiene además otras dos connotaciones en la lengua corriente: que el corte de ese traje es clásico, significa que es sobrio y también tradicional, y cuando se dice el *clásico* menú de Navidad, uno se refiere a esta condición inveterada. (Otro sinónimo de obra clásica es el de obra maestra, expresión que se refiere a aquella construcción o composición que ha llevado a su grado más alto de perfección los atributos de su propio género).

III

Montaigne participa de estas dos connotaciones: es un apóstol de la sobriedad y un hombre tradicional en el sentido más vigoroso de la palabra a tal punto que se ha dicho de él que es el más moderno de los antiguos y el más antiguo de los modernos en virtud de esta sobriedad radical que lo hace disolver las ebriedades de la guerra y del amor, del narcisismo cultural y del fanatismo religioso, disipar los vértigos y borracheras que nos ayudan a esconder nuestra soledad radical y a soslayar la solidaridad de nuestro microcosmos humano con el cosmos.

Montaigne, autor clásico, nos invita a preguntarnos qué es un autor, qué es un autor clásico.

Me di cuenta de que algo podía haber en Montaigne para mi placer e interés leyendo un libro de otro clásico, el *Tren de ondas* de Alfonso Reyes. Se trata de un libro de ensayos breves, muchas veces humorísticos, sobre cuestiones contemporáneas que rematan con un epígrafe final proveniente de los *Ensayos* de Montaigne. Por ejemplo, el ensayo "Máquinas" concluye así: "Algún día, en vez de leer un libro, proyectaremos por la noche sobre el muro de la alcoba, la imagen del escritor en persona, que se mueve y habla para nosotros y nos cuenta todo lo que tiene que decirnos. Entonces, sí que podrá afirmarse que el estilo es el hombre mismo".

Y el epígrafe de Montaigne decía: "Los bárbaros no son para nosotros nada tan maravilloso como lo que nosotros mismos somos para ellos…"

La forma en que Reyes traía a cuento a Montaigne me llamó la atención y me puse a leerlo, primero poco a poco y distraídamente y luego con el método y la asiduidad con que visitamos a un amigo. Lo que descubrí en Montaigne fue algo difícil de explicar, pero que se puede decir sencillamente así: descubrí que yo no era un bicho tan raro, que existía un personaje muy parecido al que yo adivinaba en mí, híbrido y contradictorio, y enamorado no sólo de la realidad sino de la razón. El amor por la razón, la pasión de lo razonable llevó al autor de los *Ensayos* a transformarse en uno de los coleccionistas más ambiciosos de la excentricidad y de la estupidez humana.

Esta tendencia a coleccionar extravagancias lo hace, claro, un crítico de la civilización y de la cultura pero sobre todo un observador agudo de la condición inhumana y muchas veces bestial del llamado ser humano. Pero Montaigne no es –o al menos intenta ocultarlo– un observador sistemático. Él anda siempre de paseo. Su método es la divagación. Escribe siguiendo una conversación, pero por eso mismo se diría que escribe a varias voces y que en el teatro de sus ensayos van sucesivamente tomando la palabra varios interlocutores. Con Montaigne sabemos dónde empiezan las cosas pero ignoramos dónde van a parar.

Siempre me pareció curioso que este abogado de la razón y de lo razonable no fuese en modo alguno un espíritu rectangular y que su prosa avanzara como la enredadera o el caduceo, siempre en espiral, en parábolas, en un incesante ir y venir de paréntesis que se van abriendo y cerrando sobre sí mismos como las celdas de un panal. Otro motivo de simpatía hacia Montaigne es precisamente su simpatía, su alegría, su curiosidad, la vivacidad con que hace la autopsia de melancolías y aburrimientos, como un niño que corretea espantando a los pavorreales del hastío en los jardines de la tarde. Es cierto que Montaigne se retiró a su torre a los 43 años, pero también es verdad que antes y después de su

retiro no dejó de participar en la vida política de su país, como consejero de príncipes, embajadores y, sobre todo, como conciliador en medio de los católicos y protestantes que sostuvieron a principios del siglo XVI unas guerras de religión que fueron tan largas como crueles. Montaigne guardó la calma y no mandó a nadie a la hoguera; no quemó herejes y su casa-castillo fue una de las pocas residencias respetadas por ambos bandos. Tuvo, claro, amigos, y aun hizo de la amistad una verdadera religión. Los años más felices de su vida los pasó en amistosa conferencia con el joven Etienne de la Boétie, el autor de la teoría *De la servidumbre voluntaria.* Montaigne como Plutarco sabía que la amistad es una pasión superior al amor y que esta comunicación viva, intensa y profunda es una de las grandes alegrías de la vida.

Montaigne sólo leía de día y nunca demasiado. Leía un poco y se ponía a dar vueltas en su torre y a girar sobre su propio eje. Su lengua materna no fue el francés sino el latín pues, como se sabe, su padre le puso desde niño preceptores y nodrizas que hablaran la lengua de Virgilio. Aprendió griego siendo adolescente. En pocos casos como en el suyo la relación con los clásicos fue más viva. Se los sabía de memoria y los traía a flor, en la punta de la lengua. Sus maestros fueron Ovidio y Plutarco. De hecho la forma de los ensayos sigue muy de cerca –como apunta Guy Davenport– la de los *Tratados* de Plutarco. En los *Ensayos* menciona más veces a Sócrates que a Cristo, pero era católico y pensaba que al hombre de letras le convenía serlo si quería tener presentes los límites de la razón. Sin embargo, su actitud intelectual, su amor por la libertad intelectual lo acerca algo a la actitud gnóstica del protestante. Montaigne era escéptico: ni negaba la religión ni la aceptaba, se acomodaba a ella cuando había que hacerlo. Sin embargo, estaba demasiado preocupado por el orden y la alegría en este mundo como para dedicarle demasiado tiempo a las fantasías de la trascendencia. No le interesaba tanto saber si las cosas eran buenas o malas sino cómo funcionaban, cómo habían llegado a serlo, cuál era y es la economía,

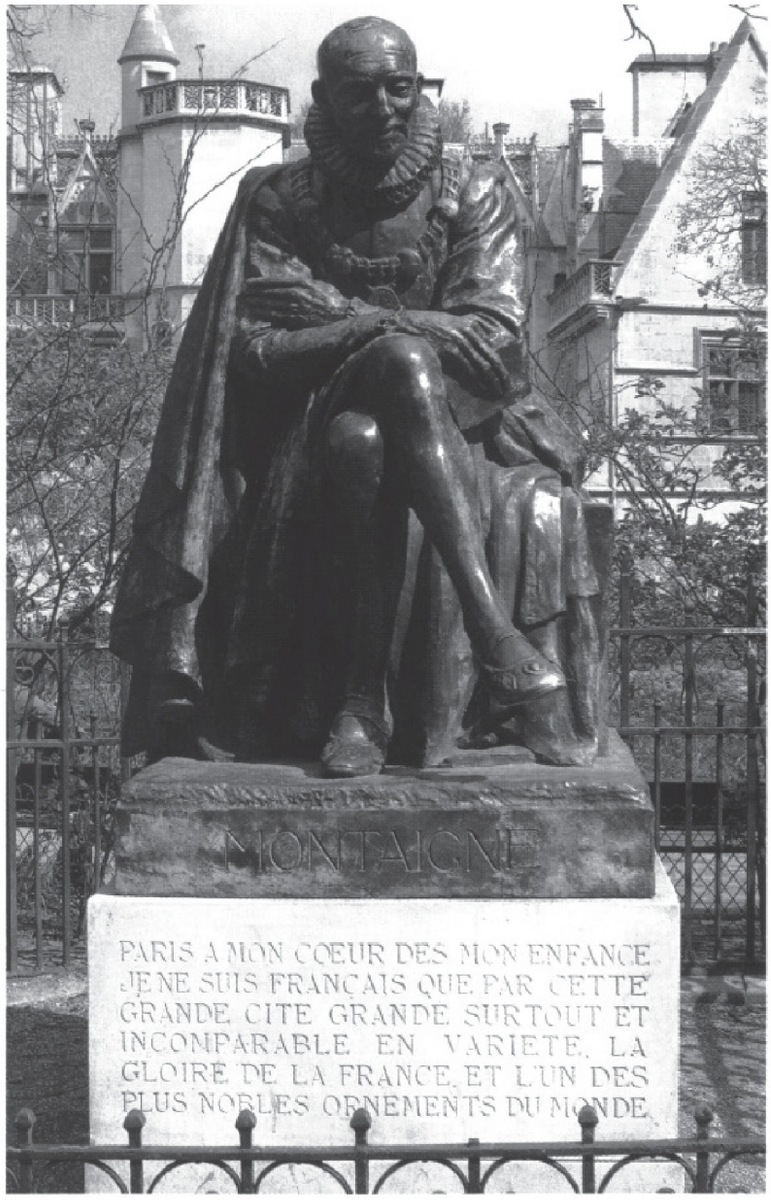
la fisiología de las apariencias. Y este interés era gozoso, gratuito, desinteresado. No es extraño que Montaigne haya sido leído con fruición por Quevedo, Nietzsche y Shakespeare. Tampoco nos puede extrañar que Pascal y Descartes hayan dialogado con él, que en cierto modo se hayan inventado a sí mismos –en particular Pascal– contradiciéndolo y poniéndolo de cabeza. Su filosofía no es, según él mismo, otra cosa que un entrenamiento para la muerte, una gimnasia del morir de instante en instante. Pero sólo gracias a esa gimnasia, nos dice con una sonrisa, es posible practicar el arte de vivir. En ese gimnasio, los clásicos son buenos maestros: Platón, Cicerón, Ovidio, Horacio, Lucrecio, Plutarco que enseñan, entre otras muchas cosas, a vivir sin vender ni comprar miedo. Montaigne enseña a vivir sin tener miedo y dándonos cuenta de que no hay, entre los hombres, nada que no sea humano, por más monstruoso que nos parezca –por ejemplo la crueldad, tan característica, como él muestra, de la humanidad civilizada. No es poca cosa en esta época en que el terror es una industria tan próspera.

Montaigne menciona a Sócrates más que a Cristo; a Platón más que a cualquier apóstol. Es un hijo de Sócrates, según hace pensar su divisa: ¿qué sé yo? Su guerra de guerrillas contra la excentricidad y la necedad humanas está inspirada en el combate cuerpo a cuerpo con que el ateniense penosamente hace alumbrar la verdad en los otros. Penosamente: nada ruboriza tanto como la revelación de la propia estupidez. Si "A cada uno le gusta el olor de su estiércol" –como dice Erasmo citado por Montaigne–, la exposición a la luz pública de las raíces turbias de la autocomplacencia sólo puede suscitar bochorno y vergüenza. Por eso mataron a Sócrates, según recuerda Alfonso Reyes.

La corriente de aire fresco socrático que recorre los *Ensayos* de Montaigne y que es una de las causas de su popularidad entre los espíritus vigorosos, fue uno de los motivos que los hicieron permanecer varios siglos entre los libros cuya lectura prohibía la Iglesia a pesar de que Montaigne había logrado la aprobación personal del Papa.

La teatralidad que define a los diálogos socráticos reproducidos o inventados por Platón, no se pierde en Montaigne pero los personajes del drama se funden en uno solo. La prosa espiral y parabólica de Montaigne no es unánime; la enredadera prosística de su conversación es polifónica; es un cuchicheo donde el abogado pasa a ser reo, el juez es puesto en el banquillo de los acusados y cada testigo se ve tan pronto desnudado como investido de autoridad para juzgar. Montaigne sabe que incluso la guerra contra la estupidez es estúpida cuando ella misma "es otra suerte de enfermedad que nada tiene que envidiar a la necedad en inconveniencia, y quiero condenar ahora esto de mi natural" (III-VIII.169).

Enfermedad: Médico de sí mismo, Montaigne sigue el pulso de la patología moral e intelectual. ¿No es el conócete a ti mismo una variante del cuídate, cúrate a ti mismo? Los *Ensayos* caben ser leídos como la crónica de un viaje en busca de la salud, y desde este ángulo se impone un paralelo entre el *Diario de viaje* y los 107 *Ensayos* que componen los Tres libros: no una peregrinación sino una búsqueda, una encuesta o una investigación, una aventura en pos de un tesoro llamado salud intelectual y donde se van salvando sucesivamente los diversos peligros que acechan al despertar de la mente: la crueldad, la soberbia intelectual, la pereza, la vanidad, el desprecio. La única diferencia con las aventuras convencionales de los héroes mitológicos estriba en que el tesoro no se encuentra al final de los escollos sino *entre ellos*. La salud o la felicidad que es capaz de producir la auto-observación se da en cada paso, de instante en instante. Por eso los *Ensayos* funcionan también –tan bien– ya no sólo como un *Cortesano* de la vida contemplativa que enseña al lector los secretos de las buenas maneras intelectuales, sino como un oráculo manual de prudencia y templanza en una forma muy parecida a los diálogos platónicos donde las enseñanzas de la gimnasia intelectual y moral se abren a cada página. Montaigne tiene siempre las puertas abiertas. Cada quien sabrá cuándo franquearlas.



3. Estatua de Montaigne, rue des Écoles à Paris, par Landowski. Bronze. 1933-1934, en Jean Lacouture, *Album Montaigne*, Iconographie choisie et commentée par Jean Lacouture, Gallimard, París, 2007, postal.

2. LA INMINENCIA DEL REINO: MICHEL DE MONTAIGNE

Como tantas cosas en la cultura hispanoamericana y española, la historia del ensayo está por escribirse. Existen, desde luego, aproximaciones que intentan dar una visión panorámica y que suelen ofrecer una visión de conjunto del género de riesgos que empresas como ésta no sabrían soslayar. Escribo estas páginas para razonar algunas de esas coordenadas.

La primera, de índole histórica, atañe a la cultura hispánica en general; comprueba el retraso con que el ensayo en su forma moderna se empieza a practicar en nuestra lengua. El inagotable, versátil y ondulante Michel de Montaigne es, como se sabe, el creador y el maestro del género. La suerte de Montaigne y de sus *Ensayos* en la España del siglo XVII no deja de ser ilustrativa del clima dominante en la historia espiritual española, como mostró Juan Marichal, de cuya investigación *Montaigne en España* tomo muchos de los datos que siguen. Tampoco deja de ser característico el hecho editorial de que la primera traducción completa de los *Ensayos* publicada en España la haya estampado la casa editorial Garnier en 1898, casi dos siglos después que las ediciones inglesas e italianas y más de tres siglos después que el original (1588). La palabra *ensayo* la adoptó de inmediato la lengua inglesa, pero tuvo que esperar hasta finales del siglo XIX para que el español la usara en forma corriente, a partir de que Leopoldo Alas, Clarín, publica en 1892 sus *Ensayos y revistas*. Detengámonos por un momento en aquella olvidada y remota historia de la primera traducción fragmentaria, nunca editada hasta ahora, de los *Ensayos* que llevó a cabo en Madrid en 1637 Diego de Cisneros y en la que algo tuvieron que ver don Francisco de Quevedo y el

inquisidor Pacheco. Se perdió la primera traducción fragmentaria anterior a Quevedo, la de don Baltasar de Zúñiga, primer ministro de Felipe IV, tío del Conde Duque de Olivares, amigo del humanista Justo Lipsio, gran admirador y entusiasta de los *Ensayos*. Al autor de los *Sueños* no sólo le debemos las primeras traducciones (fragmentarias) de Montaigne, sino diversas voces de admiración plena –raras en Quevedo–, como aquella célebre que llama a los *Ensayos* "libro tan grande que quien por verle dejara de leer a Séneca y a Plutarco, leerá a Plutarco y a Séneca". También le debemos seguramente el que el inquisidor Pedro Pacheco, amigo, protector y admirador suyo, encargara a don Diego de Cisneros la traducción de Montaigne. Cisneros apenas llegaría a traducir el primer "Libro" de los *Ensayos*, la sumaria biografía de Montaigne y el prólogo o "Discurso del traductor cerca de la persona del Señor de la Montaña y los libros de sus Experiencias y varios discursos". No deja de ser interesante el primer título que se dio en español a esta obra: *Experiencias y varios discursos de Miguel, señor de Montaña*. El texto iba precedido de una "Vida/ De Miguel señor de Montaña,/ Sacada quasi del todo de sus / Escritos, conforme a la ver-/ dad". El término *essai* no se prestaba entonces a ser traducido por su equivalente literal *Ensayo*, y Cisneros se inclinó en un principio por la combinación de "propósitos y experiencias" para el título y en el texto mismo tradujo *essais* por "propósitos", según recuerda Juan Marichal en el ensayo mencionado.

El discurso del traductor redactado por Diego de Cisneros contiene una serie de reparos contra Montaigne, que resume diciendo que el libro antes de hacer profesión crítica de la herejía "propone y enseña los fundamentos principales de ella". Al menos en el radio de la lengua española, el ensayo como género quedará para siempre asociado al pensamiento heterodoxo. Otro rasgo que conviene retener del discurso de Cisneros, para tener una idea del lugar que ocupa el género en la cultura española, se refiere a su carácter autobiográfico y confesional: "Y quanto más por menudo escribió sus experiencias, notando hasta las circunstancias de

las acciones y partes deshonestas, tanto más faltó en la simplicidad y honestidad Christianas. Porque, como enseñó *S. Paulo Ad Ephesios* (Cap. 5, vers. 12), no debemos comunicar y ser participantes de las obras infructuosas de las tinieblas de la gentilidad y la ignorantia humana, sino antes reaprehenderlas. 'Porque las cosas que ellos hazen en oculto también es torpe decirlas.' Quanto más escribirlas y enseñarlas por escripto."

La idea del hombre exento de culpa y de caída, expuesta por Montaigne, contrasta y confronta la de la literatura confesionaria española y de los moralistas castellanos, marcada por la necesidad de juicio, condena y absolución.

La traducción de Diego de Cisneros no ha sido publicada hasta la fecha y, salvo algunas menciones aisladas como la de Feijoo, el ensayo en su género moderno brilló por su ausencia en la cultura española durante dos siglos. Esta misma cultura hispánica, a través de los ojos de su primer traductor, don Diego de Cisneros, considera al ensayo como un híbrido situado entre el pensamiento heterodoxo y una literatura autobiográfica y confesional gratuita, libre y exenta de culpa. Esa hipoteca inicial no dejará de afectar a la historia hispanoamericana del género, cuyas primeras muestras aceptadas (por ejemplo las de Sarmiento) son anteriores a la primera traducción íntegra de las obras del fundador del género. Vale la pena detenerse en estos –moralmente hablando– pobres datos. ¿Por qué el género que se desarrolla en Inglaterra, Francia e Italia demora su aparición en nuestra lengua? La respuesta ya se sabe pero conviene refrescarla: aunque el escéptico Montaigne gozó en vida de fama y aun de aprobación por parte de la Iglesia, los *Ensayos* muy pronto (en 1676) fueron objeto de condenación pontificia y en la Europa católica quedaron confinados al secreto de algunos lectores cómplices. Los *Ensayistas ingleses* tendrían que esperar a que promediara el siglo XX para que otro heterodoxo, Adolfo Bioy Casares, los diera a conocer en español en un panorama metódico gracias a los beneméritos Clásicos Jackson. Las razones de la prohibición eran –son– claras; las expuso

Cisneros, están a la vista: Montaigne, el principal precursor del pensamiento moderno anterior a Descartes, es el maestro de un nuevo paganismo, el heredero moderno de la tradición clásica en quien se cumple una pedagogía del escepticismo y de la relatividad que lo confronta y separa de un cristianismo que le resulta, por lo demás, indiferente. Por su actitud ante los dogmas de la Iglesia, por su defensa del hombre natural, es decir, de sus salvajes y gentiles, por su escepticismo ante los milagros, sus eventuales apologías de la poligamia, su sustitución de la salvación por una economía de las pasiones y los instintos, Montaigne resultaba en numerosos aspectos mucho más radical que Lutero, ya no digamos que Erasmo. Su desconfianza sistemática ante el poder (por ejemplo, recuerda que el culo sirve de asiento a todos, incluso a los príncipes) va más allá de una crítica de sus excesos y afecta la condición misma de su discurso:

> No levanto aquí una estatua para plantarla en el cruce de caminos de una ciudad, o en una Iglesia, o en alguna plaza pública: "Buscar nadería, viento: para hinchar mi página: / No, eso no es lo mío, yo hablo cara a cara". Lo hago por el rincón de una biblioteca, y para divertir a un vecino, a un pariente, a un amigo [*Ensayos*, Libro II, capítulo XVIII].

El género –a través de su maestro– declina todo propósito edificante y asume una actitud apática hacia la historia o hacia la salvación de la humanidad. Esta gentil frivolidad del ensayo en su sentido original es la que, entre tantas cosas, le resultará de tan difícil digestión a la rancia y patética sensibilidad hispánica y, desde luego, a la incipiente hispanoamericana, que, con sus ademanes, tanto la replica y parodia. No debe olvidarse, por último, que el ensayo, al nacer como género en Montaigne, da entre sus primeras voces la de la crítica a la crueldad y a la violencia en la Conquista americana y postula, más allá, la invención de un sujeto natural, la voz desnuda que habla en los *Ensayos*.

Después de este rodeo por los solares del abuelo, podemos volver la mirada a la ciudadela del ensayo hispanoamericano. Saltará a la vista hasta qué punto el panorama que reconstruyen los profesores resulta discutible y relativo desde la óptica de la Montaña. Todo parece indicar que las buenas intenciones académicas prefieren usar al ensayo y su historia en Hispanoamérica como vehículos de una filosofía o de una historia de las ideas americanas, en perjuicio de la expresión humana y autobiográfica.

Si el ensayo es "el centauro de los géneros", como acuñó Alfonso Reyes, resulta que el ensayo hispanoamericano que tiende a difundir el sanedrín de la inercia es un centauro con mucho caballo político e ideológico y con poca humanidad ingeniosa y parco humor intelectual. Más un *yahoo* –uno de esos brutos locuaces inventados por Swift– que un centauro sagitario. La afortunada cita de Reyes se encuentra en el ensayo "Las nuevas artes" en *Los trabajos y los días* (*Obras completas de Alfonso Reyes IX*, México, FCE, 1996, p. 400).

Un posible hilo conductor para reconstruir el linaje del ensayo hispanoamericano lo daría la cadena cuyos eslabones enlazan a los lectores de Montaigne. No porque sea ésta, desde luego, la única tradición legible sino porque permite introducir, en la masa mustia de las historias convencionales del ensayo hispanoamericano, una levadura crítica para darle mejor cuerpo y recortar la pezuña panfletaria en beneficio de los ojos y del humor de la observación intelectual. Sin pretender un examen exhaustivo, iniciaríamos desde luego con el universal Andrés Bello, registraríamos al travieso Francisco de Miranda –habitualmente cancelado en este género, pero olvidaríamos a los próceres para resucitar a los críticos. La nómina de Montañistas recordaría a Esteban Echeverría y a su *Mefistófeles*, sin olvidar a Juan María Gutiérrez. A Sarmiento preferiríamos retenerlo menos por el *Facundo* que por los *Recuerdos de la provincia*; rescataríamos unas páginas de *El Quijote y el quijotismo* de Juan Manuel de Estrada, y así alcanzaríamos a Juan Montalvo –tan espartano como ecuatoriano– restituyendo mejor su *Espectador* que sus

Tratados. No olvidaríamos las crónicas de José Martí ni las reseñas de Paul Groussac (habitualmente descartado de los registros), que sólo se separó de Montaigne para abrazar a Cervantes. Rubén Darío, otro lector del lector de la torre, transformó verso y prosa, hizo del retrato en *Los raros* un ejercicio de aguda sensibilidad y transmutó una "Historia de mis libros" en un ensayo de autobiografía moral e intelectual poco frecuente entre nosotros. Sólo retrocederíamos para abrir en la memoria un espacio para Lucio V. Mansilla, delicioso viajero y charlista, conversador con la pluma entre los dedos, a quien una supersticiosa sed de filosofías y un hambre voraz de próceres ha entregado a los páramos de la amnesia. De José Enrique Rodó –otro lector– cosecharíamos *Los motivos de Proteo*, por fidelidad al género y por su versátil inconstancia, antes que *Ariel*, ese libro que lleva el nombre del genio del aire y que expone y personifica una idea moral, aérea y gaseosa de América. Al argentino Ricardo Sáenz Hayes, autor del libro más ambicioso que sobre Montaigne haya escrito un americano, lo tendríamos en mente por sus ensayos sobre la amistad. Nombraríamos a Ezequiel Martínez Estrada, que tanto en la historia del ensayo hispanoamericano como en la de los lectores de Montaigne destaca por el ingenio y creatividad con que maneja la forma de los ensayos de los cuales es, por cierto, el único traductor hispanoamericano. Los mexicanos reunidos en torno a la revista *Contemporáneos*, Xavier Villaurrutia y Jorge Cuesta –puntualmente omitidos de todas las historias del ensayo hispanoamericano– alcanzaron a Montaigne desde André Gide, pero una vez encontrado no lo dejaron. Tal vez recordaban que el último libro que leía el poeta Ramón López Velarde –autor de no pocas crónicas puntualmente olvidadas pero rescatables– eran los *Ensayos*, que llevaba en la mano la noche víspera de su muerte. Y a nadie sorprenderá que en la Capilla Alfonso Reyes uno de los libros más anotados por la letra menuda del patriarca sea este de los *Ensayos*. En José Lezama Lima, como sabemos por *Analecta del reloj*, batallaban Pascal y el señor de Eyquem, el catolicismo y el trópico. Algo semejante le sucedía a Jorge Luis Bor-

ges. Arciniegas y Picón-Salas no dejan de dialogar con él. Octavio Paz lo hace constantemente en sus poemas. Augusto Monterroso salió de su Guatemala muy joven, perseguido, con un único libro entre las manos como una brújula: los *Ensayos*. Este sucinto repaso, donde saltan tantos nombres habitualmente ausentes de la historia, sugiere que no es del todo injustificada la hipótesis de que el ensayo hispanoamericano ha sido visto a partir de una radiografía conceptual más preocupada por los esqueletos proféticos que por la existencia y la expresión literarias. Vale decir que una asepsia detergente suele limpiar de ensayismo la historia del ensayo hispanoamericano. Por supuesto, razones históricas, motivos y movimientos complejos influyen en este uso y definen éstas, no por oficiales, menos pretéritas costumbres intelectuales. Comprenderlas nos lleva a otro paseo –nos paseamos por pasearnos. A ver si así nos explicamos por qué en Hispanoamérica desaparecen los autores menores en la historia del género menor.

Una lectura de las historias del ensayo hispanoamericano en el siglo XIX resalta con claridad un perfil nítidamente pragmático del ejercicio ensayístico que no es en modo alguno explicable en función de un criterio formal, pero que resulta harto congruente cuando se recuerda hasta qué punto los escritores e intelectuales hispanoamericanos se han involucrado con la independencia política de sus países, comprometiendo en ocasiones su propia independencia intelectual. Numerosos prosistas y poetas nuestros pasaron de los gabinetes a los foros; suspendieron el viaje de la conversación para sentar cabeza en las magistraturas, adoptando en ese tránsito una elevada investidura de sacerdotes laicos que los llevó a buscar el abrigo respetable de la ciencia y la justicia. Eran buenos, progresistas y tenían razón. Primero próceres, luego filósofos y maestros, siempre padres de la patria, leían fatalmente un papel público que iba creando con palabras la patria que heredarían, decretando la república donde deseaban convivir, héroes y monjes de esa revuelta Edad Media que fue nuestro siglo XIX. América emancipada va existiendo primero en

los libros y luego en la realidad; se cree que la Colonia desaparecerá a medida que sea recubierta por el pabellón de los himnos, las leyes y las prosas costumbristas. Como ejemplo característico recordemos el de Ignacio Manuel Altamirano, que busca establecer los rasgos propios de una literatura nacional antes de que ésta exista, como un profesor prescribe el programa escolar de la nueva signatura nacional. El carácter solipsista, ensimismado, del ensayo hispanoamericano viene de esas raíces, proviene de que la historia de las ideas *en* Hispanoamérica es en cierto modo indisociable de la historia de las ideas *sobre* América. El ensayo hispanoamericano y la idea americana se funden y alían en el metal de las espadas y de los bronces. Esa visión instrumental beneficia lo profético y desecha como ganga la charla, la conversación, el ensayo. El ensayo hispanoamericano pasa a ser nada más un precursor de lo americano, pasto de filósofos en busca de identidad. América: su carácter, su organización, su aspecto, su porvenir, su formación, su desarrollo, su destino, su despertar, su esplendor y su miseria, su vocación, su unidad y diversidad, sus leyes. El verdadero patrón de lo que se ha llamado ensayo en Hispanoamérica parece ser Montesquieu y no Montaigne –y el linaje engendrado por éste y proseguido por Macaulay, Lamb, Hazlitt, De Quincey, Chesterton y Huxley no deja de ser entre nosotros periférico y marginal, consecuentemente crítico. En ese ángulo resulta evidente por qué en la historia del ensayo hispanoamericano la crónica ocupa –como bien lo han sabido ver Carlos Monsiváis y John Skirius– un espacio insoslayable, proporcional y lógicamente significativo. En ella o a través de ella, se va instrumentando un mestizaje formal específico, donde el cuerpo ecuestre de la historia y la constancia de la inteligencia personal se funden en un centauro ensayístico que es a la par batallador y docente, militante y pedagógico, en una línea que va de González Prada a Caballero Calderón y de Mariátegui a Carlos Monsiváis y a Elena Poniatowska, esa gran habladora de la lengua de Cervantes. A esa línea pública y reconocida debe yuxtaponerse otra menos épica y más frívola o, al menos, más gratuita y accidental. A

los ya mencionados lectores de Montaigne, podemos añadir en el siglo XX a Enrique Gómez Carrillo, el gran escritor maestro de Rubén Darío, unánimemente marginado de historias y analogías; al ubicuo Alfonso Reyes, al proscrito Salvador Novo, al omitido Martín Luis Guzmán –cuyas *Muertes históricas* renuevan con aliento americano un género clásico–; al inadvertido Jorge Zalamea, cuyas crónicas no desmerecen de las de sus compatriotas Germán Arciniegas y García Márquez, dos maestros del género; al chileno José Santos González Vera, cuyas *Vidas mínimas* y cuyas viñetas de *Algunos* prueban cuán versátil puede ser la indiferencia académica; al cubano Guillermo Cabrera Infante, desatendido por unanimidad pese al vigor con que ha practicado y renovado el género; al humorista mexicano Jorge Ibargüengoitia, al venezolano Enrique Bernardo Núñez y al argentino José Bianco –también elegido por la negligencia–, que representa tal vez la especie más pura del cronista personal y del ensayista de raza y cuya omisión de cualquier antología del género sólo puede ser considerada un ultraje.

No sabríamos concluir esta sumaria recapitulación del ensayo hispanoamericano sin rozar el asunto de la crítica literaria. ¿Será necesario recordar que Michel de Montaigne, señor de Eyquem, inicia el género en una torre y que el diálogo consigo mismo, el coloquio incesante del fuero íntimo, a veces usa las páginas de los libros como espejo, siempre como cristal? El sentido que asume la crítica literaria en Montaigne no sólo apunta hacia el descubrimiento de un lugar, de su lugar, en la biblioteca. La crítica literaria no se manifiesta en él como algo ajeno o contingente; es un instrumento de la forma que él busca para sí mismo, en cierto modo una función de su tarea gnóstica, de su más intransferible proceso espiritual, lejos de cátedras y púlpitos, de anatemas y academias.

Unos versos de Virgilio lo llevan a razonar el placer y la voluptuosidad, a pronunciarse sobre el vicio y el secreto, a sostener su corrosiva idea sobre la pureza de la confesión. Plutarco le sirve como puente para encontrarse con Alejandro y con César y medirse cuerpo a cuerpo con

ellos. La lectura, la crítica literaria elevada a una forma de arte en los *Ensayos* no sabría ser descartada de la tradición del género. Quirón, el centauro más ilustre, adiestraba a los héroes y a los hijos de los dioses en la cacería, la música, el arte militar y en el conocimiento de las virtudes medicinales de las plantas. Esa condición terapéutica y catártica de la crítica literaria prestará al ensayo en lengua inglesa no poco de su humor. Thomas Browne, el Dr. Johnson, Thomas De Quincey hacen de la página leída arena de batalla por la salud. La crítica literaria americana no sabría eludir esa vocación regeneradora. Si los "Hombres representativos" de Emerson encarnan un ideal ético, los comentarios de Andrés Bello a *La Araucana*, los motivos de Hostos sobre Hamlet, de Martí sobre Emerson y Whitman, de Rubén Darío sobre Unamuno, de Julián del Casal sobre Gutiérrez Nájera, de De la Riva Agüero sobre Nietzsche, documentan una idea pragmática de la crítica como vehículo de la salud moral en los escritores del siglo XIX. En el siglo XX este movimiento *culmina* en las obras de Jorge Luis Borges y de Octavio Paz, que llevan el ejercicio de la crítica entendida en estos términos a una deslumbrante plenitud. Sin embargo, este ejercicio de la crítica entendida como formación espiritual y cultural, de la filología como empresa creadora, no siempre es retenido por la historia del ensayo hispanoamericano, y así registramos la tumultuosa subestimación de una estirpe ensayística que va de Alfonso Reyes y Baldomero Sanín Cano a Xavier Villaurrutia y Raimundo y María Rosa Lida, de Mariano Picón-Salas a Octavio Paz, Enrique Anderson Imbert, Emir Rodríguez Monegal, Enrique Pezzoni, Guillermo Sucre, Antonio Alatorre, Luis Loayza, Alejandro Rossi y Gabriel Zaid, para rematar con los ensayistas y críticos literarios contemporáneos que han llevado el ejercicio de la lectura a un grado más alto de tensión estética y moral.

La América irracional de la guerra y la violencia, la América fundadora fascinada por los mitos de su originalidad y novedad, ha buscado en el ensayo la expresión ecuestre, ha vuelto indisociable del género la

andadura crítica y batalladora, pedagógica y apologética, según documentó ya hace casi cuarenta años el crítico uruguayo Alberto Zum Felde en su monumental *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*. Sin embargo, el cuerpo del género en la tradición literaria americana abarca mucho más que presagios ideológicos, efusiones nacionalistas o filosofías municipales. El valor docente del género centauro no sabría separar la medicina de la estrategia, el arco de la lira.



4. Portada de los *Ensayos* (1595), en Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, Paidós, México, 2000, p. 58.

3. EN EL PAÍS DE MONTAIGNE (I)

"Burdeos, la cuarta ciudad de Francia, y en cierta época de Inglaterra, después de Londres, York y Winchester, no es un buen lugar para el visitante deseoso de dar gusto a los ojos; es un clima, una cura de reposo, un estado de ánimo cuyo principal encanto estriba en que ahí no hay nada que ver", dice Cyril Connolly en su ensayo de paseo por la región. Burdeos es la capital insípida de una comarca que por el sabor y densidad de sus atractivos se antoja una tierra sólo comparable a la *terrine* y el *foie gras*. Si no hay tanto que ver, como advierte el autor de *La tumba sin sosiego*, da en cambio mucho que beber, comer, respirar y caminar. Quiso el azar que fijáramos nuestra base de operaciones fuera de Burdeos y lejos del Marché des Grands Hommes, esa Burdeos negra y plata que a Alfonso Reyes le pareció un barco monumental que "deja ondear al aire las banderas de sus edificios", fuera de Burdeos adonde "en la fresca ráfaga del viento, la calle misma es un ancho puente de navío; los pregones de los vendedores, charla marinera; la bocina del auto, un toque de maniobra". Lejos de Burdeos, la ciudad adonde Goya fue a pasar sus últimos años "sordo, viejo, torpe y débil" y donde le llamaron tanto la atención "las diligencias nuevas y sillas de espaldas" y "los mendigos que se llevan solos..." Lejos entonces de la ciudad donde vivieron Moratín y el abate Marchena, Azorín y fray Servando. Dordoña adentro y más cerca de Labrède y del castillo de los Montesquieu que sobrevivió intacto, y con todo y biblioteca, a las tempestades revolucionarias en virtud del escrupuloso respeto del Barón a los derechos de la gente menuda avecindada en torno a su noble casa. En Saint- Seurin-Sur-Isle, a unos cuantos kilómetros de Libourne, no hay más que una capilla del siglo XIV y un

centro hípico donde se reúnen caballos campeones y jinetes triunfadores en concursos locales, europeos y desde luego olímpicos, parece que los ingleses que tantos recuerdos dejaron en estas tierras verdes –incluido un cierto talante flemático y *snob*–, también legaron la memoria de la equitación y no son pocas las ciudades y pueblos que mantienen en la región, con fondos públicos locales, clubes ecuestres donde niños y caballos de raza se preparan en las disciplinas del paso y del trote, del galope y del salto bajo la mirada de un monitor que les enseña a gobernar la pantorrilla como los pianistas a las manos aprendices, muy cerca de Saint-Seurin se levanta –¡reverencia!– Saint-Emilion, un fulgurante pueblo instalado en el costado sur de una colina sembrada de iglesias y criptas –las más valiosas y antiguas de la región como recuerda Connolly. Más vale un gran caldo en mal año que un pequeño en bueno –dice el catador– y mientras vierte un poco de Saint-Emilion en la copa, como si fuese una esencia o un perfume guardado celosamente en las criptas. Se dice que la pequeña ciudad románica fue fundada por el monje epónimo quien, al volver de Santiago de Compostela, decidió detener su regreso mucho antes de alcanzar el punto original de partida. Se quedó en el viaje, como dice una voz mexicana, resuelto a no volver a decir misa con un vino que no fuese de esta región, cuyos caldos ya celebraba el romano Ausonio. Tal razón no ha dejado de proyectar sobre los católicos de la comarca una tolerante sombra herética. Saint-Emilion no es muy grande ni tiene muchos castillos propiamente dichos, pero la variedad de tintos que la región produce es tan amplia –más de una cuarentena– y de tanta calidad que todos –por humilde que sea la morada del productor– ostentan como algo natural el apelativo *château*. No hay que ir a buscar la justificación de esta etiqueta en torres, murallas o almenas, sino en cuevas, sótanos, bodegas y criptas pero, sobre todo, en los torcidos y torturados nudos de la centenaria viña y en el rumor popular que guía en voz baja al aficionado aclarándole qué agricultor recogió la viña con máquinas en esta temporada y quién todavía consiguió una tribu de recolectores para la vendimia.



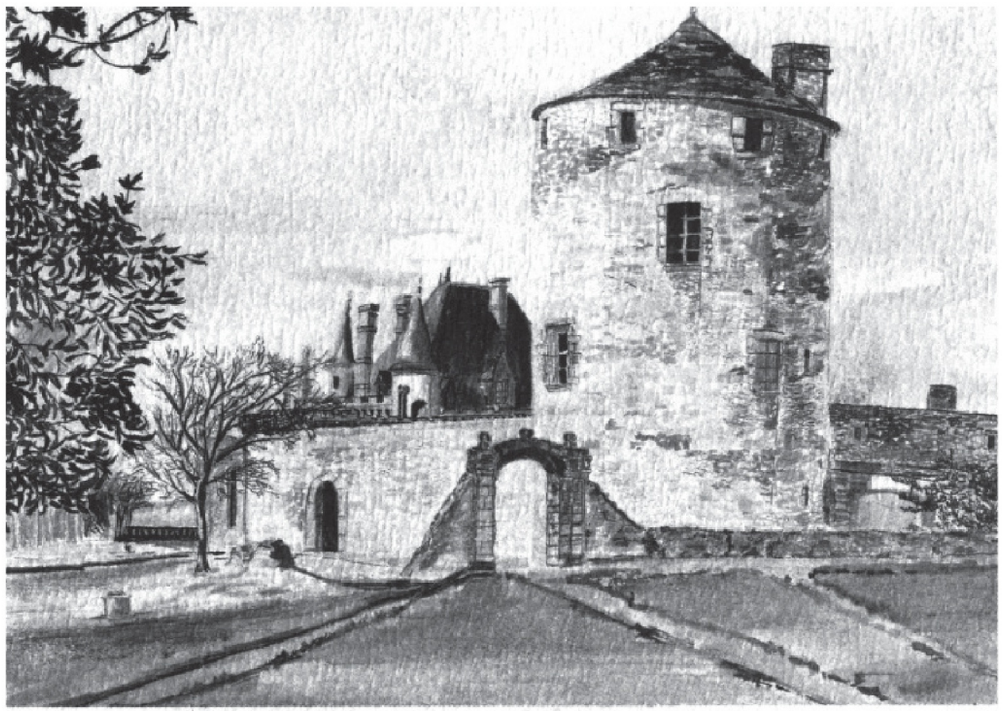
5. Burdeos en 1563, en Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, Paidós, México, 2000, p. 50.

4. HACIA LA TORRE DE MONTAIGNE

Montaigne (Libro II, cap. VII) parece preocupado por el afecto de los padres a los hijos. Reveladora preocupación, pues a través de ella desenmascara la comedia de la familia. El afecto de los padres a los hijos no suele ser verdadero amor. Tiene mucho de instinto: lo prueban las cabras a quienes se les dan a amamantar los hijos de las nodrizas; lo prueban esos mismos niños que reconocen a las cabras como si fuesen sus propias madres; lo prueban los huérfanos y los abandonados; lo prueban incluso tantos hijos de familia que viven en la práctica una orfandad moral. El amor paterno se manifiesta más allá de la procreación y de la crianza. No en el amor animal y gregario, sino en la educación moral y espiritual de los hijos, a saber: en la enseñanza de cómo valerse por sí mismos ética e intelectualmente. ¿De qué puede valer el amor de una madre que se limita a hacer lo mismo que podría hacer –a veces mejor– una cabra? El que mejor ama a sus hijos es el que es capaz de transformarlos en sus amigos. La ordenanza evangélica de dejar que los niños se acerquen a uno debe leerse bajo esta luz. Es cierto que el padre deberá proveer y cuidar las necesidades materiales que exige la crianza; es cierto que deberá practicar en sí mismo un proceso de puerilización, pero todo lo deberá hacer con un fin: transformar a sus hijos en sus discípulos. Pero, si más allá de la reproducción animal, el padre aparece como un guía espiritual, resulta que la primera paternidad responsable que ha de asumir el hombre es la de sí mismo. Ésta se da preferentemente a través del dominio de las formas y sobre todo a través del dominio de la escritura y de la creación de un libro. Espejo y espectáculo, telescopio y vivero, el libro aparece no sólo como la figura arquetípica de la obra, sino como la mejor encarnación del hijo, la personificación del árbol que cada cual ha de sembrar en el interior de sí mismo.

El libro –vehículo del segundo nacimiento del hombre– está expuesto a los mismos peligros y miserias que caracterizan la paternidad en primer grado y, si el verdadero afecto por los hijos se manifiesta en términos espirituales y morales, el autor de sí mismo está obligado a hacer de la crítica no un ejercicio ocasional, sino, por así decir, el espacio mismo de su movimiento: sólo dándole constantemente la razón al otro, devolviéndosela, buscando sus razones o, al menos, sus móviles, puede aspirarse a la reconciliación consigo mismo y a la ubicación del lugar que ocupa su árbol dentro del bosque.

Muchas razones llevaron a Montaigne a esa irónica y difícil empresa de convertirse en su propio autor, y a ser, por así decirlo, el creador de sus propios días. Pero si el afecto verdadero se traduce en educación y la educación se concibe como un ejercicio de metamorfosis del discípulo en maestro, del débil en el fuerte, del bárbaro en civilizado, ¿adónde llevará esa paternidad espiritual a quien ha decidido adoptarse a sí mismo y ser su propio descendiente? A la libertad, a la sabiduría, a la felicidad –serían las respuestas espontáneas. Sin embargo, debe tomarse en cuenta que el movimiento hacia la plenitud tiene que pasar por una enumeración de las debilidades y de las vacilaciones, de las carencias y aun de las necedades, para hacer un reconocimiento preliminar de la naturaleza ordinaria de que estamos hechos: de ahí que los otros nos puedan servir de espejo y de camino de vuelta hacia nosotros mismos. La empresa estriba y depende de la sinceridad. A la miel de la identidad propia ha de despojársele de la cera del mundo de la comedia, del teatro y aun de ese personaje que es el autor mismo. La paternidad espiritual exige, por una parte, un desdoblamiento, un reconocimiento del carácter múltiple y versátil, fragmentado, de la propia identidad, por la otra, una admisión de que esos fragmentos son susceptibles de inscribirse en una categoría cada uno y que son relativos. Por eso la pedagogía interior, la *paideia* personal, sólo conserva de la razón el escepticismo y ve en éste la única posibilidad de construir una convivencia, es decir, una ética.



Si on me presse de dire pourquoi je l'aimais, je sens que cela ne se peut exprimer, qu'en répondant : "parce que c'était lui : parce que c'était moi."- MONTAIGNE de l'amitié, livre 1, chap. 28

6. En Jean Lacouture, *Album Montaigne*, Iconographie choisie et commentée par Jean Lacouture, Gallimard, París, 2007.

5. PERSONAJE PREFERIDO: MONTAIGNE

No sé si sé. El personaje al igual que la máscara es sólo uno de los momentos de la metamorfosis.

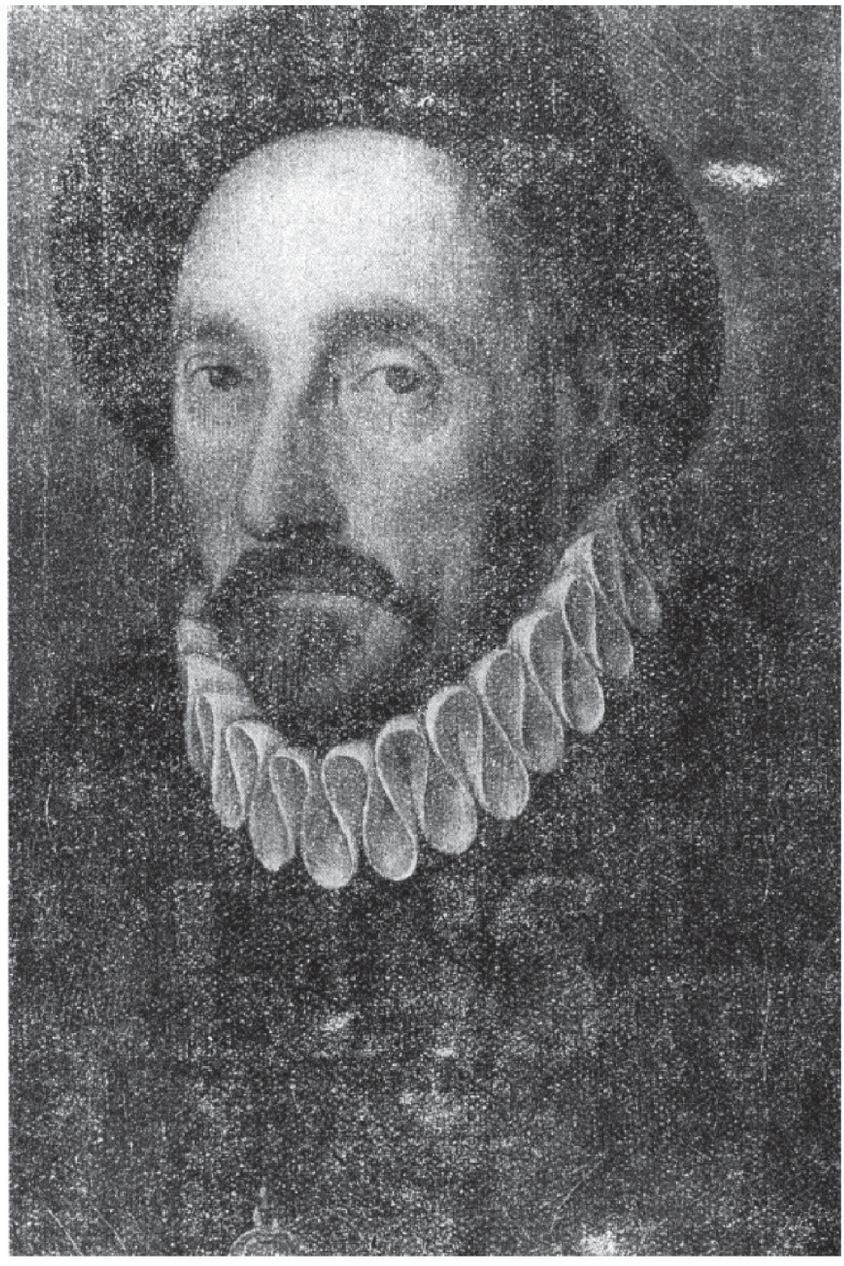
Detrás de las máscaras, detrás de los personajes se agita el deseo de transformarse. Ser por fin otro, otra cosa, ¿quién no ha tenido este sueño? Y sin embargo le tememos a la muerte, rehuimos la locura, desconfiamos de aquellos que se han entregado ciegamente a su deseo de metamorfosis. Y la metamorfosis, ella también, hace del hambre o de la necesidad de convocar de igual a igual a fuerzas que no controlamos. En ese horizonte inestable, nuestra preferencia hacia un personaje, la atracción que podamos sentir por una máscara u otra tiene mucho de capricho cuando no de indiscreción. Se entiende, desde luego, que se trata de un juego cuyas reglas –digámoslo francamente– desconocemos. En principio es, desde luego, un deporte vagamente sociológico. El inventario de los escapismos o de las fijaciones tendrá, al menos, una relevancia documental y estadística y se prestará al previsible cruce de las inclinaciones y de las castas. Con sus matices: habría que enunciar las atenuantes. Por ejemplo: que los autores entrevistos por la encuesta están por definición rodeados de fantasmas, es decir de personajes. Por ejemplo: que es muy posible que algunos autores se autoestimulen preferentemente con entidades mucho menos elaboradas que los personajes. Tal vez todos estos rodeos sirvan para quitarle peso a la confesión y para insinuar de refilón que nuestro personaje fatal es el de la voz, el ensayista, el de los *Ensayos*. Es Montaigne.

Me tomo la libertad de transformar a un autor en un personaje. ¿A cuántos no les pasará lo mismo? Nuestra época, tan prolífica en biografías, nos autoriza a dar ese paso. Conozco a muchos escritores que

han dejado de interesarse en la literatura propiamente dicha –la de la imaginación– para ahogarse en las vidas ajenas, las vidas de los venerados héroes artísticos y literarios. No los critico. A mí también me llega el chisme a las entrañas. En el caso de Montaigne la cosa es distinta. No se sabe bien dónde empieza el espejo y dónde termina la biblioteca. Estoy sentado en un escritorio lleno de libros. A la derecha, a la izquierda, enfrente, la mayoría de los libros que se amontonan aquí llevan en su lomo y portada el nombre de Montaigne. Otros que no lo llevan lo aluden, como esa vida literaria francesa en el siglo XVI o aquella biografía de Enrique IV –no, líbreme Dios–, la de Heinrich Mann. Frente a mí, clavada en la pared con unas tachuelas, está la postal con el dibujo del castillo y de la torre. La afición por Montaigne viene de lejos y fue producto del azar, como tantas cosas buenas. A la casa de Eyquem o Yquem le debo, además de la alegría de mi ya no tan cercano (1975) brindis nupcial. Michel de Montaigne ha sido uno de los tres autores que me han acompañado invariablemente a lo largo de mi vida. Casi veinte años de los treinta y ocho que tengo. Lo he llevado a muchos sitios; también me lo he encontrado a la vuelta de muchas esquinas, y, sin embargo, no puedo decir que lo conozco. ¿Me hago la ilusión de que no he leído completos los ensayos? Son infinitos como mil y un días, como mil y un atardeceres. De Montaigne me llaman muchas cosas. Me conmueve el niño a quien despertaban con música y cuya lengua materna fue el latín; me conmueve imaginarlo aquellas semanas en que su padre lo enviaba al campo para que no lo ablandara la vida mimada en el castillo, cuando se veía obligado a entenderse a señas con los hijos de los campesinos, con quienes convivía sus vacaciones como si fuera un bárbaro.

Su juventud gallarda, la amistad fervorosa que le profesó –ésa es la palabra– a Étienne de la Boétie. La silenciosa figura de la judía López, su madre, la vivaz imagen de su padre por cuyo encargo tradujo al catalán Sebond. Desenfado, inteligencia, tolerancia, firmeza, nobleza, qué sé yo, gracia y cáustico humor no resentido, podría hablar noches enteras de

él. Güelfo entre gibelinos, gibelino entre los güelfos, invariablemente dispuesto a reconocer lo bueno de lo malo y lo malo de lo bueno. Amigo del rey y del caníbal que fue exhibido en Burdeos, pero más amigo de Virgilio y de Ovidio. Uno de los escasos europeos de su tiempo que no fue racista, como recuerda Étiemble. Quiso a su padre pero lloró más a La Boétie. Eligió tardíamente y contra la filiación una hija de alianza o, mejor, una esposa para sus papeles. Lo que nos ha legado de él –sus ensayos, su escritura tan calculadamente espontánea, su mezcla insuperable de fluidez y de concisión– nos trae a uno de los conversadores más vivos de que se pueda tener noticia. Es decir, Montaigne es uno de los tipos más elevados del hombre civilizado. Vivió las guerras de religión. Comprobó en carne propia que la buena educación está antes que las buenas intenciones; que la cortesía suele ser preferible a la ideología. Años después Oscar Wilde lo diría de otra manera: *Manners before morals*, los modales son preferibles a los morales. Pero precisamente sería de mala educación insistir en la actualidad de este hombre que era el único que mantenía abiertas a todos las puertas de su casa en plena guerra. Ubicuo pero discreto, imperceptible y permanente, Montaigne no es, desde luego, un personaje. Es más y es menos. No se le puede caracterizar, ya no digamos caricaturizar, fácilmente. Además, nuestra cultura (española, americana y mexicana) nos impide comprender plenamente la ciencia jovial del escepticismo. El Quijote y Sancho han tenido más herederos que Cervantes. Podemos apreciar la variable dignidad del morir, del matar –y hasta de sobrevivir. Nos resulta poco familiar la dignidad de la vida ascética ni hazañosa. Dígalo si no nuestra historia privada de vida privada. El cuento es largo. Por lo pronto podremos decir –permítaseme el coro– que amamos a Montaigne no como un personaje ni como a una persona, sino como a un lugar, a un país de inteligencia y libertad al que siempre deseamos volver.



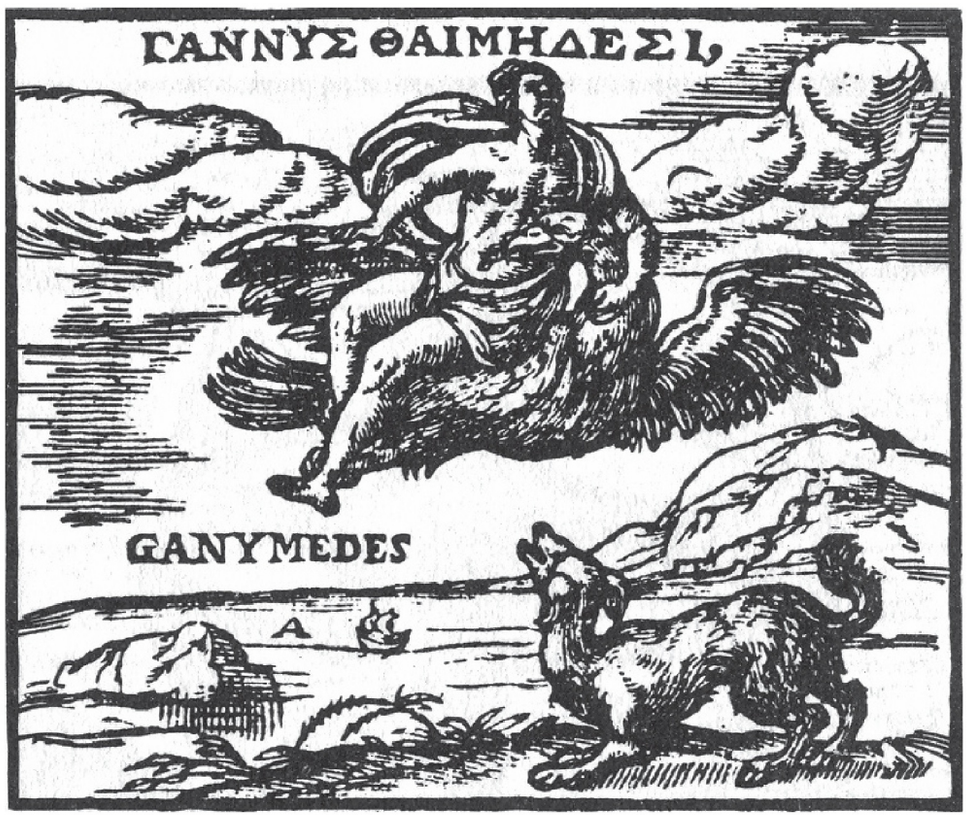
7. En Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, Présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 322.

6. APOLOGÍA MÍNIMA DE RAYMOND SEBOND

¡Perro! ¡Burro! Rata o mula –usamos con generosa espontaneidad los nombres de los animales para insultarnos. No nos parece extraño; para injuriar nos basta traer a cuento oficios vinculados con ellos: palafrenero, porquerizo, carnicero. Todo sugiere que para ver a nuestros semejantes con nitidez les tenemos que asignar una especie animal; enfocamos mejor al tonto si le llamamos buey, al vil verraco, al parlanchín cotorro, al usurero buitre o hiena, mosca a la mustia, mariposa a la puta, coyote al intermediario, zángano al ocioso, chivo o paloma a la víctima, pavorreal al vanidoso y al soberbio divina garza, cocodrilos sagrados a las eminencias, viejos lobos a los hombres con experiencia, urracas a los avaros, gallinas a los cobardes, en fin, bruto, bestia al imbécil. Por esa misma segunda naturaleza con que expresamos nuestro resentimiento hacia la primera nos encabritamos, nos pavoneamos, nos avispamos, nos arañamos, hacemos lagartijas y patos, nos engatusamos, tenemos pulgas y piel de gallina. En cuanto abrimos la boca, la fábula empieza a escurrir de nuestros labios. Incluso la admiración nos transporta al parque zoológico: el león, el águila, el tigre prestan su majestad a la arrogancia. Ni siquiera Dios se nos escapa y no nos ha parecido escandaloso llamarlo cordero –pero la ambigüedad de nuestros sentimientos se delata en cuanto suponemos a la democracia rostro de borrego. Nos crecen las orejas, el pelo, la cola, cuernos y colmillos en cuanto nos asomamos al espejo. Cualquier intento de introspección termina pronto en un safari. Nos incomoda decirlo, pero sabemos que con los años la efímera fisonomía humana cede el paso a nuestro verdadero rostro de pájaro o de cerdo, de perro, de yegua, de jabalí, esturión o de sapo. Ya desde Adán presumía-

mos de haber bautizado a los animales, pero ¿acaso conocemos las voces con que ellos nos llaman? ¿Habrá mucha distancia entre la ética y la etología cuando la mayoría de los comportamientos humanos pertenecen más propiamente al estudio de la segunda que de la primera? No es por deshonrarlos pero siempre somos animales: en privado o en público, en la primera o en la segunda –senil– infancia; insectos, en las grandes magnitudes sociales, saurios en los órdenes jerárquicos y burocráticos, parásitos en casta, depredadores en banda, ovíparos en familia, mamíferos en pareja. Al final, la humanidad nos parece un espejismo de la vida solitaria, un fuego fatuo que danza sobre algunas tumbas. El vasto imperio del bestiario prospera sobre todas las provincias del hombre: a las repúblicas las gobiernan orangutanes, a los mercados pulpos y tiburones, las bibliotecas están habitadas por ratas, los chacales y las cigüeñas presidieron los templos de la Antigüedad y entre nosotros no fue extraño en algunas regiones indígenas que San Jorge pareciera menos milagroso que su caballo. Hoy, no por invisibles son menos poderosos y ubicuos el becerro de oro o el perro, guías espirituales de nuestra edad cínica y crematística.

Cierto: en la especie humana conviven el león y la rata, ¿pero convivirá también el hombre? En medio de tantos animales con rostro humano ¿cómo reconocer al que también lo es interiormente? ¿Pero estamos seguros de que el que reconoce es, a su vez, humano? No sería difícil documentar mediante ejemplos que los animales no ignoran ni la risa ni el lenguaje, ni la piedad filial ni el sacrificio, ni el sentido gregario y civil ni el altruismo: se burlan, se comunican, se entregan a una obra de arte o al derroche por el puro placer. ¿Será necesario recordar que en cuanto los hombres y las mujeres éramos amados por los dioses, éstos se nos aproximaban con máscaras de toro y de cabra para ponerse a nuestro alcance e inspirarnos confianza? La tragedia misma surge de ese reconocimiento dionisiaco: las cabras que cantan su sueño de ser humanas no son muy distintas de los hombres que buscan reintroducirse en el antiguo pellejo de las cabras. Nada animal nos es ajeno.



8. Alciato, *Emblemas*, "Que el hombre debe alegrarse en Dios", prólogo de Manuel Montero Vallejo, preparación de textos y notas Mario Soria, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 85.

7. EN LA TORRE DE MONTAIGNE

Los vinos de Saint-Emilion se distinguen en el paladar por dos rasgos: por su cuerpo a la vez fino y denso y por el equilibrio –iba a decir ecuanimidad– de sus virtudes. Esta misma composición parece ser uno de los secretos del más moderno de los escritores antiguos –Michel de Montaigne– al decir del más antiguo de los escritores modernos –Cyril Connolly–; de Michel de Montaigne cuya Torre y territorios se encuentran no muy lejos de aquí, entre Castillon y Vélines, en la comarca de Bergerac, en una colina rodeada de verde y más verde, y donde se respira un aire que funde las saladas reminiscencias del Burdeos atlántico con los sabores cuatro veces dulces del País Gascón, la Dordoña y Périgord. Montaigne, el filósofo de la sobriedad, el hombre que hizo de sí mismo y de su obra un antídoto o contraveneno para cualquier clase de borrachera –religiosa, política, literaria, erótica, intelectual, privada o pública– sin ceder un ápice ni al fastidio ni al tedio, Montaigne, no podía haber nacido en otro sitio. La Torre, intacta desde entonces, y el castillo, reconstruido en el siglo XVIII pues un incendio lo arrasó, se encuentran en un lugar privilegiado por la luz. Desde las terrazas y jardines del castillo de los señores que toman su nombre (Montaigne) del lugar, pero que se apellidan como el mejor vino blanco de Sauternes (D'Yquem), se domina una amplia extensión de prados verdes que en la distancia se confunden con el azul del cielo. La Torre, situada antes y atrás de esa terraza panorámica, apenas domina un ángulo del jardín, pero gobierna la entrada al patio del castillo y, desde ella, el propietario puede escoger a los visitantes y abrir la puerta a los amigos o cerrarla a los inoportunos.

"Me coloco a la entrada y veo por bajo mi jardín, el patio, el corral, así como a la mayor parte de las personas de mi casa."

Son las tres de la tarde. Alguien con aspecto de campesino vestido de overol azul (pero ¡cuidado! puede ser un *cadre*, un funcionario de vacaciones en la cordial Dordoña) acaba de trabajar el jardín y está apeándose de un tractor minúsculo como *pony* mecánico.

Hay un invernadero, tías que recortan las rosas del jardín con esmero de manicuristas, jovencitas que salen en coro llevando del manubrio la bicicleta "bien camina el que lleva el caballo de la brida", corderos que rumian con despreocupada convicción la verdad del prado. Una breve población parecida a la que en tiempos del escritor animaba el castillo: la Madre, la Esposa, la Hija, los parientes, los amigos y el servicio (incluido su secretario) que componían una amena sociedad que se divertía jugando a las cartas o a esos juegos de ingenio descritos, por ejemplo, en *El cortesano* de Castiglione y que tan en boga estaban entonces. Aunque a todas luces el guardián no tenía nada más que hacer, anunció que la visita comenzaría tres cuartos de hora después, dando tiempo a pasear por los jardines del castillo y reconocer su paisaje bienhechor. Seguimos con puntualidad las instrucciones del guardia, mientras, paso a paso, se imponía la certeza de que ese mismo aire dulce y levemente fresco, aparentemente estático pero caprichoso y ondulante, inspira a la otra torre de tres pisos, de tres "Libros" que son los *Ensayos* –un aire que no produce ni euforia ni excitación ni somnolencia, que no es seco y sólo tenue, imperceptiblemente perfumado. Es aquí donde –dice Alfonso Reyes– "Montaigne se instala en la vida", como un bibliotecario feliz "en el gabinete de las Musas". Aquí Montaigne, según la inscripción esculpida en el tercer piso, "vino a retirarse a los 38 años... buscando el seno de las Doctas Vírgenes..." Pero para "servirse solamente de ellas como de juguete y pasatiempo".

Montaigne no era hombre de gran estatura, más bien pequeño pero fuerte y, para trasponer el umbral de su Torre, que mide, al igual que

el de todas las demás puertas, un metro sesenta de altura, no tenía que agachar la cabeza como los orgullosos, dice él, que al llegar aquí "bajan los cuernos". La entrada a la Torre y el acceso al castillo prácticamente coinciden, pero la puerta de la primera se abre al norte mientras que la de éste da al poniente.

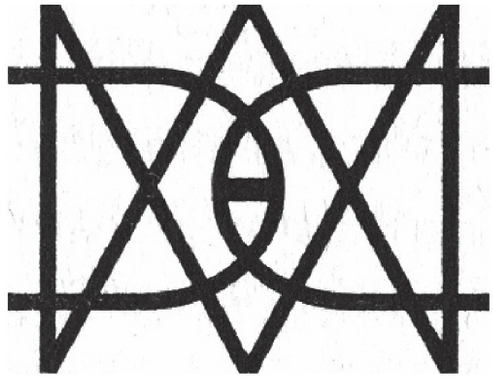
Desde esta situación, Montaigne trilla las visitas –y repitámoslo– separa la paja del grano.

Esta orientación clarifica e ilumina a la Torre de Montaigne durante todo el día. En el primer piso está situada la capilla y tiene, al igual que toda la cilíndrica morada, diez metros de ancho. Una imagen del arcángel Miguel preside el altar. Es una reproducción del siglo XIX, pero Montaigne al parecer tenía un cuadro con un motivo similar, el arcángel jineteando un caballo mientras da muerte con la espada al Dragón que parece más bien herido por la mirada fría, desdeñosa, del Enviado de Dios. Montaigne era de los que le prendían, según el caso, hoy una vela al Santo y mañana otra al Dragón: "una veladora a san Miguel, otra a su serpiente... Seguiré al buen partido hasta enfrentar el peligro, pero exclusivamente si puedo." En esta capilla fue bautizado el niño Michel de Montaigne en brazos de un padrino y una madrina "de la más abyecta fortuna", gente pobre de la región como aquellos otros campesinos de la aldea próxima, Pappesus, adonde fue encomendado a una nodriza miserable "a fin de educarlo en la más baja y común manera de vivir" –costumbre nada excepcional en la Francia antigua que sí sabía tratar a los pobres. El motivo y el Santo florecen ubicuos no sólo en esta capilla sino por toda la región que lo fue de caballeros y alquimistas antes de ser escenario, primero de las conquistas inglesas y, luego, de las guerras de religión. Llama la atención un detalle curioso que comunica al primer piso con el segundo: el cañón, corredor sonoro, tubo acústico, ventana o abertura interior que permitía a Montaigne asistir a misa desde un nicho labrado en el segundo piso. Esta costumbre de *espiar la eucaristía* y de entrever como un mirón el misterio de la Misa, la comparte Montaigne

con otros personajes notables de aquella Europa, por ejemplo, Felipe II quien, allá en su Escorial, fue también un *voyeur* de la hostia. Para alcanzar el segundo piso, se sigue el caracol de una escalera de veintiocho peldaños que, como la Puerta Estrecha, sólo consiente a una persona.

Aquí, en el segundo piso de la Torre, estaba instalado "un dormitorio, con sus accesorios, donde me acuesto con frecuencia para encontrarme solo y que tiene junto a él un espacioso guardarropa".

En ese piso intermedio, además de la cama, está el cofre de viajero que esperó casi dos siglos para que a alguien se le ocurriera volver a abrirlo. Por fortuna, el canónigo Prunis, autor del descubrimiento, no fue una de esas vacuas señoras para quienes poner orden y echar a la basura son sinónimos, y así salvó el manuscrito del *Viaje a Italia* que el ensayista y conversador *dictó* a su secretario. (Y si Montaigne dictó, yo no profano el género escribiendo esta bitácora de navegaciones terrestres mecido por las veloces ondulaciones del tren rápido [TGV]). El grueso baúl de cuero –nos dicen– es el mismo que Montaigne llevó (cargado de libros que no siempre leía) en los numerosos viajes que emprendió desde este país Gascón hacia Francia, Alemania e Italia por las más diversas razones –oficio, salud, entretenimiento–. Aquí, en esta recámara, en el segundo piso, falleció el ensayista el 13 de septiembre de 1592. Con pabellón y baldaquín, la cama es réplica fidedigna de la auténtica que en vida sirvió a Montaigne para incubar ideas. Si el baúl evoca al conversador y al viajero infatigable que habría preferido pasar la vida sobre una silla como jinete a apoltronarse en un diván, la cama trae a la memoria al austero caballero que se acostaba en un lecho "duro y solo como los reyes antiguos, y apenas cubierto". Atrás se encuentra, en un breve anexo a la Torre, el guardarropa, con una chimenea que era encendida sobre todo en invierno, a la hora del baño semanal. Antaño ese gabinete estaba lleno de pintura al fresco, según dice él mismo ensayista, hoy sobre la chimenea sólo se advierten los vestigios de un monograma que, reconstruido, sería así:



(Obsérvese que las dos *C* que se cruzan están unidas por un guión figurando así la letra griega O, inicial de Dios.)

La escalera sigue su caracol dieciocho peldaños hasta el tercer piso que es, como el Tercer Libro de los *Ensayos*, el espacio, la habitación más personal. Reverencia: llegamos a la soñada biblioteca circular que iluminan ventanas abiertas hacia los cuatro puntos cardinales. A pesar de su modesta altura (no más de veinte metros) y de su radio (no muy amplio pero nada estrecho "hasta diez y seis pasos de diámetro completamente libre"), el constructor y habitante de la Torre de la Montaña (voz algo irónica en el paisaje casi plano) podía vivir en este sitio durante meses, largas temporadas, girando literalmente alrededor de su propio eje. Aquí –parafraseo– "hojeo a tal hora un libro, a tal hora otro, sin orden ni concierto, al desgaire; tan pronto sueño, tan pronto escribo y dicto, paseándome, las fantasías que aquí pongo. Mis pensamientos duermen si los siento. Mi espíritu se detiene si las piernas no caminan". La biblioteca estaba compuesta en buena parte por los libros que le heredaron su padre y el llorado y queridísimo La Boétie. Estaba dispuesta en libreros circulares, de cinco entrepaños, separados unos de otros por un espacio de pie y medio. La admirable biblioteca circular no tenía los libros ordenados verticalmente como se hace hoy, sino acostados de plano unos

sobre otros, según la usanza de la época. Montaigne estaba orgulloso de la disposición, pues le permitía dominar con una sola mirada esos "mil volúmenes de libros" desplegados a su alrededor como si la biblioteca fuese el tablero de una nave.

Otro nicho labrado sobre la ventana abierta al oriente sugiere que Montaigne se sentaba en invierno a leer ovillado, incrustado en la piedra como una polilla de resurrección que sólo devorara libros para devolverles la vida con esa inteligencia que –dice Alfonso Reyes– es "una especie superior de alegría". Una discreta tronera nos recuerda que los tiempos eran de pelea y de irreductible odio entre güelfos y gibelinos. También nos hace pensar que los *Ensayos* son una construcción defensiva edificada para resistir la ebriedad de la guerra y que los libros "son la mejor munición que haya yo encontrado en este humano viaje".

En una de las paredes de la Torre cuelga la imagen de una de las primeras y más fervientes lectoras de Montaigne, la picante Marie de Gournay, llamada así por un malicioso contemporáneo que aludía tanto a sus punzantes respuestas como a las rígidas cerdas que prosperaban en su mentón. A la severa y silenciosa *Madame Louppes*, Antonia López de Villanueva, de estirpe hebrea martirizada por la Inquisición, y seguro pariente de aquellos marranos que dieron nombre a la *Rue Judaique* de la próspera Burdeos, al principio le hizo sin duda poca gracia la presencia de esta muchachota vivaz y un poco gruesa y, en todo caso, mejor hecha para confirmar la fama misógina de su hijo que para desmentirla. Poca gracia que Montaigne, años después de casarse con la discreta Françoise de la Chassaigne y tener con ella a su hija Eleonor, fuese a buscar una esposa para sus papeles. Hoy otros libreros circulares amueblan las paredes, pero la mejor biblioteca de la Torre son las sentencias que el mismo ensayista mandó tallar en las vigas del techo como un firmamento inteligente para sus ojos de hombre pequeño acostumbrado a levantar la cabeza. Al tocarlas con la mirada, sentimos que, con estas inscripciones, casi todas escritas en griego o en latín, rozamos los tatuajes impresos en

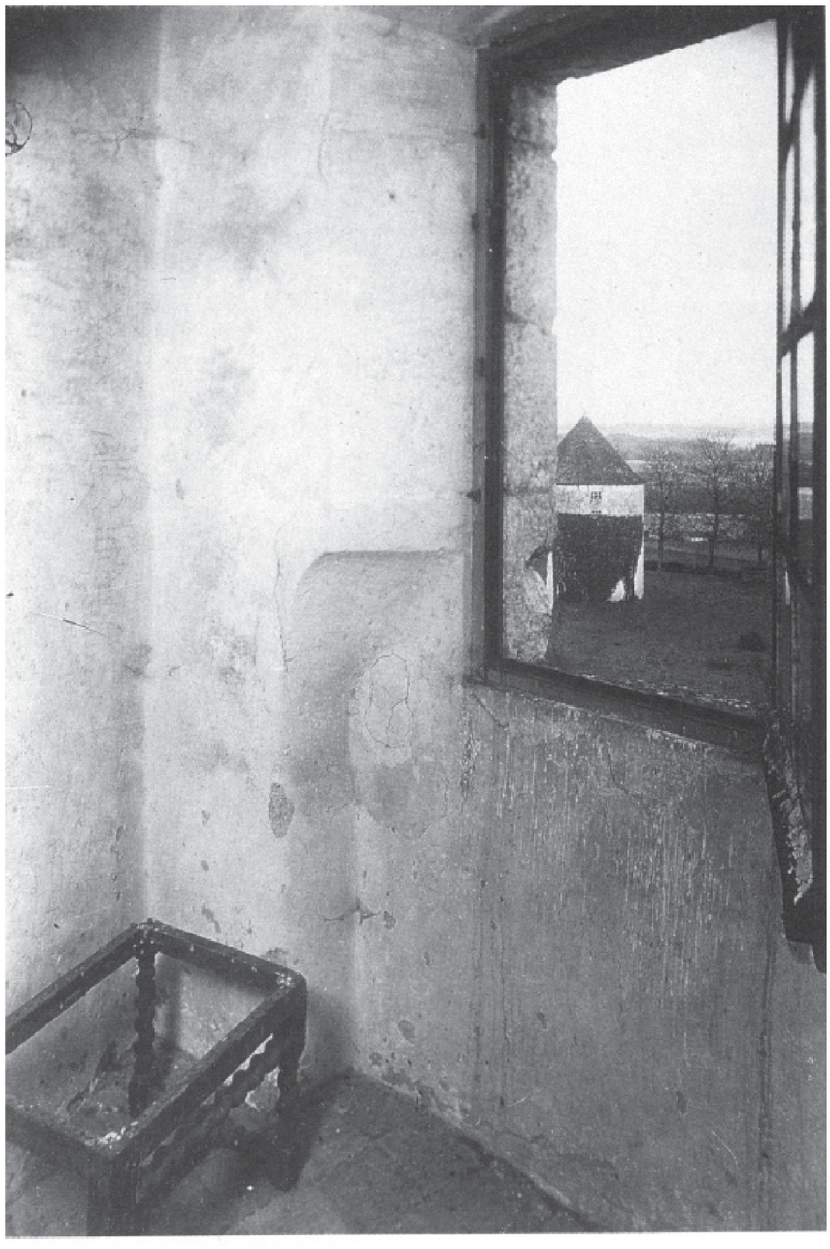
la piel mental de este raro hijo de Piscis que se les escabulle a todas las filosofías, saltando de un pirronismo feroz a una muy *sui generis* filosofía de la naturaleza humana, sólo afín a cierto escepticismo y epicureísmo cristianos. ¡Qué casualidad que la judía Antonia López de Villanueva, la taciturna madre de nuestro amigo al que sobrevivió varios años, comparta la última morada con el Doctor Angélico, santo Tomás de Aquino, en la no tan distante Catedral de Tolosa!

Las sentencias escritas en las vigas, las máximas que se superponen a las citas más antiguas, sugieren que Montaigne trataba los polines de la Torre como si fuesen otras tantas páginas de esos *Ensayos* que revisaba y corregía continuamente. Y por eso la Torre es en sí misma una edición monumental, un libro de piedra donde el autor va tallando, con estilo punzocortante, frases que resumen la sabiduría antigua a la que él se ha encargado de dar nuevo florecimiento. Después de observar con atención todas y cada una de las sentencias, después de intentar descifrar algún palimpsesto, nos percatamos de la perfecta acústica que permite oír en el extremo opuesto, el susurro con el que el atento guía continúa la charla. Como los *Ensayos*, la Torre es un espacio de ecos y resonancias. Aquí se entregaba por placer y por juego al trato con las musas, aquí se sustraía de las obligaciones impuestas por "la comunidad familiar y civil"; aquí recobraba todo el gobierno de sí mismo "pues –dice– en otro aposento mi autoridad es sólo verbal, confusa, teórica". Aquí encastillado en su biblioteca pero sólo de día y "nunca de noche", leía a los poetas y filósofos de la Antigüedad, jugaba con las ideas, ponía a prueba la memoria; aquí leyó al cronista López de Gómara y tuvo ante sus ojos, durante la lectura, una visión de Anáhuac; aquí estuvieron colgadas entre los libreros –como sabe el inmemorial Germán Arciniegas– las hamacas y las flautas indígenas, las maracas y las muestras de casabe, los escudos de madera. Aquí tradujo los poemas guaraníes que a él le recordaron a Anacreonte y que Alfonso Reyes devolvió al español de esta suerte:

Vengan a todos a la fiesta
a devorar a un valiente:
la ley de la guerra es ésta.
También me he hartado yo de vuestra gente:
de vuestros padres y de sus hazañas,
el gusto lo encontraréis en mis entrañas.

La tarde baña las paredes construidas con amarilla piedra caliza, con una suave luz dorada que ellas parecen irradiar. No, no fueron los demonios del Mediodía los que Montaigne debió vencer para escribir sus *Ensayos*. Esos demonios suyos deben haber sido tan risueños como las musas, taciturnos como ninfas, y su melancolía ligera como el agrio resabio de los Médoc, afilada como un alfiler. El comercio del espíritu, superior en casi todos los aspectos al de la amistad y al del amor, tiene también sus riesgos. A pesar de todas sus grandes cualidades –"no hay ningún goce sin dolor"– el trato con libros tiene sus inconvenientes: "El alma con ellos se ejercita, pero el cuerpo, cuyo cuidado nunca olvidé, permanece mientras tanto sin acción, cae por tierra y se entristece." Adivinando a *Don Quijote* que será escrito años después advierte: "Ningún exceso es para mí más perjudicial ni que en la declinación de la edad deba más evitarse".

Al bajar por la estrecha escalera de la Torre, me doy cuenta de que salgo de ahí con la misma sensación perdurable con que se deja la casa de un amigo, con la impresión de cerrar provisionalmente un libro de constante compañía. En el vestíbulo, el guía me sugerirá que compre una botella del tinto producido con las viñas del castillo y con la Torre estampada en la etiqueta. Me dice con una sonrisa musical: "Después de todo, también hacíamos vino en el Castillo en tiempos de Montaigne." "Es Bergerac pero parece Mouton", respondo halagando el caldo y para atesorar la botella. Un último gesto antes de abandonar el parque: pongo entre las hojas de un libro (Screech: *Montaigne & Melancholy*) la de uno de los castaños que pueblan el jardín.



Là, je feuillette ...

9. En Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, Présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 160.

8. EN EL PAÍS DE MONTAIGNE (II)

Al día siguiente, después de una noche de amarillenta luna llena, vamos a las cavernas de Lascaux a visitar la casa de otros abuelos. ¿Quién le diría al mozo que descifraba un ensayo de Georges Bataille sobre el arte como sacrificio en los toros de Lascaux que un día, después de atravesar ríos, prados y bosques con sonoros nombres terminados en *ac*, llegaría a contemplarlos en el facsímil de su caverna? Las pinturas tienen 17 mil años de edad. Están reproducidas en dos cuevas galerías: una amplia y vasta como salón y otra larga como corredor. ¿Facsímil? ¿Reproducidas? Sí, porque Lascaux II es en realidad una copia idéntica al original que se encuentra situado a unos metros de ahí pero que fue clausurado porque la luz y los visitantes estaban produciendo en la piedra unas enfermedades –la verde y la blanca– que ya amenazaban la sobrevivencia de las pinturas. El facsímil es tan asombroso como el original –con la diferencia de que los nietos, además de las pinturas, reprodujeron grieta por grieta y pared por pared las cavernas originales. Los abuelos que inventaron la paleopolítica hace 17 mil años aprovecharon el relieve de la piedra para simular los volúmenes y el movimiento de los animales que pintaron con tintas rojas, ocres y negras sobre la misma piedra amarillenta –color luna llena, color arcilla– que ya encontramos en las criptas de Saint-Emilion, en la Torre de Montaigne y en casi todas las construcciones de la región. La mayoría de los dibujos corresponden a toros y caballos que se yuxtaponen insensiblemente y surgen como sombras unos de otros dando una impresión de movimiento. Pero ¿por qué los abuelos no delinearon la silueta del reno que era su alimento básico y sí la del toro y la del caballo que sólo sacrificaban ocasionalmente y en

esporádicos ritos? ¿Cuánto tiempo tardaban en pintar cada bestia? ¿Por qué los toros parecen dibujados a imitación de un artista cretense cuando no de Picasso? ¿Y el caballo que aparece patas arriba será un rasgo de humor realista que ha querido figurar la forma en que el animal se rasca la espalda en el prado y saluda la primavera? ¿Por qué casualidad morfológica algunos de estos caballos recuerdan a los pintados por los chinos? ¿Y esa especie de caballo con un cuerno en la cabeza: es de veras un unicornio? Alegría y reverencia, admiración sin reservas ante un trabajo tan bien hecho y que por falta de palabra mejor llamamos arte, azoro ante la aparición relampagueante de una humanidad que ya estaba, íntegra, aquí. Y algo también infinitamente familiar y no asombroso. Alivio: sensación de vuelta a la hospitalaria casa de los ancestros. Cada quien lo expresa como puede. Un profesorcito, citado en el prospecto que se distribuye a la entrada, dice que Lascaux es la Capilla Sixtina de la prehistoria. Tal vez, allá él. Yo prefiero sentir aquí la semilla del hombre antes de la gimnasia burocrática de los faraones, de la ciudad antes del Estado, de la horda anterior a la familia y ver en estas cavernas la balsa, la incubadora de una comunidad arcaica, un club totalitario ferozmente dedicado a autorreproducirse, una isla flotante y a la deriva, apenas protegida de la noche por el paisaje sonoro, por la atmósfera acústica de las canciones, gritos y arrullos que estremecían las paredes de Lascaux mientras trabajaban los pintores a la luz de las antorchas. Si en aquellas balsas arrojadas a la corriente de los tiempos, en aquellas comunidades arcaicas –recuerda Peter Sloterdijk: *En el mismo barco*–, el espacio de las relaciones madre-hijo era el gobierno que permitía pilotear la isla flotante de la horda, ¿quiénes podían pintar? ¿Cómo se transmitía el conocimiento de la pintura y qué vínculos psico-acústicos-poesía, música lenguaje, ritmo, la rodeaban? ¿Cuántas generaciones pintaron las más de 1 500 figuras que existen en Lascaux? ¿En qué condiciones fue herido el hombre con cuerpo de alambre y cabeza de pájaro que cayó de espaldas ante un bisonte despanzurrado y por qué vemos alejarse más allá a un

rinoceronte rodeado como de estrellas, los mismos seis misteriosos puntos (agrupados de dos en dos) que aparecen en el salón de los felinos?

Y ya no podremos preguntárselo a André Leroi-Gourhan, el amigo y maestro de Claude Lévi-Strauss, que nos dejó como testamento su monumental *Dictionnaire de la Préhistoire* (1988). Pero tal vez nos hubiese dicho: naturalmente los hombres tenían que tener ese ojo y esa memoria, esa voluntad de celebrar, hacer perdurar y compartir lo que vieron sus ojos; naturalmente tenían que buscar unas cuevas y pintar en ellas, trepados en un complejo andamiaje, esas bestias que los fascinaban, que marcaban como ellos su territorio y a las que figuraban acaso con augurio venatorio, acaso solemnizando y transfigurando su sacrificio.

Como si ese viaje en el tiempo no bastara, salimos de ahí hacia las grutas de Elzezie que tienen 60 millones de años y donde prosperan desde entonces bosques diminutos de estalactitas, estalagmitas y formaciones excéntricas, enunciados guturales, rimas geológicas de la inteligencia mineral. Lo que llama la atención en las grutas de Elzezie es la cantidad de formaciones que prosperan en un espacio relativamente reducido. Nos fijamos en un pilar o más bien en una estalactita y una estalagmita que están a punto de formar una columna. "Sólo unos trescientos años más y tendremos un pilar. ¿Qué tal si regresamos entonces para ver cómo quedó?", dice el guía –seguramente repitiendo el mismo chiste fácil– y haciendo guiños con sus pequeños ojos traviesos de salamandra.

La salamandra es el emblema de la medieval y misteriosa Sarlat. Lo es de los alquimistas y lo fue del rey Francisco I quien dibujó en sus armas una salamandra en medio del fuego con la leyenda: *J'y vis et je l'éteins*. En la iconografía medieval la salamandra representa al justo que no pierde la paz de su espíritu y la confianza en Dios en medio de las tribulaciones. Montaigne encontró a la salamandra en un hijo de Sarlat: el llorado Étienne de la Boétie cuya casa aquí se conserva no lejos de un simpático conjunto de ocas en bronce tamaño natural. No existen muchos testimonios confiables acerca de la inmunidad al fuego de este reptil legen-

dario. Por ello es inestimable el de Benvenuto Cellini quien a los cinco años (1505) fue llamado por su padre junto con su hermana para que vieran jugar a una pequeña salamandra entre las brasas incandescentes. Acto seguido, continúa la *Autobiografía*, le dio al hijo un bofetón para que nunca la olvidara. Si la Dordoña tiene una geografía densa como un paté de hígado de ganso, Sarlat es la capital del *foie gras* y la cuna de La Boétie, el amigo de nuestro amigo, el autor de la teoría política de la servidumbre voluntaria en su incendiario opúsculo *Contra el uno*. La coincidencia no deja de tener su malicia cuando se entera uno de que ocas y gansos, pese a la brutalidad del procedimiento con el que se les inflama el hígado, terminan acostumbrándose y exigiéndole al propietario, con el pico abierto, que les llene el buche, anécdota que nos hace apreciar mejor tanto al *foie gras* como a La Boétie. Para él, la servidumbre no era una idea innata sino un producto de la costumbre. Al igual que Ronsard y Montaigne, La Boétie se inspiró en el carnaval brasileño de Ruán, organizado para celebrar la llegada al trono de Enrique II en octubre de 1550. A diferencia de Ronsard, no fabuló un poema como el de las Islas Afortunadas; escribió en cambio unas cuantas frases que pueden trufarse sin dificultad en el célebre ensayo sobre los caníbales de su amigo Michel y que acaso lo inspiraron: "Si por ventura nacen hoy gentes distintas, que no están acostumbradas a la servidumbre ni temen la libertad... y a ellas se les pone a elegir entre ser siervos o vivir libres... no hay duda que se inclinarán mejor a obedecer a la razón que a servir a otros hombres". Aunque también, podría concluirse de ahí –como dijo el otro– que los hombres se inclinan naturalmente a servir a los filósofos.

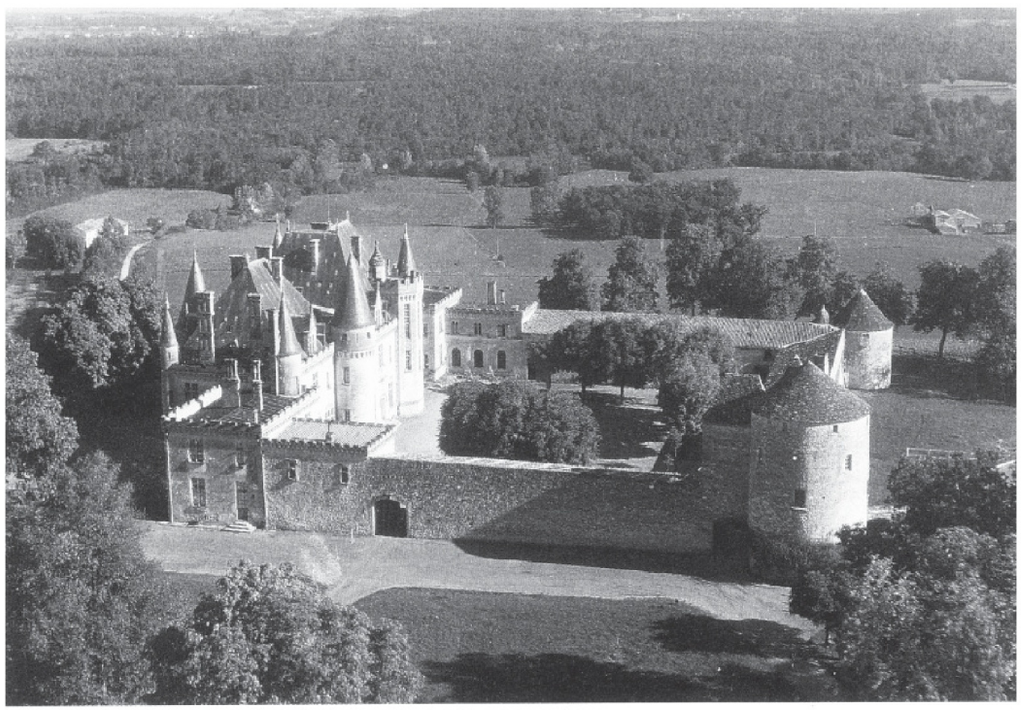
¿Y las salamandras? ¿Qué se hicieron las salamandras? Al parecer se extinguieron con el fuego de los alquimistas o se las acabó el ya mencionado Francisco I en el castillo de Chambord adonde hay una pareja en cada columna. Sólo supieron dejar su recuerdo estampado en el escudo de algunas familias, por ejemplo en el de los Lacoste que abandonaron el castillo de la Dordoña para dedicarse a hacer camisetas adornadas con

un pequeño lagarto verde –en realidad una salamandra que parece matar el tiempo a carcajadas. Las salamandras desaparecieron y hoy sólo se encuentran estampadas en algunos portones antiguos o viviendo en el fuego de algunos poetas. Por ejemplo –para no mencionar el de Octavio Paz– la de Yves Bonnefoy:

> La salamandra sorpresa se fija
> y finge la muerte.
> Tal es el primer paso de la conciencia de las piedras.
> El mito más puro.
> Un incendio que se atraviesa,
> y que se llama espíritu.

Pero ya se hace tarde y hay que llegar al castillo de Beynac (románico, siglo XII) adonde un letrero comedido le advierte a uno que sí, sí se puede visitar el castillo en compañía del perro. La cosa se explica cuando se da uno cuenta de que el castillo está rodeado de casas –todas con perros que mueven la cola, todas con ancianas que ladran al intruso y flores que se curan de las inclemencias de unos con los cuidados de las otras. Por aquí pasaron Ricardo Corazón de León y sus caballeros andantes, Simón de Monfort y sus mercenarios, por aquí los caballeros de la orden del Temple encontraron refugio. Pero ¿aquel pastor inglés no se parece en la forma de mirar al valiente que no regresaría de la cruzada? ¿Y el susceptible pequinés no recuerda al caballerango del mismísimo Ricardo? El castillo de Beynac, uno de los mejor conservados de Francia, está situado en un alto risco que en noviembre queda rodeado por las nubes y hace pensar que zarpará con todo y murallas por el cielo como un enorme buque de piedra. El resto del año domina el valle como un juez la pista de los jinetes. Fue quizá todo esto, el aire dulce y suave o la fuerza de la salamandra la que trajo hasta esta otra montaña mágica a Paul Eluard a escribir en una casita minúscula junto al castillo su *Poesía interrumpida*.

Levantemos, como se hace a todo lo ancho del Périgord, una cucaña y adornémosla de banderas y flores para decir mientras bailamos. ¡Honor al patrón! ¡Gloria a Dios que en sus alturas tuvo la ocurrencia feliz de inventar Dordoña y Périgord!



Cl. Lapie — Photothèque française

Pour ce mien dessein, il me vient aussi à propos d'écrire chez moi,
en pays sauvage...

10. En Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, Présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 96.

9. VIAJE DEL DIARIO DE VIAJE POR FRANCIA, ALEMANIA E ITALIA

El *Diario de viaje por Francia, Alemania e Italia*[1] de Michel de Montaigne viajó en el tiempo muchos años, ciento noventa y cuatro antes de ser publicado. El *Diario* es una obra compuesta en más de un sentido: tan pronto escrito por un secretario (112 páginas), tan pronto por el propio autor (166 páginas), redactado en parte en francés y en parte en italiano, el texto vacila entre las personas del verbo (de "el señor de Montaigne" visto por el secretario anónimo a la primera persona del plural en francés y en italiano). Las 278 páginas del manuscrito cuentan los 430 días (17 meses, una semana y un día) del itinerario. Montaigne viaja alrededor de un año y medio en busca de la salud. Va deletreando la tierra con los pies y podría decir con el Nietzsche de la *Gaya Ciencia*:

> "Escribiendo con el pie"
> Yo no escribo sólo con la mano:/ el pie también quiere participar./ El camino va por mí, firme y valiente,/ unas veces por el campo, otras por el papel.[2]

Montaigne se pasea por placer, cierto, pero las de su viaje son estaciones termales, la puntuación de su paseo la dan los cálculos, piedrecillas y arenillas que arroja continuamente su esfínter urinario. El hilo de

[1] Michel de Montaigne, *Diario de viaje por Francia, Alemania e Italia*, edición bilingüe de José Miguel Marinas y Carlos Thiebaut, Debate CSIC, Madrid, 1994, 211 pp.

[2] Friedrich Nietzsche, *Gaya Ciencia*, Austral, núm. 52. Edición y traducción de Luis Jiménez Moreno, p. 60 y F. Nietzsche: *The gay science*. Traducción y comentarios de Walter Kaufman, Vintage, Random House, 1974, pp. 62-63.

Ariadna que lo guía por entre baños, duchas y termas se desdobla, hacia el interior, en una sonda líquida; Montaigne viaja, se baña y bebe. Al paisaje transitado y descrito corresponde una réplica clínica de flemas, humores, piedrecillas y cálculos de diversos tamaños y colores que él mismo se encarga de describir. La suya es entonces una curiosa soledad pues, adonde quiera que va, se las arregla para armarse una compañía, departir, conversar y aun fungir como anfitrión en fiestas que él mismo organiza y en cuyo paisaje hasta condesciende a bailar: "tras la comida hice un baile con los campesinos, y aun bailé para no parecer reservado".[3] Pero es el baile de sus entrañas el que más le interesa. Cuenta el número de vasos que bebe en cada lugar, compara la densidad, calidad y propiedad de las diversas aguas, aconseja sobre lodos y emplastos, registra flatulencias, irrigaciones, deposiciones, contrasta la orina por sus colores y densidades y va midiendo los husos horarios de su biología en ese otro reloj de arena que es su propio cuerpo, recipiente de cálculos, alacena de arenillas.

El viaje es un ensayo, una experiencia del cuerpo. El ondulante Montaigne busca el agua, la bebe, se expone a ella en duchas e inmersiones. Lo vemos remojarse y flotar por media Europa y, apenas baja del caballo, cuando ya se mete a una tina. El agua parece ser el elemento natural del hidrófilo Montaigne. Con una restricción: la del mar. Ni siquiera asoman como una alusión los baños marinos en el horizonte de ese mapa vivido y, por así decir, tatuado que es el *Diario de viaje por Italia*, y de hecho desiste de la visita a Génova con tal de no embarcarse: "No soportando yo el agua por el defecto del estómago". Cabalgar es necesario: navegar no. Viajar será encauzarse a pie o a caballo hacia los baños y estanques para tomarse el pulso, compulsar la hinchazón de los esfínteres contra la pesadez de la cabeza, medir por fuera y por dentro el nivel de las aguas. A medida que se familiariza con el mundo de los baños, se va abriendo paso su fama de conocedor, de juez de aguas y docto fiel de la

[3] *Op. cit.*, p. 145.

hidroterapia, sagaz paciente de sí mismo que tanto sabe y tanto se sabe que sabe que de aquí y allá se le solicita consejo: "De modo que este día y yendo ciertos médicos a hacer una consulta importante para un joven caballero, el señor Paulo de Cesi (sobrino del Cardenal de Cesi) que se hallaba en estos baños, me vinieron a rogar de parte suya si tenía el placer de atender a sus opiniones y controversias porque él estaba resuelto a atenerse del todo a mi juicio. Me sucedieron muchas cosas parecidas aquí y en Roma".[4]

¿Qué hubiese sucedido si no lo alcanza en Italia el mensaje de que, por segunda vez, ha sido elegido alcalde de Burdeos? ¿Cuánto más habría durado el viaje de Montaigne?

Sólo sabemos que "Cuando más me acercaba a mi casa, más difícil se me hacía lo largo del camino".[5] "Me aparto con gusto del gobierno de mi casa".[6] "En mi casa debo responder de todo lo que va mal (...)".

Constatemos, por lo pronto, que del *Diario de viaje a Italia* han salido para los *Ensayos* –como muestran J. M. Marinas y Carlos Thiebaut en su admirable edición– numerosas calas e interpolaciones, pues si el viaje es la horma del *Diario*, éste a su vez se divierte en los *Ensayos* impregnándolos con el cálculo de su arenilla vivida. Si en los *Ensayos* vemos asomarse al espejo, por así decir de cuerpo entero, la vida de la mente, en el *Diario* aprenderemos que a la pasión del pensamiento la sostiene la pasión de la observación, el acucioso escrutinio de lo vivido que se inicia en el examen de sí mismo, de los humores y orinas, por más que –dice Montaigne– "es una costumbre tonta contabilizar lo que se mea". A esa contabilidad la redime el viajero que sabe observar lo mismo el peso del agua en el riñón o los impulsos del agua bebida hacia el sudor que la derrama de ese otro, simbólico líquido, metal contante y sonante. "Cuando

[4] *Op. cit.*, p. 154.

[5] *Op. cit.*, p. 201.

[6] *Op. cit.*, III, 9.

viajo no tengo que pensar más que en mí mismo y en el empleo de mi dinero" (III, 9).

El materialismo de Montaigne durante este viaje no deja lugar a la discreción: desde los precios de caballos, posadas y alimentos hasta la calidad y consistencia de los lechos y ropas de cama (no pocas veces se verá obligado a dormir sobre una mesa por temor a los piquetes de las chinches); la calidad de la vajilla, la alimentación, los diversos enseres domésticos, signos visibles de las inasibles fisonomías morales de cada pueblo. Si es más cara Alemania que Francia o si en Italia –el colmo– el vino es regular, el queso bueno pero el pescado escaso, salado o en salmuera, rara vez fresco. Como si fuese una mezquina ama de llaves, un conserje trashumante, Montaigne lo mide todo: la distancia, el número de veces que se baña, la cantidad de vasos que se bebe, el dinero que le cuesta alquilar los caballos. Alienta en esas anotaciones el señor alcalde de Burdeos al que nada humano le es ajeno y que no en balde ha sido reelecto, que no por nada ha obtenido el título honorario de ciudadano romano, es decir ciudadano del mundo.

"Yo decía de las ventajas de Roma, entre otras cosas, que es la ciudad más abierta al mundo, en la que a la extranjería y la diferencia de nacionalidades se le da poca importancia; por su misma naturaleza es una ciudad hecha de remiendos de extranjeros; todos están en ella como en su casa."

Ciudadano de Roma, ciudadano del mundo. Sí del mundo, sólo del mundo –no del trasmundo–, pero entonces *de todo el mundo*: desde las piedrecillas y arenas que arroja continua y dolorosamente por la verga hasta las ruinas de los monumentos por los cuales no se deja seducir. Montaigne corre como un arroyo a su afluente: busca el agua y encuentra la conversación, va "buscando cualquier ocasión para encontrarse con los extranjeros".[7] Así, en el *Diario* asistimos al surgimiento de un personaje,

[7] *Op. cit.*, p. 60.

el señor francés que pregunta y se hace querer por su comedida curiosidad, el extranjero itinerante a quien los achaques no le impiden concebir paseos ni inventar fantasiosos excursos alrededor de las excursiones.

"A quienes me preguntan la razón de mis viajes suelo responder: sé de lo que huyo pero no lo que busco" (III, 9). Montaigne se aparta gustoso de la casa propia cuyo gobierno lo atormenta. Montaigne –recordémoslo– fue alcalde y hombre notable de Burdeos en una época de guerra civil y de continuas y sórdidas intrigas. Si viaja para respirar un aire menos deletéreo, no corrompido por la peste de la guerra y para solazarse en la contemplación de la diversidad moral: "todo cielo es para mí uno" –dice–, lo hace también por el placer de pasear. Lleva tan lejos su evasiva vocación, su cosmopolitismo electivo que critica a Sócrates por haber preferido la muerte al destierro (III, 9).

"(...) No lo emprendo ni para regresar ni para concluirlo; sólo lo emprendo para moverme mientras el movimiento me gusta. Y me paseo por pasearme."

O bien: "Cierto: el mayor disgusto de mis peregrinaciones es que no pueda yo tomar en ellas la decisión de establecer mi residencia donde me plazca y que me sea necesario siempre posponer el regreso para acomodarme a los humores comunes".

El arte de la digresión ensayística parece inspirarse o al menos encontrar réplica material en ese incesante devaneo, en ese continuo pero improvisado ir y venir que a veces hasta le llega a causar algún roce con la gente de su compañía. Montaigne abre los ojos y los oídos, sus pasos siguen los consejos que le llevan a conocer periféricas, aldeanas minucias. Abstinente, sobrio, sus únicas debilidades son la curiosidad –que lo lleva a los más recónditos manantiales– y la conversación que lo hace fraternizar con el último recién venido. Si se acerca en Roma a las prostitutas es para comprarles conversación, pero lo decepciona su insípida parquedad (p. 111). En cambio, en Empoli, cerca de Pisa como "en toda Italia" aprecia el noble arte de la gente rústica y sabe ver "a estos campesinos

con el laúd en la mano y hasta a los pastores con Ariosto en los labios", lecciones bucólicas que estima sin idealizar.

La errancia es sobre todo un conjuro contra la melancolía (p. 164). El viaje es una curación contra esa enfermedad del alma llamada tedio. Es un medio y un remedio contra el sufrimiento producido por la holganza: "Para mí no hay cosa más contraria a la salud como el aburrimiento y la ociosidad" (p. 110). Visitar las viñas y huertas de los alrededores de Roma, admirar la belleza de las Antigüedades o el ingenio gracioso con que ahí se trazan los jardines son cosas que lo distraen y apartan del tedioso abismo: "Todas estas diversiones me tenían bastante ocupado y no he tenido ocasión de caer en la melancolía que es mi muerte" (p. 111). El movimiento a que se entrega el cuerpo en el viaje sosiega la mente: "padecía mucho de los pies pero sentía un gran alivio en la cabeza" (p. 110). La melancolía nace en Montaigne de una conciencia agobiante de la herencia y del entorno propios, de un malestar inequívoco hacia el propio solar: "Diógenes respondió muy a mi gusto a quien le preguntó qué tipo de vino prefería: el extranjero, dijo."

En la escala de preferencias, el otro viene en primer lugar y él sólo respira a gusto en la inestabilidad: "Entre las condiciones humanas, ésta es asaz común: que nos gusten más las cosas extrañas que las nuestras, y amar la mudanza y el cambio" (III, 9).

A un ciudadano del mundo los sabores de la tierra nativa no le son necesariamente dulces. Pero un cosmopolita para quien el cielo es uno, tiene derecho a hablar del odio al país natal. No sólo se trata de que un "intelectual" sólo se encuentre a gusto entre libros. La ecuación entre viaje y escritura, paseo y ensayo, turismo y lectura postula una inversión radical: los medios (las sendas y caminos) se transforman en un fin en sí mismo, el camino es la meta del camino, mientras que la verdad queda suspendida, aplazada por la delectación del método que aplaza el fin y encarece el sentido.

"(El camino) No lo emprendo ni para regresar ni para concluirlo: sólo lo emprendo para moverme mientras el movimiento me gusta. Y me

paseo por pasearme. Cierto: el mayor disgusto de mis peregrinaciones es que no pueda yo tomar en ellas la decisión de establecer mi residencia donde me plazca y que me sea necesario siempre posponer el regreso para acomodarme a los humores comunes."

¿No queda claro así que Montaigne, además de evolucionar a saltos y amparado por una intermitente licencia poética, se deleita en el ensayo de su ensayo? Su camino se parece a su escritura, escribe de la misma forma que pasea: "No dibujo ninguna línea definida, ni recta ni curva". Por lo mismo Montaigne se aleja de las conclusiones del mismo modo en que huye del sitio a donde va a reposar: "Decía también que le parecía asemejarse a aquellos que leen un cuento muy agradable y que tienen miedo de que termine pronto como ocurre con un buen libro; él mismo experimentaba un placer tan grande en viajar que odiaba la proximidad del lugar en que debía reposar, y proponía muchos proyectos para viajar a su aire si podía hacerlo" (p. 60). El recuerdo del hogar no despierta en su pecho nostalgia sino melancolía: "Cuanto más me acercaba a mi casa, más difícil se me hacía lo largo del camino". Y se parece mucho más al escolar que no quiere saber cuándo terminarán las vacaciones que al regio Ulises desvelado por la amenaza de morir en el destierro.

Al igual que los *Ensayos* pero con mayor intensidad aún, el *Diario de viaje* escenifica un diálogo entre dos órdenes, la naturaleza bucólica y la mirada clínica. Por un lado el turista llamado Montaigne transita por el mundo como por un lugar ameno, un paisaje encantador y en cierto modo liso a pesar de las incomodidades y dificultades pues el Señor de la Torre viaja –él mismo lo admite– sin renunciar del todo a las ventajas o al bienestar aunque lo suyo sean los hostales limpios y honestos: "Los viajes sólo me hieren por el gasto que es grande y va más allá de mis fuerzas, como me he acostumbrado a hacerlos con un tren no sólo necesario sino incluso decoroso, tengo que hacerlos tanto más cortos y menos frecuentes".

Las asperezas mismas del clima adornan la naturaleza que atraviesa este caballero que sabe recobrar la Arcadia cada que pone el pie en el

estribo y que ha sabido remplazar el suspiro pastoril por la conversación al aire libre.

A diferencia del temperamento bucólico, cautivo del soliloquio,[8] Montaigne dialoga. Y dialoga consigo mismo a través del contraste entre la amenidad del paisaje en que se baña –ésa es la palabra– y la aspereza, ya no digamos el dolor, a que lo somete su propia naturaleza, su cuerpo que va dejando tras de sí un rastro de cálculos y arenillas, penosamente expulsados por la vejiga. La mirada clínica que registra con puntualidad una historia de la orina propia es fría e imparcial y no desdeña dar cuenta del color o de la forma de las dolorosas piedrecillas. Contabiliza la orina lo mismo que los gastos. La mirada clínica es también ojo administrativo, tacto parsimonioso sobre el dinero propio y ajeno; no extraña que en el *Diario* encontremos un saber de la limosna y la mendicidad.

Imparcial y puntual también, predispuesta al solaz y atenta a los caracteres estáticos y pintorescos, la mirada del viajero descansa en el espectáculo fluido del paisaje y de las costumbres ajenas que, antes de chocarle, le divierten. El diálogo entre estas dos miradas hace pensar en una comedia donde alternan el magistrado y el poeta bajo la mirada silenciosa del sabio que conoce cuán relativas son una y otra. El trabajo que va del *Diario* a los *Ensayos* se cumple así como una elaboración que decanta la comedia trivial del enfermo itinerante, del viajero que ha sabido hacer de su enfermedad un pretexto para el paseo, elevándola a una segunda potencia donde la geometría *se ablanda*, la filosofía se hace chismosa, da razones menores desistiendo de la majestad de la razón universal y así abre una escena cómica para las ideas que resuelve el misterio tremendo en ironía. Entre el paso por un escenario pastoril y la explicación médica dialogan en Montaigne dos sangres: la francesa y la judía, la primera observa y recuerda; la segunda reconstruye una cultura del éxodo, reinventa

[8] Sobre el universo bucólico, sus valores y transformaciones, véase Fabio Morábito, *Pastores sin ovejas*, CNCA, México, 1994.

el cosmopolitismo y atraviesa el desierto para salvar, para descubrir y reescribir la Ley que el aventurero sigiloso lleva en sí mismo.

No se hace Montaigne demasiadas ilusiones sobre su tarea: "Aquí están un poco más civilmente los excrementos de un espíritu viejo, tan pronto duro, tan pronto flojo, siempre indigesto" (III, 9).

"Entre las condiciones humanas, ésta es asaz común: que nos gusten más las cosas extrañas que las nuestras, y amar la mudanza y el cambio" (III, 9).

El viaje por definición es la muerte. En más de un sentido, prepararse a morir es preparar un gran viaje. En cuanto se siente señalado por la enfermedad y la muerte, Montaigne prepara su equipaje: "vayamos a morir y a rechinar los dientes entre desconocidos; no hay mucho mal en morir lejos y apartado". El viaje tiene la ventaja de aligerar la carga del pasajero de la muerte: "La mayoría de las cosas necesarias las llevo conmigo". El escenario de ese último viaje deberá ostentar una "sencilla limpieza que suele encontrarse mejor en los lugares donde hay menos arte y que la naturaleza ennoblece con alguna gracia que le es propia". Y si viajar, por lo demás, es signo de inquietud e indecisión, entonces ¿qué es lo que mejor conviene al indeciso e inquieto que se siente ahorcado por toda comodidad que no haya elegido él mismo? Si pudiese decidir su destino por él mismo Montaigne pasaría la vida a caballo con "el culo sobre la silla" –como lo ha probado con brío Jean Lacouture (véase más adelante: "Montaigne al trote escéptico").

Espejo de cuerpo entero, el viaje no traiciona: hace que la pluma obedezca a los pies y rompe el círculo vicioso del doble lenguaje que predica lo que no ejerce. Por ese motivo, el *Diario de Italia* ha de ser leído menos como un borrador o una cantera –aunque desde luego lo es– que como una prueba, un examen de la conciencia escrita y por escribir a la luz de la geografía. Así, la tercera edición de los *Ensayos*, conocida como la edición de Burdeos se lee como una corrección y como un ensanche que profundiza los surcos trazados y precisa la perspectiva del conoci-

miento de sí mismo gracias a la velocidad, a la sincronía obtenida por el *Diario*. En movimiento, el ondulante Montaigne accede a la quietud. El pie y la pluma alcanzan el equilibrio de las líneas paralelas que se acercan incesantemente con la promesa de cortarse en el abismo de un paseo infinitamente prolongado.

Zancadas, saltos, atajos, rodeos, desviaciones, regresos, cruces, la terminología del camino se manifiesta como un método de la escritura. Son extravíos y excursos de la libertad: "Mis fantasías se siguen, pero a veces sólo de lejos, se miran pero con vista oblicua" (III, 9). Los vasos comunicantes de las miradas oblicuas postulan una poética del reojo y recuerdan los "nudos" copiados en Italia por Durero. Estas suertes de mandalas, esas floraciones excéntricas y a veces concéntricas de la tapicería medieval o del diseño de los rosetones en los vitrales góticos encontrarán en la escritura zigzagueante de Montaigne una reescritura, otra lectura del laberinto. Montaigne, en su laberinto de ensayos que se replican y desdoblan, se reconcilia consigo mismo: "...el hombre no es más que una superposición de laberintos. Están en la base de los meandros del intestino, en la cima de las circunvoluciones del cerebro y entre ambos la red infinita de las arterias y de las venas. Cuando más laberíntico se es, más humano" (Michel Tournier a propósito de *La géométrie du labyrinthe* de Patrick Conti) (Albin Michel, 1996).

"Amo la andadura poética a saltos y a zancadas", "mi estilo y mi espíritu vagabundean por igual."

La intermitencia, la discontinuidad no denotan una falta de consistencia en el autor sino en el lector: "Es el poco diligente lector el que pierde mi tema, no yo". El mal lector se pierde en lo que cree un laberinto, se extravía en las entrañas de una madriguera cuyo sentido no ha sabido devanar. ¿No se percibe entonces que el paseo de Montaigne tiene no poco de danza, de jubilosa evolución y que ese viaje encubre un rito de paso? La divagación, el borroneo, el ir y venir cumplen una función incubadora: en el líquido amniótico de esa dispersión parece gestarse una

atención superior: una inteligencia cómplice de las diversas vanidades que interrumpen la fiesta de la razón. Burlarse de la razón, de sus héroes y monumentos es en cierto modo adelantarse a la muerte, postular la relatividad y afiliarse a una razón superior por ser desinteresada. Este desprendimiento es acaso el método más seguro de acceder al conocimiento de sí mismo.

(El viajero Montaigne ¿no tiene algo en común con Edipo? "Padecía mucho de los pies pero sentía gran alivio en la cabeza."

Dédalo, el Minotauro y Teseo conviven en Montaigne: construye un laberinto para albergar al ser híbrido que sostiene con la escritura una relación, por decir lo menos, poderosa.

El Minotauro carece de nombre propio que lo individualice. La voz de su monstruosa especie es la palabra que le da nombre. Algunas tradiciones sostienen que la voz griega para Minotauro, pronunciada bajo ciertas condiciones, tiene efectos de conjuro: el que la pronuncia deja de ser, a medias, humano.

Montaigne anda por un laberinto cuyos planes él mismo ha establecido: sus desviaciones se lanzan entre sí miradas oblicuas.)

El caballero, el diablo y la muerte, La melancolía y *San Jerónimo* son los tres grabados conocidos como los tres cobres magistrales –*Meisterliche*– trabajados con abismal minucia por Alberto Durero (1471-1528), quien muere pocos años antes del nacimiento de Montaigne (1533). La evocación de estos tres emblemas al releer los *Ensayos* quedaría autorizada sólo por las intensas relaciones que tuvo el maestro alemán con Erasmo y su círculo. Más allá, estos grabados representan los tres modos de vida del hombre –el moral, el teologal y el intelectual– en los que se cifra un camino que va de la estética a la ética, de la política a la fantasía (*phantasia*) y a la contemplación. Ni en Durero ni en Montaigne estas figuras aparecen aisladas y estáticas; participan de un movimiento; son misterios en un camino. Se ha discutido cuál es el orden que estas figuras asumen en Durero: ¿la serie debe de abrir con el caballero y concluir con San

Jerónimo o debe considerarse que el Ángel arquitecto de la Melancolía representa el pináculo de la evolución artística? Una lectura de estos emblemas desde el horizonte de los *Ensayos* postularía un camino inverso: el Ángel de la Melancolía se encontraría sin duda al principio del camino, pero el caballero no sería una representación por así decir primitiva del santo; el caballero no representaría la infancia o la adolescencia del Santo Editor de Dios sino que representaría en cierto modo su doble, pues en ambos, en el traductor y en el viajero, en el hombre del libro y en el hombre del estribo, la distancia con el hogar originario pasa a ser una condición, un principio. En el mismo sentido podría insistirse en una convivencia, en una participación simultánea de las tres personas que componen esta trinidad profana. Un diálogo incesante de la Ética, la Inteligencia y la Teología encaminaría al viajero por el camino de en medio, el camino que arranca en el cruce de caminos y se encuentra entre ellos, el camino que está entre la muerte y el diablo, entre el poder y la tentación fáustica del artista, entre la lectura y el viaje. El camino de en medio, ¿no habría que buscarlo en medio del camino? El camino medio relativiza los valores, pone, con moderación, agua en el vino. La enseñanza del camino medio es desde luego cívica y política, no sólo ética: *entre* ciudades y *entre* individuos buscamos el punto que cierra el triángulo. A su vez el camino medio por excelencia, ¿no es el cruce de caminos? El centro ¿es un camino o más bien la negación de cualquier camino?

El camino de en medio es a la vez evasivo y áspero y el laberinto más intrincado está en la línea recta: "Yerra el pueblo: se avanza harto más fácilmente por los extremos, pues la extremosidad sirve de límite, de contención y de guía, que por el camino de en medio, ancho y abierto" (III, 13). El *Diario de viaje* muestra que Montaigne no desdeñaba el conocimiento del camino acaso porque sabía que el conocimiento está en el camino, que la experiencia del camino representa una de las formas básicas del conocimiento.

El camino emprendido y reflejado por el *Diario de viaje por Francia, Alemania e Italia* de Michel de Montaigne tiene un objetivo preciso que, al atravesar los lugares, cruza el tiempo: su meta es Roma, su objetivo poner en las manos del Papa los *Ensayos*, su cometido: obtener de la autoridad del Papa Gregorio XIII (papa de 1572 a 1585) la aprobación de la Iglesia. Esa aprobación que el siguiente Papa Sixto V (de 1585 a 1590) retiraría poniendo a los *Ensayos* en el Catálogo de los libros prohibidos por la Iglesia para hacerlos así objeto de una singular consagración; estar en el *Index* de las obras censuradas y explícitamente desaconsejadas. A ese gesto y a ese viaje se debe tal vez en alguna medida el hecho de que los *Ensayos* hayan llegado hasta nuestras manos de esta singular manera.



Montaigne, por Chéreau el joven (1723).

11. En Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, Paidós, México, 2000, p. 64.

10. DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO. LECTURA DE ARISTÓTELES, MONTAIGNE Y THIEBAUT

¿Y qué pasaría con Aristóteles si la caverna platónica fuese la caverna craneana?
A.C.

–La casualidad no existe: varias casualidades forman una figura–.
VLADIMIR NABOKOV

"Todos los hombres por naturaleza desean saber" –dice Aristóteles en el Libro I de la *Metafísica*. "No hay nada más natural que el deseo de conocimiento", sostiene Montaigne en el Ensayo XIII del *Libro III*.

La coincidencia es, en efecto, asombrosa. ¿Es Montaigne un aristotélico agazapado "en tiempos de doble penumbra"? La coincidencia la suscita un filósofo español autor de un *Cabe Aristóteles* (1988) donde es cuestión precisamente de la actualidad del clásico. "Los clásicos son la otra cara del presente", escribe Carlos Thiebaut ahí, en la primera línea de su primer libro. Si Aristóteles y Montaigne tienen razón, es obvio que no nos están invitando a leerlos a ellos mismos o a sus comentarios sino a reconocer en nosotros mismos ese deseo de saber, ese apetito de conocimiento. En Aristóteles la invitación encauza hacia esa vida contemplativa e intelectiva en que la razón se considera a sí misma o se ejerce y contempla, por así decir, a contraluz del mundo. En Montaigne ya el deseo de conocimiento no se detiene en la razón cuando ésta falla y acude así a la experiencia y a su sapiencia. No en balde el Ensayo XIII del *Libro III*

("De la experiencia") inicia como una relación del conocimiento y concluye con un relato de la experiencia –desde la de ese "oficio sin nombre" (consejero de príncipes) hasta la forma de comer, el estilo de vida y la actitud ante la muerte.

Thiebaut insiste en que la suya no es una tesis filológica sino filosófica: le interesa contrastar –como un afinador de pianos que busca la misma nota en dos instrumentos– dos nociones (la experiencia y la memoria) en el griego y en el francés, a efecto de comprender la naturaleza y aun la ética de esa experiencia llamada lectura, llamada escritura. La experiencia, es cierto, se da en el presente; ahondar en ella es ensancharlo: ahondar en ella a través de los clásicos es enriquecerlo a través del conocimiento de la otra cara, pues "los clásicos son la otra cara del presente". Del mismo modo en que Aristóteles ponía a prueba la razón al tratar de historia natural y en que Montaigne se observaba a sí mismo a través de los otros (en un ir y venir de la gnosis a la comedia y de la comedia a la gnosis), Carlos Thiebaut –coautor con José Miguel Marinas de la mejor edición del *Diario de viaje a Italia* publicada en cualquier lengua– nos propone ir en pos de una ética de la lectura y de la escritura a través de una memoria comparada de lo que Montaigne y Aristóteles concibieron como memoria y como experiencia. Recordemos, por lo pronto, lo obvio: que la filosofía en la época de Aristóteles no se practicaba en la misma forma técnica, profesoral, casi diría burocrática en que se practica en esos recintos que hoy llamamos universidades y facultades.

La academia platónica, el liceo aristotélico, eran lugares de reunión, nombres de comunidades de individuos libremente asociados para compartir una indagación, pero sobre todo una forma de vida. Una relación singular entre discurso, doctrina y ética que traduce el hecho mismo de que obras como la *Metafísica* de Aristóteles no puedan ser consideradas como un texto en el sentido convencional, es decir, como una elaboración debida a una sola persona y escrita en un lapso preciso.

> Los textos de Aristóteles tal y como nos han llegado son notas de preparación de cursos a los cuales se añaden correcciones y modificaciones provenientes de Aristóteles o de las discusiones con otros miembros de la escuela. Y ante todo esos cursos están destinados a familiarizar a los estudiantes con los métodos de la escuela.
> (Pierre Hadot, *Qu'est-ce que la philosophie antique?*)

La llamada vida teorética –animada y movida por la pasión del pensamiento– presuponía en efecto algo más que una simple lectura o audición del discurso; exigía participación, diálogo, *familiaridad*, una experiencia del pensamiento: los *tratados* –ya sean de metafísica o de historia natural– se inspiran en un *trato*, así con la materia *tratada* como con el método del *trato*. Bajo su voluntad sistemática, ese enciclopedista llamado Aristóteles (o ese colectivo intelectual conocido con el nombre del filósofo) es un sensato devoto de la razón natural que se va revelando precisamente en su comercio con la razón natural. No es el caso aquí de deslindar los puntos de inflexión y de ruptura que oponen a la filosofía de Platón con la de Aristóteles. Sólo subrayemos de paso el papel central que la experiencia tiene en el argumento teorético del segundo, a diferencia del lugar que la memoria desempeña en la filosofía platónica. Es cierto: Pascal presupone a Platón como Montaigne a Aristóteles, pero si hacemos caso a Carlos Thiebaut repararemos en que el aristotelismo de Montaigne es radical, por así decir partisano, y tiene poco que ver con el aristotelismo de los tratadistas cristianos medievales que hicieron decir a Lutero que Aristóteles era el bufón de la Iglesia pues ésta le hacía decir lo que fuera. Carlos Thiebaut nos invita a imaginar una escena:

> Montaigne, en su torre, leyendo, intentando leer, ese comienzo de Aristóteles; glosando –y veremos la importancia ambigua de la glosa– sus primeros párrafos. Le rodean en su mesa... los dos tomos publicados de los *Ensayos*, que reescribe a la vez que escribe este tercero que aún son pliegos, el pe-

queño tomo de La Boétie –sus poemas y el *Contra uno*– que Montaigne, su albacea literario, editó, y un poco más lejos alguna súmula académica.

A esa escena evocada por Thiebaut, sólo añado un detalle: Montaigne pone sobre el libro abierto de Aristóteles un vidrio transparente pero de color verde agua que lo alivia de los reflejos demasiado incisivos del sol sobre la página blanca. Me gustaría imaginar el estudio de Thiebaut en Madrid con casi los mismos libros, más algún otro, por ejemplo, los *Tratados breves de historia natural* de Aristóteles, los *Ensayos* de Montaigne, la *Historia de la ética* de MacIntyre, *La semántica del tiempo histórico. Futuros pasados* de R. Kosselleck y el libro *Cabe Aristóteles* del mismo Thiebaut, del cual el texto que aquí comentamos, "Memorias y experiencia (Montaigne, lector de Aristóteles)", es, si no un epílogo ni una extensión, sí una reminiscencia. Podemos imaginar otra escena: por ejemplo la que rodea al comentarista de Thiebaut. Aparecen los mismos libros y se añade algún otro: *El diario de viaje a Italia* en la edición de José Miguel Marinas y Carlos Thiebaut; *Qué es la filosofía antigua* de Pierre Hadot es uno de ellos; el *Aristóteles* de Jaeger otro. Pero, ¿por qué el amigo de Carlos Thiebaut resolvió aceptar ser su comentarista? ¿Por qué Thiebaut comenta Montaigne en Aristóteles del mismo modo que aquél lee a éste? ¿En qué puede ayudarle a Montaigne cuya memoria y método transparenta la lectura de Aristóteles? ¿Cuál es el camino que lleva a Thiebaut a reconocer en la discusión, la experiencia y la memoria en el francés y en el griego una instancia, una coyuntura que le permite acercarse al presente y a la presencia de su propio pensamiento? No basta decir que la historia de la filosofía en Occidente podría recapitularse, como apunta el español en *Cabe Aristóteles*, como una historia de las lecturas en pro, contra y alrededor del griego. Tal vez nos ayude recordar que, viviendo en el siglo XX, al final de las fiestas y de los fracasos de la razón, la sobriedad intelectual de un Montaigne se vuelve hacia la experiencia y su lectura en busca de un aprendizaje abierto y desprejuiciado:

que sólo vale en el presente un interés ético y estructural en el presente. La experiencia es justamente la materia del ensayo que concluye los *Ensayos*. La experiencia de la lectura del ensayo sobre la experiencia nos da la clave (¿qué tengo yo que ver con Aristóteles?, ¿qué con Montaigne o con Thiebaut?); nos da la clave de la lectura de la experiencia: la vida humana sólo alcanza su plenitud cuando es vivida como experiencia, y la dimensión ética es la prueba de la calidad de la lectura. Pero sin olvidar a Aristóteles, intentemos, glosándola, seguir la experiencia de Montaigne tal y como se expone en el Ensayo XIII del *Libro III*.

(Digámoslo entre paréntesis, Carlos Thiebaut insiste en que la suya no es una tesis filológica sino filosófica. Sin embargo, no sabría prescindir de la filología –y qué bueno– pues, gracias en parte al compromiso de Carlos Thiebaut con las palabras y con la historia de las palabras –por ejemplo de la palabra *decantar*–, con su propio relato la escritura de su ensayo cala en la experiencia leída, permite a su vez que su texto se decante y se sedimenten en él otras lecturas, otras memorias.)

El deseo de conocimiento nos hace ver los límites de la razón: más allá de ésta sólo es de ayuda la experiencia. En la experiencia concluye el auto-engaño de la vanidad (tema del ensayo del *Libro III*) y empieza la reforma del entendimiento por los hechos iluminados, leídos por la razón. Pero la experiencia es múltiple: no tiene una forma sino muchas: ella es espacio de la diversidad. La universalidad de la razón con sus principios queda puesta entre paréntesis por la universidad de la experiencia, espacio de lo múltiple y diverso. Cara a la experiencia, las leyes inmutables son decepcionantes: "más valdría no tener ninguna" y la ciencia de las leyes, junto con la medicina, pertenece a una de las más riesgosas. La multiplicidad de las leyes reales o presuntas, de teorías y opiniones confunde y lo más saludable parece ser olvidarlas. El deseo de conocimiento empieza por la maravilla y la perplejidad –pero el relato del conocimiento, la glosa y su teoría, llevan de nuevo a la duda, una duda oscura y ya sin el fulgor de la maravilla–. En estas vacilaciones se puede perder la

salud –la salud mental–. De ahí que el deber del que desea el conocimiento sea, en primer lugar, averiguar cuándo ese deseo puede indicar una enfermedad de la mente –como en el caso del rumor, el chisme, la *comentaritis* y la *glosorrea*–. Pero si la mente sana siempre está descontenta –como el cuerpo sano pide el movimiento– habrá que tener cuidado de no tirar al niño con el agua sucia y, por rechazar la inflamación del comentario, negar el apetito de la verdad. El deseo de conocimiento es como un cazador o como un niño, merodea la ambigüedad, sabe y sabe que no sabe; no cree a sus ojos y, al mismo tiempo, curioso, lo sigue, va tras ellos. Es insaciable el saber y, como no reconoce meta, es errante, es inconstante, traiciona lo que acaba de apresar pues esa presa que era el objeto provisional de su conocimiento, el pretexto de su argumento, se ha transformado en un instrumento (¿será porque lo que queda detrás del comentarista que va en pos del autor es como una cáscara, una hueca vaina?). Comentar al comentarista puede ser un ejercicio superfluo si no sabemos por qué lo hacemos, si ignoramos no *tratamos* de: intentamos comprender por qué lo hizo él. Pero *tratar* de entender a los sabios ¿no sería también un ejercicio superfluo si no sabemos por qué lo hacemos –si no se sabe qué se busca, cómo y por qué aspiramos a la sabiduría, cuáles son los motivos que mueven nuestra curiosidad?

Pero si buscamos la verdad debemos empezar por reconocer su carácter arborescente para no desanimarnos en el laberinto de reflejos de la reflexión. "Nuestra disputa es verbal." Las ideas se entrechocan bajo las sábanas de la palabra; donde hay palabra, habrá querella, pero ésta es a su vez la materia del diálogo, la sustancia de la relación. Las leyes pueden parecer injustas y aun estúpidas, ¿pero justifica eso que volvamos a la selva? La justicia general conlleva alguna injusticia para lo particular: el abogado de la causa particular puede acarrear la desgracia del contrato social. Pero el que busca la verdad debe amar la libertad pues es precisa una disponibilidad enorme para acoger la diversidad de la experiencia y gozar de ella. La confusión y el tumulto derivado de la injusticia de

la ley pone a prueba la experiencia. En el laberinto de los comentarios, ¿no andamos sobre todo impulsados por la curiosidad? El que desea conocer busca, anda y camina por la inteligencia pero sus pies mentales se llamarán prudencia. Son más útiles y poderosos la observación y el conocimiento en sí mismo que la erudición y la memoria, pero, cautela, al clásico (Aristóteles o Montaigne) lo podemos leer para buscar nuestro propio tiempo, para conocer la edad del presente entre el nunca-más y el todavía-no –como diría Thiebaut–, para conocernos y encontrarnos a nosotros mismos. La primera experiencia del autoconocimiento es la del conocimiento de la debilidad de nuestros juicios y creencias.

El deseo de saber pasa por una crítica de los espejismos producidos por esa sed curiosa y argumentativa, por una terapia de las ilusiones cognoscitivas, interpretativas, hermenéuticas. Conocer al necio y a la seducción de que es capaz, a la tontería y al hechizo vegetal que ejerce sobre nosotros, a la vanidad y al encanto bestial que la deslumbra son formas modestas pero privilegiadas de emprender el conocimiento. La búsqueda de la verdad supone así una dimensión cómica: reírse de la forma autorizada, divertirse de la búsqueda –no buscada– de la certeza que emprenden los buscones que se pasan de listos. El juicio nos sirve para distanciarnos de apetitos y pasiones; gracias a él podemos verlos actuar ya atizándolos, ya reprimiéndolos o bien oponiéndonos a ellos. La prudencia prueba el autoconocimiento; a su vez el autoconocimiento es una demostración de prudencia. El conocimiento verdadero no puede prescindir del conocimiento de sí mismo, pero el resultado de éste sólo puede ser una exaltación de la ignorancia. Sólo la avidez de la propia tontería, el hambre de errores propios nos puede conducir al autoconocimiento. Los comentarios entonces son odiosos porque nos alejan de nosotros mismos y, si el deseo de conocer es natural entre los hombres, ese deseo genuino nos debe alejar de Aristóteles para acercarnos a nosotros mismos, alejarnos de nosotros para acercarnos al ensayo por venir, el de Montaigne. Así Montaigne aparece como un médico que devuelve al paciente a

que tome primero la medicina que le prescribe su médico de cabecera –su Maestro Interior– y luego lo vea a él: en ese sentido su actualidad es de una inminencia perdurable. Montaigne se conoce a sí en sí y en los otros: transmuta en gnosis la comedia y comedia en gnosis. Pero, ¿reírse de qué?, ¿conocer qué? Todo cambia tan velozmente que apenas empezamos a hablar de una cosa cuando ésta se desvanece. Cambian de nombre las calles de la ciudad. Cambia de nombre la Ciudad y no es menos inmutable la ciudad de los nombres, el idioma que cambia de piel y deriva una lengua en otra. Sujeto y mundo corren paralelos en dos cascadas igualmente inconexas y sujetas a leyes comunes. El conocimiento puede producir tecnología, pero ésta no nos hace menos ignorantes de nosotros mismos. La vocación más universal es ninguna; el filósofo es un hombre sin cualidades, una tabla rasa dispuesta a reflejar fielmente las nubes de cualquier cielo. Sin embargo actúa, por ejemplo, como consejero de príncipes "un oficio sin nombre". Éste es sólo un episodio pues el oficio verdadero de Montaigne es la auto-observación que lo hace describirnos su forma de vivir, de comer, de beber, sus actitudes y preferencias ante la enfermedad y la muerte, ante la memoria y la experiencia.

"Los clásicos son la otra cara del presente", y no es gratuito que Thiebaut descubra en Montaigne una experiencia que es la nuestra o una muy parecida a la nuestra: su recuerdo se le impone con actualidad apremiante "para conocer los límites de nuestro saber."

La experiencia exige, para ser plena, ser pensada; exige una lectura. Pero la lectura se da indudablemente como una forma de la memoria: la lectura y la experiencia están en el tiempo, y es en la fisura de esos dos tiempos donde salta el saber, un saber peculiar, el saber prudente del juicio. Ese espacio escéptico –"pirronismo resolutivo", lo llama Thiebaut– es un espacio que se alimenta de la memoria pero no depende de ella. Su prueba de fuego está en saber cuándo aplicar el conocimiento (la memoria) y cuándo atenerse al juicio y a la observación. ¿Es lícito leer como un síntoma de la actualidad y vigencia de las cuestiones que plantea Carlos

Thiebaut la coincidencia con el discurso, por ejemplo, de un Isaiah Berlin cuando reflexiona sobre las condiciones y límites del juicio político y advierte que "ser racional en cualquier esfera, exhibir buen juicio en ella es aplicar los métodos que han resultado funcionar mejor allí?"

Resumamos. Para ser plena, la experiencia exige ser pensada. Pide el paso de la razón por la impronta y la impresión, por el recuerdo, exige que la trama de la memoria sea anudada por el pensamiento y la razón, por un lenguaje que al cobrar plena fuerza se dará como experiencia. Pues el lenguaje sólo cobra verdaderamente el peso de su nombre cuando vida activa y vida contemplativa, vida política y vida teorética se presuponen y queda la sensación de que la vida es un ir andando en pos de ese *darse cuenta*, de esas razones para vivir y aun para sobrevivir, para educar y morir en paz habiendo delegado y enriquecido todos y cada uno de los dones recibidos. Dar cuenta de sí o dar cuenta del mundo y de sus leyes, en todo caso el ensayista y el tratadista: tratan. La conferencia, la conversación, el comercio escrito y oral, el trato, el intento, el roce, el pacto y, trato de tratados, la enciclopedia: de la autobiografía como metafísica a la metafísica como una variedad de la historia natural.

Montaigne se mide con Aristóteles, lo lee, más aún, lo pone en práctica; renuncia a la memoria del tratadista y del escoliasta y opta por olvidarse de él. Pero olvidarse de Aristóteles, olvidarse en él lo remite a una práctica de auto-observación, de experiencia inteligente, ordenada por las figuras recurrentes que deja y decanta la memoria. El intersticio por donde Montaigne –y detrás de Aristóteles– se cuela a nuestro presente es precisamente el de esa experiencia de la experiencia que es leer la vida y la historia desde un imperativo de la conciencia vivida que hace de la lectura y de la escritura una variedad ya no del conocimiento sino del cuidado de sí mismo. En la profundización y ensanche de este conocimiento y de este cuidado está el enriquecimiento de esa *segunda naturaleza*, la humana. Entre escritura y lectura, conocimiento de sí y medicina, terapia y geografía se daría quizá el mismo movimiento que va de la impresión

a la imagen y de ésta al recuerdo: el modelo de la experiencia y el de la medicina surgen como dos melodías paralelas en cuyo centro el oficio de nombrar aparece como una tarea en permanente movimiento y rectificación, en incesante ajuste. ¿El nombrar no será entonces como poner en sincronía varios relojes –el de la experiencia, la memoria, el lenguaje–? La puntualidad es uno de los rasgos esenciales del hombre y del nombre. Esa puntualidad distingue a Carlos Thiebaut, leído por Montaigne. Poner nombres al mundo es poner nombre al tiempo: nombrar el tiempo para alcanzar el mundo. Ésa es la medida de la ética de la escritura y de la lectura que despliega Montaigne y reconoce Thiebaut: la capacidad del sujeto de enriquecer el saber y el cuidado de sí al verse a sí como un objeto más del mundo, naturalistamente, ésa es la medida en que el ejercicio crítico de la lectura nos acerca a una lectura de la experiencia. Pasar en limpio, pasar en claro la experiencia (de Montaigne a Aristóteles) es en última instancia un buscar o mantener la salud, un cuidar la convivencia del sujeto mismo, el sujeto con el mundo.

Nadie recuerda el presente
Cuando está presente
del ahora no hay memoria
en el ahora.

ARISTÓTELES

Agua que va en el agua,
del arroyo en el arroyo
siempre agua distinta.

E. DE LA B.

"¿Cuál es el criterio que diferencia a un autor de un glosador?" se pregunta Carlos Thiebaut. Quizá la audacia de tomarse en serio a sí mis-

mo: el movimiento que lleva al lector a considerarse en serio a sí mismo: el movimiento que lleva al lector a considerarse a él mismo –y a su experiencia de la lectura– como parte del texto de que debe dar cuenta. Dar cuenta y darse cuenta –he ahí el comercio de que se trata bajo tratos, tratados, trasuntos y palabras.



12. Alciato, *Emblemas*, "Del silencio", prólogo de Manuel Montero Vallejo, preparación de textos y notas Mario Soria, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 53.

11. ¿DE QUÉ SE RÍEN QUIENES RÍEN DE CRISTO?

En *La risa al pie de la Cruz*,[9] Michael A. Screech, el estudioso de Montaigne y Rabelais y editor de las obras completas de Erasmo en latín asedia uno de los textos bisagra de la Reforma y de la Contrarreforma: el *Elogio de la locura* escrito por el sabio peregrino de Rotterdam. El centro de su discusión, tan ordenada como las piedras de una iglesia, a veces gótica, a veces románica, es la risa y la locura, el estatus teológico de la risa, las condiciones de la locura de Cristo. El texto desenreda las raíces más finas del humanismo cristiano y pone sobre la mesa controversial el juego viceversa de la risa mundana y de la risa cristiana, de los encontrados humores de católicos y protestantes y de sus prefiguraciones bíblicas (*cf.* El Antiguo Testamento) y socráticas y platónicas. Surge de aquí un Cristo inquietante y perturbador, en el borde del trance, transfigurado por una gracia que lo hace, cuando no temible, risible. ¿Quiénes ríen de Cristo y cuáles son las diversas irrisiones que lo acometen? ¿Cuáles son las afinidades entre la inteligencia superior pregonada por Platón y la locura divina de la cual Cristo es el exponente? ¿En qué consiste ese saber "irrisorio" que es el cristiano? ¿Cómo se accede a su imitación y aprendizaje?

Entre otras cosas, Screech nos hace detenernos en la palabra meditación (del latín *meditatio*). Advierte que Séneca, San Jerónimo, Erasmo, Rabelais y muchos otros humanistas usaban comúnmente esta palabra. "Pero cuando lo hacen no están hablando de *meditar sobre la muerte*

[9] Michael A. Screech, *The Laughter at the Foot of the Cross*, Allen Lane, The Penguin Press, Londres, 1997.

sino acerca de la *práctica de morir* [...] En la moria [*Morias Enkomion* –Μωρίας Εγκώμιον– en griego y *Stultitiae Laus* en latín: *Elogio de la locura*] y en sus obras estrictamente teológicas, Erasmo la usa una y otra vez para referirse a esa "práctica de morir" que es el *éxtasis filosófico* y para el cristiano arrebatado el verdadero éxtasis religioso". No por otra cosa Montaigne escribe: "Filosofar es aprender a morir".

Quienes practican estos ejercicios de dislocación de la mente y del cuerpo terminan cobrando una apariencia extravagante, promotora de burlas y risas; también traen de la otra orilla un semblante un si es no es extraviado, una risa distinta de la mundana grosera que se oye al pie de la Cruz: la risa inaudita que se oye en lo alto de ese mástil llamado crucifijo.



13. Alciato, *Emblemas*, "La necedad", prólogo de Manuel Montero Vallejo, preparación de textos y notas Mario Soria, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 100.

12. DE LA PRUDENCIA

Abreviación de *providencia,* la palabra viene del latín *providere* (proveer). Esta virtud es, en efecto, la providencia humana. Su esencia está en iluminar el camino de la vida; en hacerle a uno discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso. Sirve para actuar convenientemente respecto a los otros, para aprovechar las ocasiones, las circunstancias propias, usar de la palabra con circunspección, de las cosas con sensatez, poner toda la atención, emplear todas las horas de la existencia en sopesar las acciones y, relativamente, las de los otros aunque con reserva y decencia. Sócrates dijo: "Aunque en la prudencia no estén todas las virtudes, sin ella no hay virtudes completas". Rara vez la prudencia brilla con toda su perfección en la razón humana, cuya esencia estriba en engañarse y fracasar a cada paso. Así Boecio dijo, no sin exactitud, que hay muchos hombres doctos pero muy pocos dotados de esa virtud llamada *prudencia.* También se ha querido definir esta virtud como la experiencia del pasado aplicada al futuro. Pero no se puede tomar esta definición de manera absoluta, pues nada se parece tan poco al pasado como el porvenir al que tantas circunstancias son capaces de modificar y que suelen eludir toda previsión humana. El hombre más prudente debe tener siempre presentes estos versos de Boileau:

> A menudo el temor de un mal
> hace caer en otro peor

Sea como sea, tiene más posibilidad de éxito el prudente que el imprudente.

El orgullo, la vanidad, son los más temibles escollos de esta virtud. Es la fuerza del débil y el tesoro del sabio. La Antigüedad simbolizó a la prudencia en el célebre personaje de Prometeo. Sólo veía en la prudencia una especie de virtud mundana, que era escoltada por la desconfianza y el temor y que sólo servía para preparar y allanar los caminos difíciles. Pero el Evangelio hizo de esta virtud un don de Dios aplicado a nuestra salvación y a la de nuestros semejantes; nos invita a imitar la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma. Dos mitos hicieron de la prudencia una divinidad alegórica; le dieron, como a Jano, dos rostros, uno vuelto hacia el pasado y otro hacia el porvenir. Los egipcios la representaron con el emblema de una serpiente de tres cabezas, una de perro que husmea, una de león cuyas fauces poderosas están prontas a actuar, y una de lobo que medita la retirada en caso de necesidad.

Esta prudencia brutal tiene algo de amenazador, y en realidad tiene poco que ver con la prudencia cotidiana. La prudencia es, para Aristóteles, una virtud intelectual, es decir, un bien superior que ha sido dado al hombre para llegar a la perfección. Cuatro son las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. La prudencia es la virtud de la serpiente que custodia el Árbol del Conocimiento por el cual Adán y Eva fueron expulsados. Y es que la verdadera prudencia no es aquella que puede condicionarnos a triunfar en el mundo de la carne y ante sus príncipes, sino aquella virtud que, más allá de la astucia, nos abre los secretos del "sentir del espíritu" (Romanos, 8.6). A esa prudencia parcial o astucia se refiere el Apóstol: "Porque los hijos de este siglo son más avisados en orden a su propia generación que los hijos de la luz" (Lucas, 16.8). Es decir esa astucia es una imprudencia absoluta a los ojos de la luz divina. La prudencia verdadera es absoluta: cuida al mundo y el trasmundo, respeta lo natural y lo sobrenatural, el orden temporal y el orden eterno, las leyes profanas y las leyes sagradas: "Mediante la riqueza injusta procuraos amigos para que, cuando ésta deje de existir, os reciban en las moradas eternas" (Lucas, 16.9). Los escritores clásicos no hablan

de la prudencia sino con ejemplos. Una fuente caudalosa de ellos son los *Ensayos* de Montaigne. Shakespeare ejemplifica la prudencia en la Cordelia del *Rey Lear* y se habla de la prudencia al final de la *Guía de pecadores* de Fray Luis de León. La glosó y trató varias veces Gracián en *El discreto* y *Oráculo manual* y *arte de prudencia*. Aquí se resumen las variedades de esta virtud tan próxima al saber vivir.

El hacer de la serpiente modelo de prudencia obedece según algunos a una vieja leyenda según la cual estos reptiles, para no ser seducidos por la voz del encantador pegan a tierra un oído y se tapan el otro con la cola. Así Gracián escribe en *El criticón* (Crisis IX): "Préstenos su sagacidad la serpiente que cosiendo un oído con la tierra, tapa el otro con el fin (con la punta de su cola), dando a todo buena salida." La misma idea aparece en *La pícara Justina* (I, 49-50) y en *El donado hablador* (I, VI) de Jerónimo de Alcalá: "Sed prudentes como las serpientes que con la cola tapan el un oído y el otro le juntan con la tierra para no oír la voz del encantador".

Entre los griegos, la Prudencia se concentraba en la *phronesis*, pero además, andaba dispersa en otras dos categorías: el autodominio (*sophrosyne*) y la astucia, prudencia o inteligencia que es la característica de Ulises. El autodominio tiene dos aspectos: uno público ("ser obediente a sus gobernantes") y otro privado ("hacer obedecer a los apetitos"). Esta virtud es indispensable para el buen gobierno como se indica en *La República*. Estrictamente relacionada con esta virtud, está la astucia. Es el poder de crear artimañas y entrever salidas donde no las hay. La astucia de Ulises es la que lleva a los aqueos a conquistar Troya y no la cólera de Aquiles o el orgullo de Agamenón. Por otra parte el astuto o prudente suele también ser educado. El cíclope no era un caballero pero Ulises sí. La referencia canónica en este punto es el Libro VII de la *Ética a Nicómaco* ("10. Sobre la incontinencia y por la prudencia y el libro III de la *Ética eudemia*, "Examen de las virtudes éticas" del mismo Aristóteles). En el libro X de la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles expone cómo se pue-

de pasar de la *Ética* a la *Política* cuando se tienen presentes las virtudes éticas, entre las cuales la moderación es una de las primeras. En la *Ética eudemia* dice Aristóteles: "... el ser feliz y el vivir dichosa y brillantemente consistirían principalmente en tres cosas al parecer las más deseables: unos dicen, en efecto, que la prudencia es el mayor bien, otros la virtud, otros el placer" (Libro I. 1).

Para Aristóteles, autor de la doctrina de término Medio o de la Dorada Mediocridad, la *prudencia* no aparece como una virtud sino que puede considerarse el patrón contra el cual se miden las virtudes.

El valor real lo define Aristóteles como el punto medio de la prudencia entre los dos extremos de cobardía y temeridad. Por último, recordamos que el Oráculo de Delfos (según la *Apología* de Jenofonte) hizo saber a Sócrates que no había "un hombre más libre ni más justo ni más prudente" que él. Lo cual concuerda con la teoría socrática de que la virtud "ni es natural ni se puede enseñar" sino que nos viene "como un *regalo divino*" (Sócrates en el *Menón*, citado por T.F. Stone: *El juicio de Sócrates*).



14. Alciato, *Emblemas*, "Los prudentes", prólogo de Manuel Montero Vallejo, preparación de textos y notas Mario Soria, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 193.

13. DE LA INCLINACIÓN AL ARTE DE VIVIR: LECTURA DE MONTAIGNE

Inclinación, propensión, afecto, gusto, apego, afinidad, tendencia: la geometría y la física de nuestra vida interior retratan un terreno irregular, inconstante y caprichoso, configurado por un entrecruzamiento de planos oblicuos.

Cultivar el jardín propio supone un reconocimiento de ese terreno que no pocas veces en el mundo contemporáneo se parece a un lote baldío, a un campo hirsuto a medias silvestre, que ante todo será preciso desbrozar, allanar, escalonar mediante descansos y terrazas. Antes que nada el que aspira a ser jardinero de su propio terreno, debe reconocer la diversidad del mismo.

Las inclinaciones y las tendencias son plurales. El gusto nace en familia, es necesariamente gregario y múltiple. Tener gusto es precisamente encontrar un hilo, un común denominador para las inclinaciones que nos informan. Inteligencias sensitivas, empíricas, sensoriales, no somos más que una suma de necesidades y apegos, sed, hambre y apetitos aunque éstos lo sean de ley y trascendencia. Esta razón amistosa es tan tenaz y profunda que se encuentra en el origen mismo de la sociedad. Pues si bien es cierto que los hombres se asocian apremiados por el código de la necesidad, no lo es menos que las formas de esa asociación las dictan la simpatía y la amistad, esos imponderables gratuitos y graciosos, hipnóticos y mágicos que se envuelven en el espejo del carisma.

Nos alimenta así lo que nos gusta; nuestras preferencias nos guían y caemos bajo el imperio de lo que nos *cae bien*. También es cierto que de tanto seguir nuestras inclinaciones podemos caer en los desfiladeros

de la corrupción o de la enfermedad. La biografía de cada quien, ¿no puede redactarse como la crónica de un conjunto de ascensiones y caídas? La obediencia irrestricta a una inclinación acarreará sin duda un estado vertiginoso, una caída sin fin, una caída libre en nuestras propias preferencias que nos apartará de la libertad de elección.

Nuestra naturaleza nos lleva a seguir ciertas inclinaciones. De tanto seguirlas, esas tendencias se hacen segunda naturaleza, naturaleza secundaria creada por nuestra naturaleza originaria. ¿Por qué solemos reconocernos más y mejor en la segunda que en la primera? ¿Por qué nos reconocemos mejor en el espejo de nuestras preferencias que en el de nuestras necesidades? Acaso porque están hechos para el placer, para satisfacer los apetitos que nos dictan nuestros sentidos. Pero que prime uno sobre los otros; que una preferencia desplace a las demás, y nos encontramos ya en el terreno del delirio y la enfermedad. Rara vez las ideas fijas no caen en el campo de la patología. ¿Cómo entonces rectificar nuestras inclinaciones? ¿Cómo manipular nuestras preferencias para que no terminen brindándonos una muerte precoz? En distintos lugares Montaigne sostiene que el alimento último, el secreto de la perduración del placer estriba en la templanza. No está hecha solamente de abstención y de ausencia.

La templanza es un arte de la variación; la alteración de diversos planos oblicuos produciría una ondulación benéfica. Una cierta dispersión resulta necesaria y saludable para el arte de vivir. Es la doctrina de la rotación de los cultivos –también recomendada por Kierkegaard– que prescribe la alternancia de las siembras y la variación de los terrenos a efecto de no agotar las riquezas de la tierra. Esta sabiduría que está al alcance de cualquier campesino no siempre acompaña al animal urbano que tiende a una obsesiva inclinación monotemática: el maníaco, el ludópata, el alcohólico, el adicto, el fanático son todos hijos de la inclinación transformada en plano; de la tendencia hecha costumbre. Pero el arte de vivir alegre y sano ha superado ese orden monogramático para abrirse a una dispersión armónica, a una heterogramática divertida y diversificada que

sabe pasar de una afición a otra, de esta propensión a aquélla sin perder el hilo ni el aliento y que incluso sabe seguir una conversación, un tono a través de diversos géneros, de distintos sentidos y horizontes.

Ese arte de vivir es un arte de la inteligencia, es decir del sentido entretejido en los sentidos, un arte del entreveramiento. El texto del placer se sigue a través de partituras acústicas y visuales, táctiles, gustosas, aromáticas, sensuales, sensitivas, meditativas, corporales. Y es gracias a que atraviesa esas distintas partituras que deviene texto, trama descifrable. Arte de la conjugación y del encabalgamiento, de la sintaxis y de la composición, del arreglo, el aderezo y la maniobra, el de vivir percibe cada signo en su espesor y pluralidad. Es sin duda el suyo un pensamiento silvestre, salvaje. Y sólo porque lo es será capaz de transformar el páramo en huerto y de decidir que a partir de ese grupo de rocas y de grava es posible inventar, reconocer un jardín. Antes de entrar a casa, el propietario da una vuelta por su jardín. Nunca sabe bien a bien lo que va a encontrar. No sabe si al concluir esa expedición alrededor de su casa él o ella serán los mismos.



15. Alciato, *Emblemas*, "Las alianzas", prólogo de Manuel Montero Vallejo, preparación de textos y notas Mario Soria, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 51.

14. PRÓLOGO AL ENSAYO "LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS"

I

Michel de Montaigne (1533-1592) incluyó en el libro I de sus *Ensayos* el consagrado a "…La educación de los niños" ("De l'Institution des Enfants" cap. XXV o XXVI, según las ediciones). El ensayo está dedicado a "la señora Diana de Foix. Condesa de Gerson", a cuyo matrimonio acudió en 1579 como representante de los padres de Louis de Foix en 1579. Tenía entonces cuarenta y seis años de edad y habían pasado nueve después de haberse retirado en 1570, a los treinta y siete, a su biblioteca para escribir su obra en compañía de un puñado de queridos autores griegos y latinos.

Montaigne no tuvo hijos varones, pero en 1571 nacería Leonor, única hija que sobreviviría y cuya educación quedó a cargo de su mujer. Dice Montaigne: "todos [mis hijos] se me mueren, […] una sola hija ha escapado a este infortunio, ya alcanzó seis y más […], sólo se ha empleado para corregir su conciencia y para castigar sus faltas pueriles, sólo se ha empleado la indulgencia de la madre y palabras suaves" ("Libro II, VIII"). También se referirá a ella, de paso, para hablar de la educación de las muchachas adolescentes en el ensayo "Sobre los versos de Virgilio" (libro III, V) –como prueba los diversos intentos frustrados de tener hijos.

Hablando del papel que cumplieron tanto su esposa como su hija en la vida póstuma de Montaigne, con y sin la colaboración de Marie de Gournay, cabe resaltar que Leonor tuvo un papel decisivo en la vida póstuma de los *Ensayos*, como asienta la misma De Gournay, lectora, edi-

tora, amiga e "hija por alianza" de Montaigne. Por ejemplo, el ejemplar de la edición de Amberes, hecho en el taller de Christophe Plantin, lleva el nombre de Leonor, quien se casó muy joven con François de la Tour y luego volvería a contraer nupcias con Charles de Gamache. En nuestros días, la sangre de Montaigne sobrevive en línea directa, en la undécima generación, a través de Mme. Houdard de la Motte.

El tema de la sucesión no le es ajeno pues Leonor será la sobreviviente de media docena de hijos. Buscará consuelo a esa decepción en el celo y rigor con que cuida a los hijos de su mente; "Los alumbramientos de nuestro espíritu –dirá en el ensayo VIII del libro II ["Del afecto de los padres a los hijos"] son producidos por una parte más noble que la corporal y son más nuestros".

El tema es uno de los motivos asiduos que, como líneas en papel pautado para consignar notas de música, va poniendo orden en el pensamiento libre de Montaigne.

El autor anuncia un tema en el título del ensayo que sólo tratará después de explayarse en el consabido preámbulo digresivo. Aquí abre, característicamente, ocupándose de los hijos de su fantasía, de su propia fisonomía imaginativa, e intelectual y de la forma en que están compuestos –esa es la voz más adecuada– estos ensayos en que se alternan y combinan fragmentos que provienen de otros escritos con trazos de índole personal –la analogía con la pintura es asiduo recurso de su estilo de enunciación– y narraciones de experiencias directas o conocidas de primera mano.

Tuvo Montaigne la fortuna de recibir por parte de su padre una educación singularísima. Como es sabido y cuenta en este ensayo, contrató como preceptor de su hijo, a un latinista alemán que además era auxiliado por otros dos pedagogos. El alemán –dice– "me mantenía entre sus brazos continuamente [...] y ninguno me hablaba en otro idioma que el latín". El padre, la madre, los criados "aprendieron suficiente de latín para entenderlo y servirse de él en caso necesario, como también lo hicie-

ron los criados que estaban a su servicio. En suma, nos latinizamos tanto que el latín se extendió hasta los pueblos cercanos, donde se comenzaron a emplear numerosas voces de artesanías y de utensilios".

Hombre del Renacimiento, Pierre Eyquem, el padre de Michel, había leído el trabajo de Erasmo: *De pueris statiem instituendis (1529)* donde preconizaba una educación nueva que serviría de modelo a la del niño Michel. Aprendió latín sin tocar un libro ni derramar una lágrima. Sus otros preceptores, confiesa en el ensayo aquí prologado: "temían hablar conmigo en latín por lo bien que yo lo poseía".

Más que información estorbosa: iniciación, capacidad de juicio y sentido práctico. El niño debe aprender a interesarse en todo y en todos, a vivir y a convivir. Debe aprender, desde luego, historia, pero sobre todo debe aprender a juzgarla, a pensarla. Como su estudio principal será la filosofía, podrá practicarlo en todas partes, sugerencias: viajar, tratar a personas de distintos medios y oficios, saber practicar equilibradamente "los tres comercios" –el intelectual, el amoroso, el financiero–, saber sobrellevar las inclemencias del tiempo, conocer el valor del esfuerzo, pero ante todo aprender a ser libre, conocer en sí mismo y en los otros los resortes de la libertad.

"De la educación de los hijos" es la traducción del ensayo titulado originalmente: "De l'institution des enfants" ["De la institución de los hijos (niños)]. Se trata de instituir, de sembrar, injertar en el tierno seno del niño las semillas de la humanidad para que, llegado el momento, el adulto, sea capaz de alumbrar en sí mismo, como por virtud de un simple desdoblamiento, desprendiéndolas sus cualidades nativas de sus ingenuas predisposiciones a los cuales se limitará a dar orden y forma poniendo así la excelencia al alcance del hombre común y corriente y por así decirlo situando en un orden laico la bien conocida invitación evangélica: "Si no os volvéis parecidos a niños pequeños".

El gusto por la crueldad y la inclinación gratuita a la maldad le parecen a Montaigne los vicios más bajos y elementales que pueden afectar

a la llamada condición humana. En cambio, el valor, la sinceridad, el desprendimiento, la generosidad se ven elevados al puesto más alto por este educador singular que sólo se atreve a dar consejos cuando antes los ha probado en sí mismo.

Luego de la infancia transcurrida con sus preceptores latinos y pasados los preciosos años en que fue entregado a una nodriza en el pueblo vecino –Vélines, se llamaba entonces esa comunidad que ahora se conoce como Montaigne– donde el niño se fortaleció hasta los seis o siete años con las leches tanto humana de nodriza como de cabra. Irá al Colegio de Guyenne, en Burdeos, donde según él mismo sólo perdió el tiempo y aprendió a conocer la insensata tiranía de los maestros que infligían a los niños castigos corporales –una de las cosas que más detestaba Montaigne.

El ensayo de "La educación de los hijos" forma parte de una cadena de textos que Montaigne escribe sobre el mismo tema. El ensayo inmediatamente anterior ("De la pedantería", también conocido como "Del magisterio") se ocupará del tema de la enseñanza, de la falsa enseñanza, de los peligros de las lecciones superficiales. El ensayo VIII del libro II, "Del amor de los padres a los hijos" aborda el tema que se va a prolongar en el ensayo "De los libros" (libro II, capítulo X) que aquí entre nosotros, podríamos titular "De los maestros". De paso declara ahí Montaigne cómo desde niño, siguiendo en ello a Erasmo sin saberlo le aburrían las novelas de caballería: "Los Amadises y otras obras análogas ni siquiera cuando niño me deleitaron". La comparación con Miguel de Cervantes puede ser en este punto incómoda. Los ensayos de Montaigne donde aparece el tema de la educación son:

1. "Du pedantisme", (libro I, XXV), traducido como "De la pedantería" o "Del magisterio".
2. "De l'institution des enfants", que fue traducido como "De la educación de los hijos" o "De la educación de los niños" (Libro, I, XXVI).

3. "De l'affection des pères aux enfants", (libro II, Cap. VII), "Del afecto de los padres a los hijos".
4. "Des livres" (libro II, Cap. X), "De las semejanza de los hijos a los padres", libro II, Cap. XXXVIII y "Sur des vers de Virgile", (libro III, Cap. V), ("sobre algunos versos de Virgilio").

Si Montaigne se interesaría por la "educación de los niños", a su vez, él mismo sería tomado como modelo por otros, como el humanista flamenco Justus Lipsius, quien desde 1580 pone a los *Ensayos* como ejemplo práctico de su pedagogía de la *sapiencia*.

A John Florio se le encargaría traducir específicamente al inglés el ensayo aquí presentado. La semilla plantada en ese suelo prosperaría con excelencia, como pueden dar testimonio al menos tres obras ulteriores en las cuales cabría reconocer con discreción la huella de Montaigne: *Las Cartas de Lord Chesterfield a su hijo Standhope* (1774-1778), *La autobiografía* de John Stuart Mill y *La educación de Henry Adams*, obras todas que aspiran a ser para el joven lector una guía para el juicio ético y un resorte para la acción definida por el juicio. Jean-Jacques Rousseau en su influyente obra *Emilio o De la educación* (1762) tomará como inspiración los ensayos del filósofo perigordino.

El despertador del hombre interior, el paso íntimo y vivido del estoicismo, el escepticismo y el epicureismo son las estaciones por las que Montaigne, y sus lectores han de saber pasar. La historia interior se va a transmitir en una suerte de geología: la mecánica de esos íntimos suelos, el deslizamiento de los astros es una de las lecciones que el observador ha de seguir a la hora de aproximarse a lo que podría llamarse el "experimento Montaigne".

*

En rigor se podría sostener que de los 107 textos que componen los tres libros de los *Ensayos* de Montaigne, todos se ocupan directa e indirecta-

mente de la educación, ya sea como una enseñanza a ser transmitida o como lección a aplicarse a sí mismo: la siembra de la semilla de lo humano se da a través de observaciones específicas y puntuales, de visiones y revisiones sobre los detalles de que está tejida la trama civil, la trama humana: gramática, política, gimnasia, todo habrá de desembocar en la disciplina regia: a saber, el autoconocimiento producido por lo que se llama filosofía.

No es el pequeño libro que el lector tiene entre manos, no quiere serlo, un libro ornamental ni accesorio. Aspira a ser como un amigo y consejero cuyos dichos deben ser rumiados y asimilados hasta el hueso y la sangre. Es un libro, como quiere Rainer Maria Rilke al principio de los *Cuadernos de Malte Laurids Brigge* que, a fuerza de invocar al amor, lo hace presente, lo hace presencia.

Una palabra sobre Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964). El escritor argentino tuvo por Montaigne una devoción que lo llevó a escribir una extensa semblanza en uno de sus libros: *Los heraldos de la verdad* (1958). Esta afición también lo hizo revisar, hasta prácticamente hacerla de nuevo, la traducción de los *Ensayos* en español, realizada a fines del siglo XIX por Constantino Román y Salamero para la editorial Garnier en dos tomos legendarios. Se debe a Martínez Estrada la selección que se publicó en 1950 en Buenos Aires, en la prestigiosa Biblioteca Clásicos Jackson –dirigida entre otros por Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Pedro Henríquez Ureña–. Martínez Estrada modernizó, refrescó y dio nuevo brío a la prosa no siempre fácil de traducir al castellano de Michel de Montaigne.



16. Alciato, *Emblemas*, "El amor de los hijos", prólogo de Manuel Montero Vallejo, preparación de textos y notas Mario Soria, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 98.

15. MONTAIGNE AL TROTE ESCÉPTICO

Aunque Montaigne siempre ha tenido su público, asistimos a un verdadero florecimiento de los estudios sobre su persona, su obra –los *Ensayos*– y su tiempo (la Francia y la Europa del siglo XVI); publicaciones periódicas especializadas como el *Bulletin de la Societé des Amis de Michel de Montaigne*, los *Montaigne studies* publicados en Massachussetts; estudios analíticos como la *Concordancia* de F. Leake; congresos y simposios dedicados a su obra; ediciones diversas de los *Ensayos* (la más reciente editada [1998] por la *Imprimierie National* al cuidado de André Tournon) y docenas –si no cientos– de libros y artículos dedicados a él. ¿Cómo orientarse en este océano de referencias? Leyendo, por ejemplo, con cuidado el libro titulado *Montaigne a caballo*.[10] Y es que Jean Lacouture, antiguo combatiente, corresponsal de guerra, biógrafo de estadistas, lector y escritor libre, amigo de Montaigne y apasionado de su conocimiento, ha sabido escribir una biografía viva a la vez inteligente y generosamente documentada donde las diversas facetas y episodios del amigo de Étienne de la Boétie aparecen iluminados a la luz del contraste y cotejo de las más diversas investigaciones aparecidas durante este siglo sobre este autor.

Montaigne a caballo: el título es expresivo y plástico. ¿Un anti-Quijote? No tanto. ¿Cómo? ¿A caballo Montaigne? ¿No nos lo habíamos imaginado siempre como un peatón, un hombre moderno que se movía a pie –al menos en el interior de su Torre de 10 metros de diámetro donde lo imaginamos dictando al paso circular de su cautiverio el texto de los

[10] Jean Lacouture, *Montaigne a caballo*, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, México, 1a. ed. en francés, 1996. Traducción de Ida Vitale. 1a. ed. en español, 1999, 454 pp.

Ensayos? El caballo de Montaigne es real, es todavía más emblemático y simbólico. A caballo van los caballeros que hacen la guerra y se divierten en la corte con su simulacro. Montan los señores y, al hacerlo, lo hacen con elegancia cortesana. Al restituir al jinete ensayista, recrea aquellos tiempos revueltos por las guerras de religión en los que conviven caballeros feudales y cortesanos gentil hombres. Pero hay que insistir en que si Lacouture es un amigo fiel de Montaigne, un imitador en el sentido de Kempis, conoce muy bien el universo del caballo –es decir, el orden de la guerra y de la política modernas para no hablar de la cultura ecuestre en sí–. No sólo fue reportero de guerra en Indochina y Argelia, ha escrito biografías de estrategas, políticos y escritores: la de Ho Chi Minh (al que conoció en Indochina en 1945), la de Charles de Gaulle, la de Pierre Mendès-France; la de Jean Blum, la de François Mauriac y la de André Malraux.

El caballo de la política y de la guerra es observado por Lacouture en este memorial a veces periodístico y vivaz en esta biografía admirable de Montaigne, con sagacidad y sentido común. Lacouture nos ayuda a entender por qué en los *Ensayos* está más presente César que Erasmo. De las páginas de *Montaigne a caballo* surge una figura viva y fuerte, que tiene no poco que ver con Maquiavelo y que rompe con el mito del pensador pacíficamente jubilado en su torre. El autor de los *Ensayos* fue un consejero de príncipes –y un príncipe entre los consejeros–. Lacouture devuelve en todo momento al ensayista su dimensión real, política e histórica, su papel de intermediario entre reyes en las guerras de religión y en la salvación de la estabilidad política de Francia después de la matanza de San Bartolomé. Montaigne escribió sus *Ensayos* entre tregua y tregua y no en el ocio pasivo y aburrido de un pensionado. Lacouture le devuelve a Montaigne no sólo el cuerpo histórico y político, sino su propio cuerpo. *Montaigne a caballo* no elude la cuestión espinosa del amor en Montaigne, ¿qué clase de jinete amoroso era nuestro ensayista? ¿Estaba bien dotado para el placer? ¿Su amistad con Étienne de la Boétie

puede caracterizarse o no y hasta qué punto en términos de una relación homosexual?

El biógrafo tampoco pierde de vista al paseante, al hombre que subía al caballo por el gusto del movimiento; hace una lectura atenta del *Diario de viaje* de Montaigne y de sus etapas. *Montaigne a caballo*, es decir entre dos aguas, las de la historia y sus corrientes, entre las aguas del pensamiento, el pensamiento de su tiempo y su propia acción crítica, Lacouture, periodista e historiador, no fantasea: anda entre los hechos y los actos pero no por ello pierde de vista su sentido. A la erudición de Jean Lacouture la acompaña un rico sentido histórico y un sólido juicio político de los conflictos de ayer fraguado en la comprensión de los de hoy.

Un Montaigne, entonces, al que Lacouture sabe restituir su dimensión política –es decir heroica– sin perder de vista su condición humana, ya de guerrero e intermediario político, ya de paseante, ya de amante, ya incluso de enfermo zarandeado en el potro de la enfermedad. La avidez e inteligencia documental de Lacouture –hombre que sabe clasificar y jerarquizar informaciones y documentos– dibujan en este libro no sólo a un ser vivo sino a un ser que despierta en el lector –más allá del orden textual– una viva simpatía pues el que aparece ante nosotros es un extraordinario trabajador que nunca pierde los estribos y sabe cuándo andar al paso y cuándo al trote.

Si Montaigne creó un pensamiento (en el cual se han inspirado figuras tan dispares como Pascal y Descartes, Nietzsche y Emerson), y si ese pensamiento ha sido dictado por la experiencia y la acción, resulta hasta cierto punto enigmático que hayan sido hasta ahora muy pocos los intentos por describir su vida y recrear su biografía para comprender su pensamiento. Y esto es lo que hace perfectamente Lacouture: releer la biografía, bajo la luz del motivo ecuestre, para restituir el pensamiento de este escritor en quien se da una línea sin ruptura entre moral pública y moral privada. Esto sólo lo podía haber hecho, de un lado, un hijo espiritual de Montaigne –como el estoico y epicuro Lacouture– y del otro

un historiador y un periodista cuyo juicio político se ha fraguado, por así decir, muy cerca de la línea de fuego y del campo de batalla. Lacouture advierte que Montaigne sustituye a Cristo por Sócrates –pero advierte que se trata de un Sócrates guerrero, de un pensador valiente. A lo largo de *Montaigne a caballo* aparecen por aquí y por allá, en no pocas referencias a la Segunda Guerra Mundial (pp. 181 y 190), que Lacouture desde luego vivió en su temprana juventud. Esas alusiones no son gratuitas: tienen la virtud de hacernos comprender mejor y sentir la proximidad palpitante de este pensador y magistrado al que le tocó vivir como a nosotros una época de guerras y conflictos y que anduvo toda su vida a caballo entre católicos y protestantes, monarquistas y partidarios de La Liga, a caballo también entre la ética y la función pública, el respeto a la ley natural y la crítica de las leyes. Lacouture expone con brío y simpatía estas tensiones. Queda claro que lo que está en juego en el pensamiento y en la vida de Montaigne es la libertad del individuo ajeno a los bandos y a cualquier otro interés que no sea el del placer y la alegría, la tolerancia y el respeto. Pero los caminos de la libertad –para evocar a Sartre– son intrincados y aun laberínticos y riesgosos, y quizá no pueden transitarse sin una visión por así decir póstuma, pues sólo el que ha mirado cara a cara a la muerte puede juzgar al mundo con una mirada desprendida y relativizadora. Montaigne poseía esta mirada, pero la desarrolló realmente después de caerse de un caballo y quedar varias horas semiinconsciente como él mismo cuenta en uno de sus *Ensayos.* Gracias a este accidente accede a la visión clarividente y aguda de Lázaro. El caballo resulta providencial hasta cuando le falla a este jinete.

Lacouture no sólo ha escrito una biografía más de Montaigne. Ha sabido hacer un libro entrañable donde el clásico autor de los *Ensayos* se levanta de su catafalco y recobra el aliento crítico. Aliento crítico porque Lacouture sabe que el pensamiento y la acción se enmiendan y enriquecen recíprocamente; que no hay filosofía sin política ni contemplación intelectual, sin ética práctica.

Amoroso y guerrero, político y paseante, *Montaigne a caballo* de Jean Lacouture representa una límpida lección de cómo es preciso comprender la historia para entender el pensamiento; de cómo vive mejor aquel que no olvida vivir plenamente, erguido con los ojos abiertos.



17. Alciato, *Emblemas*, "De el que no sabe lisonjear", prólogo de Manuel Montero Vallejo, preparación de textos y notas Mario Soria, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 173.

16. ¿QUÉ CREER? ¿A QUIÉN CREER? PRÓLOGO AL ENSAYO DE MICHEL DE MONTAIGNE "DE LA EXPERIENCIA"

I

Michel de Montaigne concluye los tres volúmenes de sus *Ensayos* con el título "De la experiencia", el décimo tercero del tomo III y el último de la serie. Toca uno de los puntos clave del debate filosófico y humano que marca el tránsito de la Edad Media, el Renacimiento y la Edad Moderna; se refiere a la inquietud que podían inspirar los aspectos cambiantes –ondulantes diría Montaigne– de la realidad y la necesidad acuciante del contar con un instrumento para dar un fallo definitivo tanto en el orden externo, material e histórico como en el fuero íntimo, inmaterial y privado, pasando por todas las graduaciones posibles entre la escena de la historia y el teatro de los sentidos.

¿A quién creer? ¿A qué juez o tribunal confiar las pruebas que proporcionan los sentidos, las sensaciones y, luego, las ilusiones, las creencias? Montaigne no está solo en esta encrucijada. Por esos años, a Erasmo lo atraviesan y crucifican cuestiones muy parecidas. Dice, por ejemplo, en el *Elogio de la locura*: "Todas las cosas humanas tienen dos aspectos, a modo de los silenos de Alcibíades, los cuales tenían dos caras del todo opuestas; por lo cual, muchas veces, aquello que a primera vista parece muerte [...] observado con atención es vida". O, más aún –y aquí Erasmo parece adoptar el acento del señor de la Montaña–: "La realidad de las cosas depende sólo de la opinión. Todo en la vida es tan oscuro, tan diverso, tan opuesto que no podemos asegurarnos de ninguna verdad".

Para la geometría intelectual de la Edad Media, el sujeto y el objeto del conocimiento se encontraban en un mismo plano, y la mente era como una mesa en cuya superficie alargada quedaban impresas las huellas de la realidad. Entre sujetos y objetos no había ruptura ni infidelidad posible. La simplificación de la escolástica aristotélica sembraba estas ideas en las cabezas que eran una sola. A diferencia de Erasmo, el escritor nacido cerca de Burdeos, en el pueblecito de Yvelines a donde su padre –comerciante en vinos– había comprado una propiedad, Montaigne no se contenta con enunciar de paso esta cuestión (¿qué creer?, ¿cómo creer?). A lo largo de los 106 ensayos anteriores la ha tocado y jugado con ella. Pero en "De la experiencia" parece atrincherarse en las zanjas abiertas por la cuestión. Procede muy a su manera. Abre con una afirmación casi irrefutable: "No hay deseo más natural que el deseo de conocimiento." Se trata de la primera frase de la *Metafísica* de Aristóteles donde el griego jerarquiza los tipos de saber (teórico, técnico, empírico) y desprende de ahí los grados resultantes de autoridad. Pero en Montaigne el peso de la palabra *deseo* –en la que insiste– resonará como un eco por todo el ensayo y aun por todos los ensayos. A diferencia de Aristóteles, Montaigne pasa a examinar de inmediato las formas menos prestigiosas de conocimiento, empezando por el ejemplo vulgar de la dificultad para distinguir un huevo de otro. Estamos todavía en los terrenos de la teoría clásica del conocimiento pues Montaigne sigue hasta aquí las huellas de Cicerón. Pero muy pronto romperá amarras, y continuará su exposición con esa andadura tan peculiar de su evolución sintáctica: tan pronto en círculos concéntricos, tan pronto zigzagueante, echando mano de ejemplos clásicos, primero, luego de casos y causas contemporáneos hasta llegar al tema que más le interesa sujetar: él mismo, el cuerpo, el rostro, las costumbres, los gustos, prejuicios y manías de Michel de Montaigne y, más allá, los perfiles de sus semejantes, los contornos conceptuales e imaginarios de la ciudad que le ha tocado vivir. Buen discípulo de los griegos –y en primer lugar de Aristóteles–, Montaigne sabe que no hay

forma más inmediata y más segura de conocimiento que la derivada "de la experiencia". Hacia ella señalan como hacia una cúspide todos los saberes, independientemente de su jerarquía y de su autoridad. El hombre Michel de Montaigne está hecho de la tela de sus semejantes. De ahí que conocerse a sí mismo sea conocerlos. De ahí que entre la mirada de la ética y de la política sólo haya un parpadeo –y entre la mirada de la ética y la estética otro–. Luego de pasearse y de ensancharse hasta discurrir graciosamente de lo humano y lo divino, Montaigne, por así decir, vuelve a examinar la tela de su propio juicio y a repasar y jerarquizar cuáles, de entre todas las experiencias y saberes resultan más estimulantes y enriquecedores. No hay duda: el apetito más conforme con la naturaleza humana es la sed de conocimiento y el hambre y el gusto de saber. Más que de un capricho ciegamente instintivo, el deseo de conocimiento que lleva a la experiencia superior entre todas (superior porque es más placentera) es el deseo intelectual, el apetito contemplativo, la inclinación hacia esa forma inigualable del placer que es el comercio entre dos inteligencias o la contemplación silenciosa y gozosa de las leyes de la naturaleza de las cuales nuestro propio cuerpo nos da un primer e inigualable ejemplo.

El ensayo "De la experiencia" concentra y explaya el itinerario intelectual y afectivo de Montaigne. Se ha dicho que este ensayo es un canto a la alegría de vivir. Es eso y más: aquí se lee una exposición jovial de la ciencia jovial, pero también se tocan las herramientas que llevan a un arte del buen y del bien vivir, como cuando el amigo de Étienne de la Boétie sugiere no mezclar en la misma hora los licores de Dionisio y de Venus. No en balde Montaigne supo concluir la lección insondable de sus *Ensayos* con este texto en el cual confluyen tantos saberes y tantas gracias, tantos sabores y tantas observaciones inapreciables. Por estas y por tantas otras razones "De la experiencia" es, entre los *Ensayos*, el texto que mejor y más hondamente recoge el pensamiento y la sombra vivida del primer europeo (nacido el 28 de febrero de 1533 y fallecido el 13 de septiembre de 1592) que supo saludar, con inteligencia y gracia, la aparición de ese

Nuevo Mundo, de ese conjunto originario de civilizaciones que luego se llamaría América.

Nadie negará que el humanista feliz fue uno de los parteros intelectuales del Nuevo Continente. Nadie sabrá negar tampoco que en "De la experiencia" nos legó un testamento vivo que ha ayudado a sus lectores a arrojar por la ventana todas aquellas cosas que van contra la naturaleza (por ejemplo, las supersticiones religiosas) y por supuesto contra el gusto por el conocimiento.

Por eso puedo invitar a la lectura de este gran ensayo diciendo: el que no lee a Montaigne peca… contra sí mismo…

II

"De la experiencia" es el último de los trece de que se compone el Libro III de los *Ensayos*. Las piezas reunidas en este Libro fueron redactadas con toda probabilidad entre fines de 1585 y principios de 1588. Aunque no es fácil atribuirles una fecha exacta de composición, todo parece indicar que "De la experiencia" fue compuesto con toda precisión entre marzo de 1587 y marzo de 1588, pues en alguna parte de este ensayo Montaigne dice tener 54 años de edad, según apunta el venerable editor Pierre Villey.[11] El libro III de los *Ensayos* se publicaría a fines de 1588 y se ha dicho que "De la experiencia" fue el último ensayo escrito por Montaigne. También se supone que el orden en que se escribieron los ensayos del Libro III fue precisamente el orden en que aparecen publicados. Sea como sea, "De la experiencia" es un ensayo que resume y expone el itinerario y diríase el *método* elegido por Montaigne a lo largo de toda su obra. Es en este ensayo donde se encuentran las últimas actitudes de Montaigne en

[11] Montaigne, *Les Essais*. Livre III avec Appendices, Sources, Index. Edición preparada conforme al texto del ejemplar de Burdeos por Pierre Villey, bajo la dirección y con un prefacio de V. L. Saulnier. Presses Universitaires de France, 1924, 2a. ed. en la Colección Quadrige, octubre de 1992, 1380 pp.

relación con su búsqueda de la verdad y con sus investigaciones en torno a las condiciones de veracidad, ya sean de orden personal o política, pública o privada, médica, geográfica y aun judicial.

Aboga aquí Montaigne a favor de la experiencia directa como único índice y piedra de toque exclusiva para determinar la verdad. Cabe decir que su alegato va en contra de todo lo que se piensa en su siglo y, al poner en el centro de su exposición el hecho y sobre todo el hecho vivido, se sitúa a contracorriente de una cultura fundada en la autoridad de las referencias. De ahí que "De la experiencia" valga tanto por lo que afirma como por lo que contradice y pone en crisis. La crítica a la proliferación extrema de leyes es paralela, por supuesto, a la crítica de sus infinitas interpretaciones infinitas y, en otro plano, corre paralela a la crítica que pone en relieve desde el inicio mismo de otro de sus ensayos, "De la gloria" donde escribe tajantemente: "Hay el nombre y hay la cosa" (II, 16). "De la experiencia" no sólo presenta una apología a favor del testimonio directo de los sentidos, sino una crítica devastadora del lenguaje a favor de la experiencia y contra la justicia y su excesivo y paralizante formalismo.

III

En esa ambiciosa y compleja investigación (me gustaría más decir encuesta) de la moral y la justicia, que son los *Ensayos* destaca "De la experiencia", en la medida que presenta una conclusión de la empresa de los *Ensayos*, tiene ramificaciones y suscita ecos por todo el conjunto, pero en particular con el texto inicial intitulado "Aviso al lector" y con el ensayo llamado "Del arrepentimiento" (III, II) donde Montaigne detalla su aproximación crítica a los hechos de la conciencia. El hecho que interesa aquí al moralista es el *yo*, única entidad que le es dado conocer directamente y medio inmediato el que tiene Montaigne de cobrar conciencia del hombre en general. Puede parecer que en ocasiones Montaigne lleva

demasiado lejos esta empresa y que el autorretratista raya en miniaturista, pero nunca pierde su estilo vivaz y paradójico susceptible de sorprender al lector. Al final de las páginas de este rico ensayo, Montaigne sabrá expresar con firmeza y graciosa eficacia los principios que articulan su concepción de la sabiduría y así nos invita a obedecer y seguir en todo momento a la madre naturaleza que no sólo es una guía suave sino justa y prudente. De ahí que en conclusión, Montaigne nos invite a realizar algo por demás sencillo y por demás difícil: gozar de la vida que es buena y a cultivar todas las facultades de que está compuesto nuestro yo. Por eso no se debe ni reprimir ni despreciar al cuerpo sino seguir el camino de los placeres naturales, saboreándolos y afirmándolos hasta hacer de ese goce un arte refinado: el arte de vivir. Este camino real, en más de un sentido, nos llevará también a reír de las ideologías y filosofías que predican gaseosas doctrinas. De ahí que el modelo suave y elástico que propone Montaigne esté más cerca de la ironía y el buen humor de Sócrates y de la clemencia humanitaria de algunos generales que de la rígida severidad del romano Catón.

Al iniciar la escritura de los *Ensayos*, Montaigne tiene detrás una experiencia profesional de más de dieciséis años como Consejero en la Corte del Périgueux y como magistrado en el Parlamento de Burdeos. Habla con una experiencia de primera mano de los diversos aspectos de la jurisprudencia. A pesar de ello, un contemporáneo suyo, Étienne Pasquier diría en una de sus cartas: "A ningún hombre le importaron menos las trampas y chicanas ni los tecnicismos legales que a él; pues su profesión era completamente distinta".[12] En efecto, el ministerio de Montaigne está regido por la equidad y a su inquietud ética la desvela la

[12] Etienne Pasquier, *Casta M. de Pelage en Lettres*, LVIII, i, en *Choix de Lettres* (Ginebra, Droz, 1956), citado por Sue W. Farquhar: "Montaigne and the Law: De l'experience", en *Montaigne Studies*. An Interdisciplinary Forum, vol. XIV, núms. 1-2, *Montaigne and the Ethics*, The University of Chicago, 2002, p. 38. A lo largo de las siguientes páginas, sigo, gloso, adapto, vierto y me divierto con la exposición de S. W. Farquhar.

idea y la práctica de la justicia. Y, aquí, subrayase una aparente paradoja: la empresa del autoconocimiento está directamente asociada a una aguda conciencia de la necesidad de la equidad y por así decir de la injusticia de la justicia. Como ha señalado oportunamente S. W. Farquhar en *Montaigne and the Law*: "De l'experience", la crítica que hace Montaigne a las leyes en el ensayo que aquí se prologa, es una respuesta directa al colapso del sistema legal en Francia a finales del siglo XVI cuando las guerras de religión promovieron una devastadora turbulencia. La fragmentación del derecho consuetudinario francés y las confusas compilaciones de las leyes romanas heredadas de Justiniano habían producido un complejo y prolijo dédalo de lagunas legales que redundaban por supuesto en la crisis de la autoridad política. En la época en que vive Montaigne se hacía sentir el clamor por una profunda reforma legal mientras los juristas discutían interminablemente en torno a un conjunto de temas relativos a la equidad, la justicia y sus alcances, las herramientas y procedimientos de la justicia, el saber, el conocimiento y aun la sabiduría misma.

Montaigne entra a este debate no como un abogado profesional o un magistrado sino como un escéptico, menos interesado en difundir tal o cual ideal de justicia que en disipar las ilusiones del lector. A la selva de normas y leyes que enmaraña a jueces y magistrados, debe añadirse la maleza desatada por su interpretación. Montaigne no cree para nada en el fundamento místico de las leyes: "Las leyes mantienen su crédito no porque son justas sino porque son *leyes*, tal es el fundamento místico de su autoridad". Pregona una reforma dirigida a meter en cintura la locura leguleya y denuncia a los fabricantes de códigos y de leyes a quienes "odiando de la igualdad, les hace falta equidad". Esta es la palabra clave de este tramo del ensayo: la *equidad*, virtud indispensable para obrar como un correctivo que permitirá restaurar la igualdad social y poner a todos los miembros del cuerpo social en pie de igualdad ante la ley. Montaigne presenta dos ejemplos a cual más asombrosos. Uno de ellos "acaba de ocurrir" en los dominios de su propia casa: unos campesinos

descubren a un hombre mal herido que se encuentra abandonado en el bosque. El hombre todavía vive y hubiese podido salvarse pero los campesinos prefieren dejarlo abandonado a su suerte por temor a que la gente de la justicia los prenda y luego les pida cuentas de ese accidente, lo cual –dicen– produciría su ruina pues carecen de suficiente autoridad y dinero para ser capaces de "defender su inocencia". El otro ejemplo no resulta menos sorprendente: se refiere a la decisión de unos jueces que, luego de haberse enterado de la inocencia de unos prisioneros previamente condenados, deciden aplicar a pesar de todo la severa condena pues la sentencia se ha aplicado de acuerdo con la ley, y los jueces no tienen derecho a cambiar de parecer. Se han limitado a conservar la autoridad de la ley. "En resumidas cuentas, comenta Montaigne, esos pobres diablos están consagrados a las fórmulas de la justicia". Las anécdotas referidas ponen en crisis la autoridad moral de la ley y, más todavía, le permiten al lector tocar con el dedo, por así decirlo, la importancia capital –es decir, como una cuestión de vida o muerte– de saber *interpretar* las leyes con pleno apego a la justicia. Montaigne no tiene miedo de oponerse al enfoque de una *justicia legal* que entraña una lectura literal de los estatutos jurídicos y una férrea interpretación rigorista de los mismos; su llamado a la equidad pregona la necesidad de ajustar la letra de la ley al entorno directo y a la circunstancia inmediata de los individuos que se han visto atrapados en la maquinaria de la *justicia* por el tiempo y la fortuna (mala).

Desde Aristóteles hasta nuestros días, la cuestión de la equidad sigue como una sombra al problema de la justicia. La ley y la justicia, inspirada en las universales, no sabría ser adoptada o aplicada en todos los casos. La equidad –como se traduce la palabra griega *apiekeia* que aparece en la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles (V. 10, 1137 b – 1138 a)– aparece como un correctivo, para enderezar –hoy diríamos humanizar– lo que es legalmente justo. Pero la *equidad* –incluso en nuestros días– es inasible y elusiva y parece remitir irremisiblemente al ámbito subjetivo. De ahí precisamente que la equidad precise personificarse, encarnarse en un intér-

prete capaz de colmar los hiatos y lagunas que se abren entre lo universal y lo particular y que se le puede comparar a esa regla de cuero empleada por los arquitectos de Lesbos en sus construcciones capaz de amoldarse al contorno irregular de la roca que debía medir. El de la equidad es por eso un acto de traducción que a partir del estatuto escrito constituye una guía no escrita (*ius non escritum*) para guiar la interpretación de la ley. A partir de las innovaciones realizadas por los juristas del Renacimiento francés –como Budé, La Roche Flavin o Arnaud Le Ferran– sobre el derecho romano de la Edad Media en el sentido de ampliar el arte de la recepción hacia una mayor comprensión de lo subjetivo y de la realidad de las diversas formas de hablar y de exponer, Montaigne inventará un modelo inédito de la indagación ética y de la práctica escrita del auto-escrutinio a partir de la cuestión de la equidad en que se cruzan y aluden recíprocamente los discursos de la hermenéutica y de la retórica, de lo legal y de lo literario, de lo médico y lo filosófico.

La práctica de una equidad activa e incesante llevará a Montaigne a trascender las reglas y las costumbres y a poner en el centro de su indagación la observación de los "efectos y de las circunstancias" y a interpretar lo inmediato de una situación dada a la luz del conocimiento de sí misma. Al igual que en los razonamientos de índole legal, la reflexión en Montaigne no viene después del acontecimiento sino que forma parte de su práctica. Las tareas prácticas de la equidad van luchando por llenar huecos y lagunas y por corregir las imperfecciones humanas al tiempo que se trata de conservar la tolerancia, la decencia y la elegancia afloran como una asociación espontánea cuando Montaigne hace el retrato de su propio juicio: "El juicio tiene en mí el lugar de una cátedra magistral, al menos se esfuerza en ello afanosamente; deja que mis aptitudes sigan su camino, tanto como el odio y la amistad, incluso y sobre todo la que tengo por mí mismo, sin alterarse ni componerse. Si no es capaz de reformar a las otras partes a su gusto, al menos tampoco se deja deformar por ellas: hace su juego aparte". Su juicio, al igual que la equidad no se

deja "deformar" por sus pasiones y sin embargo está atento a los sentimientos y opiniones subjetivas, aprestando en todo momento sentimientos de clemencia, empatía y simpatía hacia el otro. La indagación ética de Montaigne es indisociable de la innovación retórica y de la hermenéutica legal que han sido el asiento y el punto de partida del individualismo y muy en especial de la filosofía moral.[13]

IV

A lo largo de los *Ensayos* Montaigne reitera que él no es ni representa ninguna autoridad, en repetidas ocasiones niega que él pueda hablar con autoridad sobre cualquier cosa que no sea él mismo. Esta afirmación volverá a aparecer en el ensayo "De la experiencia", pero salta al oído del lector que con cada negación y denegación va creciendo su *autoridad moral*, esa cierta *autoridad moral* que ha llevado a los lectores de muchas generaciones y culturas a depositar su confianza en la voz del escritor, una voz cuyos ecos resuenan en nuestra mente y que muchos lectores han confundido con la suya.[14]

El libro único con el cual Montaigne funda el género del ensayo –a pesar de que se encuentren precedentes en la Antigüedad griega y latina– es antes que nada un hecho de lenguaje y, como tal, presupone un escenario mental, una escena retórica tan compleja –y ahí está para probarlo el laberinto editorial que constituye, el ejemplar profusamente anotado por Montaigne (ejemplar de Burdeos, se llama)– como espontáneo, terso y fluido (ahora se diría *oral*) parece su estilo. Como Julio César antes que él y como Augusto Monterroso mucho después, Montaigne era un

[13] *Cfr.* Donald Kelley, *The Human Measure Social Though in Western Legal Tradition*, Cambridge, Harvard University Press, 1990.

[14] *Cfr.* Michael L. Halls "Diverse ways. Montaigne's Ethos and the Rhetoric of Indirection", en *Montaigne and the Ethics*, Montaigne Studies An Interdisciplinary Form. Editado por Philippe Disan, vol. XIV, núm. 1-2, 2002, Chicago, Illinois, pp. 64-80.

maestro en el arte de representar que carecía de arte. Los "mensajes" y "contenidos" de sus ensayos están fundidos y diluidos a tal punto en su forma y estilo que sus lectores, a poco de interrogar su pensamiento, ya tienen que estar metiendo las manos en su retórica, y nada más empiezan a debatir su filosofía y ya van resbalando por el tobogán de su estilística. Pero hay que tener cuidado de no aislar a Montaigne pues su palabra ondulante y diversa tiene parentescos indudables con esa familia de escritores que va de Rabelais a Erasmo y Cervantes y que frente a las exigencias dogmáticas de uno u otro banco religioso y/o político, pone en el centro del escenario, en la plaza virtual de las ideas, una retórica de la incertidumbre, la indecisión y la ambigüedad pero –y hay que recalcarlo– al fin una retórica, una máquina verbal hecha de artefactos suasorios y de finos mecanismos lingüísticos que van efectuando el tránsito imperceptible entre lo público y/o lo privado, la intimidad y el orden forense pasando por todas las notas de la conversación intermedia. Nada maravilla entonces que, además del autor, del ensayista Montaigne que llega envuelto en el capote cristalino de su naturalidad, aparezca acompañándolo otra silueta casi invisible: la del lector cuya confianza y fidelidad va ganando Montaigne a lo largo de sus *Ensayos* –una obra por cierto cuyo conjunto es muy superior a sus partes y que ocupa, en relación con sus antecedentes (por ejemplo, las *Cartas* de Séneca), la misma distancia que separa a los *Cuentos del Conde Lucanor* del Infante Don Juan Manuel de *Don Quijote de la Mancha*. Adviértase por cierto y al paso que tanto en Montaigne como Cervantes aparece la estrategia retórica que pone en el centro de la escritura al lector.

Si bien no es este el lugar para explorar dichos procedimientos, muy mal haría el autor de este prólogo al ensayo "De la experiencia" si no lo señalara, si no se intentara aquí esbozar la historia de la voz que ensaya en Montaigne. Podría pensarse que es la voz de un abogado que, fuera de los tribunales y de las cortes, aconseja, concilia, juzga y dirime definitivamente; pero es como un procurador que, teniendo como juzgado a

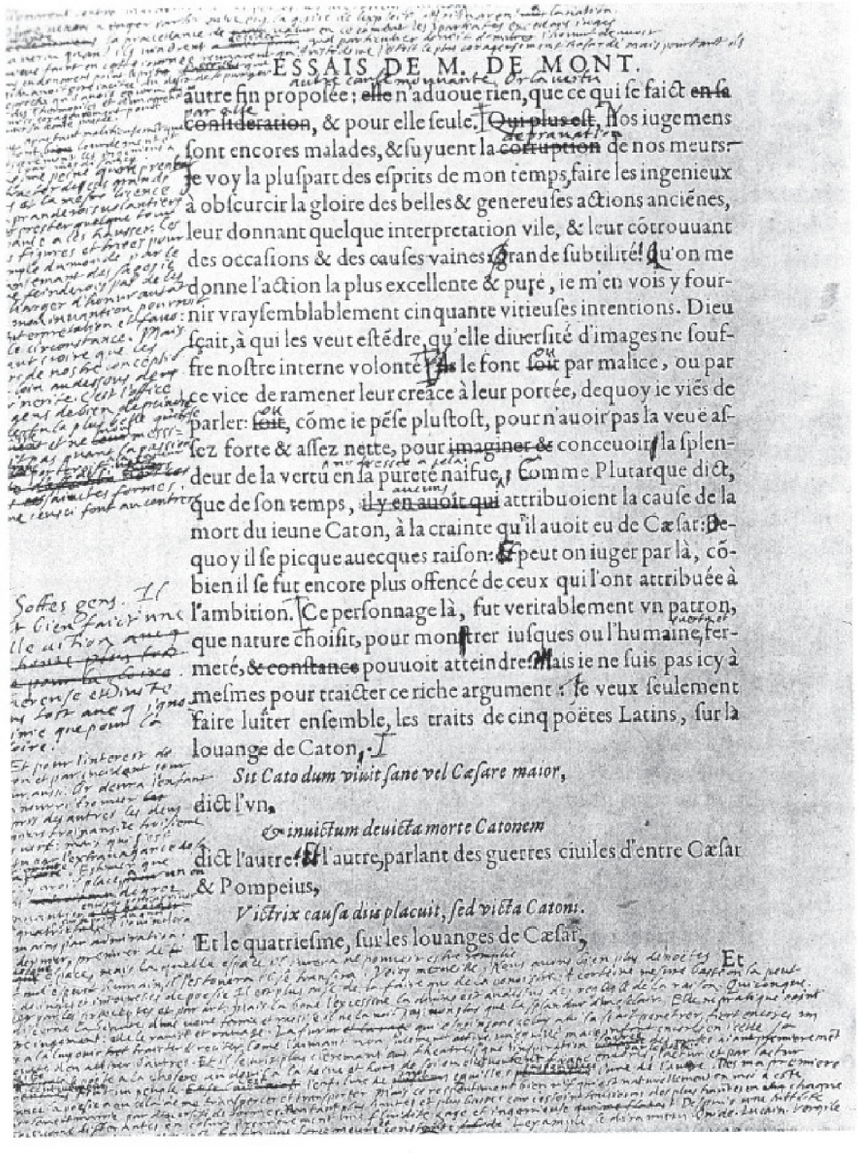
los autores –sobre todos a los muertos–, pasa por la tela del juicio de su persona, a su personaje, a su propio *ethos* y, acompañándolo a ese huésped –el lector, él mismo– con el que observa –no hay otra palabra– todas las atenciones.

V

La última línea del ensayo es una cita de Horacio (*Odas* I, 31): "Otórgame, / Latoo, el gozar sano de lo que hay, / pero también, por favor, ahórrame una vejez triste y sin cítaras". Aspira Montaigne, como premio de la sabiduría a una vida sana, ordenada según un modelo común y corriente: sin orden ni extravagancias. Y así pide protección al dios de la salud y de la sabiduría alegre, de la gaya ciencia convivial, para que sus últimos momentos no estén desprovistos de música. Ha recorrido un largo camino en busca de sí mismo descubriendo que: "Quien sigue a otro no sigue nada, nada encuentra, ni siquiera busca nada" (I, 26). Las tonalidades contrastadas de los *Ensayos* se concentran en este último "De la experiencia" donde conviven lo más fisiológico y lo más espiritual, lo más público y lo más íntimo. La forma literaria que inventó y cuyo origen se remonta con toda probabilidad a los concursos de "Ensayos" convocados por la Academia de Música y de Poesía de Carlos IX, luego de la conclusión en 1570 de la Paz de Saint-Germain,[15] esa forma vaga a la que él dio una posibilidad casi infinita de adaptaciones y aproximaciones, cristaliza en "De la experiencia" su estética de la metamorfosis y del *mobile perpetuum*, del *collage* y del *puzzle* o rompecabezas culminará

[15] Sobre los orígenes de la palabra ensayo (*essai*), aplicable a la forma literaria cultivada por Montaigne, véase: Frances A. Yates: *The French Academies of the XVI Century*. The Warburg Institute, Londres, 1947. Sobre la estética literaria de Montaigne como una estética del rompecabezas o *puzzle*, véase Géralde Nakam, "Une esthétique du Puzzle", en *Le dernier Montaigne*, Honoré Champion Editeur, Études Montaignistes, dirigées par Claude Blue, núm. XXXIX, París, 2002, pp. 272-294.

en la última edición de los *Ensayos* y en este "De la experiencia" en particular: el ensayo será un Sileno que realiza en sí mismo la armonía de los contrarios que son consustanciales a nuestra vida. Su "indócil libertad" encontrará en el ámbito manierista de lo grotesco / grutesco un espacio de trabajo y de placer: una madriguera tanto más hospitalaria cuanto más próxima a la continua metamorfosis, cuanto más inmediatamente es capaz de sustituir la servidumbre voluntaria denunciada por su amado Etienne de la Boétie por una infatigable "sumisión a la realidad interior".



ESSAIS DE M. DE MONT.

autre fin propolée : elle n'aduoue rien, que ce qui ſe faict en la conſideration, & pour elle ſeule. Qui plus eſt, nos iugemens ſont encores malades, & ſuyuent la corruption de nos meurs: ie voy la pluſpart des eſprits de mon temps faire les ingenieux à obſcurcir la gloire des belles & genereuſes actions anciẽnes, leur donnant quelque interpretation vile, & leur cõtrouuant des occaſions & des cauſes vaines: grande ſubtilité! qu'on me donne l'action la plus excellente & pure, ie m'en vois y fournir vrayſemblablement cinquante vitieuſes intentions. Dieu ſçait, à qui les veut eſtẽdre, qu'elle diuerſité d'images ne ſouffre noſtre interne volonté: ils le font ſoit par malice, ou par ce vice de ramener leur creãce à leur portée, dequoy ie viẽs de parler: ſoit, cõme ie pẽſe pluſtoſt, pour n'auoir pas la veuë aſſez forte & aſſez nette, pour imaginer & conceuoir la ſplendeur de la vertu en la pureté naifue, Cõme Plutarque dict, que de ſon temps, il y en auoit qui attribuoient la cauſe de la mort du ieune Caton, à la crainte qu'il auoit eu de Cæſar: dequoy il ſe picque auecques raiſon: & peut on iuger par là, cõbien il ſe fut encore plus offencé de ceux qui l'ont attribuée à l'ambition. Ce perſonnage là, fut veritablement vn patron, que nature choiſit, pour monſtrer iuſques ou l'humaine fermeté, & conſtance pouuoit atteindre: Mais ie ne ſuis pas icy à meſmes pour traicter ce riche argument: ie veux ſeulement faire luiter enſemble, les traits de cinq poëtes Latins, ſur la louange de Caton.

Sit Cato dum viuit ſane vel Cæſare maior,

dict l'vn,

& inuictum deuicta morte Catonem

dict l'autre: & l'autre, parlant des guerres ciuiles d'entre Cæſar & Pompeius,

Victrix cauſa diis placuit, ſed victa Catoni.

Et le quatrieſme, ſur les louanges de Cæſar,

Le plus franc et le plus honnête de tous les écrivains.

Emerson.

18. En Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, Présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 168.

17. ENTRE LOS PULGARES DE MONTAIGNE Y LOS DEDOS DE DALÍ

I

Montaigne recuerda que su padre, pasados los sesenta años, hacía "pequeños milagros" o proezas como "pasar por encima de la mesa apoyándose en el pulgar" (*Ensayos*, Libro II, capítulo II, 344 c.). La escena, inscrita en el ensayo sobre la *ebriedad,* tiene aires de fiesta medieval y de plenitud renacentista. Montaigne se refiere en otros lugares de los ensayos a los pulgares y a los dedos: 24 veces al dedo, 20 veces a los dedos, 5 veces al pulgar, 4 a la pulgada (*Cf.* R. Leake, *Concordance des Essais de Montaigne*, 1981). El pulgar, ese dedo que no sólo puede llegar a ser tomado por la mano misma, como dice en el breve ensayo "De los pulgares", Libro II, capítulo XXVI (que se presenta aquí con el número III), sino que hasta puede llegar a tener identidad propia como en el cuento de "Pulgarcito", "Poucet", "Petite poucet", voz que por cierto no aparece en los ensayos, aunque sí salen a escena la medida llamada pulgada y, desde luego una sola vez, la pulga, Libro I, XXIII, 114 c.[16]

II

Los dedos, el dedo, por otra parte, se yerguen en los paisajes, dibujos y aun escritos de Salvador Dalí: pero no se puede saber a ciencia cierta si ya

[16] La *Concordancia*, de Leake, refiere a la edición de los *Ensayos* de Pierre Villey citada en la bibliografía.

había leído a Montaigne cuando escribió a principios de los años treinta, cuando todavía no los cumplía él mismo, la provocadora estampa que da título a un pequeño libro, *L'alliberament dels dits*, ilustrada con imágenes de dedos pulgares. En cualquier caso, el motivo se remonta al menos al año de 1928 en que realiza el cuadro "El pájaro herido".

Apenas concluida la Segunda Guerra Mundial y cuando todavía corría el humo de las ciudades incendiadas y de los campos de concentración, refugiado desde 1939 en Estados Unidos, dolorosamente consciente de las atrocidades desplegadas por uno y otro bando, Dalí, el precursor surrealista del *cynicalshit*, el cortesano dispuesto a acostarse en una cama de dólares, el descarado simpatizante de la reacción dispuesto a desafiar las cabezas de los bien pensantes, parecía harto del futuro y de las visiones escatológicas del presente y vuelve su mirada interior, su mirar artista, hacia tres personajes emblemáticos (¡oh, Johan Hiuzinga!) del claroscuro medieval llamado Renacimiento: el español Miguel de Cervantes, el italiano y florentino Benvenuto Cellini y el francés, gascón y europeo, como los otros dos, Michel de Montaigne, y a partir de 1945 se entrega a la ilustración de Don Quijote de la Mancha, entre 1945 y 1946 se adentra en la *Autobiografía* de Benvenuto Cellini, y durante el otoño e invierno de 1946 y a lo largo de 1947 se baña en los *Ensayos* de Michel de Montaigne y sale de la inmersión luego de haber espigado 21 piezas de los tres libros para poner como lema al conjunto "Homenaje a Francia". ¿Qué puede significar en labios del cáustico Dalí la palabra "homenaje"? El espacio de civilización llamado Francia, el variado y rico hexágono, fue sin duda el lugar, el archipiélago de lugares en que maduró su vocación artística: París, Marsella, el mediterráneo francés –la Costa Azul, la Costa Bermeja, tan próxima de su nativa Cataluña– en compañía de sus amigos surrealistas, Paul Éluard, André Breton –de quien se distanciará en Estados Unidos–, Marcel Duchamp y de la seductora compañía de la joven rusa llamada Gala. En Estados Unidos, Dalí tiene dificultades para comunicarse: ostensiblemente no habla inglés y lo

pronuncia con acento atroz. Para comunicarse, debe confiar en Gala que simula hablarlo o en amigos que lo guían y le sirven de intérpretes en sus transacciones pictórico-comerciales. Decide escribir un libro, *La vida secreta de Salvador Dalí*, pero sólo lo puede hacer en un francés bronco y cruzado de voces catalanas, italianas e hispanismos. Puede decirse que el francés fue para Salvador Dalí una tabla de salvación en el prolongado exilio en Estados Unidos. Su libro es traducido al inglés por un profesor de california, Haakon Chevalier y aparecería en el otoño de 1942. Diez años más tarde, un joven admirador de Salvador Dalí, Michel Déon, lo devolverá al francés, quién sabe si a su lengua original. Dalí abandonará Estados Unidos y llegará al puerto de Le Havre el 21 de julio de 1948. El "Homenaje a Francia" que cifra Dalí en Montaigne es, ante todo, homenaje a la lengua que le permitió sobrevivir en Estados Unidos, pero, más allá, a la cultura francesa de la que formaba parte, como dolorosamente se lo recuerdan la polémica con André Breton, que lo llama "Avida Dollars" o las distancias políticas con sus amigos y cómplices como Paul Éluard, ex amante de Gala y amigo de Dalí, y su esposa Nusch que participan en la Resistencia contra los alemanes (Nusch morirá el 28 de noviembre de 1946). Además de pintar algunos cuadros, Dalí baña sus ánimos epicúreos y estoicos en el agua brava de los 21 ensayos de Montaigne, una lectura de juventud, que trabajará en esos años finales de su angustiada estancia en Estados Unidos.

Cabe constatar que desde 1936 Dalí había firmado un cuadro titulado "Canibalismo ritual" y había hecho –¡cómo no!– algunas declaraciones intencionadas en torno a la práctica de la antropofagia dignas de Jonathan Swift. Alrededor de las páginas de Montaigne, aparecen como en el reojo las siluetas de Alberto Durero –y de Rafael– dos de sus maestros. Desde que Cosima Wagner le diera a Nietzsche los ensayos de Montaigne como regalo de Navidad, el autor de los *Ensayos* fue uno de los escritores clásicos que se pasaban de contrabando bajo las almohadas de los lectores.

Dalí dialoga intensamente con los *Ensayos*: lo muestra su manejo contrastado del color, la firmeza de sus líneas de fuga en perspectiva, su juego con el volumen y con el claroscuro y su desenfado al trazar cuadros que rayan en lo caricaturesco, como el aterrador de los decapitados... Al pie de alguna de las imágenes –"Demócrito y Heráclito"– los nombres de Gala y Dalí se yuxtaponen, se montan de forma tal que una letra A queda como cargando a la otra, como dos pulgares sobrepuestos...

III

"De los pulgares", Libro II, capítulo XXVI[17]

Tácito cuenta que entre ciertos reyes bárbaros se acostumbraba, para sellar un pacto, juntar tan estrechamente las manos derechas una con la otra y entrelazar luego los pulgares hasta que de tanto apretar la sangre estuviese a punto de salir por las yemas, que se herían punzándolas levemente y luego se chupaban la sangre uno del otro. Los médicos dicen que los pulgares son los dedos maestros de la mano, y que su etimología viene de "pollere" (que significa tener excelencia por encima de los otros). Los griegos los llamaban ἀντίχειρ, como quien dice "otra mano". Y parece que en ocasiones los latinos lo toman así, en el sentido de mano entera:

> Pero ni las palabras lascivas
> ni las solicitaciones de un pulgar
> que acaricia la deciden a erguirse
> (Sed nec vocibus excitata blandis,
> Molli police nec rogata surgit)

[17]Michel de Montaigne, *Les Essais*, edición, presentación y notas de Pierre Michel, París, 1972, pp. 413-414. Michel de Montaigne, *Les Essais*, presentación, establecimiento del texto, aparato crítico y notas de André Tournon, París, Imprimerie Nationale, 1998, pp. 569-570. Michel de Montaigne, *Les Essais*, edición de Jean Balsamo, Michel Magnien y Catherine Magnien-Simonin, La Pléiade, París, 2007, pp. 727-728. Traducción de Adolfo Castañón.

En Roma era signo de favoritismo dejarse apretar y besar los pulgares.

Aplaudirán tu juego, bajando los dos pulgares, dice Horacio en sus Epístolas I, XVIII
(Fautor utróque tuum laudabit pollice ludum)

Y de haber caído del favor, alzarlos y ponerlos hacia afuera.

Cuando la chusma alza los pulgares,
hay que dar muerte para congraciarse con ella.
(Converso pollice vulgi
Quemlibet occidum populariter.)

Los romanos dispensaban de ir a la guerra a quienes tenían alguna herida o defecto en el pulgar, como si por esa causa no fuesen capaces de empuñar las armas con suficiente firmeza. Augusto confiscó los bienes de un caballero romano que tuvo la maliciosa ocurrencia de amputar los dedos de dos jóvenes hijos suyos para evadir la ley que los obligaba a tomar las armas; y antes que él, el Senado, en tiempos de la guerra itálica, había condenado a un tal Cayo Vatieno a prisión perpetua y le había confiscado todos sus bienes por haberse cortado adrede el pulgar de la mano izquierda para exentarse de ese viaje.

Alguien, cuyo nombre no recuerdo ahora, luego de haber ganado una batalla naval, hizo cortar los pulgares de las dos manos a sus enemigos vencidos, para quitarles así cualquier medio de combatir y de empuñar los remos.

Los atenienses se los hicieron cortar a los eginetas para arrebatarles así la ventaja en el arte de navegar.

En Lacedemonia, los maestros de escuela castigaban a los niños mordiéndoles los dedos pulgares.



19. *Ensayos* de Michel de Montaigne. Ilustración de Salvador Dalí. Capítulo xii, "De los pulgares". Fundación Gala-Salvador Dalí, Vegap, 2005, p. 41.

18. EL INTERÉS POR LA LITERATURA AUTOBIOGRÁFICA

El interés por la literatura autobiográfica es relativamente reciente. Es cierto que los testimonios en primera persona son tan antiguos como la escritura misma. Sin embargo, el surgimiento del autor como actor, el interés por la escritura en primera persona es mucho más reciente y casi podríamos decir que es una invención moderna al punto que acaso podría medirse la modernidad de una literatura por la presencia, forma y diversidad de las letras en primera persona. El descubrimiento de que la verdad tiene un rostro es, desde luego, una revelación, es decir un hallazgo religioso.

El texto central donde se alberga y expresa esta situación son las *Confesiones* de San Agustín. Ahí veremos cómo, según apunta María Zambrano, "El corazón del filósofo ha sido arrancado de la dispersión por la violencia del entendimiento que anula las pasiones [el filósofo] ha llevado su corazón a la luz, ha hecho su corazón órgano de la luz" (La confesión, p. 30). Cantar la vida, *confesarla* tiene sentido si y sólo si esa narración, ese relato tiene un sentido, se escribe a la luz de la verdad, a la luz de la luz.

Las ventanas de las *Confesiones* se abren hacia una verdad esencial en la lectura de la literatura autobiográfica: el autor y el actor coinciden nominalmente pero pueden ser dos personalidades muy distintas: el actor pecaminoso de la ciudad profana y adúltera, pagana y gentil no coincide con el amanuense de *La ciudad de Dios*, el espectador que da testimonio de la caída y de la decadencia del Imperio Romano en su propia cara. Salta así a la vista que la representación de sí mismo entraña una política,

una estrategia en relación con la propia imagen, con la propia sombra. Y esa política no está aislada. No en balde la autobiografía surge a la par que *la vida privada*. Hubo, desde luego, expresiones autobiográficas entre los griegos y romanos –ese es el tema de estudio de Moses Hadas en su libro *La autobiografía en la Antigüedad*. Sin embargo, o bien se trata de libros *prodomo sua* (*Cf.* Julio César) o bien de textos de *memoria* cuya importancia reside en que se habla de una tercera persona (Memoria Silva de Jenofonte) o bien, de apuntes muy someros y donde el relato del teatro íntimo de los acontecimientos es pobre cuando no inexistente (*cf.* los apuntes del rey-filósofo Marco Aurelio). La autobiografía entendida como una experiencia intelectual valiosa en sí misma aparece con San Agustín, pero habría que esperar varios siglos –casi un milenio– para que se asuma con todo rigor la empresa autobiográfica como una empresa artística. Me refiero, desde luego, a Montaigne, el primero en hacer de sí mismo materia y método de su libro, y de su rostro, sustento, espejo y camino. San Agustín escribió sus confesiones desde una conciencia intensa de que la vida confesada y pasada, la vida de la caída había consistido principalmente en un vagar, en una errancia entre los placeres y los días, los cuerpos y la noche. Pero queda claro en las *Confesiones* que la errancia es algo externo y que la caída forma parte del pasado; el presente de la verdad cristiana es un buen puerto al que se ha llegado y en el cual no cabe la historia en un sentido profano. La ciudad de Dios es el punto de vista desde el cual se articulan las *Confesiones*, y en ella sólo cabe la historia sagrada, las etapas de la purificación. El valor literario se da en todo caso como una función pedagógica, no como una necesidad intrínseca del texto. Con Montaigne sucedería una cosa muy distinta. Montaigne es la materia y el método de su libro, la errancia en su obra no se da como algo externo: explorar los mundos interiores es vagar en ellos. Por ello en Montaigne la teoría de la distracción tiene un carácter activo y dinámico, medular y estructurador: distraerse, vagar es la mejor forma de conocerse a sí mismo. El oráculo de Delfos está en los caminos

interiores y exteriores. La relación que se da en Montaigne entre viaje y autoconocimiento es esencial. Más aún, la inestabilidad del texto, la génesis dinámica de un discurso que se escribe y reescribe y se abisma en su propia reflexión llegan a ser parte constitutiva de la prosa, de la intención prosística. Las relaciones existentes entre los *Ensayos* y el *Diario de viaje a Italia* son en ese aspecto reveladoras.

A Montaigne, el padre fundador del *Ensayo* le gustaba montar a caballo y está a caballo de la literatura y de la filosofía. En él hacen crisis no pocas cosas, entre otras la historia de los géneros literarios. Llevado a profundidad, tomado en serio y hasta sus últimas consecuencias, el proyecto de "contarse a sí mismo" pone en crisis el contar, la exposición misma. Ni filosofía ni novela, ni historia ni crónica, el *Ensayo* será tan diverso como el hombre mismo. Si en San Agustín se daba un proceso al ser humano desde la verdad, en Montaigne el ser humano se afirmará como una verdad en proceso, como una tarea en marcha. La verdad es un asunto proporcional y provisional, y la autobiografía rompe el dique de las anécdotas para inventarse en la escritura. La autobiografía culmina en dos polos o cabos: en el perfeccionamiento de la persona y de la conducta (pues sólo se puede escribir con dignidad sobre lo que es digno en sí mismo) y en el perfeccionamiento de la escritura. La autobiografía desemboca en la autocrítica. *Ética* es así la palabra dominante de este proyecto. Pero a Montaigne le interesaba ante todo la verdad.



20. Alciato, *Emblemas*, "Bivir templadamente y no creer de ligero", prólogo de Manuel Montero Vallejo, preparación de textos y notas Mario Soria, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 239.

19. BUENAS NOTICIAS PARA LOS LECTORES DE MONTAIGNE

Cobra fuerza a medida que avanza
VIRGILIO, *Eneida,* IV, 175
Lema incluido por Marie de Gournay
en su edición de 1598

El nacimiento de este género literario que fray Diego Cisneros en 1637 quiso llamar "intentos" o "experimentos" se puede fechar con la publicación de la primera edición de los *Ensayos* de Michael de Montaigne en 1580. Si alguien preguntara qué cosa entra a la literatura con esta forma literaria que ya tenía antecedentes indudables en la literatura epistolar, por ejemplo de Cicerón, sólo cabría responder: la auto-observación como una categoría estética y crítica que habría de renovar con su carga de ambigüedad el ejercicio de la literatura y cuyos destellos se pueden encontrar en autores contemporáneos tan distintos como Miguel de Cervantes y William Shakespeare. Este hombre, que se retira para mirarse vivir a través del espejo de la escritura y luego se asoma a mirarse escribir y a mirarse leer, es una de las novedades y originalidades polinizadoras de este libro de libros donde las fronteras de lo público y lo privado se van disolviendo y esfumando en un ámbito que sólo puede ser el de la crítica, la expresión y la filosofía.

Hay buenas noticias para los lectores de Michel de Montaigne. A mediados del pasado 2007, la editorial Gallimard publicó una nueva edición de los *Ensayos*, *Les Essais,* en una edición establecida por Jean Balsamo, Michel Magnien y Catherine Magnien Simonin, a partir de la

edición de 1591 (aunque teniendo en cuenta las anteriores), seguida de una edición de las diversas "notas de lectura" (como las que hizo al libro de Lucrecio, *La naturaleza de las cosas*, o las que redactó sobre la *Guerra Civil* de Julio César) y de las "sentencias pintadas" o más bien cinceladas y luego coloreadas en el tercer piso de la torre, anexa al castillo, situado en el pueblo llamado hoy Montaigne, no muy lejos de Burdeos. Esta edición parte de las ediciones de 1591–un año antes de la muerte de Montaigne– y de 1595 e incluye, además, los 29 sonetos de su amigo del alma, Étienne de la Boétie, noticias, notas y un himalaya de variantes en un volumen, impreso en papel Biblia.

El volumen lleva el número 14 de la Colección La Bibliothèque de la Plèiade y sustituye la edición original preparada por Albert Thibaudet en 1937. El tomo establecido y anotado por Thibaudet sólo contenía los tres libros de los ensayos y tenía un total de 1102 páginas contra las 1975 de la edición preparada por Balsamo y compañía. La edición de 1937 se basaba en el llamado ejemplar de la biblioteca de Burdeos mientras que la de 2007 se funda en la edición de 1595 e incorpora en el texto mucho del material que Thibaudet relegaba en las notas. A la edición de 1937, siguió veinticinco años después, en 1962, una segunda que actualizó Maurice Rat siguiendo el mismo texto de Thibaudet fundado en el de P. Villey pero añadiendo el *Diario de viaje por Italia, Suiza y Alemania*, algunas cartas, las notas a las "Efemérides de Beuther" –un documento más bien doméstico– y por primera vez, las "sentencias pintadas" en la "Librería" (o sea en la Biblioteca) de la Torre, además del consabido aparato crítico.

La nueva edición depura y actualiza el texto, lo refresca y lo pone al día en relación con los estudios filológicos y críticos que han proliferado a lo largo del siglo XX y, más particularmente, en los últimos treinta años, dentro y fuera de Francia. La edición de Balsamo-Magnien, de 2007, fue saludada por *Le Magazine Littèraire*, núm. 464, de mayo del pasado año, con un rico *dossier* compuesto de 19 colaboraciones presentado por Jean-Louis Hue. Además, fue reseñada en el suplemento sabatino *ABC*

de las artes y las letras (núm. 808 del 28 de julio al 3 de agosto), en un ensayo de Marc Fumaroli de El Collège de France quien compara por su limpieza y legibilidad la nueva edición de Balsamo-Magnien con *El Quijote* de Francisco Rico, y en inglés el tomo que comentamos ha sido generosamente reseñado por Charles Rozen en *The New York Review of Books*, vol. LV, núm. 14 de febrero de 2007.

La nueva edición de los *Ensayos*, preparada para la Pléiade por el *tandem* Balsamo-Magnien Simonin representa un giro en la lectura y crítica genéticas del texto, instauradas a principios del siglo XX por Ferdinand Strowsky y Piere Villey, quienes partían de un ejemplar conservado en la biblioteca de Burdeos. La nueva edición arranca, en cambio, de un ejemplar de la edición de 1595, copiosamente revisado e intervenido por el propio Montaigne y publicado tres años después de su muerte por Marie de Gournay, su "ahijada" o "hija de alianza", con el consentimiento de la viuda, Françoise de la Chassaigne. Se ha escrito poco sobre las amistades paralelas de Montaigne con Étienne de la Boétie, por un lado y, del otro, con Marie de Gournay, mujer, por cierto, con personalidad literaria propia. De todas formas y a pesar del enriquecimiento que representa esta edición con sus cordilleras de notas y sus montañas de precisiones y comentarios, todavía cabe esperar, como apunta Fumaroli, un Montaigne comparable al Cervantes de Rico o a la traducción del británico M. A. Screech que ha vendido en Penguin cientos de miles de ejemplares.

La suntuosa Pléiade es una colección frecuentada, hasta por el mismo Papa Benedicto XVI, según le confesó al presidente Nicolas Sarkozy cuando durante su visita en diciembre de 2007 éste le regaló unas primeras ediciones de las novelas de George Bernanos: "Ya los leí en la Pléiade", le dijo el Papa en un francés perfecto, según informó el periódico *Le Figaro* en su edición del 21 de diciembre de 2007 ("Sarkozy défend les racines chrétiennes de la France" por G. Tabard).

En la Pléiade apareció, en el verano de 2007, el *Album Montaigne*, el 46 de la serie, con una iconografía elegida y comentada por el historiador

y "montañista" Jean Lacouture, en un volumen de 275 páginas, muchas de ellas ilustradas a color, que dan cuenta minuciosa y policromada de los viajes de Montaigne por el espacio y por el tiempo. El libro es como un pequeño museo portátil, para guiarnos *Por el país de Montaigne* (Paidós, 2000), un libro de horas profanas que resulta una suerte de panorama colorido de las postrimerías del Renacimiento francés y europeo.

Por si fuera poco, apareció *Montaigne: Portraits à l essai* de Philippe Desan (Honoré Champion, París, 2007), un imponente libro de 350 páginas ilustradas que aspira a representar al autor de los ensayos a través de los siglos. Si el *Album Montaigne* preparado por Jean Lacouture es como un museo portátil, el tomo organizado por Desan aparecería entonces como un mueble o carroza museográfica dedicada al venerable Señor de la Montaña, como lo llamó don Francisco de Quevedo, uno de sus primeros lectores españoles.

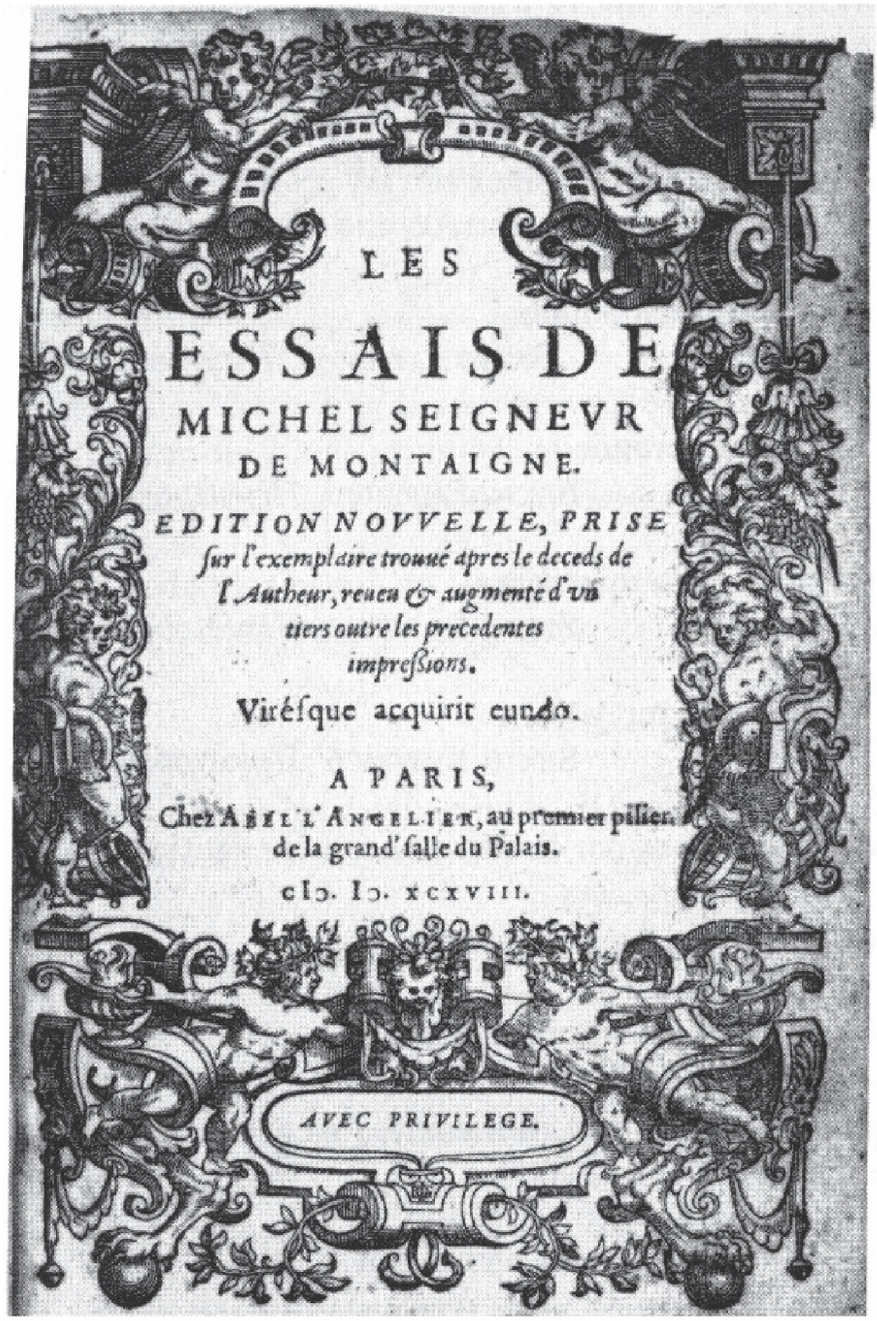
Y precisamente en español la editorial Acantilado de Barcelona, publica una nueva traducción completa de *Los Ensayos* (según la edición de 1595 de Marie de Gournay) con prólogo de Antoine Compagnon, edición y traducción de J. Bayod Brau a nuestra lengua, en el número 153 de su colección única. Es la sexta versión completa de *Los Ensayos* a nuestra lengua, si contamos las de 1) Constantino Román y Salamero, 2) Juan G. Luaces, 3) Enrique Azcoaga, 4) Dolores Picazo y Almuneda Montojo y 5) Marie-Josè Lemarchand, generosamente reseñada por Fernando Savater (Babelia, 3-IX-2005) como una traducción no exenta de "la mayor galanura y propiedad". O sea que la lengua española no se ha portado tan mal con el señor de la montaña.

Esta nueva traducción de Acantilado de los *Ensayos* sigue la edición de la querida "ahijada", Marie de Gournay, o sea la ya mencionada de 1595. El traductor es el joven Jordi Bayod Brau (1959), de origen catalán y autor de una tesis doctoral inédita sobre el pensamiento de Montaigne, y lleva un prólogo del solvente crítico francés Antoine Compagnon (1950), quien es además autor de *Nous, Michel de Montaigne* (1980). Al

libro lo acompaña una bibliografía selecta, notas del traductor y editor. Compagnon recuerda en su Introducción que el presidente de la República Francesa, Francois Mitterand, posó para su retrato oficial en la biblioteca del Eliseo "sosteniendo los Ensayos en la mano" y que así la imagen de este libro emblemático anduvo campeando por embajadas, ayuntamientos y demás sitios oficiales de Francia, dentro y fuera de las fronteras del hexágono. La traducción de Bayod Brau publicada por Acantilado se viene a sumar a las cinco mencionadas, para no contar las muchas otras derivadas a partir de éstas. Por cierto, sobre la editorial Acantilado de Barcelona, vale la pena remitir al lector a la entrevista con Jaume Vallcorba (director y editor de Acantilado, y fundador de Quaderns Crema, Sociedad Unipersonal), que hace el poeta Elkin Restrepo en la *Revista de la Universidad de Antioquia*, editada en Medellín, Colombia (publicada en el núm. 289, de julio-septiembre de 2007, en las pp. 98-105) donde el editor catalán habla de la necesidad imperativa de contar con buenos traductores y dice que en su editorial sólo trabajan ocho personas.

Siempre en Francia, en el curso del año 2007 se publicaron los dos tomos del *Nouveau Bulletin de la Societè Internationale des Amis* de Michel de Montaigne consagrados a *Montaigne parmi les philosophes*, con diversos artículos, ensayos, crónicas y reseñas donde el diálogo entre antigüedad clásica y modernidad queda perfilado y expuesto en las diversas contribuciones debidas entre otros a P. Desan, autor, por cierto, del útil *Dictionnnaire de Michel de Montaigne*, Jean Balsamo, Denis Kambouchner, Pierre Magnard y Marc Foglia para sólo mencionar a los más conocidos. Esta Sociedad, una de las más antiguas de Francia, fue fundada en 1911 por Anatole France, otro venerable "montañista".

Por lo demás, los interesados en el padre del escepticismo moderno, podrán remitirse a los *Montaigne studies,* publicados por la Universidad de Chicago, dedicados en 2007 a *Les libertins et Montaigne,* vol. XIX, núm. 1-2, con Giovanni Dotoli como editor huésped, vol. XIX, marzo 2007, núm. 1-2.


LES
ESSAIS DE
MICHEL SEIGNEVR
DE MONTAIGNE.
EDITION NOVVELLE, PRISE
sur l'exemplaire trouué apres le deceds de
l'Autheur, reueu & augmenté d'vn
tiers outre les precedentes
impreſſions.
Viréſque acquirit eundo.
A PARIS,
Chez ABEL L'ANGELIER, au premier pilier
de la grand' ſalle du Palais.
clɔ. Iɔ. xcxviii.
AVEC PRIVILEGE.

21. Portada de los *Ensayos* (1598), en Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, Paidós, México, 2000, p. 144.

20. CULTIVEMOS NUESTROS JARDINES: HACIA LAS SENTENCIAS

Cierto: la Torre de los *Ensayos* está hecha de libros. Es una conversación incesante entre citas que se afinan. Pero la torre, pozo y tubo de ensayo, Babel introvertida que busca e inventa la unidad, es un espacio, y sus libreros, sigilosas máquinas de amnesia que buscan enseñarnos a vivir.

El centro de la Torre está vacío. En el centro de la Torre está Montaigne, y en él –tensa oquedad, espacio vacío entre las sentencias– la duda. Así los *Ensayos* se yerguen como una construcción para albergarla. No es una morada para la tesis sino para el paréntesis. Son los *Ensayos* en cierto modo un invernadero pues la duda aparece como la planta más frágil del jardín donde prosperarán, espontáneas y exuberantes, las ideas y las creencias. Al revés de lo que se piensa, esa duda está lejos de ser estéril. Su fruto, raro y excepcional, no suele madurar, se malogra. Ese fruto es el sentido, facultad que suele atrofiarse en beneficio de la obediencia mental que es la memoria. El sentido: juiciosa facultad que es como la mano que sostiene y articula los otros cinco.

El centro de la Torre –recordémoslo– está vacío, sólo mana en su hontanar el juicio, aire de la eterna juventud. Si el centro de la Torre está vacío, su señor va desnudo pues ha renunciado a todos los bienes que no provengan de él mismo y sólo anhela las propiedades que pueda transmutar plenamente y llamar suyas en la acepción química de la palabra. Único, sólo quiere tener lo que él mismo pueda llegar a ser. Esa es su tarea. La Torre sólo es su instrumento, un microscopio, un telescopio, un tubo de ensayo donde las soluciones de la memoria se precipitan y se catalizan las sales de la anécdota en cristales de argumentación. Pero más

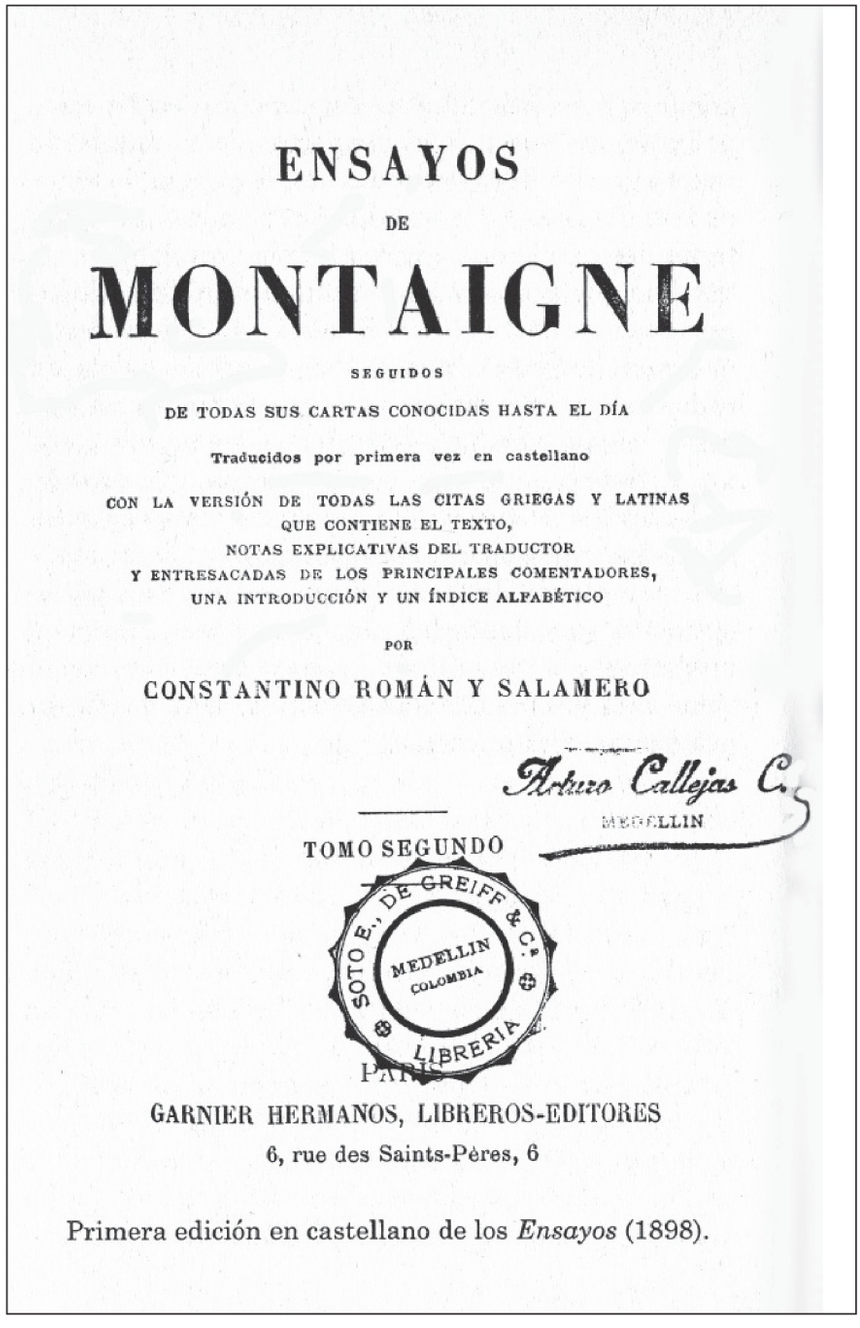
que un abrigo la Torre parece un eje, y la duda el punto inmóvil a cuyo derredor gira la rueda de la fortuna. De la gozosa transformación de esa perplejidad en juicio y sentido depende en buena parte que seamos capaces de transformar la fortuna en historia, el accidente en responsabilidad. Por la Torre vacía de Montaigne se circula hacia esa conducta.

Se publican aquí, en primer lugar, las sentencias grabadas por Montaigne en la Torre de Eyquem, tomando como fuente la edición de *Obras completas* de la Pléiade (París, 1992). Esas sentencias pueden considerarse semillas de los *Ensayos*. Casi todas figuran originalmente en griego o en latín. En no pocos casos subsiste la delicada cuestión filológica de la ubicación de los textos correspondientes, cosa que remite a una de las cuestiones básicas de la erudición montañesca: las fuentes de Montaigne.

Las citas de la segunda sección han sido elegidas, si no al azar, más como un autorretrato oblicuo del responsable que como una cifra imposible del vasto e inagotable Montaigne, autor de todas nuestras edades.

Arriesgo una traducción libre, sin ignorar la tarea de Diego de Cisneros, Constantino Román y Salamero, Luis de Zulueta, Enrique Díez-Canedo, Ezequiel Martínez Estrada, Manuel Granell, Juan G. de Luaces, Ricardo Sáenz Hayes, Enrique Azcoaga, María Dolores Picazo y Almudena Montojo, los traductores de Montaigne a nuestra lengua. Más allá, debe subrayarse, sin embargo, que la ausencia ubicua de Montaigne en el pensamiento hispánico e hispanoamericano ni es casual ni está divorciada de efectos secundarios de índole cultural y aun política, de modo que esa vuelta a Montaigne palpable en Occidente, según apunta Carlos Thiebaut, resulta, en el contexto iberoamericano, apenas tímida e incipiente, una idea.

A lo largo de los años he tenido la fortuna de visitar la torre de Montaigne al menos cuatro veces en distintas épocas; también he pensado muchas veces en la forma en que están inscritas y labradas las sentencias en las vigas. He llegado a pensar que Montaigne las leía acostado y que cambiaba de lugar su lecho para poder hacerlo…



ENSAYOS

DE

MONTAIGNE

SEGUIDOS

DE TODAS SUS CARTAS CONOCIDAS HASTA EL DÍA

Traducidos por primera vez en castellano

CON LA VERSIÓN DE TODAS LAS CITAS GRIEGAS Y LATINAS
QUE CONTIENE EL TEXTO,
NOTAS EXPLICATIVAS DEL TRADUCTOR
Y ENTRESACADAS DE LOS PRINCIPALES COMENTADORES,
UNA INTRODUCCIÓN Y UN ÍNDICE ALFABÉTICO

POR

CONSTANTINO ROMÁN Y SALAMERO

Arturo Callejas C.
MEDELLIN

TOMO SEGUNDO

SOTO E., DE GREIFF & C.ª
MEDELLIN
COLOMBIA
LIBRERIA

PARIS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, rue des Saints-Pères, 6

Primera edición en castellano de los *Ensayos* (1898).

22. Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, Paidós, México, 2000, p. 34.

21. LAS SENTENCIAS DE LA TORRE

1. El fin de saber para el hombre está en considerar como bueno lo que sucede y en no preocuparse por lo demás.

Eclesiastés.

2. Dios ha dado al hombre el gusto del conocimiento para atormentarlo.

Eclesiastés.

3. El viento hincha los odres vacíos; la fatuidad a los hombres sin juicio.

Estobeo, *Sentencias*.

4. Todo lo que está bajo el sol tiene la misma ley y fortuna.

Eclesiastés.

5. La vida más dulce consiste en no pensar en nada.

Ayax.

6. No es de esta forma ni de la otra, ni de ninguna de las dos.

Sexto Empírico, *Hipotiposis*, I, 19.

7. La noción de todo el mundo de cosas que Dios ha hecho está en nosotros –tanto de las mayores como de las menores.

Eclesiastés.

8. Pues veo que todo, en la medida en que somos, no somos nada más que fantasmas o, apenas, una leve sonrisa.

Sófocles, *Ayax*, citado por Estobeo en *De la soberbia*.

9. ¡Oh, desgraciados espíritus de los hombres! ¡Oh, corazones ciegos! ¡En cuántas tinieblas de la vida y en cuántos peligros transcurre el poco tiempo que tenemos!

Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas,* II, 14.

10. Quien por ventura se toma por un gran hombre, se verá abatido completamente al primer pretexto.

Eurípides, citado por Estobeo en *De la soberbia*.

11. Todas las cosas, junto con el Cielo y la Tierra, no son nada junto al gran Todo.

Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas,* VI, 678.

12. ¿Has visto algún hombre sabio en su propia opinión? Más esperanza hay del necio que de él.

Proverbios, 26: 12.

13. Así como ignoras cómo está unida el alma al cuerpo, así ignoras la obra de Dios.

Eclesiastés, 11:5.

14. Puede ser así y puede no ser así.

Sexto Empírico, *Hipotiposis*, I, 22.

15. Lo bueno es admirable.

Platón, *Cratilo*.

16. El hombre es arcilla.

17. No seáis sabios en vuestra propia opinión.
San Pablo, Romanos, 13:16.

18. La superstición obedece al orgullo como a su padre.
Estobeo, *De la soberbia*.

19. Dios no deja que nadie, salvo él mismo, se enorgullezca.

20. No temas ni desees tu último día.
Marcial, *Epigramas*, X, 47.

21. ...porque no sabes qué es lo mejor: si esto o aquello o si lo uno y lo otro es igualmente bueno.
Eclesiastés, 11:6.

22. Soy un hombre, considero que nada humano me es ajeno.
Terencio, *Heautontimorumenos*, I.

23. No por temor a ser estúpido seas más sabio de lo necesario.

24. Y si alguno se imagina que sabe algo aún no sabe nada como debe saberlo.
San Pablo, Primera Epístola a los Corintios, VIII, 2.

25. Si piensa que es algo, el hombre que es nada, se seduce y se engaña.
San Pablo a los Gálatas, 6:3.

26. No seáis más sabios de lo necesario, sed sabios con sobriedad.
San Pablo a los Romanos, 13:3.

27. Ningún hombre ha sabido ni sabrá nada de cierto.
Jenófanes, Tomado de Sexto Empírico.

28. ¿Quién sabe si morir es lo que se llama vivir y si morir es vivir?
Eurípides, citado por Estobeo.

29. Todas las cosas son demasiado difíciles para que el hombre pueda comprenderlas.
Eclesiastés, 1:8.

30. Se pueden decir muchas palabras en un sentido y en otro.
Homero, *Ilíada*, XX, 249.

31. La especie humana está excesivamente ávida de cuentos.
Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, IV, 598.

32. Cuánta inanidad de las cosas.
Persio, I,1.

33. Vanidad por todas partes.
Eclesiastés, 1:2.

34. Guardar la medida, observar el límite, seguir la naturaleza.
Lucano, *Farsalia*.

35. ¿Por qué glorificarte, tierra y cenizas?
Eclesiastés, 10:9.

36. ¡Ay de los sabios en sus propios ojos!
Isaías, 5:21.

37. Goza agradablemente del presente; lo demás está fuera de ti.

38. A cualquier razonamiento se le puede oponer un razonamiento de igual fuerza.

Sexto Empírico, *Hipotiposis*, I, 6.

39. Vaga nuestro espíritu en las tinieblas y, ciego como está, no puede distinguir lo verdadero.

Michel de l'Hospital.

40. Dios ha hecho al hombre semejante a la sombra. ¿Quién la juzgará a ella cuando se desvanezca al alejarse de la luz?

Eclesiastés, 7.

41. Nada es cierto sino la incertidumbre, y nada hay más miserable y más orgulloso que el hombre.

Plinio, *Historia natural.*

42. De todas las obras de Dios, ninguna es tan desconocida a cualquier hombre como los vestigios del viento.

Eclesiastés, 11.

43. Cada uno de los dioses y de los hombres tienen sus preferencias.

Eurípides, *Hipólito.*

44. La opinión que tienes de tu importancia te perderá porque te crees alguien.

45. Los hombres se atormentan por la opinión que tienen de las cosas, no por las cosas mismas.

Epicteto, *Enquiridión*, X.

46. Conviene que el mortal tenga pensamientos que no se elevan por encima de los hombres.

Eurípides, *Cólquida*, tomado de Estobeo.

47. ¿Por qué fatigar a tu espíritu con proyectos eternos que lo sobrepasan?

Horacio, *Odas*, II, XI, XII.

48. Los juicios del Señor son un profundo abismo.

Salmos, 35:7.

49. Yo no decido nada.

Sexto Empírico, *Hipotiposis*, I.

50. No comprendo.

Sexto Empírico, *Hipotiposis*, 23.

51. Suspendo mi juicio.

Sexto Empírico, *Hipotiposis*, 26.

52. Yo examino.

Sexto Empírico, *Hipotiposis*, 26.

53. Guiándose por la costumbre y los sentidos.
54. Alternar los argumentos.
55. No puedo comprender.

Sexto Empírico.

56. Nada más.

57. Sin inclinarse hacia ningún lado.



Nul homme n'a su ni ne saura rien de certain.

Xénophane (solive du milieu).

[Ningún hombre sabe ni sabrá nada de cierto]
Xenófones [polín de enmedio]

23. En Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, Présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 168.

22. PRÍNCIPES Y LABERINTOS DE MONTAIGNE

El 27 de noviembre de 2003, con motivo de la dispersión y venta de la biblioteca del coleccionista y bibliófilo Francis Pottiée Sperry, la firma Sotheby's subastó en París un ejemplar encuadernado en vitela de la época de la primera edición de los *Ensayos* por la suma de 337 875 euros.

Michel de Montaigne et son temps se titula el cuadernillo que se publicó con el sello de esa Casa en esa ciudad y año. En 1837, Jean-Francois Payen había censado setenta y cinco ediciones de los *Ensayos*. Philippe Desan, en 2001, en su *Montaigne dans tous ses ètats* (No. 127 de la lista "Michael de Montaigne y afines en los libreros de A. Castañón"), llegó a contar doscientas seis.

Millanges era el apellido del impresor que hizo la edición original de los *Ensayos* en 1580 y 1582 y Abel Angelier era el dueño de la imprenta que dio a la estampa la edición de 1588 incorporando las 600 anotaciones que hizo Montaigne a los dos libros anteriores e incluyendo el Libro III que había escrito entretanto y sobre la cual continuaría corrigiendo una vez publicada en un ejemplar que se conserva en Burdeos y se conoce como "La edición de Bordeaux".

Esta edición ha sido la base de la edición en tres tomos hecha por André Tournon para la Imprimerie Nationale en 1998 y es la única que permite seguir a Montaigne a través del laberinto de sus correcciones –desde luego no ha sido traducida (sería harto laborioso) a ninguna lengua– (núm. 22).

Angelier, el editor más leal a Montaigne, haría siete tiradas de los *Ensayos* que tendrían tanto éxito que entre 1580 y 1669 se lanzaron cua-

renta ediciones; sólo en la segunda mitad del siglo XVII treinta y ocho diferentes editores pondrían su sello a la obra.

Las ediciones impresas en el taller de Millanges en Burdeos de 1580 y 1582 se produjeron –se sabe desde hace poco– por cuenta del autor. Montaigne compró él mismo el papel y tuvo que hacerse cargo de los costos de impresión y encuadernación. En 1595, tres años después de la muerte de Montaigne el 13 de septiembre de 1592, su "hija de alianza", o hija adoptiva Marie de Gournay, con quien se había encontrado en 1588, publica una bella edición con el impresor Langelier que ganó fama de inmediato, pues incluía las alrededor de mil correcciones que había hecho de su puño y letra Montaigne en un ejemplar de la edición de 1588 que le fue cedido por Leonor, la señora de Montaigne y su amigo Pierre de Broch. Philippe Desan piensa, junto con el cronista de arte Bertrand Galimard Flavigny que el impresor que iba recomponiendo el libro hoja por hoja se iba deshaciendo de las páginas que le habían servido de modelo a medida que las terminaba, para desolación de los lectores que vendrían siglos después. Quizá esa edición fue un consuelo para la madre de Montaigne que lo sobreviviría hasta 1601 con más de noventa años de edad y para Leonor su esposa que moriría en 1616. La abnegada filóloga, traductora y escritora Marie de Gournay se encarnizó corrigiendo y enmendando las casi veinte ediciones que se sucedieron a partir de 1595, lo cual no le impidió, por cierto, ocuparse de su propia y abundante obra. Como había que componer completamente cada edición, las erratas, gazapos, alteraciones y defectos de aquellas ediciones, éstas resultaban poco confiables. Cansada de tantas impresiones que a su juicio no eran dignas de Montaigne, fue a buscar el apoyo del cardenal Richelieu y así se dio a la estampa la hermosa edición de los *Ensayos* producida por Du Bray et Rocolet en 1635 que se dice "exactamente corregida, enriquecida al margen con los nombres de los autores citados y de la versión de los pasajes citados (…), seguida de la vida del autor…" En las palabras que ponía como prefacio, la celosa montaignista confesaba que se había visto

obligada a ceder a las exigencias de los impresores y que en algunos puntos no estaba conforme del todo con aquella edición. Marie de Gournay moriría con el corazón tranquilo diez años después, en 1645.

¿Qué habría pensado de todo eso Michel Eyquem, señor de Montaigne, cuya imagen –con su cabeza calva y sus bigotes gachos– hace pensar no en un caballero gascón sino en un guerrero tártaro?



24. En Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, Présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 64.

23. MUESTRAS

En París hablo un lenguaje distinto al de Montaigne.

Ensayos, III, IV.

A mi entender, algo sabía el que dijo que un buen matrimonio era el que se componía de una mujer ciega y de un marido sordo.

Ensayos, III, IV.

Aquellos que rechazan las ideas serias en medio de los juegos hacen, dijo alguien, como aquel que teme adorar la imagen de un santo si carece de pedestal.

Ensayos, III, IV.

La grandeza del alma no consiste tanto en tirar hacia arriba o hacia delante como en saber contenerse y circunscribirse; tiene por grande lo que es suficiente y muestra su altura gustando más de lo mediano que de lo eminente. Nada hay tan hermoso y legítimo como hacer el bien como es debido, ni ciencia tan aguda como la de saber vivir esta vida, y la más feroz de nuestras enfermedades es el menosprecio de nuestro ser.

Ensayos, III, XIII.

Turbamos la vida con la zozobra de la muerte y la muerte con la zozobra de la vida; una nos llena de hastío; otra, de espanto. No nos preparamos contra la muerte, que es cosa harto momentánea; un cuarto de hora de pasión, sin consecuencia, sin daño, no merece preceptos particulares; a decir verdad, nos preparamos contra la preparación para la muerte.

Ensayos, III, XIII.

(La muerte) es el final, no el fin de la vida; es su término, su extremidad, no su objeto; la vida ha de ser para sí misma su intención, su propósito, su recto estudio está en acomodarse, conducirse, soportarse. En el número de los otros varios oficios que comprende el general y el principal capítulo de saber vivir está el artículo de saber morir y sería de los más leves si nuestro temor no le añadiera peso.

Ensayos, III, XIII.

Las cosas no son tan dolorosas y difíciles en sí mismas, pero nuestra flaqueza y cobardía las vuelve tales.

Ensayos, III, XI.

La muerte más voluntariosa es la más hermosa; la vida depende de la voluntad ajena, la muerte de nuestra voluntad.

Ensayos, III, III.

Entre personas de buen trato, me gusta la valentía de la expresión y que las palabras lleguen hasta donde alcanza el pensamiento; es necesario que nos fortifiquemos el oído y lo endurezcamos contra la ternura del sonido ceremonioso de las palabras. Me gusta la compañía y familiaridad fuerte y viril, una amistad que se sienta halagada por la aspereza y vigor de su comercio, como el amor con los mordiscos y sangrientos arañazos; nunca será cumplidamente vigorosa y generosa, si no es beligerante, si es civilizada y artista, si teme choques y se muestra como contenida. "Y, en efecto, no hay discusión posible sin contradicción" (Cicerón, *De finibus*). Cuando me llevan la contraria, se despierta mi atención, no mi cólera.

Ensayos, III, VII.

Nada oprime tanto a un Estado como la innovación; el cambio da por sí mismo forma a la injusticia y a la tiranía.

Ensayos, III, IX.

Pero, por más que digamos, la costumbre y el hábito de la vida corriente nos arrastran. La mayoría de mis actos están guiados por el ejemplo, no dependen de mi elección.

Ensayos, III, V.

Propongo una vida baja y sin esplendor, todo es igual. Podemos unir toda la filosofía moral a una vida popular y privada como a una vida de más alta alcurnia; cada hombre encierra toda la forma de la condición humana.

Ensayos, III, II.

Los autores se dan a conocer a la gente por algún signo particular y externo; y yo soy el primero que da a conocer todo su ser, en mostrarme como Michel de Montaigne, no como gramático o poeta o jurisconsulto. Si el mundo se queja de que yo hablo demasiado de mí mismo, yo me quejo de que él no piensa sólo en sí mismo.

Ensayos, III, II.

Me dan bastante los príncipes cuando nada me quitan y harto bien me hacen cuando no me hacen mal alguno.

Ensayos, III, IX.

[452]
Virtud suprema [la filosofía], bella, triunfante, amorosa, deliciosa igualmente valerosa, enemiga, enemiga profesa e irreconciliable de amargura, disgusto, temor y obligación, tiene por guía a la naturaleza, a la fortuna y a la voluptuosidad por compañeras.

I. 26 / 161-161.

[453]
Sócrates va siempre exigiendo y moviendo la disputa, nunca deteniéndola, nunca satisfaciendo, y dice no tener ninguna ciencia de oponerse.

II. 12.

[455]
Es la filosofía la que nos enseña a vivir.

I. 26 / 62.

[458]
Los escépticos se sirven de la razón para indagar y para debatir, pero no para detener y elegir. Quienquiera imaginar una confesión perpetua de ignorancia, un juicio sin propensión y sin inclinación, sea cual sea la ocasión en que esto puede ser, está pensando en el *pirronismo*. Expreso esta fantasía tanto como puedo pues muchos la encuentran difícil de imaginar (...) Pirrón no ha querido hacerse ni piedra ni cepa; ha querido hacerse hombre vivo, discurriendo y razonando, gozando de todos los placeres y comodidades naturales, ocupando y sirviéndose de todas sus piezas corporales y espirituales en regla y con rectitud.

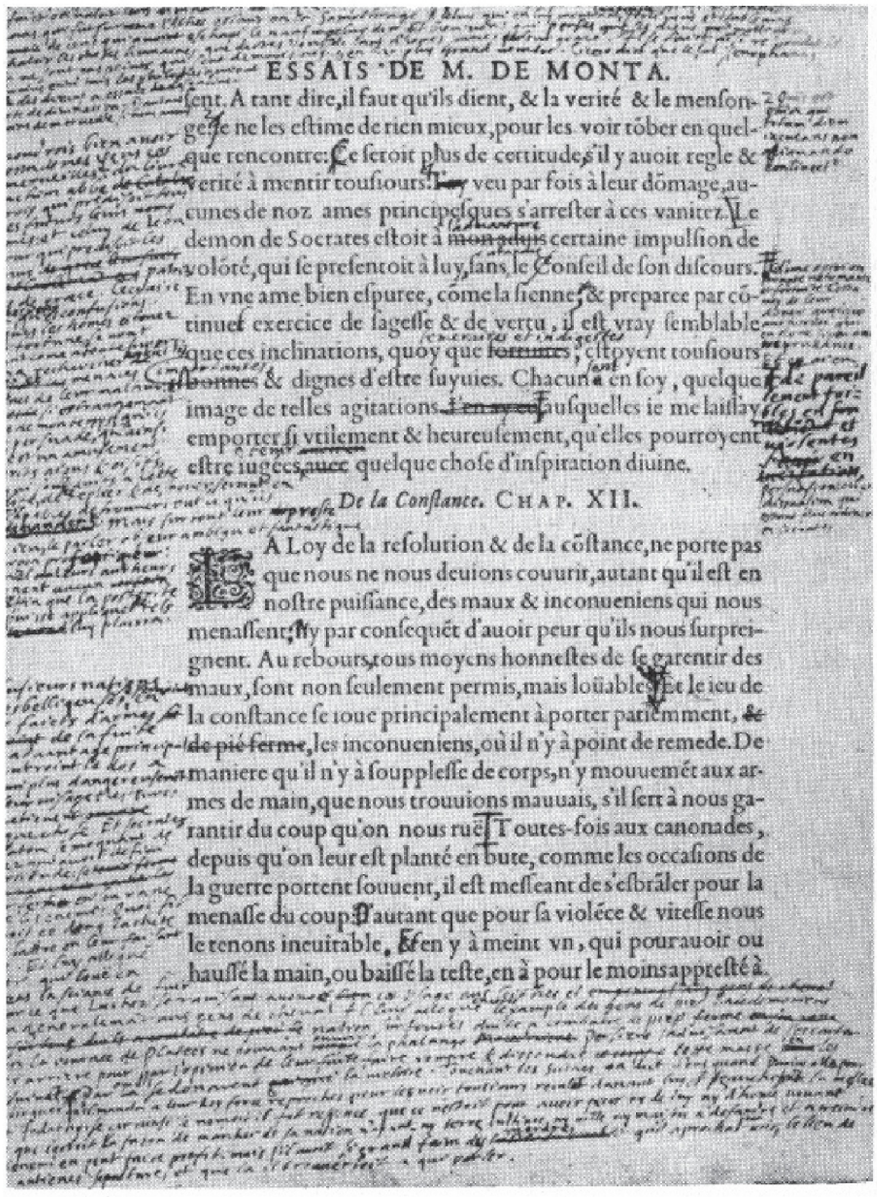
II. 12 485 / 505.

[456]
[A la filosofía] es un gran error pintarla como inaccesible a los niños, y con un rostro ceñudo, severo y terrible. Nada hay de más alegre, más gallardo, contento de sí y, por poco no digo retozón. Ello sólo predica la fiesta y el buen tiempo (...) Los discursos de la filosofía tienen por costumbre alegrar y regocijar a quienes las frecuentan, no arrugarlos o contristarlos (...) Quienes se han acercado a ella la tienen situada en una bella planicie, fértil y floreciente desde donde ve a sus pies todas las cosas (...) Es la madre y la nodriza de los placeres humanos. Ama la vida, ama la belleza, la gloria y la salud. Pero su oficio propio y particular es saber usar esos bienes con medida y saberlos perder constantemente: oficio más bien noble que agrio, y sin el cual todo curso de vida está desnaturalizado.

I. 26-160-161.

[1686]
La felicidad me es un singular aguijón para la moderación y la modestia.
III. 9-924.

[1683]
Es una absoluta perfección, y como divina, saber gozar lentamente de su ser.
III. 13-1096.



ESSAIS DE M. DE MONTA.

sent. A tant dire, il faut qu'ils dient, & la verité & le menson-
ge se ne les estime de rien mieux, pour les voir tõber en quel-
que rencontre: Ce seroit plus de certitude, s'il y auoit regle &
verité à mentir touſiours. I'ay veu par fois à leur dõmage, au-
cunes de noz ames principeſques s'arreſter à ces vanitez. Le
demon de Socrates estoit à mon aduis certaine impulſion de
volõté, qui ſe preſentoit à luy, ſans le Conſeil de ſon diſcours.
En vne ame bien eſpuree, come la ſienne, & preparee par cõ-
tinuel exercice de ſageſſe & de vertu, il eſt vray ſemblable
que ces inclinations, quoy que fortuites, eſtoyent touſiours
bonnes & dignes d'eſtre ſuyuies. Chacun a en ſoy, quelque
image de telles agitations, auſquelles ie me laiſſay
emporter ſi vtilement & heureuſement, qu'elles pourroyent
eſtre iugees auec quelque choſe d'inſpiration diuine.

De la Conſtance. CHAP. XII.

A Loy de la reſolution & de la cõſtance, ne porte pas
que nous ne nous deuions couurir, autant qu'il eſt en
noſtre puiſſance, des maux & inconueniens qui nous
menaſſent; ny par conſequẽt d'auoir peur qu'ils nous ſurprei-
gnent. Au rebours, tous moyens honneſtes de ſe garentir des
maux, ſont non ſeulement permis, mais loüables. Et le ieu de
la conſtance ſe roue principalement à porter patiemment, &
de pié ferme, les inconueniens, où il n'y à point de remede. De
maniere qu'il n'y à ſouppleſſe de corps, n'y mouuemẽt aux ar-
mes de main, que nous trouuions mauuais, s'il ſert à nous ga-
rantir du coup qu'on nous ruë. Toutes-fois aux canonades,
depuis qu'on leur eſt planté en bute, comme les occaſions de
la guerre portent ſouuent, il eſt meſſeant de s'eſbrãler pour la
menaſſe du coup: D'autant que pour ſa violẽce & viteſſe nous
le tenons ineuitable, & en y à meint vn, qui pour auoir ou
hauſſé la main, ou baiſſé la teſte, en à pour le moins appreſté à

Página de los *Ensayos* corregida por Montaigne.

25. Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, Paidós, México, 2000, p. 106.

24. CADENA MONTAÑESCA

No conocíamos aún la sentencia de Montaigne: El hombre es, en todo y por todo, remiendo.

Ramón López Velarde, *Obras*.

Dos años más tarde, en 1921, muere (Ramón López Velarde) la madrugada del 19 de junio asfixiado por la neumonía y la pleuresía, en una casa de apartamentos de la Avenida Álvaro Obregón, entonces Avenida Jalisco. Lo habían matado dos de esas fuerzas malignas de las ciudades que tanto temiera: el vaticinio de una gitana que le anunció la muerte por asfixia y por un paseo nocturno, después del teatro y la cena, en que pretendió oponerse al frío del valle, desarmado, porque quería seguir hablando de Montaigne.

José Luis Martínez "Examen de Ramón López Velarde",
en Ramón López Velarde, *Obras*.

¡Dichoso Montaigne que lograba tener en su trabajo "semana inglesa" sin pasar por la "semana intensiva"!

Eugenio D'Ors, *Nuevo glosario*.

Los *Ensayos* de Montaigne son el manual de los hombres que no sacrifican las buenas costumbres a ninguna prebenda.

Ricardo Sáenz Hayes, *Miguel de Montaigne*.

Montaigne habla con sagacidad, conoce el mundo, los libros y a sí mismo, y emplea siempre el grado positivo; nunca grita, ni protesta, ni im-

plora; ninguna debilidad, ninguna convulsión, ningún superlativo: no desea salirse de su pellejo, ni hacer travesuras, ni aniquilar el espacio ni el tiempo, sino que es, por el contrario, valiente y sólido; paladea cada momento del día; le gusta el dolor porque le hace sentir su cuerpo y realizar cosas; del mismo modo que nos damos un pellizco para saber si estamos despiertos.

R.W. Emerson "Montaigne o el escéptico".

¿Es irreductible la oposición entre el amor y la amistad? ¿No podemos ser amigos de nuestras amantes? La opinión de Montaigne –y en esto sigue a los antiguos– es más bien negativa.

Octavio Paz, *La llama doble*.

Con los *Adagios* (de Erasmo), en efecto, nos hallamos en el meollo mismo de la literatura humanística, y rozamos ese género mal definido que se llama el ensayo. Erasmo había sido el maestro de ese género antes de Montaigne. Basta poner uno junto a otro estos dos nombres para evocar un género de libre disertación sin rumbo fijo, que sabe apoyarse en las opiniones de los filósofos, sacar ejemplos de la historia o de la mitología, que sabe también referirse al mundo presente de las realidades familiares.

Marcel Bataillon, *Erasmo y España*.

Parece que frente a la atroz pregunta de Pilatos, cuyo eco resuena a través de las edades: "¿Qué es la verdad?", Montaigne toma para sí aunque muy humanamente, de una manera por completo profana y con muy diferente sentido, la respuesta divina de Cristo: "Yo soy la verdad." Esto es, que estima no poder conocer nada sino él mismo. Y esto es lo que lo lleva a hablar tanto de él.

André Gide, *Essai sur Montaigne*.

En todo caso, en cuanto hubo un acceso de nacionalismo, de defensa a lo largo de las fronteras desencadenada por derechos de aduana, que fueron violentos en ocasiones, en cuanto fue sensible una forma de egoísmo nacional, el mercantilismo pudo reivindicar su papel. (...) A tal punto es verdad que el mercantilismo no es en última instancia más que la política de cada uno para sí; Montaigne y Voltaire lo dijeron, el primero sin pensarlo demasiado, hablando en general: "La ventaja de uno sólo puede ser el daño del otro", el segundo de manera más directa: "Resulta claro que un país no puede ganar sin que otro pierda".

Fernand Braudel, *Civilization materielle, Economie et Capitalisme, XX-XXIIème sciècle*, vol. III. Les jeux de l'échange.

Si se recogen y se organizan sus ideas políticas, Montaigne resulta ser el primer ideólogo de lo que ahora llamamos liberalismo. La más moderna pedagogía acoge sus razonamientos en materia de educación infantil, y como prescriptor y exégeta de los más oscuros procesos de la conciencia, se nos aparece como uno de los fundadores de la psicología y de la literatura de hoy. Entre muchas otras, le caben dos glorias más: condenó por inútil y degradante la tortura judicial, y fue el increíble primer hombre que argumentó seriamente contra todas las formas de la crueldad humana (...) Negándose a tomar partido en una hora de confusiones, Miguel de Montaigne quiso dejarnos, estampada en una medalla de cobre, la imagen de su espíritu igualitario y sereno: una balanza con los dos platillos en equilibrio y la aguja en el fiel. Al pie, estas palabras griegas: "Yo me abstengo."

Juan José Arreola, *Ensayos escogidos de Miguel de Montaigne*.

Esta es la doble lección obtenida por Gide de su ilustre amigo Michel Eyquem de Montaigne: que el autoescrutamiento, el autoanálisis, la total sinceridad consigo mismo, es el principio y quizá la culminación de

toda sabiduría y que la forma más adecuada de enseñarle algo a alguien es comunicándole –¡sin retoques!– lo que puede haber descubierto uno sobre sus conflictos íntimos y situación.

Klaus Mann, *André Gide y la crisis del pensamiento moderno*.

Si el sosiego interior es efectivamente un aspecto de su ética, Montaigne no ignora que ese ideal es tributario de las condiciones políticas de un momento tanto como de una cierta disposición de espíritu personal. No hay serenidad interior sin paz pública, aun si, hipotéticamente, el sabio y el guerrero son capaces de permanecer tranquilos en medio de las peores tormentas. La abstinencia intelectual de Montaigne (la *epojé* escéptica) no implica ni la abstención política, ni la búsqueda de una seguridad afianzada a cualquier precio, ni el rechazo de la acción, incluso si la acción, a su parecer, debe comportar siempre el mínimo posible de elementos pasionales. Pasado el momento en que se pone al amparo de la dislocación interior que resultaría de un compromiso demasiado intenso, Montaigne marca con nitidez un tercer tiempo, el de la acción ponderada. (...) Montaigne propone a este efecto una higiene de la acción; prescribe la salvaguarda del "sosiego" y la serenidad interiores, no solamente en interés del individuo, sino para asegurar también la justicia y la eficiencia de la acción emprendida. La tercera actitud, adoptada aquí por Montaigne, concilia la exigencia de la vida activa y de la vida privada no confundiéndolas (cosa imposible), sino separándolas de manera que el individuo no falte ni a su deber social ni a la "amistad que cada cual se debe a sí".

Jean Starobinski, "Montaigne: une théorie de l'action calme".

...Montaigne fue el primero en escribir para la capa de "educados"... con el éxito de los *Essais*, el público de los cultos se hace presente por primera vez. Montaigne no escribe para una clase determinada o para los especialistas, tampoco para el pueblo o para los cristianos; no escribe para

ningún partido; tampoco se considera poeta: escribe el primer libro de conocimiento profano de sí mismo y encuentra que existen personas, hombres y mujeres que consideran que el libro se dirige a ellos.

Erich Auerbach, *Mimesis*.

La obediencia que Montaigne predicaba, como buen escéptico, era una obediencia a una monarquía en lucha contra fuerzas reaccionarias. La obediencia en la que se complace el escéptico de hoy es la sumisión a la barbarie.

Max Horkheimer, "Montaigne und die Funktion des Skepsis".

Montaigne no proyecta nunca su investigación sobre los dogmas positivos, pero precisamente en esta exclusión reside su crítica irónica más aguda, ya que con ella los relega al campo de aquellas prácticas convencionales a las que el individuo tiene que someterse.

Ernst Cassirer, *El problema del conocimiento*.

Cuando Montaigne escribió, el naturalismo ya había cundido por los países cristianos, desde que tuvo la forma de una piedad en San Francisco de Asís; ya era un fruto abundante, de que gozaban tanto las artes y la ciencia como las costumbres y el amor. Ya "la tolerancia y el relajamiento eclesiástico" constituían un clima general de la vida europea, a la que ya se habían filtrado los venenos sensuales del Oriente y en la que ya había "renacido" la edad de oro de la antigüedad. Lo que Montaigne le da por añadidura es el naturalismo del *yo* natural. Montaigne se goza en su cuerpo, en su salud, en su buen humor y en su sensualidad. Y no lo hace por doctrina. Ni lo hace como fruto de una pura deliberación intelectual, que decide romper con las trabas espirituales de la religión. Ni lo hace por contagio del *espíritu* naturalista que ya lo rondaba. Lo hace porque tiene un cuerpo perfecto, una salud a toda prueba, un buen humor que es la felicidad de un cuerpo sin quebrantos, y una sensualidad sin fatiga

y sin hastío. Goza en contemplarse a sí mismo, porque no encuentra ningún motivo de repugnancia de sí mismo. Y no decide buscar en él mismo un placer, sino que lo encuentra ya hecho, dándosele como una gracia de la naturaleza.

Jorge Cuesta, "Montaigne y Gide".

En lo que toca a la probidad, a un solo escritor coloco yo en la misma fila de Schopenhauer, y aun a mayor altura: es Montaigne. El hecho de que tal hombre haya escrito aumenta la alegría de vivir sobre la Tierra.

Friedrich Nietzsche, *Schopenhauer educador*.

Con los *Ensayos* de Montaigne, la literatura francesa toma conciencia y asume el papel de una literatura de ideas. Las ideas entran en la realidad literaria menos por su fuerza lógica que en virtud de su calor humano, gracias a las vitaminas que extraen del calor propio y del sol interior del individuo (...) La literatura francesa en cuanto a literatura de ideas es una literatura que, en sus comienzos, ha tenido un Sócrates, al igual que la filosofía griega. Nada era más importante.

Albert Thibaudet, *Michel de Montaigne*.

Hay en Montaigne una exigencia de sinceridad, pero una exigencia profundamente equívoca. De un lado, se tratará de no decir de sí mismo más que lo que uno es capaz de hacer, de no representarse con las palabras de una manera distinta de la que realizan nuestros actos, en una palabra, de no pintarse más grande de lo que uno es. Pero, de otra parte, una vez que uno haya empezado a contarse a sí mismo de una manera, se tratará de traicionar en lo absoluto aquello que se haya dicho de sí mismo. La fidelidad del retratista a su modelo remite a una fidelidad en sentido inverso, la del modelo al retrato. En adelante, habrá que cuidarse de no decaer en relación con esa imagen de sí según la cual uno mismo se ha determinado que se convierte por ello en un plano de referencia,

en una regla de vida, en una suerte de "mínimo ético". En realidad tal límite es esencialmente móvil ya que resulta en todo momento de una dialéctica vivida entre la descripción de sí y la realización de sí.

Francis Jeanson, *Montaigne par lui-même.*

Y sin embargo, digamos aún con Sainte-Beuve, que hay momentos en que todos los ciudadanos de un pueblo debieran leer, noche a noche, una página de Montaigne. En la actualidad de Montaigne frente a su siglo no descubriremos debilidad, ni hay derecho a ello: ser sereno ante las locuras populares es la más grande heroicidad. Los jefes de la política son generalmente hombres necios y literatos fracasados. Noble alteza no darse a ellos, aun cuando los Gibelinos nos tengan por Güelfos y los Güelfos por Gibelinos.

Alfonso Reyes, "Montaigne y la mujer".

Igual que ha salvado la independencia de juicios, Montaigne ha salvado la vida interior. Ha dado testimonio de que lo que el cristianismo había añadido al hombre antiguo, podía sobrevivir al margen de la fe (...) Montaigne prescinde del concurso de lo sobrenatural. Él se labra oficios para respirar el infinito en un mundo que carece de él. Dios está más bien lejos que ausente de él, lo mismo que el heroísmo y las virtudes supremas. Su rebelión no se dirige más que contra los hombres y el empleo desnaturalizado que hacen de Dios y sus virtudes. Montaigne ha rebajado y hecho retroceder al hombre, no para entregarlo al escepticismo, sino al contrario, para captar y conservar su realidad espiritual por mediocre y claudicante que apareciera en él. Para conservar el fuego, ha encendido una pequeña llama de espíritu. Este movimiento de descenso, de reducción, esencialmente ético, sólo es perceptible para la más fina sensibilidad moral. De igual manera se ve cómo el arte, en ciertas épocas, se limita a obras pequeñas y familiares, y no por desprecio de la belleza, sino para asegurar su permanencia.

Ramon Fernandez, *¿Es humano el hombre?*

Este egoísmo desaforado no para hasta no hacernos saber cuántas veces al día echa aguas, y sus impresiones respecto de la piedra que tiene en la vejiga. Y, quién lo creyera, los *Ensayos* de Montaigne son una de las obras más excelentes y agradables que podemos haber a las manos; de esas obras que nos hacen olvidar comida, sueño, barba, y nos instruyen tanto cuanto nos deleitan. Por eso han dicho que él ha leído a Plutarco, Séneca y Montaigne puede hacer de cuenta que ha leído cuanto bueno hay que leer en el mundo.

Juan Montalvo, *Siete tratados*, t. II: Del genio.

El drama de Alemania es no haber tenido un Montaigne. ¡Qué suerte tiene Francia en haber comenzado con un escéptico!

E.M. Cioran, *El aciago demiurgo*.

LAS CONJETURAS Y LOS FUEGOS

c'est mettre ses conjectures à bien haut prix
que d'en faire cuire un homme tout vif.
Essais, 3, XI.

Descubrió la verdad, ataque brusco
de un centro refulgente,
Y quedó erguido a ciegas, deslumbrado.
Era tanta la luz que ante sus ojos
Se alzó como columna,
Y en la aridez guiaba
La gran columna ardía,
Toda al fin imperioso
Fuego –con proyección de claroscuro,
Ay, condenado a rehuir sus luces.

Si por entre los pliegues
De la sombra o penumbra
Se aupaban figurillas desacordes,
Sus perfiles –grotescos–
En un rapto de luz se disolvían,
La carne entre las llamas
De una verdad que era poder: el único.
Puertas al campo, campo concentrado,
Luminoso, feroz,
El poder, la verdad y fuego, fuego

Jorge Guillén, "Al margen de Montaigne".

Montaigne es indudablemente uno de los espíritus que de manera más honda han colaborado en la creación de la moral contingente. ¿Cómo podemos asegurar nada en medio de las mudables circunstancias de la vida? ¿De qué manera dar algo por estable y definitivo en el cambiar rápido, incesante y eterno de los hombres y de las cosas? (...) Montaigne procede del Renacimiento pagano; su espíritu se ha saturado con la lectura de los poetas, los filósofos y los moralistas griegos y latinos. Kant deriva de la Reforma; la austeridad, la sequedad, la rigidez luterana ha cristalizado en su cerebro en forma de "imperativo categórico". Y precisamente contra esta inflexibilidad moral, introducida y afirmada por la Reforma, en contra la que nosotros los españoles hemos batallado recientemente. (...) Este y no otro es el hecho capital de evolución de las ideas éticas en España.

Azorín, *Política y literatura*.

En esa relación que Montaigne establece con su libro, creyendo que él no lo ha hecho, sino que ha sido el libro el que lo ha hecho a él, hay también algún regusto de la muerte, como la hoja prensada entre dos páginas que

nuestra uña ha subrayado. (Otro voluptuoso, a la alemana, Goethe, decía también sibilinamente: "no me he hecho, me han hecho".) Muy precisamente, subraya Brunschvicg,[18] los intentos escultóricos de Montaigne, *el milagro del segundo nacimiento*, el que ya empieza a insistir con algunas palabras, *odre, règle, règlement, régler*. Y cuando Montaigne exclama: *le prix del'âme ne consiste pas à aller haut, mais ordonnément*, vemos ya ahí lo cercano que está de Descartes y lo lejos que está de Pascal. (...) Ese ordenamiento que está situado dentro del flujo cartesiano, está contrastado por su confesión, por su libertad hasta lo último, es decir, tiene también contacto con la tradición del reflujo pascaliano. Montaigne también ama su sombra.

José Lezama Lima, "Montaigne y sus mejores lectores".

Ya Montaigne sabía que las mexicanas *"se font le poil par tout le reste du corps"* salvo en la frente (*Essais*, II, 12) basado evidentemente en el testimonio de López de Gómara ("pelánse y úntanse todas para no tener pelo sino en la cabeza y cejas": *La conquista de México*...)

Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*.

Montaigne no era un revolucionario; antes bien, pensaba que la forma de vida encarnada en la estructura social y política del propio país representa una ley de la naturaleza a la que uno debe someterse. Otro tanto puede decirse de la religión. No es posible establecer racionalmente la base teorética de ninguna religión dada; pero la conciencia moral y la obediencia a la naturaleza constituyen el corazón de la religión, y la anarquía religiosa no puede hacer sino dañarlas. En ese conservadurismo práctico Montaigne era, desde luego, fiel al espíritu del escepticismo pirrónico, que encontraba en la conciencia de la propia ignorancia una razón más para adherirse a las formas tradicionales, sociales, políticas y religiosas.

Frederick Copleston, *Historia de la filosofía*.

[18] León Brunschvicg, *Descartes et Pascal, lecteurs de Montaigne*.

Al declarar que todo hombre lleva en sí el peso de la humana condición, Montaigne parece apegarse a un concepto "naturalista" y "universalista" de la existencia humana: he aquí, parece decirnos, el hombre; he aquí, por tanto, su "naturaleza". Mas esta humana condición no es nunca para Montaigne invariable: "En verdad que es sujeto maravillosamente vano, diverso y ondulante el hombre" (*Essais*, I, 1). El ser "ondulante" (*ondoyant*) es aquí fundamental; el hombre no "es" sino que "se hace". Y se hace además hacia el futuro. En el siglo XVI Montaigne nos habla, pues, ya del "proyectar humano". (...) Sin duda que Montaigne habla del continuo de "la naturaleza", escribiendo con frecuencia que "así procede la naturaleza" (véase, por ejemplo, III, IV). Pero no es una naturaleza invariable; es un llegar a ser lo que se es en tanto que se va a ser.

José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*.

¡El encantador designio que Montaigne ha tenido de pintarse ingenuamente según lo ha hecho, pues ha pintado a la humana naturaleza! si Nicole o Malebranche hubiesen hablado de sí mismos, no habrían tenido éxito. Pero un gentil hombre campesino en tiempos de Enrique III, sabio en un siglo de ignorancia, filósofo entre fanáticos, y que como suyas pinta nuestras debilidades y locuras, es un hombre que siempre será amado.

Voltaire, *Remarques sur les pensées de M. Pascal*.

¿Qué sé yo? Era el lema de Montaigne,
y también de los primeros académicos:
Que es dudoso todo lo que el hombre puede alcanzar
Era una de sus posiciones preferidas.

Sabemos tan poco lo que hacemos en
este mundo que dudo que dudar sea dudar.

Lord Byron, *Don Juan*, Canto IX.

El escepticismo mitigado de Montaigne, aquella manera de sibaritismo intelectual, más que de filósofo, de hombre de mundo, que gusta de dormir sosegadamente sobre la almohada de la duda... Montaigne es un aficionado que filosofa a sus anchas, en lengua vulgar y sin cuidarse del método, antes bien haciendo gala de traducir fielmente en su estilo todos los caprichosos giros de su humor libre y errabundo.

Marcelino Menéndez y Pelayo, *Ensayos de historia filosófica*.

El Montaigne de la *Apología* es casi como un Pascal a quien bruscamente, por quién sabe qué medio, la falsedad *histórica* del cristianismo le habría sido demostrada. Por lo demás, ¿qué es lo que permanece de cuanto ha escrito y pensado? Exactamente lo que queda de un no cristiano: permanece lo que ha pensado, escrito *con toda sinceridad*.

Michel Butor, *Essais de M. de Montaigne*.

El sistemático no tiene más misión que definir correctamente las palabras, lo cual, en cierto sentido, no es poco, sino demasiado; aunque al sistemático le parece demasiado poco... Empeñado en su tarea definitoria, el sistemático constata, con orgulloso desdén, que los "no especulativos" –ralea divagatoria que va desde Montaigne al *hônnete homme* de la calle– nunca emplean las palabras en su correcto sentido, es decir, usan cada palabra como si su definición no estuviese trabada con la de las otras: en esto se nota su ineptitud para la especulación. Pero el sistemático también debería constatar que de esa falta de trabazón en las definiciones surge la *fuerza pugnaz* de los discursos no especulativos, fuerza que convierte a su sistema en anémico juego de salón.

Fernando Savater, *De los dioses y del mundo*.

Así pues, leer a Montaigne es confrontarlo incesantemente a todas las grandes voces del concierto ideológico y más aún confrontar estas voces entre ellas a través de la suya, oponer y conciliar en su presencia los

"grandes partidos", es decir las grandes divisiones políticas, religiosas, filosóficas, pero también geográficas, étnicas, fisiológicas, y, por supuesto, gastronómicas.

Gérard Genette, "Montaigne bergsoniano".

El hombre renacentista advierte y subraya el valor de su propia persona, de su ser en tanto que individuo. Un conocido dibujo de Leonardo lo sitúa en medio de un círculo, de un espacio esférico parangonable a la esfera divina. No lo entendía así Montaigne, para quien eso que se denominaba microcosmos no era más que una huera pompa de jabón. Anticipándose a Schopenhauer, consideraba el yo, su propia persona, como un "objeto nulo y vano". Sin embargo, el yo es el fundamento y objeto casi exclusivo de su filosofía. Y filosofía para él no es sino superación del miedo a la muerte.

Rossen Arqués, "Montaigne: Reflexiones sobre el suicidio".

Montaigne a pesar de su profesión de fe católica somete todas las cosas a la duda universal, y es tan generalizadora esa duda, que duda hasta de sí misma, en un círculo perpetuo y sin reposo. Se opone igualmente a cuantos aseguran que todo es incierto y a cuantos afirman que todo es verdad porque no desea afirmar nada. Para no equivocarse, en vez de darse al "Yo sé", prefiere entregarse al "¿Qué se yo?" Las contradicciones, puestas en los platillos de una balanza, establecerían un equilibrio perfecto. Es un pirroniano puro. Por eso destruye insensiblemente todo lo que los hombres tienen por verdadero, no ya para establecer una nueva y propia certidumbre, sino para poner en claro que, siendo iguales las apariencias de una y otra parte, no sabe uno dónde asentar su creencia. Según eso, nadie sabe nada a ciencia cierta.

El hombre es tan vano como presuntuoso. Es un ente ridículo y raro. Pregunta cómo puede el alma razonar si es material, y cómo puede estar unida al cuerpo y participar de sus pasiones si es eminentemente

espiritual... Si ignoramos lo que es el alma, cuerpo, tiempo, espacio, movimiento, unidad, bien, y hasta el ser mismo, debemos abstenernos de ratificar nada. En el examen de Montaigne tampoco pasan en silencio las ciencias. Los axiomas geométricos son tan inseguros como las leyes físicas. Y la medicina, y la historia, y la política, y la moral, y la jurisprudencia son otros tantos sueños de los que sólo despertamos en la hora de la muerte.

Blaise Pascal en R. Sáenz Hayes, *Miguel de Montaigne*.

Montaigne llegó a desear que se castigara de manera más severa, como embusteros, a los hombres cuya benevolencia se halla en el exterior y que esconden, bajo una figura bonachona, un espíritu malvado. Quizá haya que elogiarlo a él mismo, a la inversa, tanto más cuanto que enviaba cobardía, pereza o crueldad al exterior, cerca de la toga, de las cáscaras-cortezas o de la piel muerta, ya muy próxima a caer.

Jean Paulhan, "Portrait de Montaigne".

Casi se tendría la tentación de hablar de una confianza en Dios capaz también de prescindir de Dios.

La sabiduría es para él la senda que lleva su naturaleza a la felicidad.

Hugo Friedrich, *Montaigne*.

De paso a Ferrara, Montaigne fue a visitar a Tasso, y sintió más cólera que compasión. Se preguntó si su "rara aptitud para los ejercicios del alma" no lo había privado no solamente de "ejercicio" sino, más aún, de "alma". En el vocabulario del éxtasis, los ejercicios del alma designan el entrenamiento del alma que aprende a morir. Tasso se había entrenado en el ejercicio de la muerte a fin de escribir poesía inspirada, y terminó encadenado.

Michael A. Screech, *Montaigne & Melancholy*.

Montaigne encontró el descanso en medio de las más terribles tempestades. ¿Queremos probar su receta? Nuestros temperamentos son individuales; cada cual podrá, en la doctrina de Montaigne, tomar lo que se aplique a su propio temperamento; pero todos pueden utilizar su método, ese arte delicado y sabio que él practicó durante casi veinte años. Puede condensarse en tres preceptos: estudiarse para conocerse; ser dueño de sí mismo para actuar libremente; iluminar sin cesar la propia conducta con toda la luz de la inteligencia para usar de su libertad según la razón.

Pierre Villey, *Montaigne*.

Toda creatura viva posee el derecho divino de saborear esa clase de placeres particulares que su naturaleza *exige*, en la medida en que no perjudiquen a sus semejantes, si es que aspira a poder tolerar el fardo de la existencia con la máxima flexibilidad y espontaneidad; y si para nosotros el mayor de los placeres consiste en cultivar esas sensaciones a medias físicas y a medias psíquicas que la soledad engendra, igual que el liquen atrae a las gaviotas la lectura de Montaigne ciertamente nos ayudará a preservar de toda invasión externa ese estrecho margen de independencia espiritual que, justamente porque es gratuita para todos, es, más que cualquier cosa en el mundo, digna de apropiación.

John Cowper Powys, "Montaigne".

Si lo más trillado e incluso normal entre los dogmáticos es dudar y despreciar las ideas de los otros, en cambio, el "¿qué sé yo?" de Montaigne se refiere a su propia persona. Las intuiciones de Montaigne fundan el análisis "existencial" y la universalidad de la condición humana. Condición humana que en Montaigne es voluntad de hacerse a uno mismo; por tanto, esa "naturaleza humana" no es invariable sino producto ondulante del proyecto hacia el futuro; detrás de la máscara que llevamos se agita el deseo de transformarse.

Héctor Subirats, *Para quien no se fía*.

Esta vida es libertad, y Montaigne es la libertad misma. El pensamiento que va de verdades en verdades forja así sus propias cadenas –en la medida en que no le está permitido dudar de los "resultados adquiridos". Pero Montaigne no dispone nunca de esa verdad primera que sería el primer límite de su libertad. Nunca tiene apoyo alguno en nada adquirido; siempre comienza a partir de nada puesto que no sabe nada. Un pensamiento que no sabe guardar nada de sus descubrimientos y hallazgos, no puede sentirse encadenado a sus propias creaciones y sólo puede ser perpetuamente originario. Para Montaigne siempre es el amanecer del pensamiento, y cada una de sus frases es un nacimiento: no sólo exclusión de pensamiento sino nacimiento al pensamiento (...) la filosofía de Montaigne siempre está en estado naciente, y Montaigne no quiere encadenarse, aunque sea a sí mismo.

Marcel Conche, *Montaigne*.

Aunque no esté necesariamente llena, una cabeza bien hecha no está por ello menos bien dotada. La ignorancia y la falta de curiosidad que pregona no son las de la cabeza bruta, inconsciente de sí mismo y de lo que le falta. Montaigne habla de una ignorancia y de una incuriosidad que *se conocen*. Y que suponen un saber adquirido, el de los libros (los griegos y los latinos, como él) de los que no se puede prescindir, y del conocimiento que da la experiencia de la vida.

Georges Laffly, *Montaigne, libre et fidèle*.

Así se ve que lo que está en juego en el escepticismo de Montaigne no es tanto una teoría del conocimiento como una crítica de las formas y modos de la palabra tanto como de los usos sociales de la palabra y del discurso, una crítica que es paralela a un redescubrimiento del "comercio de los hombres" no menos que a un redescubrimiento del uso del mundo.

Hubert Vincent, *Vérité du scepticisme chez Montaigne*.

"Epéchô", suspendo mi juicio decía Sexto Empírico. Y Montaigne retoma la fórmula por su cuenta. Figura en la medalla emblemática que hará acuñar en 1576 (cuatro años después de la Noche de San Bartolomé, y no es una casualidad), exactamente debajo de una balanza cuyos platillos están en equilibrio.

"Epéchô": peso el pro y el contra, y constato que los pesos se equilibran. Se equilibran, luego me abstengo de elegir. Opto por la abstención. Pero no por eso dejo de permanecer al acecho y a la escucha. Y por el hecho mismo de que quedo a la escucha, ayudo a los otros a escucharse mejor mutuamente. Se redescubre así el simbolismo de la balanza. ¡Pues la balanza no es sólo el símbolo de la indecisión sino el símbolo de la justicia! El juez es el que zanja pero antes y primero que nada es el que escucha. Escucha solamente y luego zanja. A veces no zanja pues es imposible zanjar. Entonces se contenta con escuchar.

Montaigne comparte con algunos otros (Erasmo, por supuesto, pero también Castiglione, Michel de l'Hospital, La Boétie, Agrippa d'Aubìgné) el insigne mérito de haber sabido elevarse por encima de los odios confesionales de su tiempo sin dejar de trabajar renovando los hilos rotos de la comunicación.

Eric Werner, *Montaigne stratége*.

Montaigne no hace demasiado caso de la elocuencia; censura a Cicerón por haber adjudicado alguna gloria a un arte tan vano, a él que había hecho cosas tan grandes, sin caer en la cuenta de que esas grandes cosas por las cuales Montaigne lo estima, Cicerón las había hecho solamente gracias a la elocuencia. Y es a la elocuencia a la que debía la gloria de haber gobernado el universo, y de haberlo bien gobernado. ¿Podía despreciar un arte al que debía su gloria y su fortuna? Y por lo demás, ¿qué es la elocuencia sino el don de pensar mejor y de sentir mejor que los hombres?

Vaunernargues, *Fragments sur Montaigne*.

Platón era menos arduo y menos vasto que Aristóteles, y Montaigne lo comprendió mejor y aun le hizo préstamos. En los libros de Montaigne que se han salvado y han llegado hasta nosotros, se encuentran igualmente algunas huellas de los comentaristas platónicos. Pero la lectura de Platón no dejó en el espíritu de Montaigne una impresión preponderante, porque me parece que Montaigne conoció mejor a los discípulos que al maestro, al neo-platonismo que al platonismo: Plotino, por ejemplo, al que tenía en su biblioteca o a Hermes Trismegisto cuyo *Poemander* [Poimandres] su amigo François de Foix de Candale acababa de traducir y de publicar en Burdeos.

Paul Bonnefon, *Montaigne et ses amis*. La Boétie,
Chauron, Mlle. De Gournay

Montaigne encuentra al caos en el hombre. Cuando mira dentro de sí descubre un magma de fuerzas heterogéneas "una contextura tan diversa que cada pieza hace su fuego" (II, 1) (...) El individuo que ha empezado por percibirse como una masa indiferenciada actúa sobre sí a la manera del escultor que del bloque de piedra, desprende líneas distintas. Modela su vida, se construye un carácter (...) Ya no se trata de ponerle riendas al espíritu, sino de explorar sus bajos fondos. Quizá las divagaciones de la imaginación son ineptas y estériles, pero ameritan ser expuestas, y el libro que nace de este descenso a los terrenos baldíos del espíritu se hará testigo.

Michel Jeanneret, *Perpetuum mobile. Metamorphoses*
des Corps et des oeuvres de Vinci a Montaigne.

No digo ciertamente que Montaigne sea tomista, más bien sería, a pesar de las apariencias un franciscano extraviado. Voy a su sabiduría cuando se somete a la naturaleza más humilde, y descubre, risueña o triste, una medida de la finitud, un *orden* del nacimiento o de la muerte (...) Con

el año de 1584, y con toda la peste y la guerra que ha visto, aparece una nueva orientación de la meditación de la muerte, ya no cristiana, por supuesto, pero de acuerdo con un cristianismo que él no ha conocido, una piedad que sería más bien franciscana. (En realidad sólo San Francisco de Asís hubiese podido hacer algo por Montaigne, sólo él hubiese *podido convertir* a esa naturaleza a quien la inocencia se le sube a la cabeza).

Pierre Boutang, "Montaigne devant la mort",
en *Les abeilles de Delphes*.

El monólogo de los *Ensayos* no es solamente diálogo de Montaigne con los "grandes espíritus" de Roma y de Grecia, es también el lugar donde se verifica un vasto *Diálogo de los muertos*. Y este es quizá el aspecto más asombroso de estos inagotables *Ensayos*: este hombre que pretende no amar los libros, a menos de encontrar respuesta en ellos a alguno de los postulados de su naturaleza, se revela capaz de animar un inmenso debate donde, al prestar su voz a las diversas escuelas de sabiduría, las hace convivir y dialogar, en un acto de la interpretación dramática que no dista de la traducción tal y como la define San Jerónimo: *Non verbum e verbo, sed senso exprimere de senso*.

Desdeñoso de las máscaras sociales Montaigne se muestra apto para desempeñar todos los roles filosóficos, no identificándose con ninguno (...) Bajo el signo del ensayo, el arte de la conversación florece en una dramatización liberal de los grandes espíritus y de las grandes doctrinas puestas en situación de diálogo. Pero el intérprete de las sabidurías también es el intérprete de las locuras, de los vicios, de los errores. Capaz de hacer de los *Ensayos* una *Piazza Universale* donde la majestad de la naturaleza encarnada por los sabios, se codea con el ridículo y los crímenes de la razón humana desviada.

Marc Fumaroli, *La diplomatie de l'Esprit.*
De Montaigne a Lafontaine.

En esta dimensión mítica, Montaigne da un salto hasta nosotros, se deja arrastrar hasta nuestra contemporaneidad de lectores, que lo originamos a cada instante, como él quería (y sigue queriendo). En otro aspecto, el documental-histórico, podemos compartir la descripción de Starobinski: Montaigne sostuvo una moral del rechazo porque era un gentilhombre que desdeñaba el mundo social dominante que le rodeaba y vivió refugiado en sus posesiones. Su mundo mental pertenecía a un sistema histórico extinguido, por eso le faltaba finalismo y el futuro carecía de valor para él. En su visión de la historia no hay la primacía progresista del porvenir inherente al Renacimiento. Invariable en su conjunto y de inaprensible variedad en su detalle, el mundo histórico montaigniano carece de lugar para la práctica modificadora. No sabemos cómo es, por tanto nada podemos hacer con él, lo cual equivale a decir que sabemos cómo es y queremos que siga tal cual.

Blas Matamoro, "Montaigne, moderno y trasmoderno".

Y todavía hay más. La injusticia de la conquista a la que añade los procedimientos empleados, hará que Montaigne, totalmente indiferente y ajeno a la misión evangelizadora, con frecuencia pretexto de expolio y de rapiña, llegue incluso a lamentar que el descubrimiento de ese nuevo mundo haya tenido lugar en una época tan depravada, opinión que expresa, al menos, dos veces: "A veces me disgusta que el conocimiento de esas tierras no haya sucedido antes, en tiempos en que había hombres que hubiesen podido juzgar acerca de ellas mejor que nosotros". Y en otro momento: "¿Por qué no habrá tenido lugar en tiempos de Alejandro o de esos antiguos griegos y romanos una conquista tan noble [...] que hubieran pulido y desbrozado cuanto tenían de salvaje y hubieran hecho prosperar las buenas simientes que la naturaleza les había concedido...?". Al no aludir ni por un momento al beneficio, en cierto modo, compensatorio para algunos, al atenuante que, a cambio de tantas muertes, podía suponer ganar el Cielo, Montaigne ha edificado voluntariamente su ale-

gato en el terreno laico, considerando sólo a los antiguos paganos capaces de civilizar a los aborígenes americanos. No cabe mayor separación entre la religión y la moral ni mayor repudio de la actuación cristiana. La moral es ya para Montaigne independiente de la fe.

Otilia López Fanego, "Montaigne y el descubrimiento de América".

Pero los mexicanos, tanto las víctimas como los verdugos, aparecen aquí compartiendo la *misma fe,* una religión cuyo fanatismo exige una constancia no menos cruel y que no deja de formar parte de esa crueldad que enarbola como sagrada. Situada directamente antes "De los caníbales", al final del ensayo sobre "La moderación".

Esta negra versión de la cultura del Nuevo Mundo sugiere que la sociedad de autoconsumo de los caníbales brasileños es el producto de una virtud llevada a exceso –una virtud que los hace "salvajes" en un sentido ético–. Más allá, recalca la analogía entre la crueldad recíproca de la continua e infatigable guerra de los "caníbales" y las guerras civiles en Francia, donde el celo religioso sólo acrecienta la brutalidad y endurece la desafiante actitud de las partes beligerantes.

El hecho de que el caníbal individual asesine y se coma a su prisionero individual ahora encuentra su equivalente en el sacrificio entre los mexicanos de miles de prisioneros –una práctica que Montaigne, a partir de las fuentes que manejaba debe haber conocido, incluido el comerse la carne de la víctima. Pero esta tortura y masacre que llegó a transformarse en el final omnidevorador de la cultura azteca sólo es una de las versiones del asesinato y de la masacre que todas las religiones han hecho suyas. Montaigne nunca menciona la matanza de la Noche de San Bartolomé en los *Ensayos*, pero cabe pensar que enfrentó este traumático acontecimiento todavía más directa e inesperadamente aquí: proyectado a través del Océano Atlántico en los espectaculares rituales homicidas de los aztecas.

David Quint, *Montaigne and the Quality of Mercy*.

Ya mencionamos la declaración pomposa que quiso pintar en sus paredes, a modo de manifiesto casi monástico de entrada en la literatura. Más significativo –si no más creíble– es el aparato de citas y sentencias con el que se tomó el cuidado de adornar las vigas de su biblioteca, como otros tantos mandamientos para el sabio, de los que éste nunca llegaría a estar suficientemente empapado e inspirado.

Por supuesto hay que citar algunos de estos textos, no sin señalar que sería absurdo convertirlos en un sistema de referencias, los cincuenta mandamientos de Montaigne: ¿acaso el autor de los *Ensayos*, uno de los inventores del pensamiento occidental, no consideró oportuno colocar allí esta frase de un personaje de Sófocles: "La vida más dulce consiste en no pensar en nada"?

El escepticismo domina el tono de esas sentencias, y quien viera en ellas el fondo del pensamiento montaigniano se condenaría a no comprender nada del vigoroso humanismo que anima los *Ensayos* y la vida de ese valiente ciudadano del mundo.

Cuando hemos anotado una quincena de adagios de Sextus Empiricus ("No decido nada", "No puedo comprender", "A todo razonamiento se opone otro igualmente fuerte", "Esto puede ser o no ser", "επεχω", "Suspendo mi juicio", como parece haberlo hecho el señor de Montravel, que conocía la complejidad dinámica de su propio pensamiento) y se pretende encerrar en eso a un Montaigne que ha hecho como que pretendía atrincherarse en su torre, se llega a convertir los *Ensayos*, como hicieron Michelet y tantos otros, en el largo gemido, en la amarga sonrisa burlona de un achacoso.

Jean Lacouture, "Un ermitaño al acecho",
en *Montaigne a caballo*.

A riesgo de parecer exagerado quisiera decir que los *Essais* dan la impresión de estar escritos con voluptuosidad por su autor. El propio Montaigne, por lo demás, así lo expresó: "Les idées sont mes maitresses." Los

ocho años de docto y cómodo retiro eremítico que pasó en su casa de campo, debieron ser años de amorosas relaciones con aquellas que él llama, como hemos visto, "les neuf vierges soeurs" y los *Essais*, con todo su lujo de imágenes, no son más que el presente que les ofrenda en prenda de reconocimiento por los sublimes placeres disfrutados.

En el estilo de los *Essais* encontramos tanto el placer que experimenta el pensador al acumular argumentos a favor de su tesis, como el del artista que goza al ver plasmado su pensamiento en brillantes imágenes.

Los *Essais* son desordenados, como todo lo que es fruto del placer.

Giuseppe Tomasi de Lampedusa,
"Montaigne y su arte", en *Conversaciones Literarias*.

La Sociedad de Amigos de Montaigne ha celebrado días atrás un banquete conmemorativo de su fundación. Ha pronunciado en ese ágape un discurso el presidente de la simpática asociación. No será necesario decir a los que estén al tanto de la literatura francesa quién es la persona que desempeña esa presidencia: no podía ser otro más que Anatole France. Quien ha creado los tipos de Jerónimo Coignard, de Bergeret y de Brotteaux –este último en su postrera novela *Los dioses tienen sed*– había lógicamente de presidir una sociedad dedicada al gran filósofo *relativista*, al que tan donosamente se chanceó del antropocentrismo –en el capítulo consagrado a Sabunde–, al hombre, en fin, que tenía por axioma capital el de que la vida es "un movimiento irregular, multiforme y contradictorio", imposible de ser reducido a normas previas, a rígidos, dogmáticos y dolorosos cánones. El discurso de France ha sido sustancioso y largo –no tan largo como la décima parte de los discursos de nuestros parlamentarios–. El novelista francés ha expuesto en su oración la doctrina desparramada en todos sus libros: un intelectualismo amable, indulgente, irónico, pero en el fondo profundamente disociador, inadmisible tanto para un tradicionalista como para un revolucionario. "¡Dichosos aquellos –ha exclamado France– que no han conocido más que una sola verdad y

a ella se han aferrado con una inconmovible confianza! ¡Más dichosos todavía –agregaba– o por lo menos mejores y más grandes aquellos que han dado la vuelta a todas las cosas y las han visto en todos sus aspectos múltiples y llenos de contrastes! Ésos se han acercado a la verdad lo bastante para saber que no podrá ser nunca alcanzada".

Azorín, "El intelectualismo" (1912),
en *Obras completas*, t. VIII

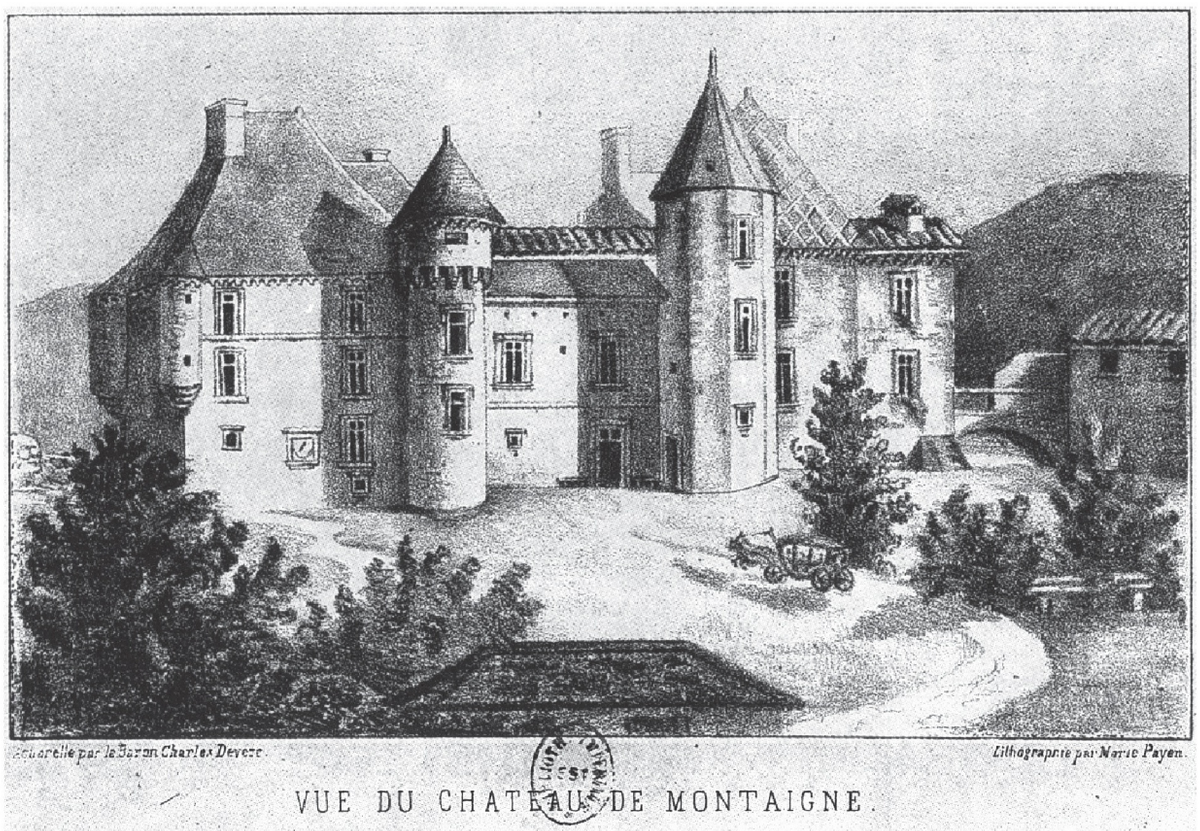
¿Qué ha sucedido con la presencia? ¿No es posible concebir al hombre como un perfecto desequilibrio, como una nulificación existente? La presencia nos requiere. A la presencia habremos de volver los ojos.

Montaigne empieza por decir:

> Nous ne sommes jamais chez nous, nous sommes tousiours au delà: la crainte, le désir, l'espérance, nous eslancent vers l'advenir et nous desrobbent le sentiment et la considération de ce qui est, pour nous amuser à ce qui sera, voire quand nous ne serons plus.

Pero el propio Montaigne concluye con una significativa frase de Séneca: *Calamitosus est animus futuri anxius*.

Ramón Xirau. "Tiempo, camino, instante",
en *Sentido de la presencia*



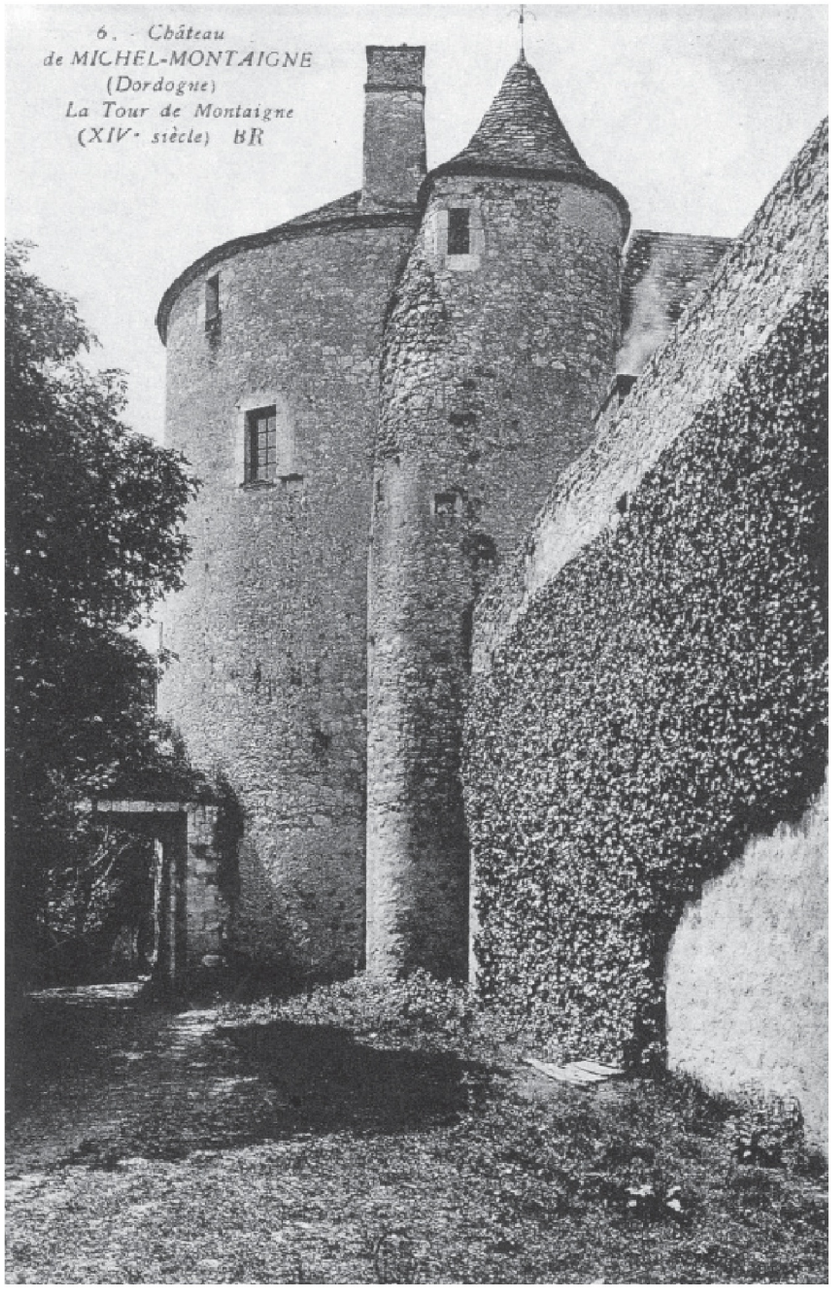
26. En Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, Présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 128.

25. ENVÍO

La poesía lírica, desarrollo de una exclamación, según Paul Valéry, expresa el mundo del yo, el orden de la subjetividad y el viaje interno. La narración, la prosa crónica, la novela, en cambio, van en busca del mundo y lo celebran. La crítica y el ensayo buscan una reconciliación en estos dos caminos, tan pronto el pensamiento ensimismado, tan pronto la descripción objetiva.

Estas calificaciones no son o no sólo son literarias, y no tendrían ningún sentido si sólo fuesen una sugerencia de clasificación escolar. El ensayo por excelencia es el ensayo de vivir, el intento de trabajar sobre la tierra y transitar por ella buscando y compartiendo la luz, cuidando de que el dulce ácido de la felicidad no se disuelva ni derrame, atentos a que no se quiebre el cristal de la justicia. El ensayo de vivir no puede prescindir de la contemplación –pasiva o activa, poesía o filosofía–; tampoco sabría prescindir de la compasión, entrañada en la historia, implícita en la narración, incrustada cómica y reflexivamente en el autorretrato. El ensayo de vivir se verifica como un tejido incesante entre lo privado y lo público, cuya trama dibuja un paisaje de personas. Ese diseño es, desde luego, irregular, pero no puede haber dudas sobre la calidad del tejido que la conversación entre uno y otro establece.

Aunque digamos conversación al hablar de un tejido, lo que está en juego no son sólo palabras, fantasías insustanciales. Conversación quiere decir aquí –como diría Montaigne– comercio, acción, traducción comunitaria en marcha. El ensayo de vivir se da así sobre la ética; la ética es en cierto modo su guía, su tablero de control. Ese ensayo no es ni puede ser absoluto. Nadie se atrevería a confundir el despertar con el insomnio.



27. En Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, Présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 128.

26. MONTAIGNE EN ALFONSO REYES

Alfonso Reyes adoptó a Montaigne desde muy temprana edad. Su atracción por la Edad Media y por el Renacimiento en Francia, España y Europa (incluida Inglaterra), se documenta en las traducciones que hizo de textos curiosos de aquella época, por ejemplo, "El castellano de Coucy", trasladado "del francés del siglo XII", que recogió en *Huellas*, o bien las parodias como el "Debate entre el vino y la cerveza", gustoso pastiche en vena arcaica, incluido en sus *Burlas Literarias*, expresión de claros ecos medievales y renacentistas, que fraguó con su amigo Enrique Diez-Canedo.

Michel Montaigne representó para Alfonso Reyes un interlocutor perdurable y privilegiado, y no un encuentro al azar de las lecturas. Así parece probarlo el hecho de que existieran en su biblioteca personal, actualmente ubicada en la Capilla Alfonsina, en la ciudad de Monterrey, más de diez ediciones de sus *Ensayos* y del *Diario de viaje*...,[19] además de obras sobre él y sobre las letras y la historia de Francia en esas épocas,

[19] Se transcriben a continuación las fichas de los 13 títulos de Michel de Montaigne que tenía en su biblioteca Alfonso Reyes.

Montaigne, Michel de, *Ensayos,* Buenos Aires, Losada, 2 vols. 1941.

Montaigne, Michel de, *Ensayos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1945.

Montaigne, Michel de, *Ensayos de Montaigne, seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día*, Constantino Román y Salamero (trad.), París, Garnier Hermanos, 2 vols., 1910.

Montaigne, Michel de, *Ensayos de Montaigne, seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día,* Constantino Román y Salamero (trad.), París, Garnier Hermanos, 2 vols., 1912.

Montaigne, Michel de, *Ensayos pedagógicos,* Luis de Zulueta (trad.), Madrid, La Lectura.

Montaigne, Michel de, *Essais,* París, Club du Liver de Mois, 5 vols. 1957.

Montaigne, Michel de, *Essais de Michel de Montaigne*, París, Firmin-Didot, 2 vols.

desde los relatos carolingios hasta el *Heptamerón* de Margarita de Navarra, los libros de *Gargantúa* y *Pantagruel* de François Rabelais, para no hablar de los poetas como François Villon, Joachim Du Bellay, Pierre de Ronsard, entre otros. En esas estanterías está *De Montaigne a Vauvernagues: essais sur la vie intèrieure et la culture du moi*,[20] el libro de Joachim Merlant con el cual Reyes dialogó, respaldó y nutrió en parte su ensayo central "Montaigne y la mujer", que más adelante se transcribe.

Montaigne, como se puede ver por varias de las citas aquí cosechadas, fue para Reyes cantera, pasaporte, puente, remo, almohada, bordón de peregrino, alfiler, verduguillo, miel y panal rumoroso, para aludir al poema subversivo de Bernard de Mandeville, leído por Nietzsche, también traducido por el duende de Reyes.

Fueron también los *Ensayos* libro de buenas costumbres y usos estéticos e intelectuales, y piedra roseta para poder traducir los ríos subterráneos de la sabiduría antigua en el agua corriente de las opiniones vigentes en los días de Alfonso Reyes. Es cierto que no le dedicó un libro a Montaigne, como sí lo hiciera con Homero, Góngora, Goethe y Mallarmé. Pero Reyes se apropia intensivamente de Montaigne, y lo cita ante sus interlocutores con espontánea facilidad. Por ejemplo, a Azorín,

---

Montaigne, Michel de, *Five essays,* John Florio (trad.), Cambridge, Cambridge University Press, 1937.

Montaigne, Michel de, *Journal du voyage en Italie, par la Suisse et l'Allemagne*, París, 1932.

Montaigne, Michel de, *Journal du voyage en Italie, par la Suisse et l'Allemagne en 1580 et 1581*, París, Les Belles Lettres, 1946.

Montaigne, Michel de, *Les essais de Michel Montaigne*, Pierre Villey (ed.), París, F. Alcan, 3 vols. 1922.

Montaigne, Michel de, *Les essais de Michel de Montaigne,* Pierre Villey (ed.), París, F. Alcan, 3 vols. 1930-1931.

Montaigne, Michel de, *Páginas escogidas,* E. Díez-Canedo (trad.), Madrid, Calleja, 1917.

[20] París, Societé Franciase d'Imprimerie et de Librairie, 420 pp.

en el contexto de las desgarradoras huelgas españolas de 1917 de las cuales se quejaba y el contraste con la sensatez del pueblo francés: "El goce profundo tiene más de severidad que de alegría", le responde Reyes a Azorín, citando un pasaje de "No gustamos nada puro", uno de los *Ensayos*, Libro II, cap. XX, como el propio Reyes recuerda en una página sobre "La paz".[21] *Res severa est verum gaudium*, la remota voz latina tras la frase de Montaigne alcanza a asomarse a la España de la primera mitad del siglo xx, a través de la voz de un mexicano que cita a Montaigne.

Algún día cabría hacer una semblanza paralela del francés y del mexicano. Podría arrancar quizá precisamente de esa página, "Montaigne y la mujer", y del contraste ineludible entre Françoise de la Chassaigne, la esposa de Michel, y doña Manuela Mota, la cónyuge, compañera, librera, asistente de Reyes, quien le ayudaba a bajar los libros que el pequeño gran maestro no alcanzaba de los estantes de su biblioteca, y continuar con la religión de la amistad que espejea entre Montaigne-La Boétie y Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Enrique Diez-Canedo.

Vayan en prenda de estas razones las siguientes calas montañescas dispersas a lo largo de la obra de Alfonso Reyes.

1. Montaigne y la mujer

Es un placer algo doloroso y hasta romántico estudiar las evoluciones del pensamiento negativamente; no en los que construyen el nuevo ideal, sino en aquellos últimos representantes de una pléyade literaria que, por la edad, escuchan ya los gritos de los venideros, mas por la educación simpatizan aún con los de ayer. Ellos registran también los nuevos valores, pero por reacciones inactuales. Si otros espían el día naciente con los

[21] *Obras completas*, t. II, p. 218 (*Cf.* Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, trad. I. Vericat, El Colegio de México, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1a. ed., 1990, 1a. reimp., 2009, p. 187).

ojos fijos en la aurora, ellos lo presienten, vueltos aún hacia el crepúsculo del día anterior. Del carro de la vendimia caen racimos que se aprestan a recoger los que van a pie. Algo va quedando en el camino que para una o dos generaciones humanas no ha de volver; no es, por cierto, lo menos sazonado y nutrido. Nuestros abuelos, con metáfora que recuerda las amarillas estampas de sus libros, os dirían que es la suerte, no la justicia, quien rige las riendas de la fama. Intentan crear un nuevo ideal las almas jóvenes: de optimismo, de fuerza viva, de mucha acción, quizá de poca meditación. Hay, sin embargo, quien consagra sus horas a los sacerdotes del puro deleite intelectual: un día a Renan y otros a Montaigne. Ayer, una conferencia de Lasserre, hoy un libro de Joachim Merlant, profesor en Montpellier: *De Montaigne a Vauvenargues, ensayo sobre la vida interior y la cultura del yo*. La obra es, en su mayor parte, aprovechamiento no disimulado de obras anteriores. Inútil, pues, alardear de malicia descubriendo sus fuentes: Gustave Reynier, Strowski, Villey y otros, entre los cuales, aun cuando no se dijera, naturalmente que se encuentra Sainte-Beuve.

Déjese de considerar la dicha como una presa –nos dice el autor–; téngasela por el fruto delicado de una práctica diligente. Esto conduce al renunciamiento. Vida interior: cultura del yo. Aquélla despierta la idea del ascetismo: ésta, la del arte. Y ambas responden a una concepción aristocrática de la vida.

El libro resulta un poco triste y, en rigor, no es fuerza leerlo. La evolución espiritual de Montaigne está dibujada en fáciles páginas: nos hace pensar.

I

Montaigne, retirado de los negocios públicos a los treinta y ocho años, se da por completo al cultivo de su soledad, al ocio con letras, a la busca del yo. Comienza –todas las iniciaciones son pedantescas, académicas– por un estoicismo cuya rigidez repugna a su naturaleza flexible y ligera. Atra-

viesa, después, una aguda crisis de pirronismo que algunos, sin razón, consideran como el término de su desarrollo. Acaba, finalmente, en algo que por personal no tiene nombre hecho: esfuerzo perfecto de intelección; claro anhelo de dominar, con el regocijo de entenderlo, el mal incurable de existir, de sentir. Realizando uno de los tipos del poeta crítico, ha descubierto que su inteligencia es, en sí misma, una especie superior de alegría. El sabio, dirá Schopenhauer, no conoce el aburrimiento. ¡Ay!, en el fondo plácido de aquella existencia duerme la posibilidad, la certeza potencial de una tragedia sin catarsis. Montaigne cerró la llave al misterio. Huyó de la melancolía, la negó, la rechazó siempre: sabía que una gota de dolor deja sabor eterno. Encastillado en su biblioteca, la ensordeció con tapices y cortinas: el canto de la Sirena no pudo llegar hasta él. Seguramente que no era músico: la música, según Spinoza, es pretexto de melancolías y, en todo caso, el sentido de la musicalidad es arrebatador y disolvente. Es perverso, cuando no se reduce a aquellas rudimentales modulaciones con que el hábil Quirón enseñó a marchar al niño Aquiles. Es tentador: quien una vez lo ha experimentado, se le entrega sin resistirle más. Nietzsche, huyendo de Wagner, huye del ensueño y de la tristeza, de la niebla espiritual; deja la brumosa Europa Atlántica, busca el sol del Mediterráneo. Montaigne, por su parte, clarifica diariamente en su alma aquella clásica alegría bordelesa que tanto se aparece al sol. Alegría del buen vino, de los buenos libros; concepto naturalista del hombre, sin tortuosas exigencias; sana inclinación, fáciles discursos y memoria llena de sorpresas. "Gracias a esta facultad de olvido –ha escrito–, los lugares y los libros que reveo me sonríen siempre con fresca novedad."

Montaigne cerró la llave al misterio: por las hendeduras de la puerta, por el ojo de la llave fluyó entonces hacia Montaigne el hondo misterio de su ser, como entra el agua del mar por la ensambladura de la barca. Él mismo nos cuenta que su paz y su lucidez estuvieron constantemente en peligro, y que sólo consiguió salvarse por una labor calculada y también constante. Es como decir que vivió en un voluntario engaño, frágil

"bovarismo" de cristal: un choque más rudo con las realidades morales lo hubiera hecho trizas sin merced. Algo de pobreza, algo de música –un violín colgado a una pared desnuda–, lo hubieran derrotado quizá. Por eso el exuberante y enfermizo Rousseau lo ha llamado el *falso sincero*.

Triunfo apolíneo, éxito de la apariencia, estas existencias trabajadas como sonetos parnasianos, como candeleros de Benvenuto, tienen, a veces, el encanto trágico de las flores; sutil equilibrio de lo efímero, ¡cuánto engaña el ostentoso aparato de su solidez! ¡Cuánto no las supera, entonces, aquel fatigoso vivir en que todas las tempestades morales han pintado su latigazo y que se redime, por eso, a la vibración de sus dolores! San Agustín lo decía con fuerte palabra: las perfecciones imposibles ni a la misma divinidad seducen: el Dios nos quiere pecadores y arrepentidos, probados en la guerra ética del mundo. Goethe mismo, en la ascendente carrera de antorchas de su vida, ¿qué mucho si, para defensa propia, aceptó la máscara inflexible o la coraza que no se pliega al mandoble? Paralelamente a su existencia, a través de aquella obra más o menos externa con que quiso apaciguar el eco de sus explosiones juveniles, dejó resonar la obra inacabable, comentario de sus días y ley verdadera de su espíritu: los sueños febriles y aterradores del *Fausto*, tan sublime como Satán.

¿Qué faltó, pues, a Montaigne? Cuando abandona las ambiciones del mundo, la vida se le reduce al espacio de su biblioteca. No necesita más espectáculo que el de su alma y el de sus libros. Uno que otro amigo con quien charlar tiene sólo aquel valor transitorio que tienen los comentarios de lápiz al margen de las páginas. Exceptuemos, sin embargo, a Étienne de la Boétie, de cuya muerte nunca se podrá consolar, y perdonémosle muchas de sus incredulidades, siquiera por haber conservado, en aquel ambiente de complacencia, un recuerdo doloroso para el amigo. Montaigne se instala en la vida como un bibliotecario feliz en el gabinete de las Musas. Por momentos, parece que se le oye exclamar, en frases de Gracián: "¡Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del Mayo como una librería selecta!" A creerle, en aquella casa la heroicidad no tiene más valor

que el de mera reminiscencia histórica. El bien hallado señor de provincia opina que morir por una idea es conceder excesivo valor lógico a las conjeturas. ¡Dioses! Esto se decía en el siglo que Monsieur Danou (un testigo del Terror, a quien cita Sainte-Beuve) ha llamado el *más trágico de toda la historia*. Y, sin embargo, digamos aún con Sainte-Beuve que hay momentos en que todos los ciudadanos de un pueblo debieran leer, noche a noche, una página de Montaigne. En la actitud de Montaigne frente a su siglo no descubriremos debilidad, ni hay derecho a ello: ser sereno ante las locuras populares es la más grande heroicidad. Los jefes de la política son generalmente hombres necios y literatos fracasados. Noble alteza no darse a ellos, aun cuando los Gibelinos nos tengan por Güelfos y los Güelfos por Gibelinos. Sobre esto podemos citar al frío y despechado Vigny: "Ni amor ni odio se debe tener para los hombres que gobierna. No les debe uno jamás sentimientos que el que tiene por su cochero: conducen bien o conducen mal, eso es todo." No: si algo faltó a Montaigne (y éste es el capítulo que echo de menos en el libro de Merlant) fue ello una cualidad, o mejor tal vez una experiencia, meramente interna: un golpe divino de inconsciencia, una revelación oportuna de misterio y de dolor. Digámoslo todo: en la juventud de Montaigne faltó una mujer. No en vano aquel Diego de San Pedro, su contemporáneo, puso en la *Cárcel de amor*, como la primera razón en defensa de las mujeres, que "no solamente a los torpes hacen discretos, mas a los mismos discretos más sutiles".

II

Lejos de la novela amatoria que pululaba como en el aire, Montaigne describe una órbita solitaria. La controversia sobre la mujer era un tópico puesto a la moda por los héroes de amor, que invariablemente la emprendían, antes de suicidarse en la última hoja de los libros. Entretejían el bordado de las historias con las ideas platónicas, las cuales requieren

una Diótima que las insufle: una mujer de quien partiese para más altas adoraciones –como en el *Cortesano* de Castiglione– el pensamiento de belleza. Otras veces, la mujer es una maléfica encantadora. En uno u otro caso era el personaje dominante del cuento; y el amador, tan sólo la sustancia plástica que se fundía al calor de la amada. El resto de las figuras (casi sombras a veces) lo componen un traidor –elemento corrosivo indispensable para que el conflicto se produzca–, la cara venerable de un padre, de preferencia un rey, siempre más o menos engañado –elemento de fuerza que por un instante cede al mal, causando el desequilibrio de que ha de brotar la novela–, y el coro de llanto finalmente, el cortejo de damas y caballeros cuya misión es exclamar.

Según aquella concepción, a la vez teológica y sentimental, es la mujer dispensadora de vicios y de virtudes, ánfora del bien y del mal. Último fruto de aquella invención medieval que comenzó con las ráfagas de la epopeya, y luego se enriqueció de fábula, degenerando, al "dialectizarse", en los libros de caballería, la heroína de la novela amatoria, esta abeja amarga, no tiene cabida en los panales del humanista. Montaigne buscará en los libros la mujer heroica y algo retórica de los oradores antiguos, la que dejó palabras de oro sobre la tumba del guerrero, o pintará el animalillo gracioso y feroz, contradictorio y bello, sujeto a la esclavitud de la carne y la animalidad de la sangre, adorable en la mancebía y enojosa para el hogar, que él creyó encontrar o encontró por estos decamerones de la vida.

A una parte, las mujeres de Weinsberg que, en el sitio de la ciudad por Conrado III, habiendo obtenido licencia de salir a pie con lo que pudieran llevar consigo, se aprestan a cargar sobre sus hombros a sus hijos y a sus esposos; o las mujeres indias que se disputan el favor de su señor para merecer el premio de ser enterradas vivas en su sepultura; las canonesas Pelagia y Sofronia defendiendo su honor con la muerte; Sextilia y Paxea suicidándose para alentar a sus esposos. A otra parte, lo que Montaigne piensa de la mujer, hecho punto omiso de la fábula.

Las declara, una vez más, veleidosas; censura su inconsistencia para la amistad. Amor, amistad: he aquí una disyuntiva no resuelta: si la una es decadencia del otro, si es su equilibrio. Montaigne, en todo caso, pertenece a la categoría de esos personajes de Shakespeare, que, según el crítico del *Times*, conversan y obran más fácilmente cuando sus mujeres se han ausentado. Pero, por lo menos en el amor, ¿les reconoce Montaigne superioridad a las mujeres? En amor, dice él, la primera parte es aprovechar el instante, la segunda lo mismo, y la tercera también; a veces, confiesa, pudo faltarme suerte, pero, casi siempre, ánimo de empresa. Y el pudor mismo le parece que suele ser asunto de precio, lo que ilustra con el ejemplo de aquellas orientales que hacen pregonar el haberse abandonado a quien les obsequia un elefante, como para que se entienda que saben apreciar el valor de la hermosa bestia. Le resultan, en ocasiones, animales terribles: las mujeres escitas, dice, arrancan los ojos a sus prisioneros y a sus esclavos para usar de ellos más libremente. Mas concede, en cambio, que alguna razón les asiste en protestar contra leyes que las interesan y que se dictan sin su consejo, como la que las obliga a la abstinencia; pues su castidad es sólo un arma del amor. Si nos contraría el rigor en la amante, la facilidad mucho más: por eso todas velan hasta debajo de los talones lo que todas desean mostrar y todos ver –prosigue Montaigne–. Por lo demás, acusa, son inclinadas a contrariar al marido. Y en este punto trae a cuento graciosísimas anécdotas de esas que propaga la tradición popular. (El cargo es injusto: de las contradicciones de *ella*, el culpable ha sido siempre *él*.) Dice, además, que nos importunan con sus celos, que arruinan sus hogares, y que no se debe dejar en sus manos la suerte de los hijos, porque la resolverían de modo *inicuo* y *fantástico*. Ese apetito desordenado y gusto enfermizo –explica– que manifiestan en su preñez siempre lo tienen en el alma. Detesta, como Juvenal, a la mujer pedante, y a la mujer en general la cree inepta para la ciencia. Con Platón y Santo Tomás, alega que la sabiduría se les queda en la lengua. Cree que para ser discretas les sobra con sus gracias naturales; pero que, si dan en estudio-

sas, lo mejor será que no lean más que poesía. En otra parte, citando a Margarita de Navarra –con quien se hubiera entendido desde la primera entrevista–, opina que a los treinta años debe la mujer cambiar el ser bella en ser buena. Abónesele, finalmente, un rasgo caballeresco; si es cierto, conversa en algunos de sus ensayos, que los placeres del contar no ceden a las delicias del obrar, en mi tiempo, por lo menos, sólo se permitió este desahogo al que tenía amiga fiel y única, en tanto que hoy las charlas de sobremesa descubren las aventuras y favores secretos de las damas. Los que tal descubren, exclama, no merecen las dulzuras que disfrutaron. Con todo, la más sabia mujer, nuestra incomparable *Celestina*, hubiera absuelto a los indiscretos; porque, como dijo a Pármeno: "…de ninguna cosa es alegre posesión sin compañía. No te retraigas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetece lo deleitable. El deleite es con los amigos en las cosas sensuales, y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas". Lo sabía Montaigne, que algo suyo quiso contar, siquiera al papel en que escribía: –También es dulce para mí –asegura– el comercio de las mujeres bellas y honestas: *nam nos quoque oculos eruditos habemus*. –Y más adelante, algo de que hubiéramos deseado saber más: –Yo sufrí en mi infancia todas las furias que, según los poetas, se apoderan de los enamorados…

Pero pronto nos desengañamos respecto al límite en que se detuvo su experiencia de la mujer cuando, al volver la página, nos arroja a la cara que, en materia de amor, entre sacrificar el espíritu o el cuerpo, prefiere renunciar a lo espiritual, que al fin y a la postre a mejores usos es llamado: porque, añade con injuriosa evidencia, algo se hace sin las gracias del espíritu: nada sin las corporales. Que la viuda del *quijote* explicaba a su guisa, asegurando que para lo que ella quería a su fulano, aunque tonto y soez, éste sabía tanto o más que Aristóteles.

III

Esto apunto como quiere la pluma. Recojan la sugestión los especialistas, corríjanla y desarróllenla, y dígannos si la idea que tuvo Montaigne de

la mujer no fue, como mucho lo temo, la más vulgar. Quizá ya se ha escrito sobre la materia. Cien tórculos rechinan a un tiempo estampando comentarios sobre Montaigne, y tanto se ha glosado su obra, que pasma no se le dedique una revista como la que se ha consagrado a los estudios rabelesianos.

Y como la naturaleza humana es compleja, y es cada individuo resultante de contradicciones, los conocedores minuciosos hallarán siempre elementos para descubrir en Montaigne ya el amor, ya el desamor, ora el respeto o bien el irrespeto. Y particularmente en su caso de escritor cotidiano, para quien todo minúsculo aleteo del pensamiento tiene derecho a la manifestación literaria. Que no hay mejor medio para ignorar la fisonomía de un hombre que conocerlo por milímetros, o para ignorar su verdadero balance de la vida que conocer sus conversaciones. ¿Lo sabía el fiel Eckermann, lo sabía el fiel Boswell, oh manes de Johnson, de Goethe? Montaigne se exhibió tan analíticamente, bajo el vidrio combo de su introspección, que provoca al estudio microscópico. Su yo, como él lo quería, es centro atractivo de una sociedad de inteligencias. Y amenazaría perder su relieve sintético, si su mismo procedimiento egoísta, alejándolo de cuando en cuando del lector, no nos ayudara a apreciarlo en conjunto. Visto así, en conjunto, parece indudable que Montaigne es un ejemplo más de esta especie de desamor que acompaña siempre al egoísmo.

Nuestra vida, con sus acarreos de dolor, se desliza entre diminutos placeres que no siempre nos atrevemos a paladear. Ninguno conozco más agudo y más instantáneo que la sorpresa de encontrar juntos ciertos libros de índole contrapuesta. Porque, o los libros tienen malicia, o mi incorregible bibliotecaria ha abandonado hoy, sobre los *Ensayos* de Montaigne, los *Pensamientos* de Pascal.

–El yo es odioso –predica Pascal junto a la sonrisa de Montaigne. Mas su sinceridad se desborda, y no puede menos de conceder: –Tú podrás disimularlo, oh Mitón, mas no lo podrás aniquilar…

Y pienso que el sentido femenino de la vida es como una solicitación a disgregar el yo concentrado. Y, huyendo entonces del entrecejo de Pascal, recaigo en las páginas de Montaigne, procurando leerme en ellas por transparencia. Que es seguramente la mejor, entre las siete maneras de abordar su lectura."[22] En "9. Montaigne y la mujer" (1910-1920), *II. El cazador*, t. III, pp. 171-179.

2.

"Además, en la Biblioteca Municipal, de puño y letra de Montaigne (letra pequeña, caligráfica y regular) he leído no hace muchas horas: 'El goce profundo tiene más de severidad que de alegría'." En "II. La paz" (1937), *II. Las vísperas de España*, t. II, p. 218.

3.

"Los exámenes del bachillerato preocupan a la gente menuda. La prensa publica todos los días la noticia de los aceptados. En la Universidad, entrando por el vestíbulo de la Facultad de Letras, se ven, a una parte, los estudiantes yanquis, que ya comienzan a hacer el equipaje, y a otra parte, los jóvenes del bachillerato comentando el último examen. Al fondo, la tumba de Montaigne, con la yacente estatua de piedra.

[...]

Al otro lado del túmulo de Montaigne, los estudiantes franceses se proponen cuestiones sobre la geografía de la Lorena o el teatro de Racine. Han creado todo un código de supersticiones de buen agüero. He aquí los principales artículos.

Para tener éxito en el examen es necesario:

[22] Muchos años después hallo confirmadas mis sospechas: Maurice Rat, *Du nouveau sur l'auteur des "Essais". Malgré Aristote et Platon, Montaigne fut plutôt malheureux en ménage,* artículo publicado en *Le Figaro Littéraire*, París, 13 de marzo de 1954 [Nota de Alfonso Reyes].

1o. Que el número del turno sea divisible por tres.

2o. Llevar en el bolsillo una moneda horadada, de las que llaman monedas chinas.

3o. Saludar por la calle a una señora encinta.

4o. Tocarle los pies a la estatua de Montaigne."

En "VII. Estudiantes" (1937), *II. Las vísperas de España*, t. II, pp. 227-228.

4.

"Y mientras las muchachas cantan, yo sueño: la pobre estatua de Gambetta en Burdeos me recuerda que aquella ciudad es el refugio de Francia cada vez que Francia está amenazada. La estatua yacente de la Universidad me recuerda que aquí vivió Montaigne, el que supo no ser güelfo ni gibelino." En "XII. En busca de Marchena" (1937), *II. Las vísperas de España*, t. II, p. 240.

5.

"Montaigne se quejaba de que hay pocos autores: la mayoría no son sino glosadores de lo ajeno." En "Mal de libros" (1956), *III. Calendario*, t. II, pp. 227-228.

6.

"Renan, explica Lasserre, no es un caso simple, sino un enigma muy complejo. No tiene razón Brunetière exigiendo que se esté con Renan o contra Renan. Lasserre, y tú y yo, y todos, estamos con él en algunos puntos, y en otros, al contrario; y otros, finalmente, pueden aplaudir o censurar a la vez las dos cosas juntas. Y lo mismo pasa con todos los hombres, y es absurdo hablar de caracteres contradictorios, donde ya ha establecido Montaigne aquella sentencia definitiva: *Certes c'est un sujet merveilleusement vain, divers et ondoyant, que l'homne; il est malaisé d'y*

fonder jugement constant et uniforme." En "2. Un intérprete de Renan en 1914" (1910-1920), *II. El cazador,* t. III, p. 114.

7.

"Hacía bien Flaubert en recitar con voz estentórea los párrafos que iba escribiendo. Esto puede parecer imprudente, pero Montaigne que era tan discreto lo hubiera encontrado razonable.

Montaigne ha escrito: *Le bransle mesme de ma voix tire plus de mont esprit que je n'y treuve lors que je le sonde et employe à part moy*."[23] En "2. La lectura estética" (1910-1920), *II. El cazador,* t. III, p. 151.

8.

"Sólo que el deporte de la conversación apenas comienza a ser un deporte al aire libre –como lo había sido en los tiempos clásicos, cuando Sócra-

[23] Dice Alfonso Reyes, en una nota al pie de este texto: "Según esto, dominarían en Montaigne las representaciones motrices del lenguaje. Años después de escrito este artículo, leo en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de La Habana, septiembre, 1915, una sugestiva nota del Dr. Varona: *Montaigne auditivo*. Para él, son las representaciones auditivas las que dominaron en Montaigne, a juzgar por este trozo sacado del filósofo español Raimundo Sebunde:

"Hablando Montaigne de los sordomudos, y sin que nos importe la poca solidez de su argumento para el punto que deseaba establecer, dice lo siguiente, como si se tratara de un hecho general: *Le sens de l'ouie… se rapporte a cely du parler, et se tiennent ensemble d'une couture naturelle; en façon que nous parlons, il faut que nous le parlions premierement a nous, et que nous le fassions sonner au dedans a nos aureilles, avant que de l'envoyer aux estrangiers*.

"El caso es suficientemente común; pero no universal. Lo que llamamos la palabra interior, y eso lo saben hoy todos los psicólogos, presenta tres formas predominantes… en las primeras, la imagen verbal puede ser auditiva, cuando nos *oímos* pensar, como si estuviéramos hablando, pero sin sentir la articulación; puede ser muscular, cuando nos *sentimos* pensar, como si estuviéramos articulando [añádase otro caso: cuando nos sentimos pensar como si estuviéramos escribiendo]; puede ser visual; cuando nos parece leer escrito lo que estamos pensando.

"Concluye Varona que Montaigne era un tipo de auditivo puro. Como hemos visto, es más bien un caso complejo de auditivo articulatorio".

tes dialogaba con Fedro a las márgenes del Iliso. Es creíble que más tarde se dialogara de uno a otro corcel. ¿No acontece esto en el Poema del Cid? No lo recuerdo. Pero en el momento de la humanidad que inmediatamente nos precede, los hombres se instalan en amplios y cómodos sillones para hablar, con arte y lentitud, de los libros y de los sucesos. Véase lo que llegó a ser para una mujer culta la conversación de París, en el libro de Mme. de Staël sobre sus *Diez años de destierro*: Napoleón, dice, conociendo su debilidad, la hería en lo más vivo al privarla de su salón y sociedad habituales. Hermosas lamentaciones le arranca su nostalgia, y repite fruiciosamente la frase de Montaigne: Soy francés por París. Para ella, el mundo se redujo siempre a su tertulia. Dice bien Lanson: se declara revolucionaria, y sólo admite a los beneficios del nuevo régimen a los señores discretos, capaces de charlar con ella en su salón." En "Nuevas dilucidaciones casuísticas" (1954), *III. El suicida*, t. III, p. 268.

9.

"De la moral antigua y clásica (saciarse con el momento presente), a través de la moral media, que aconsejaba conducir la vida hacia el logro de un futuro éxito –ya para alcanzar el cielo cristiano, o ya para alcanzar la realización ética de los fines–, se llega así a la moral del simple desahogo vital.

¡Ay! a la hora del regocijo suenan las palabras de Montaigne, hijo amado de la prudencia:

–No somos, quizá, más que juguetes de aquella mentida fantasía, más celosa siempre de nuestra acción que de nuestra ciencia." En "El misticismo activo. V" (1954), *III. El suicida*, t. III, p. 277.

10.

"Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, parece haber nacido en Alcalá de Henares hacia 1283, y muerto a mediados del siguiente siglo. El cardenal D. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, lo hizo encarcelar; y un co-

pista arcaico asegura que compuso su poema durante su larga prisión. A ella se refiere el poeta al comenzar y al acabar el libro.

Obra abigarrada y compleja –donde, al decir de un crítico, las rosas y las ortigas se confunden como en los jardines de la Bella Durmiente–, no recibió nombre preciso, y la posteridad, de uno en otro, ha acabado por designarla con el propuesto por Wolf, aprobado por Menéndez Pidal y adoptado por el diligente Ducamin, y que de fijo no hubiera disgustado a Juan Ruiz. Del libro de sus *Ensayos* decía Montaigne que era un libro de buena fe: en las palabras del Arcipreste, vuelve con encantadora frecuencia la protesta de que su libro es de buen amor –bien que tampoco eluda el aconsejar algunas maneras de loco amor." En "I. El Arcipreste de Hita y su *Libro de buen amor*" (1939), *I. Capítulos de literatura española. Primera serie*, t. VI, p. 15.

11.
"Debe recordarse el hermoso fragmento de Montaigne en la *Apología de Raimundo Sebunde*, que concluye con esta declaración: 'No estamos ni encima ni debajo de las otras criaturas. Cuanto hay bajo el cielo, dijo un sabio, sufre ley igual y corre pareja fortuna'." En "I. Un tema de 'La vida es sueño', El hombre y la Naturaleza en el Monólogo de 'Segismundo'" (1945), *II. Capítulos de literatura española. Segunda serie*, t. VI, p. 248.

12.
"Si quiere Massis otro ejemplo de las evoluciones semánticas, yo le haría notar que a veces Montaigne llama 'la naturaleza' a 'la razón', y hoy muchos entienden, cuando se les habla de 'la naturaleza', 'el paisaje'". En "Pascal y la razón" (1925), *III. A lápiz*, t. VIII, p. 244.

13.
"4o. La constante voluptuosidad, la sensualidad alerta, aparecen en forma de continuos relámpagos de pudor: ya ante una nuca, un brazo

torneado, unos pies descalzos. Una voluptuosidad tan embriagadora que sofoca y hasta hace daño por momentos: Una sombra me cubrió los ojos: era el supremo placer que conmovía a una naturaleza virgen. Ante el goce, hay una contracción: el alma ante el éxtasis, en Plotinio. Ya decía Montaigne que "el sumo goce tiene más de severidad que de alegría." En "Algunas notas sobre la *María* de Jorge Isaacs" (1937), *III. A lápiz*, t. VIII, p. 272.

14.
"Nota: Las citas francesas que aluden a los temas del libro, los refuerzan, atenúan o contestan y hacen en general el oficio de las viñetas, proceden todas de los *Ensayos* de Montaigne, texto de Pierre Villey. Pensé que la continua referencia a Montaigne era la explicación mejor sobre el estado de ánimo en que, durante los entreactos de ocho años, escribí estas páginas." En "Apéndice al artículo 'Un drama en el cine'" (1945), *IV. Tren de ondas*, t. VIII, p. 424.

15.
"Creer que sólo es mexicano lo que expresa y sistemáticamente acentúa su aspecto exterior de mexicanismo es una verdadera puerilidad. España conoce los horrores de la españolada: ¡aquella condenada pandereta que ha dado la vuelta al mundo! Nosotros, por ese camino, pronto llegaríamos a la mexicanada (el jicarismo, dice un pintor). Grosero error juzgar del carácter de una literatura sólo por sus referencias anecdóticas. Pascal no sería representativo de un polo del pensamiento francés, porque habló de cosa tan universal como Dios, y Dios –a pesar de la bonita traducción parisiense de Sieburg– dista mucho de ser francés. Montaigne tampoco representaría el otro polo de Francia, porque hablaba de Raimundo Sebunde, la virtud de las mujeres romanas, los caníbales del Brasil y todo asunto humano y divino." En "I. A vuelta de correo" (1932), *V. Varia*, t. VIII, p. 443.

16.

"De aquella primitiva poesía sólo vestigios se conservan, recogidos en distintas épocas: cuatro cuartetas, entre los documentos de los botánicos alemanes Spix y Martius, comienzos del siglo XIX; tres canciones en Couto de Magalhães y alguna otra versión en Barbosa Rodrigues. Pero, sobre todo, conocemos las dos canciones de caníbales que Montaigne tradujo en sus *Ensayos*, de donde Goethe, después, las tradujo al alemán. El anónimo caníbal del Brasil tiene así un título más ilustre en las letras que todos los poetas americanos.

Después de Joaquim Norberto, Eduardo Laemmert y otros, Afranio Peixoto ha puesto estas reliquias en rima moderna portuguesa.

De humorismo
5
Vengan todos a la fiesta
a devorar a un valiente:
la ley de la guerra es ésta.
También me he hartado yo de vuestra gente:
de vuestros padres y de sus hazañas,
el gusto encontraréis en mis entrañas.
6
Pára, viborita, pára:
quiero imitar tu primor
pintando un cinturón para
obsequiárselo a mi amor:
mira que así vendrás a ser presente
que una serpiente le hace a otra serpiente.
(*Montaigne*)
Ríojaneiro, diciembre de 1932"
En "Poesía indígena brasileña" (1932), *I. Norte y sur*, t. IX, pp. 86-87.

17.

"A diferencia del exotismo oriental, que fue puramente pintoresco o estético, este exotismo americano lleva una intención política y moral; es decir, que la literatura quiere comprobar, con el espectáculo de América, una imagen propuesta *a priori*: la Edad de Oro de los antiguos, el estado de inocencia natural, sin querer darse por entendida de lo que había de herético en esta noción. ¿Quién, entre los más nobles maestros del pensamiento europeo, pudo escapar al deslumbramiento? Adviértase la huella en Erasmo, en Tomás Moro, Rabelais, Montaigne, el Tasso, Bacon y Tomás Campanella. Si Juan Ponce de León delira por encontrar la surgente de la juventud eterna en la Florida, los filósofos piden al Nuevo Mundo un estímulo para el perfeccionamiento político de los pueblos. Tal es la verdadera tradición del Continente, en que hay el deber de insistir.

El testimonio de Montaigne es singularmente expresivo. En su alma se da el drama del Descubrimiento envuelto en aquella clara música de ideas que todavía nos conmueve. Montaigne reconoce que el solo contraste entre el Antiguo y el Nuevo Mundo lo despertó a esa comprensión para todas las doctrinas que Bacon y Shakespeare aprenderán de él, ese perdón, esa caridad. Durante la juventud de Montaigne, América se iba ensanchando día por día, y la creciente gravitación de América parece irlo levantando sobre el nivel moral de su tiempo. Leía con avidez los relatos de los cronistas de Indias; y además, como funcionario de Burdeos, veía llegar y admiraba los efectos y productos de la nueva zona generosa. Un criado suyo había vivido diez años en el Brasil y le contaba las costumbres de los indígenas. Montaigne se interesa, traduce poemas y canciones de los caníbales. Dispuesto siempre a abrir la ventana de la paradoja, se le antoja preguntarse si, después de todo, la civilización acostumbrada no sería un inmenso desvío; *si el hombre de América*,

el preciosamente Inca desnudo
y el de plumas vestido Mexicano

–que diría Góngora–, no estaría más cerca del Creador; si las costumbres no tendrían tan sólo un fundamento relativo. Y acaba así por descubrir el refinamiento y el arte entre las poblaciones edénicas del Tupí-Guaraní. Es cierto, se decía Montaigne, que aquellos indígenas son caníbales, pero ¿no es peor que comerse a sus semejantes el esclavizar y consumir, como lo hace el europeo, a las nueve décimas partes de la humanidad? América tortura a sus prisioneros de guerra; pero Europa, piensa Montaigne, se permite mayores torturas en nombre de la religión y de la justicia. Y ved aquí brotar, en la mente de un europeo representativo, los prenuncios de los más avanzados y aun los más audaces puntos de vista que ofrece el espíritu moderno. El disgusto contra el error europeo se fue volviendo atmósfera. Contamina al protestantismo y al puritanismo, y mucho más al cuaquerismo, que acaba por instalarse en América. Pero, entre tanto, el catolicismo ha ensayado también sus utopías sociales en las Fundaciones mexicanas de Vasco de Quiroga, en las primeras misiones del Brasil, en el Imperio jesuítico del Paraguay." En "21. El destino de América" (1942), *I. Última Tule*, t. XI, pp. 58-59.

18.
"Se le ha llamado con todos los nombres de la fábula y aun se esperó volver a recobrar aquí el paraíso perdido. Siempre fue algún sitio quimérico y atrayente donde fundar los cimientos de alguna república perfecta. Operada un día la conjunción entre la creadora tenacidad de Italia y el inspirado furor ibérico, América saca la cabeza de las aguas para insuflar los sueños políticos de todos los utopistas europeos. Ved cómo, a medida que se agranda América, se alza Montaigne, a un nivel más alto para dominar el panorama de razas y civilizaciones." En "III. En la VII conferencia internacional americana" (1933), *I. Última Tule,* t. XI, p. 73.

19.
"No, no conocía el pasaje de Sánchez que usted me comunica, y que me ha impresionado mucho. 'Más religiosos, más agudos, más doctos

que nosotros mismos'. Y esto, cuando todavía no se completa el primer siglo de la colonización americana. ¿No habrá un poco de exageración en todo esto? ¿No la hay en Montaigne cuando contempla la vida de los caníbales del Brasil?" En "V. El sentido de América" (1936), *I. Última Tule*, t. XI, p. 80.

20.
"Nuestra América debe vivir como si se preparase siempre a realizar el sueño que su descubrimiento provocó entre los pensadores de Europa: el sueño de la utopía, de la república feliz, que prestaba singular calor a las páginas de Montaigne, cuando se acercaba a contemplar las sorpresas y las maravillas del nuevo mundo." En "VI. Notas sobre la inteligencia americana" (1942), *I. Última Tule,* t. XI, p. 87.

21.
"En cambio, los viejos, los de antes... He aquí un fragmento de cierta carta del filólogo español Américo Castro (Madrid, enero de 1930): 'Pasé noches en casa de García Pimentel, rodeado de incunables. Los contertulios sabían todos latín. Discutimos sentidos en la poesía virgiliana. Para ciertas dudas, comparecía Luis Vives en sus comentarios. Aquello parecía el ambiente del ensayo de Montaigne: *Sur des vers de Virgile*. Las erratas latinas de mi obra sobre Cervantes, me fueron amablemente señaladas en México, en cuya Universidad nadie se ocupa del latín'." En "I. Discurso por Virgilio" (1944), *II. Tentativas y orientaciones*, t. XI, p. 158.

22.
"Al reorganizar, como Aristóteles, el caudal científico de su tiempo, Bacon no pudo menos de dar con la realidad americana, representada en fauna y en flora, en minerales y en tipos étnicos distintos. Discípulo de Montaigne, se interesaba menos que éste por las cuestiones sociales, pero calaba más hondo en el estudio concreto de las cosas científicas." En "Prólogo" (1956-1957), *III. No hay tal lugar...*, t. XI, p. 368.

23.

"Aunque desde el primer instante pueden encontrarse rasgos aislados en que ya se vislumbra la idealización de América, sin duda en Francia fue el poeta Ronsard, adelantándose a Montaigne, quien se preguntó, el primero, si los europeos tenían derecho a envenenar la vida edénica de los salvajes con los miasmas de la civilización [...]

No ha de pasar mucho tiempo, y ya Montaigne, ante el contraste entre el Viejo y el Nuevo Mundo, deja ver esa comprensión, ese perdón, esa caridad para todas las doctrinas que Bacon y Shakespeare aprendieron en sus *Ensayos*. Aquí Montaigne sigue al calvinista Jean de Léry, uno de los que intentaron aclimatarse en la isla de Villegagnon (Bahía de Guanabara, Brasil). Todavía Herman Melville, el autor de la célebre novela norteamericana *Moby-Dick* o *La Ballena Blanca*, recuerda la postura de Montaigne ante los salvajes (*Typee*, 1846). Y en cuanto al derecho de arrebatarles sus tierras, muchos parecen repetir, a sabiendas o no, las protestas de Fray Bartolomé de las Casas. ¿Cuál es, en suma, concluye Montaigne, el más grave cargo que los civilizados europeos han acertado a formular contra los indígenas americanos? ¡Que los indígenas americanos no usan calzones! ¿No es cierto que Shakespeare parece responder a Montaigne cuando, en *La tempestad* (II, 1) pone en boca de 'Gonzalo' su república ideal o edad de oro resucitada?

Aquellos tres testigos de Europa –Moro, Montaigne, Bacon– bastan para apreciar lo que significó, verdadero ventarrón de utopías, el Descubrimiento." En "Prólogo" (1956-1957), *III. No hay tal lugar...*, t. XI, pp. 383-385.

24.

"Ya para entonces, Goethe, que leía con asiduidad su Montaigne, o ha traducido, en el *Diario de Tiefurt* –año de 1783, núm. 38, hoja manuscrita que circulaba en la corte de la Duquesa Amalia–." En "IX. Goethe y América" (1948), *I. Grata compañía*, t. XII, p. 72.

25.
"5. El señor Victor Wittkowski –autor de un extenso artículo sobre el indio brasileño en la obra de Goethe, donde hace ver que el poeta no se limitó a traducir las canciones de los caníbales brasileños sobre el texto de Montaigne, sino que añadió algo por su cuenta– [...]" En "Notas complementarias" (1948), *I. Grata compañía*, t. XII, p. 81.

26.
"¿Pero alguna vez ha sido posible semejante sueño? Recordemos lo que fue la infancia de Montaigne. Para inculcarle a tiempo el conocimiento de las lenguas, le buscaron un alemán que lo llevaba en brazos y otros dos criados que le hablaban siempre en latín. Sus mayores acabaron por aprender ellos mismos la antigua lengua, la cual se derramó por los pueblos de los alrededores, donde entraron en el uso corriente muchas palabras latinas. Y el muchacho, que aún no contaba seis años ni hablaba francés ni perigordino, atemorizaba a los humanistas por su dominio de la expresión clásica. 'Nos echábamos como a la pelota las declinaciones –dice a la manera de los que aprenden aritmética y geometría por ciertos juegos de tablero' (trad. E. Díez-Canedo). Como Marco Antonio, Montaigne pudo agradecer a los dioses los buenos ejemplos en que se formó su niñez. Por supuesto, Montaigne fue un caso afortunado. ¡También Chapelain, autor de la ilegible *Pucelle*, fue educado para poeta!" En "III. Cuidado del niño: del regazo al gramático" (1942), *II. La antigua retórica*, t. XIII, p. 466.

27.
"A veces se me ocurre que, sin cierto olvido de la utilidad, los libros no podrían ser apreciados. El anónimo Cardenal a quien cita Disraeli (*Miscelánea*) ha puesto el dedo en el misterio cuando llama al libro de Montaigne breviario de los ociosos. Ahora bien, entregarse a esta receptividad absoluta, para no ahuyentar a la Eurídice que duerme entre

las páginas, es cosa difícil." En "Categorías de la lectura" (1941), *I. La experiencia literaria*, t. XIV, p. 161.

28.
"La crítica abandona el estatismo intelectual. Un creador no es una idea fija, es un advenir que se desenvuelve en el tiempo, cosa viva. Montaigne fue primero estoico y luego epicúreo." En "La crítica filosófica y psicológica", *III. Páginas adicionales*, t. XIV, pp. 355-356.

29.
"No es de extrañar que este movimiento se acompañe de una intención lingüística. Ha acontecido aquí lo que ya el sagaz observador de los *Ensayos* había advertido en ciertas antiguas filosofías: "Veo –decía Montaigne– que los pirrónicos no aciertan a formular su concepción general de modo alguno, pues para ello necesitarían de un nuevo lenguaje." La urgencia de contar con una tipología simbólica se iba imponiendo conforme se clasificaba la exactitud de las estructuras relacionales. De suerte que la simbolización no sólo obedece aquí a la pura función defensiva (VII, 13), sino también a la imposibilidad de mentar las especies en términos de sentido común, ya fueran coloquio o tecnicismos." En "8. Colonización interior: la lógica matemática" (1944), *I. El deslinde*, t. XV, p. 310.

30.
"Séneca era, con Plutarco, autor preferido de Montaigne, sin duda por la agudeza y por la variedad de motivos que trae a la punta de la pluma." En "3. El estoicismo del Imperio Romano" (1959), *II. La filosofía helenística*, t. XX, p. 316.

31.
"Igualmente falsa es la tentativa de pretender medir unos por otros los heterogéneos aparatos de marcha o vuelo, pues cada uno de ellos, según

su manera de ser, crea nuevos enlaces con la tierra y el aire. Los organismos son incomparables entre sí, lo mismo que sus órganos". O, como dijo ya Montaigne: 'No estamos ni encima ni debajo de las otras criaturas. Cuanto hay bajo el cielo sufre ley igual y corre pareja fortuna'." En "9. El hombre y el animal" (1946), *IV. Andrenio: perfiles del hombre*, t. XX, p. 466.

32.
"El filósofo caníbal brasileño explicaba: 'Muerto mi enemigo, prefiero comérmelo a que se desperdicie... El mal no está en ser comido, sino en morir. Muerto yo, me da lo mismo que me coma o deje de comerme el enemigo de mi tribu.' Y Montaigne, al asomarse a estas costumbres exóticas, confesaba que, más monstruoso y bárbaro todavía que el devorar al prójimo, era el torturarlo hasta la muerte con pretextos piadosos, como en su tiempo lo hacían los pueblos civilizados. Hoy lo hacen sin pretexto alguno: por el honor de la crueldad. Cuando se descubre que es más provechoso hacer trabajar al prisionero que devorarlo, el canibalismo evoluciona hacia la esclavitud." En "II. La base física" (1932-1944), *III. Sirtes*, t. XXI, p. 154.

33.
"V.

Montaigne, en su *Apología de Raimundo Sabunde*, tras elogiar el arte de los animales que parece tan superior al nuestro, dice:

> Verdaderamente que, a esta cuenta, mucha razón tendríamos en llamarla muy injusta madrastra (a la naturaleza). Pero no hay tal: nuestra universal policía no es tan disforme y desarreglada. La naturaleza ha abrazado universalmente a todas sus criaturas, y no hay una sola a la que no haya proporcionado todos los medios necesarios a la conservación de su ser. Que

en cuanto a esas quejas vulgares que oigo hacer a los hombres (ya que la licencia de sus opiniones los levanta a veces más allá de las nubes y otras los rebaja hasta los antípodas) sobre que somos el único animal abandonado desnudo en la tierra también desnuda, atado y agarrotado, sin poder armarse ni cubrirse sino con los despojos de los demás, en tanto que a las otras criaturas las revistió naturaleza de conchas, vainas, cortezas, pelo, lana, púas, cuero, vello, pluma, escama, tusón y seda según las necesidades de su ser, y las armó de grifos, dientes, cuernos para el asalto y para la defensa, y aun las instruyó en lo que les es propio, como en andar, correr, volar, cantar, allí donde el hombre no sabe ni caminar, ni hablar, ni comer, ni nada más que llorar, sin previo aprendizaje (Lucrecio, v, 223), tales quejas, digo, son falsas, y hay en la policía del mundo una igualdad más grande y una relación más uniforme. Nuestra piel, tan bien como la de los otros, está dotada de resistencia contra las injurias del tiempo: testigo, las numerosas naciones que aún no disfrutaron nunca del uso del vestido. No se vestían nuestros antiguos galos, ni lo hacen los irlandeses, nuestros vecinos, bajo un cielo tan frío. Pero por nosotros mismos podríamos probarlo, pues cuantas partes de la persona se nos antoja descubrir al viento y al aire resultan capaces de soportarlo: la cara, los pies, las manos, las piernas, el dorso, la cabeza, conforme al uso que nos acomode. Pues si hay en nosotros alguna parte débil y que parece deber asustarse del frío, será el vientre, donde se opera la digestión, y nuestros padres lo llevaban siempre descubierto; y nuestras damas de hoy día, que son tan delicadas y muelles, andan a veces entreabiertas hasta el ombligo. Las vendas y envolturas de los niños tampoco son necesarias, y las madres lacedemonias educaban a los suyos en libertad completa de movimientos y miembros, sin ligarlos ni ceñirlos nunca. Nuestro llanto es común a la mayoría de los animales, y no hay uno que no llore y gima hasta mucho después del nacimiento, tanto más cuanto que es un desahogo conveniente a su estado de flaqueza. En cuanto al uso de la comida, es tan natural y no enseñado en nosotros como en ellos, "pues todo ser siente lo que es capaz de hacer" (Lucrecio, v, 1032). ¿Quién pondrá en duda que un

niño, llegado al punto de desarrollo en que puede nutrirse, sabe procurar su nutrición? Y la tierra produce y le ofrece bastante para sus necesidades, sin mayor cultura ni artificio. Y si no lo hace así en todos tiempos, tampoco para las bestias: testigo, las provisiones que vemos acumular a la hormiga y a otros, para cuando la estación estéril del año. Esas naciones que acabamos de descubrir (*América*), tan abundantemente provistas de viandas y naturales brebajes sin fatiga ni pena, vienen a enseñarnos que el pan no es nuestro alimento único y que, sin necesidad del laboreo, nuestra madre naturaleza nos había provisto a saciedad de cuanto habemos menester, y aun es de creer que más plena y ricamente de lo que hace ahora, desde que nos hemos entrometido en ella con nuestro arte (Lucrecio, ii, 1157).

En cuanto a las armas, tenemos más armas naturales que la mayoría de los otros seres, movimientos de miembros más variados, y sacamos de ellos mejor partido, naturalmente y sin estudio. Aquellos que están hechos para combatirse desnudos, los vemos lanzarse a la ventura como a los nuestros superamos a otras. Y en cuanto a la industria de fortificar el cuerpo y defenderlo con medios extraños, la tenemos por instinto y natural precepto. Y en prueba de ello, el elefante pule y afila sus dientes, aquellos de que se sirve en la guerra, pues que los tiene exclusivos para tal fin y los reserva y no los emplea para nada en otros servicios. Cuando los toros combaten, esparcen y arrojan polvo en redor; los jabalíes aguzan sus colmillos; y cuando el icneumón tiene que habérselas con el cocodrilo, reviste antes su cuerpo, lo unge y protege todo con una capa de limo bien espesa y plástica como una coraza. ¿Por qué había de ser menos natural el que nosotros nos armemos con palos y hierros?

En cuanto al habla, es indudable que, cuando no es natural, tampoco es necesaria. Sin embargo, yo creo que un niño a quien se criara en completa soledad y lejos de todo comercio y trato (ensayo por lo demás muy difícil de realizar) encontraría alguna manera de palabras para expresar sus concepciones; y no es creíble que la naturaleza nos haya privado de este don que otorgó a tantos otros animales. Pues ¿qué otra cosa es sino un modo

de hablar esa facultad que en ellos observamos de quejarse, regocijarse, pedirse socorro entre sí y convidarse al amor, todo lo cual hacen por medio de la voz? ¿Cómo dudar de que hablan entre ellos? Más aún: nos hablan a nosotros, y nosotros les hablamos a ellos. ¡Cuántas maneras no tenemos de hablar a los perros, y ellos nos responden! Les hablamos de diferente modo que a los pájaros, a los puercos, a los bueyes o a los caballos, y vamos mudando el idioma con la especie:

...Così per loro schiera bruna
S'ammusa l'una con l'altra formica
Forse a spira lor via, e lor fortuna.
(Dante, *Purgat.*, xxvi, 34.)

Entiendo que Lactancio atribuye a las bestias no sólo el habla, sino también la risa. Y la diferencia de lenguaje que se ve entre nosotros de uno a otros país se encuentra asimismo entre animales de igual especie. Aristóteles, a este propósito, alega el canto variado de las perdices, según las distintas regiones. "Diversas aves tienen acentos diferentes en diferentes tiempos, y las hay que con las variaciones atmosféricas modifican el grave trino" (Lucrecio, v, 1007, 1082, 1083). Pero estábamos averiguando cómo hablaría el niño entregado a sí mismo, y lo que se dice por adivinación no tiene solidez. Si contra mi opinión se me arguye que los sordos de nacimiento no hablan, yo respondo que no será tan sólo porque les haya faltado el aprendizaje de la palabra oída, sino más bien porque el sentido de que carecen se relaciona con el del habla, y juntos se mantienen por una costura natural; de suerte que, cuanto hablamos, es fuerza que primero nos lo hablemos a nosotros mismos, y lo hagamos sonar interiormente adentro de las propias orejas, antes de mandarlo a los extraños.

Y digo todo esto para sostener que hay semejanza entre las cosas humanas y las demás, y para alegar que podemos confundirnos entre el número

de ellas. No estamos ni encima ni debajo de las otras criaturas. Cuanto hay bajo el cielo, dijo un sabio, sufre ley igual y corre pareja fortuna.

VI.

"No estamos ni encima ni debajo de las otras criaturas." Estas sabias palabras de Montaigne contrastan con algunos errores contemporáneos.

Henry Luis Mencken, en *Ad imaginem Dei crevit illum (Selected Prejudices*, The Travellers' Library, Londres, 1926), trae un apasionado alegato contra el hombre y la triste figura que hace entre sus hermanos naturales, las bestias del campo. [...]

[...]

Pero conviene notar que hay muchas excelencias naturales que, desde el punto de vista rigurosamente natural, son indiferentes al hombre, y si el hombre ha llegado a aspirar a ellas es porque su insuperable facultad de concebir lo mejor lo hace enemigo de lo bueno, y ya no quiere conformarse con ninguna situación secundaria. Y es tal la "licencia de las opiniones", oh Montaigne, que hay hombres capaces, por tal de apetecer aquello de que carecen, de envidiar la repetición del sexo en cada anillo de la solitaria, o el sexo ambiguo y la autofecundación de los trematodes." En "El enigma de Segismundo" (1932-1944), *III. Sirtes*, t. XXI, pp. 203-207.

34.

"El camino queda abierto para establecer, comparativamente, el proceso del pensamiento europeo con respecto a América desde el siglo XVI hasta las independencias, y en rigor, hasta nuestros días; desde la hora en que Montaigne interrogaba a su criado sobre los caníbales del Brasil, hasta la hora en que Pío Baroja (*pace tua*) llama al Nuevo Mundo 'el Continente estúpido'." En "América vista desde Europa" (1946-1951), *I. Marginalia. Primera serie*, t. XXII, p. 108.

35.
"Ahora recuerdo un breve ensayo de Valery Larbaud, amable Montaigne contemporáneo, sobre *París de Francia*, en que se proponen curiosos enigmas (¿dónde queda una calle con tal nombre grotesco? ¿Dónde otra en forma de circunferencia cerrada?, etcétera), para el candidato a Doctor en Callejo Parisiense." En "El judío errante y las ciudades" (1909-1954), *II. Marginalia. Segunda serie*, t. XXII, p. 307.

36.
"–El mundo no tiene seriedad –dijo el Escéptico–. Y la conclusión no es humorística, sino melancólica. No vemos el mundo, sino nuestra imagen del mundo, y la imagen es caprichosa y cambiante al punto de ser una ilusión, un engaño que a nosotros mismos nos proponemos. 'Que nada podemos saber', escribía Francisco Sánchez. '¡Qué sé yo!', exclamaba Montaigne." En "74. El escéptico" (1954-1955), *IV. Las burlas veras. Primer ciento*, t. XXII, p. 557.

37.
"…A la manera –dice Montaigne– de los que aprenden aritmética y geometría por ciertos juegos de tablero. Pues ¿por qué no enseñarle la aritmética al niño jugando a los pares y nones, y luego, a los dedos de la mano?" En "7. Educación" (1915-1945), *II. Quince presencias*, t. XXIII, p. 131.

38.
"Montaigne se deleitaba con la poesía de los caníbales brasileños." En "Descanso XVI" (1945), *III. Memorias de cocina y bodega*, t. XXV, p. 380.

39.
"A comienzos del siglo XVI se hizo célebre una colección satírica escrita en latín macarrónico, *Epistolae obscurorum virorum* ("Cartas de hombres oscuros o desconocidos"), bajo el nombre de profesores y clérigos entonces

famosos en tierras renanas y sobre todo en Colonia, y destinada a flagelar la incultura y superstición que dominaba en las escuelas y el mundo monástico, obra que en cierto modo preparaba ya la campaña de la Reforma. El título mismo parece una parodia de las *Epístolas de claros varones* a Reuchlin (1514). La colección ha sido atribuida a éste, a Erasmo y a Hutten, al impresor Wolfgang Angst, a Crotus Rubeanus, etcétera. Pero la obra más pertenece a la sátira que a la verdadera literatura epistolar. Ésta, entretanto, no dormía. Así, las *Epistolae Ho-elianae* de James Howell (1645-1655) han sido consideradas como modelos. Thackeray las comparaba con los *Ensayos* de Montaigne y las tenía entre sus libros de cabecera." En "Apéndices. Literatura epistolar", *IV. Varia*, t. XXV, p. 486.

40.
"A lo largo de *Poesía y realidad*, evoca, recibe y saluda cada uno de sus instantes vividos entre corteses reverencias. Tan hermosa actitud sólo puede incomodar a los 'resentidos'. Esta atención para sí mismo es índice de su interés por la vida; y quien había estudiado a Montaigne mucho más de lo que concede Loiseau bien puede decirnos que la vida es su vida, y su propio ser, toda su física y toda su metafísica." En "5. El supuesto olimpismo", *II. Rumbo a Goethe*, t. XXVI, p. 141.

41.
"También el escéptico Montaigne aceptó con todas sus consecuencias la alcaldía de Burdeos." En "6. Desde el mirador de Weimar", *II. Rumbo a Goethe*, t. XXVI, p. 146.

42.
"Goethe se encuentra en un punto equidistante de la mística y la política. No sale de sí, es verdad. Pudo exclamar como Montaigne: –Yo soy mi física, soy mi metafísica." En "II. Individuo y comunidad, *II. Rumbo a Goethe*, t. XXVI, p. 208.

43.
"Montaigne, a quien algo se le alcanzó del Brasil, considera con simpatía e interés al autóctono americano y adelanta algunos rasgos del hombre natural de Rousseau. Los conquistadores mismos, aunque codiciosos, o tenían ímpetu de catequistas o, en el peor caso, sentíanse obligados a fingirlo: luego reconocían un impulso espiritual a la empresa. Poco después, en busca de libertad religiosa y de otra moral más apurada, embarcaban unos peregrinos con rumbo a la América del Norte. Si algunos, entre sus nietos, han podido ignorar a veces que en la base de su nacionalidad hay un pacto con el espíritu, no faltan entre ellos voces ardientes para recordarlo y exigirlo.

Goethe no podía sustraerse a esta imantación general de América que perdura de siglo en siglo. Ya, en el *Diario de Tiefurt* (1783), había traducido las dos canciones de caníbales que trae Montaigne en sus *Ensayos* (i, xxi), concediendo así al salvaje americano un honor que pocos poetas han merecido." En "5. La utopía americana", *II. Rumbo a Goethe*, t. XXVI, p. 146.

Además Alfonso Reyes se refiere a Michel Montaigne en: T. II, 343; T. III, 116; T. IV, 256; T. VI, 82-83, 127*n*; T. VIII, 341; T. IX, 188; T. X, 494; T. XI, 368; T. XII, 11, 72, 91, 366; T. XIII, 451, 459; T. XIV, 257, 307; T. XX, 229, 337; T. XXI, 214, 471; T. XXII, 12; T. XXIII, 452; T. XXIV, 8; T. XXV, 333, 398; T. XXVI, 131*n*, 230.

27. MONTAIGNE EN OCTAVIO PAZ

Octavio Paz leyó a Michel de Montaigne desde que era joven hasta sus últimos años. Lo cita explícitamente y con frecuencia a lo largo de su obra y sobre diversos temas. Como el francés no propone un sistema de pensamiento, sus *Ensayos* se brindan como una cantera y un cruce de caminos de las afinidades y preferencias. Paz cita en particular una idea: "decía Montaigne que la filosofía sirve para 'prepararse a morir'"; escribe estas líneas a los veinticinco años (*Vigilias* II. *Diario de un soñador; Miscelánea I*, tomo XIII, p. 157). La grave cuestión aparecerá muchos años después en *Árbol adentro* (1988), pasados los 70 años en "Ejercicio preparatorio. Díptico con tablilla votiva", donde se reproducen en "Meditación (Primer tablero)" las dos frases del pensador francés que el mexicano trajo entre ceja y ceja durante casi cuarenta años:

> *La préméditation de la mort est préméditation de la liberté. Qui a appris á mourir, il a désappris á servir.*[24]
> *La premeditación de la muerte es premeditación de la libertad. Quien ha aprendido a morir, ha desaprendido a servir.*

Las huellas de Montaigne en *Árbol adentro* son sensibles en otros poemas de la serie. Por ejemplo, en "En defensa de Pirrón" (autor familiar a M. de M.), dedicado "A Juliano" (Antología palatina VIII, 576):

[24] *Essais* (éd. de 1588), Livre premier, chap. XX.

Juliano, me curaste
de espanto, no de dudas.
No sabía el escéptico
si estaba vivo o muerto.
La muerte lo sabía
Y tú, ¿cómo lo sabes?

El recurso a Montaigne por parte del poeta mexicano no sólo concierne a la grave cuestión del morir, colindante con las preguntas que el Buda no supo o no quiso contestar. Se da también en un plano irónico y político:

"Montaigne sabía más sobre el alma de los mexicanos que la mayor parte de los novelistas de la Revolución", como dice en unos apuntes de 1943, antes de cumplir treinta años. El juego entre el aprender a morir y las lecciones de la desobediencia son para Octavio Paz un camino de libertad, una lección liberal. De ahí que no sea extraño que el "segundo tablero de "Ejercicio preparatorio" esté dedicado a ese otro estandarte de la imaginación liberal: Miguel de Cervantes Saavedra, y que uno de sus últimos poemas sea: "Respuesta y reconciliación", diálogo con Francisco de Quevedo, quien fue uno de los primeros lectores de los *Ensayos* y llamaba a su autor Señor de la Montaña.

La idea helénica de que la amistad es superior al amor está en autores como Plutarco pero es muy probable que Paz la haya refrescado leyendo a Montaigne según muestran unas páginas de *La llama doble*:

> Al preguntarse la razón de la amistad que lo unía al poeta Étienne de La Boétie, se responde Montaigne: "porque él era él y porque yo era yo" y agrega que en todo eso "había una fuerza inexplicable y fatal mediadora de esta unión". Un enamorado no habría respondido de otra manera [...] ¿Es irreductible la oposición entre el amor y la amistad? ¿No podemos ser amigos de nuestras amantes? La opinión de Montaigne –y en esto sigue a

los antiguos– es más bien negativa. El matrimonio le parece impropio para la amistad: aparte de ser una unión obligatoria y para toda la vida –aunque haya sido escogida libremente– el matrimonio es el teatro de tantos y tan diversos intereses y pasiones que la amistad no tiene cabida en él. Disiento. Por una parte, el matrimonio moderno no es ya indisoluble ni tiene mucho que ver con el matrimonio que conoció Montaigne; por otra, la amistad entre los esposos –un hecho que comprobamos todos los días– es uno de los rasgos que redimen al vínculo matrimonial. La opinión negativa de Montaigne se extiende, por lo demás, al amor mismo. Acepta que sería muy deseable que las almas y los cuerpos mismos de los amantes gozasen de la unión amistosa; pero el alma de la mujer no le parece bastante fuerte para soportar los lazos de un nudo tan apretado y duradero. Así, coincide con los antiguos: el sexo femenino es incapaz de amistad. Aunque esta opinión puede escandalizarnos, para refutarla debemos someterla a un ligero examen.[25]

Siguen otras citas que el mexicano hace del francés:

1.
"Montaigne reflexionaba sobre la singularidad de los hombres; a nosotros nos fascina el hombre o el momento singular." En "Una de cal…" (1967), *Preferencias y diferencias*, t. III, p. 285.

2.
"En esto Ortega y Gasset no fue muy distinto del padre del ensayo, Montaigne. Muchas de las ideas de Montaigne vienen de la Antigüedad y de alguno de sus contemporáneos, pero su indiscutible originalidad no está en su lectura de Sexto Empírico sino en la manera en que vivió y revivió esas ideas y cómo, al repensarlas, las cambió, las hizo suyas y, así, las hizo

[25] *Obras completas*, tomo X, pp. 281-282.

nuestras. En "El cómo y el para qué: José Ortega y Gasset" (1980), *Preferencias y diferencias*, t. III, p. 296.

3.
"J'ay souvent ouy dire que la couardise est mère de cruauté." Epígrafe a "Polvos de aquellos lodos" (1974), *El socialismo autoritario*, t. IX, p. 179.

4.
"¿Es irreductible la oposición entre el amor y la amistad? ¿No podemos ser amigos de nuestros amantes? La opinión de Montaigne –y en esto sigue a los antiguos– es más bien negativa. El matrimonio le parece impropio para la amistad…" En "Un sistema solar" (1993), *La llama doble*, t. X, p. 281.

5.
"Montaigne sabía más sobre el alma de los mexicanos que la mayor parte de los novelistas de la Revolución." En "Apuntes" (1943), *Novedades*, t. XIII, p. 378.

6.
"Montaigne decía que filosofar es aprender a morir." En *Entrevistas* (1970), t. XV, p. 413.

7.
"Creo que he cambiado menos en materia de ideas políticas e históricas que en mis gustos literarios. Esos cambios a veces han sido regresos. Por ejemplo, he vuelto a algunas de mis pasiones de juventud. He releído a Montaigne… y con más provecho que hace cuarenta años. Ahora comprendo que el escepticismo requiere una entereza poco común y una solidez espiritual y moral que nada tiene que envidiar a la fe del creyente. Lo más difícil: saber sonreír. Montaigne me ha enseñado a leer a Cervantes. Antes no lo comprendía porque oscilaba, por extremismo natural, entre la risa y la se-

riedad. Montaigne también me ha hecho leer con otros ojos a Shakespeare [...] Dante y Dostoyevski son mis otros extremos, mis pasiones obscuras. Lo contrario de Shakespeare y Cervantes. El puente entre estos extremos es Montaigne." En *Entrevistas* (1985), t. XV, pp. 509-510.

Octavio Paz se refiere a Michel Montaigne en otras ocasiones a lo largo de su obra, por ejemplo, en: T. I, 163, 214, 281, 555; T. II, 403, 490, 540; T. III, 58, 128, 215, 294; T. IV, 391; T. V, 305-306, 310; T. VIII, 218; T. IX, 76, 157, 475; T. X, 284, 491, 536; T. XIII, 157, 389; T. XV, 140, 379.

28. MICHEL DE MONTAIGNE Y AFINES EN LOS LIBREROS DE A. CASTAÑÓN

Por Adolfo Castañón y Susana Monreal Romero

I. BIBLIOGRAFÍA DIRECTA DE MICHEL DE MONTAIGNE

A. Algunas ediciones de Michel de Montaigne en francés

1. *Essais de Michel de Montaigne.* Francia, Lefévre Libraire, 1818. Tomo I, 388 pp.; tomo II, 394 pp.; tomo III, 397 pp.; tomo IV, 354 pp.; tomo V, 364 pp.
2. *Essais de Michel de Montaigne* (édition selon l´ortographe de l´auteur, avec des sommaires analytiques, et les notes de tous les commentateurs; précédés de la préface de Mademoiselle de Gournay, et d´un précis de la vie de Montaigne). París, Tardieu-Denesle, Libraire, 1828. Tomo I, 422 pp.
3. Montaigne. *Pages choisies des Essais* (biografía, noticia literaria y notas de René Pintard). París, Librairie Hachette, Colección Classiques Illustrés Vaubourdolle, 1935, 94 pp.
4. Montaigne. *Essais* (texte établi et annoté par Albert Thibaudet). Francia, Nouvelle Revue Française, Colección Bibliotèque de la Pléiade, 1937, 1102 pp.
5. Montaigne. *Essais* (nouvelle édition conforme au texte de l´exemplaire de Bordeaux. Avec les additions de l´édition posthume, les principales variantes, une introduction, des notes et un index par Maurice Rat. Livre premiere suivi d´un appendice sur Montaigne et la

Boétie). France, Éditions Garnier Frères, 1952. Tomo I, 445 pp.; tomo II, 578 pp.; tomo III, 488 pp.

6. Montaigne. *Les essais* (leídos por Paul Galleret), París, Au Club du Livre du Mois, Colección Le Rayon des Connaisseurs, 1957, 276 pp.
7. Montaigne. *Essais* (páginas escogidas con una noticia bibliográfica, una noticia literaria y notas explicativas de René Pintard), París, Librería Hachette, Clásicos ilustrados Vaubourdolle, 1960, 96 pp.
8. Montaigne *Œuvres complètes* (este volumen contiene *Essais*, *Journal de Voyage en Italie, Suisse y l'Allemagne,* Letters, Notas sobre las "Éphémerides" de Beuther. Un apéndice "Les sentences peintes dans la "Librairie de Montaigne". Notas y variantes, un glosario y notas bibliográficas. Textos establecidos por Albert Thibaudet y Maurice Rat. Introducción y notas de Maurice Rat). Francia, Gallimard, Colección Bibliotèque de la Pléiade, 1962, 1791 pp.
9. Montaigne. *Essais. Extraits* (biographie, une revue historique et littéraire, notes, documents et un questionnaire et un index des thèmes por Daniel Ménager). Francia, Larousse, Colección Noveaux Classiques, 1965. Tomo I, 103 pp.; tomo II, 95 pp.; tomo III, 95 pp.
10. *Trois essais de Montaigne* (explicados por Georges Gougenheim y Pierre-Maxime Schuhl), París, Librairie Philosophique J. Vrin. 4a. ed., 1967, 146 pp.
11. *Montaigne.* Apología de Raimond Sebond (Introducción de Samuel Sylvestre de Sacy). Francia, Gallimard, 1967, 373 pp.
12. *Montaigne, ou la conscience heureuse* (presentación, selección de textos y bibliografía de Marcel Conche. Colección dirigida por André Robinet). París, Editions Seghers, Colección Filósofos de todos los tiempos. 3a. ed., 1970, 189 pp.
13. Montaigne. *Essais. Livret Complémentaire à l'usage des professeurs* (por J. Bédiot), Francia, Librairie Larousse, 1970, 88 pp.

14. Montaigne. *Essais* (presentación, selección y notas de Pierre Michel). París, Le Livre de Poche, 1972. Tomo I, 549 pp.; tomo II, 606 pp.; tomo III, 509 pp.
15. *Essais, Montaigne* (extraits, choisis et présentés por Yvonne Bellenger). París, Libraire Hatier, Colección Théme Anthologie, 1972, 128 pp.
16. *Essais, Montaigne* (análisis crítico por Françoise Charpentier. Colección dirigida por Georges Décote). París, Hatier. Profil d´un Œuvre, 1979, 79 pp.
17. Montaigne. *Sur l'education, Trois essais* (introducción y notas de Paul Mathias). París, Presses Pocket, Colección Ágora, les classiques, 1990, 305 pp.
18. *Montaigne ou la conscience heureuse* (presentación, selección de textos y bibliografía de Marcel Conche). París, Éditions de Mégare, 1992, 203 pp.
19. Montaigne. *Les Essais* (tres tomos, edición conforme a los textos del ejemplar de Bordeaux por Pierre Villey. Bajo la dirección y un prefacio de V. L. Saulnier). Francia, Quadrige/Presses Universitaires de France, 2a. ed., 1992, tomo I, 328 pp.; tomo II, 786 pp.; tomo III, 1386 pp.
20. Montaigne. *Essais "Des cannibales" "Des coches"* (presentación y traducción por Michel Tarpanian). París, Ellipses, 1994, 96 pp.
21. De Montaigne, Michel. *Journal de son voyage en Suisse* (con 12 aguafuertes de Marcel North), Suiza, Idées et Calendes, La Bibliotèque des Arts, 1994, 37 pp.
22. Montaigne. *Essais* (tres tomos con la presentación, textos establecidos, aparato crítico y notas de André Tournon. Colección de l´Imprimerie nationale dirigida por Pierre Brunel), Francia, Imprimerie Nationale Éditions. Colección La Salamandre, 1998. Tomo I, 664 pp.; tomo II, 880 pp.; tomo III, 865 pp.

Después de cuatro siglos es la única edición que reproduce todas las correcciones, añadidos al margen, calas, supresiones, formas de puntuación e indicaciones tipográficas realizadas por Montaigne en su ejemplar de los *Ensayos*, conocido como el "ejemplar de Burdeos". Entre los Anexos que reproduce, se presentan los "Sonetos de La Boétie", las "Recomendaciones de Montaigne al Impresor de los *Ensayos*", un glosario, un cuadro de concordancias entre ésta y la edición de Pierre Villey (P.U.F.), una relación de variantes manuscritas y de notas. Amén de los añadidos, la gran novedad de esta edición estriba en el respeto riguroso a las indicaciones de Montaigne sobre la puntuación y en particular sobre el uso de las mayúsculas después del guión o de la coma, en el interior de la frase, como una forma de subrayar acentos o recalcar el énfasis sobre ciertas frases y palabras.

La forma en que se presenta esta edición que se basa en el ejemplar de la Edición de Burdeos "permite reconstruir todos y cada uno de los estados sucesivos de los ensayos, desde su primera publicación hasta la muerte de Montaigne: las versiones impresas de 1580, 1582 y 1588 gracias a las apostillas marginales y el aporte crítico". Gracias a estos y otros recursos, ésta es la única edición que permite estudiar la estratificación del texto y el movimiento general de las variantes así como la evolución particular de cada una.

23. Montaigne. *Tout entier et tout nu* (antología de los *Ensayos*, presentada y comentada por Pierre Leschemelle). París, Imago, 1998, 256 pp.
24. Montaigne. *Les Essais* (puesto en francés moderno y presentado por Claude Pinganaud). París, Arléa, 2002, 806 pp.
25. De Montaigne, Michel. *Le meilleur des essais. Petite anthologie des essais* (selección y presentación por Claude Pinganaud). París, Arléa, 2002, 203 pp.
26. Montaigne. *Essais,* "Des prières" I, 56 (edición anotada de las siete primeras versiones del texto, con el estudio de sus orígenes de Alain Legros). Suiza, Librairie Broz, 2003, 264 pp.

27. De Montaigne, Michel. "*Somme, c'est César...*" (primera reproducción en facsímil del ejemplar de *Commentaires de César* anotado por Montaigne y publicado por André Gallet. Introducción por André Gallet, biografía de Francis Pottiée-Sperry y una nota histórica de Emmanuelle Toulet). Francia, Musée Condé/William Blake & Co. Éditeurs, 2003, 651 pp.
28. De Montaigne, Michel. *Lettres* (seguido de notas de Montaigne sobre las Éphémérides de Beuther. Adecuado al francés moderno por Claude Pinganaud). Francia, Arléa, 2004, 146 pp.
29. De Montaigne, Michel. *Essais* (reproducción facsímil de la segunda edición [Bordeaux, 1582], con una introducción de Philippe Desan). Francia, Société de textes Français Modernes, 2005, 807 pp.
30. Montaigne. *Les Essais* (este volumen contiene la edición de 1595, con un apéndice "Vingt neuf sonnetz D'Estienne de la Boëtie", notas de lectura, sentencias pintadas; una introducción, cronología, noticias, notas, varias bibliografías y un índice. La edición es de Jean Balsamo, Michel Magnien y Catherine Magnien-Simonin. Edición de "Notes de lecture" y "Sentences peintes" establecidas por Alain Legros). Francia, Gallimard, Colección Bibliothèque de la Pléiade, 2007, Volumen I, 1975 pp.

B. Algunas ediciones de Étienne de La Boétie en francés[26]

31. *Œuvres complètes de Étienne de La Boétie* (publicadas por Paul Bonnefon con una noticia biográfica, variantes, notas y un índice; con

[26] "Porque era él, porque era yo", dice Michel de Montaigne sobre su amigo Étienne de La Boétie. Como no podría tenerse una visión íntegra de la obra del primero sin referirse a la del segundo, me ha parecido necesario consignar aquí algunos elementos bibliográficos para enmarcar la lectura de La Boétie. En la inteligencia de que Montaigne no sólo fue su amigo y editor, sino también su *interlocutor* y comentarista, en la aceptación fuerte de estas palabras, y en vista de que las obras de Montaigne estaban sembradas de Étienne de La Boétie.

dos aguafuertes de Leon Drouyn). Burdeos, Gounovilhou, y París, Rouen, 1892, 444 pp.

32. De La Boétie, Étienne. *Le discours de la servitude volontaire* (texto organizado por P. Léonard; incluye *La Boétie et la question du politique*, textos de Felicité Lammenais, Pierre Leroux, Auguste Vermoral, Gustav Landauer, Simone Weil, Pierre Clastres y Claude Lefort). París, Payot, 1976, 307 pp.
33. De La Boétie, Étienne. *De la servitude volontaire ou countr'un* (con introducción y notas de Malcom Smith). Ginebra, Librairie Droz, Colección Textes Littéraires Français, 1987, 84 pp.
34. *Œuvres complètes d'Étienne de la Boétie* (nueva edición aumentada en dos tomos; introducción, bibliografía y notas de Louis Desgraves). Périgueux, Francia, William Blake and Co. Editour, colección Thesaurus Bordigalensis, 1991. Tomo I, 230 pp.; tomo II, 260 pp. En esta edición se reproduce la de las *Obras completas* de Étienne de la Boétie publicada por Paul Bonnefon, junto con las notas de este erudito comentarista, pero los textos del *Discours de la servitude volontaire* y de *Mémoire sur la pacification des troubles* se han cotejado y compulsado contra los manuscritos originales. Incluye, por supuesto, los diversos textos y cartas escritas por Michel de Montaigne sobre y alrededor de Étienne de La Boétie, así como el testamento en que éste cede sus libros al autor de los *Ensayos*.
35. De La Boétie, Étienne. *De la servirtude volontaire ou Countr'un suivi de su refutation par Henri de Mesmes* (edición y presentación de Nadia Gontarbert, seguida de *Mémoire touchant l'édit,* de 1562, presentado por Annie Prassoloff). París, Gallimard, 1992, 303 pp.
36. De La Boétie, Étienne. *De la servitude volontaire ou Contr'un* (suivi de sa réfutation para Henri de Mesmes. Edición y presentación de Nadia Gontarbert, suivi de Mémoire touchant l'édit de janvier 1562. Presentado por Annie Prassoloff). París, Gallimard, Colección Tel, 1993, 303 pp.

C. Algunas ediciones de Michel de Montaigne en español

37. *Ensayos de Montaigne, seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día* (traducidas por primera vez al castellano con la versión de todas las citas griegas y latinas que contiene el texto, notas explicativas del traductor y entresacadas de los principales comentarios, una introducción y un índice alfabético por Constantino Román y Salamero), París, Casa Editorial Garnier Hermann, 1910 (1a. ed., 1898), tomo I, 559 pp.; tomo II, 550 pp. Es la traducción clásica y también la que tiene más sabor castellano.
38. Montaigne. *Páginas escogidas* (traducción de Enrique Díez-Canedo, selección y comentario de Pierre Villey). Madrid, Casa editorial Calleja (Segunda serie), 1917, 364 pp.
39. *Montaigne* (presentado por André Gide. Traducción del texto de A. Gide por F. Madrid). Buenos Aires, Losada, Colección El pensamiento vivo, 1939, 213 pp.
40. Montaigne. *Ensayos* (publicadas bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña), Buenos Aires, Losada, Colección Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal, 1941, tomo I, 1 300 pp.
41. Montaigne. *Ensayos* (introducción y selección por Evelyn Hassin. La traducción se tomó de los manuscritos que se encuentran en Burdeos, de la selección hecha por Pierre Villey). México, SEP, Colección Biblioteca enciclopédica popular, 1945, 94 pp.
42. Miguel de Montaigne, *Ensayos* (dos tomos; traducción de Constantino Román y Salamero). Buenos Aires, Ateneo, 1948.
43. Miguel de Montaigne. *Ensayos escogidos* (prólogo y traducción de Manuel Granell). Colección Austral. Espasa-Calpe. Madrid, 1949. (Incluye completos los ensayos "De la presunción", "Del arrepentimiento", "De tres comercios", "De la verdad", "De la fisonomía", "De la experiencia" y fragmentos de: "De la educación de los niños",

"Filosofar es aprender a morir", "Apología de Raimundo De Sabonde", "Cada cosa a su tiempo", "Algunos versos de Virgilio").

44. Montaigne. *Ensayos* (selección, traducción, estudio preliminar y notas por Ezequiel Martínez Estrada). Buenos Aires, W. M. Jackson Editores, Colección Clásicos Jackson, 1950. Volumen XIII, 377 pp. (Los clásicos Jackson fueron publicados bajo la dirección del comité selectivo integrado por Alfonso Reyes, Francisco Romero, Federico de Onís, Ricardo Baeza y Germán Arciniegas).
45. De Montaigne, Miguel. *Ensayos completos* (proemio de Juan José Arreola, traducción de Juan G. de Luaces. Colección dirigida por Pablo González Casanova). México, Universidad Nacional Autónoma de México, Colección Nuestros Clásicos, 1959, 369 pp.
46. De Montaigne, Miguel. *Ensayos, seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día* (Traducción del francés por Constantino Román y Salamero. Nueva edición revisada, corregida y prologada por Ricardo Saenz Hayes). Buenos Aires, Aguilar, 1962. Tomo I, 536 pp.; tomo II, 454 pp.
47. Montaigne. *Ensayos completos* (tres tomos, con notas prologales de Emiliano M. Aguilera; traducción y notas de Juan G. de Luaces). Barcelona, Iberia, Colección Obras Maestras, 1968. Tomo I, 266 pp.; tomo II, 277 pp.; tomo III, 391 pp.
48. De Montaigne, Miguel. *Ensayos* (traducción de Enrique Azcoaga), Madrid, Edaf, Colección Grandes Libros, 1971, 1147 pp.
49. Montaigne. *Ensayos. Selección* (estudio preliminar de Luis Alberto Romero, traducción de Constantino Román y Salamero. Incluye "De la moderación", "Del autor al lector", "De los caníbales", "Cómo el sentimiento de los bienes y de los males depende en gran parte de la idea de que de ellos nos formamos", "Costumbre de la isla de Cea", "De lo útil y honroso", "De tres comercios", "De los cojos", "Del arrepentimiento"). Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1980.

50. Montaigne. *Ensayos completos* (tres tomos; traducción de Juan G. de Lauces, notas prologales de Emiliano M. Aguilera y dirección de la colección Virgilio Ortega). Barcelona, Ediciones Orbis, 1984. Tomo I, 266 pp.; tomo II, 391 pp.; tomo III, 284 pp.
51. De Montaigne, Michel. *Apología de Raymundo Sebonde* (traducción de Enrique Azcoaga, cedida por Edaf), Madrid, Sarperba, 1984, 219 pp.
52. De Montaigne, Michel. *Ensayos* (edición y traducción de Dolores Picazo y Almudena Montojo). Madrid, Cátedra, Colección Letras Universales, 1985, tomo I, 421 pp.; tomo II, 554 pp.; tomo III, 405 pp.
53. De Montaigne, Michel. *Diario de viaje a Italia, por Suiza y Alemania* (edición y traducción de Jaime Casals Pons). Barcelona, Nexos-Península, 1986, 173 pp.
54. De Montaigne, Michel. *De los libros* (introducción de Guillermo de Torre, advertencia de Enrique Mercado). México, Librería del Prado, Colección Amigos de la Librería del Prado, 1987, 31 pp.
55. De Montaigne, Michel. *Ensayos escogidos* (selección y prólogo de Angelina Martín del Campo; traducción de Constantino Román y Salamero). México, Trillas, colección Linterna Mágica, 1987.
56. Montaigne. *Páginas escogidas* (traducción de Enrique Diez-Canedo, selección y comentario de Pierre Villey, edición de Manuel Neila). Madrid, Júcar, colección Biblioteca de Traductores, 1990, 227 pp. Reproduce la de Saturnino Calleja (Madrid: 1917) y añade el prólogo de Manuel Neila.
57. Montaigne. *Ensayos completos* (notas prologales de Emiliano M. Aguilera. Traducción del francés y notas por Juan G. de Lauces). México, Porrúa, Colección "Sepan cuantos...", 1991, 956 pp.
58. De Montaigne, Michel. *Ensayos* (edición, traducción del francés y prólogo de Ma. Dolores Picazo y Almudena Montojo). Barcelona, Círculo de Lectores, 1992, 459 pp.

59. De Montaigne, Michel. *Diario del viaje a Italia.* (Edición bilingüe de José Miguel Marinas y Carlos Thiebaut). Madrid, Editorial Debate. Colección Clásicos del Pensamiento. Patrocinado por el Instituto de Filosofía (CSIC), 1994, 211 pp.
60. Montaigne. *La educación de los hijos* (texto de Adolfo Castañón tomado de *Por el país de Montaigne*, 1995. Texto de Michel de Montaigne tomado de Ensayos). México, Fondo de Cultura Económica, Colección: Fondo 2000, 1997, 68 pp.
61. Montaigne. *De la educación de los hijos* (texto de Michel de Montaigne tomado de *Ensayos*. Texto de Adolfo Castañón tomado de *Por el país de Montaigne*, 1995). Madrid, 1998 / México 1997, Fondo de Cultura Económica, Colección Fondo 2000, 81 pp. Contiene lecturas complementarias.
62. De Montaigne, Michel. *Un libro de buena fe: Ensayos* (selección, traducción, presentación y apéndice de Domingo Ródenas). Barcelona, Península, 1998, 237 pp.
63. Montaigne. *Páginas inmortales* (selección y prólogo de André Gide, traducción de Juan Gabriel López Guix). Barcelona, Tusquets Editores, 1993, 178 pp.
64. De Montaigne, Michel. *Maestro de vida* (prólogo de José Miguel Marinas. Siete libros sobre el arte de vivir, seleccionados y presentados por Carlos García Gual. Versión castellana de José Miguel Marinas, Almudena Montojo y Dolores Picazo). España, Editorial Debate, 2000, 174 pp.
65. De Montaigne, Michel. *De la experiencia* (presentación de Adolfo Castañón. Traducción de texto y notas de Constantino Román y Salamero. Director de la colección: Hernán Lara Zavala. Incluye una Cronología y una pequeña biografía de Montaigne. [En el CDXII aniversario de la muerte de Michel de Montaigne]). México, Universidad Nacional Autónoma de México. Colección Pequeños Grandes Ensayos, 2004, 149 pp.

66. De Montaigne, Michel. *Ensayos I* (introducción, traducción y notas de Marie-José Lemarchand. Título original *Essais de Michel Seigneur de Montaigne*). España, Editorial Gredos, Colección Universal Gredos, 2005, 479 pp.
67. De Montaigne, Michel. *Ensayos* (La selección de los ensayos fue hecha por Salvador Dalí. Para el texto se ha seleccionado la traducción clásica realizada por Juan G. de Lauces. Texto acompañado de 37 ilustraciones que el pintor realizó. Edición de lujo, encuadernada en seda, impresa con tinta especial metalizada bronce, con la firma de Dalí en una de las ilustraciones en negro). España, Fundación Gala-Salvador Dalí, Editorial Planeta, 2005. 3 vols.
68. Montaigne. *De la vanidad* (traducción Ariel Dilon). Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006. 144 pp.
69. Montaigne. *De la experiencia y otros ensayos* (traducción Juan G. de Lauces). Barcelona, Folio, Colección Grandes Ideas, 2007. 117 pp.
70. De Montaigne, Michel. *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)* (prólogo de Antoine Compagnon, edición y traducción de J. Bayond Brau). Barcelona, Acantilado, 2007, 1728 pp. (Contiene sentencias e inscripciones pintadas en el gabinete y en la biblioteca de Montaigne, una cronología y un índice onomástico de *Los ensayos*).
71. De Montaigne, Michel. *De la experiencia* (coordinación general Ramón Cifuentes Pérez, coordinación editorial: Leslie Abril Cano, diseño de colección: Julián Romero Sánchez, producción editorial: Javier Cruz Rojas). México, Colofón, Colección Axial entre manos, 2010, 130 pp.
72. De Montaigne, Michel. *De la educación de los hijos* (traducción y notas de Ezequiel Martínez Estrada; Prólogo de Adolfo Castañón. Título original: *Michel de Montaigne*, "De l'institution des enfants", "Du pendantisme" y "Des livres" [*Essais,* 1588]). Madrid, Veintisiete letras, Colección In/mediaciones, 2010, 81 pp.

73. De Montaigne, Michel. *Ensayos escogidos* (traducción de Constantino Román Salamero, prólogo Juan José Arreola y epílogo "Por el país de Montaigne" de Adolfo Castañón). México, Universidad Nacional Autónoma de México, Colección Nuestros Clásicos, 2011, 533 pp.
74. De Montaigne, Michel. *El cuidado del sí. Ensayos* (introducción y edición de Daniel Mielgo Bregazzi. Contiene notas sobre la edición, una bibliografía y una cronología, incluye solamente los ensayos X, XII y XIII del Libro Tercero). Madrid, Biblioteca Nueva, Colección Clásicos del pensamiento, 2011, 291 pp.
75. Montaigne. *Ensayos pedagógicos* (traducción y prólogo de Luis de Zulueta). España, Ediciones de Lectura, s/f, 221 pp.
76. Montaigne. *Ensayos escogidos*. Ed. Globus, s/f, Col. "Los grandes pensadores. Filosofía hoy". Impreso en España, 160 pp.

D. Algunas ediciones de Étienne de la Boétie en español

77. De La Boétie, Étienne. *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno* (edición, nota y traducción de José María Hernández Rubio, catedrático de Derecho Político de la Universidad de la Laguna). Madrid, Nueva Época. Colección "Ene", 1947, 93 pp.
78. De la Boétie, Étienne. *Discursos de la servidumbre voluntaria o el Contra uno* (Estudio preliminar, traducción y notas de José María Hernández-Rubio). Madrid, Tecnos, Colección Clásicos del pensamiento. 2a. ed.
79. De la Boétie, Étienne. *Discurso de la servidumbre voluntaria, también llamado Contra uno* (versión española, prólogo y notas de José de la Colina). México, Editorial Aldus, colección Festina Lente, 2001, 77 pp.
80. De La Boétie, Étienne. *Discurso de la servidumbre voluntaria* (traducción de Rodrigo Santos Rivera); David Hume, *Escritos políticos* (traducción de Eduardo Rabasa). México, Editorial Sexto Piso, 2003, 103 pp.

81. De La Boétie, Étienne, *Discurso de la servidumbre voluntaria* / Marilena Chaui, *Amistad: Rehusarse a servir* (traductores Diego Tiatián y Mariana de Gainza. Coordinado por Diego Tiatián). Buenos Aires, Las Cuarenta, Colección Mitma, 2011, 159 pp.

E. Algunas ediciones de Michel de Montaigne en otros idiomas

En portugués

82. Montaigne. *Ensaios* (por Pierre Moreau, traducción, prefacio y notas lingüísticas e interpretativas de Sérgio Milliet. Contiene 57 ensayos). Río de Janeiro, Ediouru, Colección Universidade, 1988, 778 pp.

En italiano

83. De Montaigne, Michel. *Saggi* (edición al cuidado de Virginio Enrico). Roma, Milán, Mondadori, Colección Grandi Classici, 1986, dos tomos, 1194 pp.

En inglés

84. *The Essays of Michel, Lord of Montaigne* (tres tomos; traduccción de John Florio). Londres, J. M. & Sons Ltd London/ Nueva York: E. P. Dutton & Co. NY, Colección Everyman Library, 1910. 371 pp. [Sobre J. F. o "Giovanni Florio" véase el artículo así titulado en *El cortejo de Minerva* de Luis Astrana Marín, páginas 128-134. Madrid, Espasa Calpe, 1a. ed., s/f.]
85. De Montaigne, Michel. *Essays* (introducción y traducción de J. M. Cohen). Londres, Penguin Books, 1958, 406 pp.
86. De Montaigne, Michel. *The complete Essays* (edición, introducción y traducción de Michael A. Screech). Londres/ Nueva York, Allen Lane/ Penguin, 1991, 1283 pp.
87. De Montaigne, Michel. *Four Essays* (traducción de M. A. Screech). Penguin 60 s, 1995, 82 pp.

88. Michel de Montaigne. *An Apology for Raymond Sebond* (traducción, edición y notas de M. A. Screech). Gran Bretaña, Penguin Classics. 1987, 190 pp.

En alemán

89. Michael Montaignes Gedanken und Meinungen über allerlei Gegenstände ins Deutsche übersetzt (ocho tomos). Berlín, F. T. Layarde, 1793-1799.

En japonés

90. Montaigne Zenshû (las obras completas de Montaigne en nueve tomos, traducidas por Hideo Sekine). Tokio, Hakusuisha, 1982.

En polaco

91. (Ensayos por Michel de Montaigne, tres volúmenes, traducidos por Tadeusz Boy-Zelenski (1874-1941), editado con una introducción y comentario por Zbigniew Gierczynski, Varsovia: Pastostwowy Instytut Wydawniczy 1985.

II. BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA DE MICHEL DE MONTAIGNE

A. Algunas ediciones sobre Michel de Montaigne en francés

92. *Notices littéraires sur les auteurs français,* "Montaigne (1533-1592): "I. Sa vie", "II. Les essais", "III. Montaigne éducanteur", "IV. Montaigne écrivain"". (Por Émile Faguet. Partie littéraite par M.M. Faguet et Mainard). París, Lecéne, Oudin et Cie, Éditeurs. 1890, 559 pp. Contiene una tabla de la literatura francesa del siglo XIX hasta 1880.
93. Brunschvicg, León. *Descartes et Pascal. Lecteurs de Montaigne*. Nueva York, París, Brentano's, 1944, 239 pp.
94. Jeanson, Francis. *Montaigne par lui-même*. Francia, Éditions du Seuil, Colección Ecrivains de Tojours, 1960, 191 pp.

95. Thibaudet, Albert, *Montaigne* (Texte établi par Floyd Gary d´après les notes manuscrites). Francia, Gallimard. NRF, 1963, 571 pp.
96. Butor, Michel. *Essais sur les Essais*. France, Gallimard, 1968, 216 pp.
97. Poilloux, Jean-Yves. *Lire les "essais" de Montaigne.* Francia, François Maspero, 1970, 118 pp.
98. Trinquet, Roger. *La jeunesse de Montaigne. Ses origines familiales, son enfance et ses études.* París, A. G. Nizet, 1972, 684 pp.
99. Friedrich, Hugo. *Montaigne* (traducción al francés del alemán por Robert Rovini). Francia, Gallimard, 1976, 441 pp.
100. Compagnon, Antoine. *Nous, Michel de Montaigne.* París, Éditions de Seuil, 1980, 232 pp.
101. Starobinski, Jean. *Montaigne en mouvement*. Francia, Gallimard, Bibliotèque des IDÉES, 1982, 379 pp.
102. Zweig, Stefan. *Montaigne* (traducido del alemán por Jean-Jacques Lafaye y François Brugier, revisado por Jean-Louis Bandet, prefacio de Roland Faccard). París, Quadrige/Presses Universitaires de France, 1982, 125 pp.
103. Tournon, André. *Montaigne: la glose et l´essai*. Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1983, 424 pp.
104. Boutaudou, Christiane. *Montaigne. Textes et débats*. Francia, Le livre de Poche, 1984, 382 pp.
105. Stéphane, Roger. *Autour de Montaigne. Essais* (prefacio de Georges Duby). París, Editions Stock, 1986, 245 pp.
106. Pouilloux, Jean-Yves. *Montaigne "que sais-je".* Francia, Gallimard, colección Découvertes littérature, 1987, 176 pp.
107. Tournon, André. *Montaigne en toutes lettres*. París, Bordas, 1989, 191 pp.
108. Chaban-Delmas, Jacques. *Montaigne*. Francia, Éditions Michel Lafon, 1992, 239 pp.
109. Screech, M. A. *Montaigne et la mélancolie*. *La sagesse des Essais* (prefacio de Marc Fumaroli, traducido del inglés por Florence Bourgne

con la colaboración de Jean-Louis Haquette). París, Presses Universitaires de France, Collection Questions, 1992, 239 pp.
110. Villey, Pierre. *Les Essais de Montaigne*. París, Libraire Nizet, 1992, 189 pp.
111. Comte-Sponville, André, *"Je ne suis pas philosophe" Montaigne et la philosophie* (études montaignistes dirigidos por Claude Blum XII). París, Honoré Champion Éditeur, 1993, 46 pp.
112. Compagnon, Antoine. *Chat en poche. Montaigne et l'allégorie*. France, Éditions du Seuil, Colection La Libraire du XXe Sciècle dirigida por Maurice Olender, 1993, 150 pp.
113. Nakam, Géralde. *Montaigne et son temps, Les événements et les Essais. L'histoire, la vie, le livre.* France, Gallimard, Collection Tel, 1993, 479 pp.
114. Leschemelle, Pierre. *Montaigne ou la mort paradoxe*. París, Imago, 1993, 170 pp. (contiene una bibliografía y una cronología).
115. Leschemelle, Pierre. *Montaigne. Le badin de la farce de la joie tragique à la gaie sagesse* (prefacio de Marcel Conche). París, Imago, 1995, 220 pp.
116. Brunschvicg, León. *Descartes et Pascal, lecteurs de Montaigne* (prefacio de Thierry Leterre). Francia, Pocket, Colección Agora, Les Classiques, 1995, 200 pp.
117. Werner, Eric. *Montaigne stratège, Essai*. Francia, L'Age d'Homme, Collection Mobiles Politiques, 1996, 87 pp.
118. Lacouture, Jean. Montaigne à cheval. París, Éditions du Seuil, 1996, 397 pp.
119. Conche, Marcel. *Montaigne et la philosophie*. París, Presses universitaires de France, Colección Perpectives critiques, 1996, 156 pp.
120. Laffly, Georges. *Montaigne libre et fidèle*. Francia, Editions Sainte-Madeleine, 1997, 135 pp.
121. Cave, Terence. *Cornucopia. Figures de l'abondance au XVIe sciècle: Érasme, Rabelais, Ronsard, Montaigne* (contiene 42 ilustraciones, bibliografía y dos índices). París, Macula, 1997, 368 pp.

122. Quint, David. *Montaigne and the quality of mercy. Ethical and political themes in the Essais*. Estados Unidos, Princeton, 1998, 172 pp.
123. Vincent, Hubert. *Vérité du schepticisme chez Montaigne*. France, L'Harmattan, 1998, 137 pp.
124. Jeanneret, Michel. *Perpetuum mobile. Métamorphoses des corps et des œuvres de Vinci à Montaigne*. París, Macula, Colección Argô, s/f, 1998?, 331 pp.
125. Warin, François. *Montaigne, Du répentir* (es una conferencia). Francia, ACTES SUD, Les philosophiques, serie dirigida por Guillaume Pigeard de Gurbert, 2001, 94 pp.
126. Jama, Sophie. *L'histoire juive de Montaigne* (prefacio de Samuel Trigano). París, Flammarion, 2001, 239 pp.
127. Desan, Philippe, *Montaigne dans tous ses états*. Italia, Schena Editore, 2001, 397 pp.
128. Lazard, Madeleine. *Michel de Montaigne* (es una biografía que contiene notas, una bibliografía y un índex onomástico). Francia, Layard, 2002, 430 pp.
129. Macé-Scaron, Joseph. *Montaigne, notre nouveau philosophe*. France, Plon, 2002, 204 pp.
130. Zweig, Stefan. *Montaigne* (traduit de l'allemand para Jean-jaques Lafaye et Françoise Brugier. Révisé par Jean-Louis Bandet. Préface de Ronald Jaccard). France, Quadrige, Presses Universitaires de France, 2003, 125 pp.
131. *Dictionarie de Michel de Montaigne* (bajo la dirección de Desan Philippe). París, Onoré Champion Éditeur, 2004, 1057 pp.
132. *Album. Montaigne* (iconografía, selección y comentarios de Jean Lacouture). Francia, Gallimard, 2007, 285 pp.
133. Bakewell, Sarah. *Comment Vivre? Une vie de Montaigne en une question et vingt tentatives de réponse* (traducción al francés del inglés por Perre-Emmanuel Dauzat). Francia, Albin Michel Edición, 2010, 489 pp.

134. Boudou, Bénédicte; Bjaï, Denis *et al. Le dictionnaire des Essais de Montaigne* (bajo la dirección de Bénédicte Boudou). Francia, Léo Scheer, 2011, 718 pp.
135. Cocula, Anne Marie. *Montaigne, les années politiques*. Francia, Éditions confluences, 2011, 85 pp.
136. Macé-Scaron, Joseph. *Montaigne, Notre noveau philophe*. París, Biblis, 2011, 199 pp.
137. Compagnon, Antoine. *Un été avec Montaigne*. Francia, Éditions des Équateurs, France Inter, 2013, 170 pp.
138. Villey, Pierre. *Montaigne.* París, Les Éditions Rieder, Colección "Maitres des Littératures", s/f.

B. Algunas ediciones sobre Michel de Montaigne en español

139. Sáenz Hayes, Ricardo. *Miguel de Montaigne*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1939, 429 pp. (impreso en "Tolosa de Francia").
140. Valeri, Diego. *Montaigne* (traducción del original italiano por Bruno Jacobella). Buenos Aires, Editorial La Universidad, Colección Perfiles, 1944, 72 pp.
141. Sáenz Hayes, Ricardo. *Miguel de Montaigne*. Buenos Aires, Ediciones Guillermo Kraft, 1946, 514 pp.
142. Valero, Diego. Montaigne (traducción de Bruno Jocobsella). Buenos Aires, Eudeba, 1949, 67 pp.
143. Saenz Hayes, Ricardo. *De la amistad en la vida y en los* libros. "Miguel de Montaigne y Esteban de La Boétie". Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, Colección Austral, 3a. ed., 1952, 178 pp.
144. Martínez Estrada, Ezequiel. *Heraldos de la verdad. Montaigne, Balzac, Nietzsche.* Buenos Aires, Nova, 1957.
145. Horkheimer, Max. *Historia metafísica y escepticismo,* "Montaigne y la función del escepticismo" (137-201) (introducción de Alfred Schmidt, título original Anfänger der bürgerlinchen Geschichtphi-

lophie Hegel und das Problem der Metaphysik Montaigne uns die Funktion der Skepsis, traducción de María del Rosario Zurro). Madrid, Alianza Editorial, 1982, 214 pp.

146. Burke, Peter. *Montaigne* (traducción de Vidal Peña). Madrid, Alianza, 1985, 102 pp.
147. Casals Pons, Jaime. *La filosofía de Montaigne* (prólogo de Josep Tarradelas). Barcelona, Ediciones 62, 1986. 329 pp. Incluye una de las bibliografías indirectas más completas en las principales lenguas europeas.
148. Soehlke Heer, Peter. *El Nuevo Mundo en la visión Montaigne o los albores del anti-colonialismo*. Caracas, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina, 1993, 212 pp.
149. Castañón, Adolfo. *Por el país de Montaigne*. México, Coedición Vuelta y Ensayo. Cuadernos de Montaigne. 1995, 79 pp.
150. Ponte, Antonio José. *Un seguidor de Montaigne mira La Habana* (con dibujos de Sigfredo Ariel), La Habana, Vigía, Colección Paseo, 1995, 80 pp.
151. Castañón, Adolfo. *Por el país de Montaigne*. México, Juan Pablos Editor, Ediciones sin nombre, 3a. ed., 1998, 144 pp. Cuenta con una bibliografía de la obra de Montaigne.
152. Lacouture, Jean. *Montaigne a caballo* (traducción de Ida Vitale). México, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, 1999, 452 pp. Contiene una bibliografía y un índice analítico.
153. Castañón, Adolfo. *Por el país de Montaigne*. México, Paidós, Colección Paidós amateurs, 2000, 204 pp.
154. Martínez Estrada, Ezequiel. *Montaigne* (presentación de Hernán Bravo Varela). México, Universidad Nacional Autónoma de México, Colección Pequeños Grandes Ensayos, 2007, 173 pp.
155. Zweig, Stefan. *Montaigne* (Edición de Knut Beck, traducción del alemán de J. Fontcuberta, prefacio y notas de J. Bayond Brau). Barcelona, Acantilado, Quaderns Crema, 2008, 111 pp.

156. Edwards, Jorge. *La muerte de Montaigne*. España, Tusquets Editores, Colección Andanzas, 2011, 289 pp.
157. Fumaroli, Marc. *La diplomacia del ingenio. De Montaigne a La Fontaine*. (Traducción de Caridad Martínez). Barcelona, Acantilado, 223, 2011, 704 pp.
158. Bakewell, Sarah. *Cómo vivir. Una vida con Montaigne. En una pregunta y veinte intentos de respuesta* (traducción de Ana Herrera Ferrer). Barcelona, Ariel, 2011, 483 pp.

C. Algunas ediciones sobres Michel de Montaigne en otros idiomas

En inglés

159. Frame, Donald. *M. Montaigne. A Biography*. San Francisco, North Point Press, 1984, 408 pp.
160. Coleman, Dorothy Gabe. *Montaigne's Essays*. Londres, Allen & Unwin, General editor Claude Rawson, 1987, 194 pp.
161. Screech, Michael A. *The Laughter at the Foot of the Cross*. Londres, Allen Lane, Penguin, 1997.
162. Lowenthal, Marvin. *The autobiography of Michel de Montaigne* (introducción, traducción y edición por Marvin Lowenthal). Estados Unidos, Anonpareil Book, 1999, 328 pp.
163. Fontana, Bianca María. *Montaigne's Politics. Authority and Governance in the Essais*. Estados Unidos, Princeton University Press, 2008, 201 pp.

En alemán

164. Friedrich, Hugo. *Montaigne* (2a. ed. revisada y aumentada). Berna, Francke Verlag Bern und München. 1967, 397 pp.

D. Algunos capítulos escritos en libros sobre Michel de Montaigne

165. *Dictionnaire de la Conversation et de la lecture* (inventaire raisonné des notions générales les plus indispensables a tous, par une société

des savants et de gens de lettres sous la direction de M. W. Duckett). "Montaigne" 295-296 pp. París, Librairie de Firmin Didot Frères, Fils et Cie. 1868.

166. Irazusta, Julio. *Actores y espectadores* "Montaigne", pp. 7-18. Buenos Aires, Sur, 1937, 183 pp.
167. Lalo, Charles. *L´art près de la vie* "L´art pour l´exhibition de soi: Montaigne" 25-40 pp. (premiere partie: L´Égotisme esthétique. Chapitre premier). París, Librairie philosophique J. Vrin, 1946.
168. Saintsbury, George. *French literature and its masters* "Montaigne" 27-38 pp. (Obra al cuidado editorial de Huntington Cairs). Nueva York, Alfred A. Knopf, 1946, 326 pp.
169. Lezama Lima, José. *Analecta del reloj* "Montaigne y sus mejores lectores". La Habana, Orígenes, 1952.
170. Reyes, Alfonso, *El cazador* "Montaigne y la mujer" (1911), *Obras completas*, tomo III. México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
171. Marichal, Juan, *La voluntad del estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico,* "Montaigne en España". Barcelona, Seix Barral, colección Biblioteca Breve, 1957.
172. *De Montaigne a Louis de Broglie.* "Montaigne 1533-1592", 12-31 pp. (Textos filosóficos reunidos por Ch. Brounold y J. Jacob). París, Librairie Classique Eugène Berlin. Primer volumen de la colección Culture d´aujourd´hui, 1965.
173. Ferrer Rodríguez, Eulalio. *La historia de los anuncios por palabras*. *APP*, "Desde una idea de Montaigne" (prólogo de Abraham Morales). México, Ediciones de Comunicación, 1987, 197 pp.
174. Comte-Sponville, André. *Valeur et vérité. Etudes cyniques,* "Montaigne cynique?" "Valeur et vérité dans les Essais" 55-104. France, Presses Universitaires de France, Perspectives Critiques, Collection dirigée par Roland Jaccard, 1994, 281 pp.
175. Castañón, Adolfo. *La gruta tiene dos entradas,* "Michel de Montaigne: La inminencia del reino. Sobre Montaigne en España e Hispanoamérica", México, Vuelta, 1994.

176. Albert, Juan Gil. *Crónica general* "Montaigne" 380-386. Barcelona, Banal Editorial, 1994.
177. Cowper Powys, John. *Les plaisirs de la littérature* "Montaigne" 221-239 (traducido del inglés por Gérard Joulié). Suiza, L´age d´homme, 1995, 444 pp.
178. Szymborska Wislawa, "Close Calls", (sobre la traducción al polaco de los ensayos por Tadeusz Boy-Żeleński en *Nonrequired Reading. Prose Pieces*. Traducción del polaco por Clare Cavanagh. Harcourt, Nueva York, 2002, pp. 119-121. (Hay traducción al español: *Siempre lecturas no obligatorias*, traducción Manel Belmunt, Alfabia, Barcelona, 2014).

E. Algunas publicaciones especializadas sobre Michel de Montaigne

179. *Concordance des Essais de Montaigne*. (Preparado por Roy E. Leake, David B. Leake y Alice Elder Leake). Ginebra, Librairie Droz. 1981, tomo I, 734 pp.; tomo II, 1442 pp.
180. De Puig, Jaume. *Les sources de la pensée philosophique de Raimond Sebond (Ramon Sibiuda)* (ouvrage publié avec le concours du Centre National de la Recherche Scientifique. Études montaignistes dirigées par Claude Blum XVII). París, Honoré Champion, 1994.
181. Hendrick, Philip. *Montaigne et Sebond. L´art de la traduction* (ouvrage publié avec le concours du Centre National de la Recherche Scientifique. Études montaignistes dirigées par Claude Blum XXVII). París, Honoré Champion, 1996, 252 pp.
182. De Gournay, Marie. *Le promenoir de Monsieur de Montaigne*. Texte de 1641, avec les variantes des éditions de 1549, 1595, 1598, 1599, 1607, 1623, 1626, 1627, 1634 (edition établie et anotée par Jean-Claude Arnould. Études montaignistes dirigées par Claude Blum XXVI). París, Honoré Champion, 1996, 218 pp.

183. Brunetière, Ferdinad. *Études sur Montaigne (1898-1907)* (preface d´Antoine Compagnon. Études montaignistes dirigées par Claude Blum XXVII). París, Honoré Champion, 1999, 156 pp.
184. Faguet, Emile. *Autour de Montaigne* (préface d´Antoine Compagnon. Études montaignistes dirigées par Claude Blum XXXV). París, Honoré Champion, 1999, 290 pp.
185. *Joyeusement vivre et honnêtement penser.* Mélanges offerts à Madeleine Lazard (choix d´articles réunis par Marie-Madeleine Fragonard et Gilbert Schrenck). París, Honoré Champion, 2000, 339 pp.
186. *En D´une fantastique bigarrure.* Le texte composte à la Renaissance. Etudes offertes à André Tournon (textes recueillis par Jean-Raymond Fanlo). París, Honoré Champion, 2000.
187. *La poétique des passions à la Renaissance.* Mélanges offerts à Françoise Charpentier (textes réunis et édités par François Lecercle et Simone Perrier). París, Honoré Champion, 2001.
188. Nakam, Géralde. *Les Essais de Montaigne, miroir et procès de leur temps.* Témoignage historique et création littéraire (édition revue, corrigée et mise à jour avec une préface inedit. Études montaignistes dirigées par Claude Blum. XXXVIII). París, Honoré Champion, 2001, 535 pp.
189. Nakam, Géralde. *Le dernier Montaigne.* (Études montaignistes dirigées par Claude Blum XXXIX). París, Honoré Champion, 2002, 318 pp.
190. Sainte-Beuve, Charles Augustin. *Causeries sur Montaigne* (édition critique par François Rigolot. Études montaignistes dirigées par Claude Blum XLI). París, Honoré Champion, 2003, 238 pp.
191. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum* aparece desde 1989 y lo dirige un editor que es renovado cada uno o dos años. Es publicado por Hestia Press (P. O. Box 2381, Amherst, Massachusetts, MA, Estados Unidos, 01004).

192. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum*. Vol. I, November 1989. Edited by Philippe Desan. Contenido: The Editor, Pourquoi Montaigne Studies?, pág. 3; François Rigolot, Préface de Marie de Gournay à l'édition de 1595 des Essais, pág. 7; Michel Simonin, Rhetorica ad lectorem: lecture de l'avertissement des Essais, pág. 61; Richard L. Regosin, Montaigne's Monstrous Confession, pág. 73; Juan Duran Luzio, Las Casas y Montaigne: escritura y lectura del Nuevo Mundo, pág. 88; Margaret McGowan, Clusterings: Positive and Negative Values in "De la Vanité", pág. 107; Marc Blanchard, L'écrivain et son fantasme, pág. 120; Fausta Garavini, De la scène de Céa au trône de Hiéron: la théâtralisation du fantasme, pág. 141; William E. Engel, Aphorism, Anecdote, and Anamnesis in Montaigne and Bacon, pág. 158; Eric MacPhail, Friendship as a Political Ideal in Montaigne's Essais.
193. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum*. Vol. II, No. 1, September 1990. Edited by Philippe Desan. Contenido: The Editor, Prolégomènes impossibles, pág. 3; Michel Magnien, De l'hyperbole à l'ellipse: Montaigne face aux sonnets de La Boétie, pág. 7; Cathleen M. Bauschatz, The Gender of Genre: A Study in the Reception of Montaigne's Essais, pág. 26; Françoise Charpentier, Un langage moins ferme, pág. 48; Jack I. Abecassis, Montaigne's Aesthetics of Seduction and the Constitution of the Modern Subject, pág. 60; Ellen Sugg, A Ciceronian Context for Polyvalent Metaphor in "Du parler prompt ou tardif", pág. 81; Yvonne Bellenger, "Le jourd'huy mourra en celui de demain": Montaigne et la jeunesse, pág. 98.
194. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum*. Vol. III, No. 1-2, 1991. Edited by Robert D. Cottrell. Contenido: Robert D. Cottrell, An Introduction to La Boétie's Three Latin Poems Dedicated to Montaigne; Étienne de La Boétie, Poemata, Edited by James S. Hirstein and Translated by Robert D. Cottrell; James S. Hirstein,

La Boétie's Neo-Latin Satire; Gisèle Mathieu-Castellani, Dire, Signifier: la figure de la signification dans les Essais; Van Kelley, From the Tower: The Return to Generality in Montaigne's "De trois commerces"; Richard L. Regosin, Montaigne's Dutiful Daughter; John Bernard, Montaigne and Writing: Diversion and Subjectification in the Essais; Hassan Melehy, Montaigne's "I"; Michael J. Giordano, The Relationship between "Du repentir" (III, 2) and "De mesnager sa volonté" (III, 10); Ian Winter, Form, Reform, and Deformity in Montaigne's "Du repentir"; Tom Conley, Montaigne en Montage: Mapping Vanité (III, 9); Oliver Pot, L'inquiète estrangeté: la mélancolie de Montaigne.

195. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum*. Vol. IV, No. 1-2, September 1992. Edited by Philippe Desan. Contenido: The Editor, Montaigne 1592-1992, pág. 5; Patrick Henry, Montaigne and Heraclitus: Pattern and Flux, Continuity and Change in "Du repentir", pág. 7; Kyriaki Christodoulou Sur le grec de Montaigne, pág. 19; Ellen Sugg, Montaigne and Plato's Laws: Unlocking the Tradition of Borrowing in the "Apologie de Raymond Sebond", pág. 40; Ullrich Langer, Montaigne's Customs, pág. 81; John O'Brien, Seeing the Dead: The Gaze as Commemoration, pág. 97; James J. Supple, Montaigne and the French Catholic League, pág. 111; David Matthew Posner, Stoic Posturing and Noble Theatricality in the Essais, pág. 127; Tom Conley, An "Allegory of Prudence:" Text and Icon of "De la phisionomie", pág. 156; William E. Engel, Cites and Stones: Montaigne's Patrimony, pág. 180; Dudley M. Marchi, Vocabularies of Innovation and Repetition in Montaigne, Nietzsche, and de Man, pág. 200.

196. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne traducteur*, Montaigne voyageur. Vol. V, No. 1-2, December 1993. Edited by François Rigolot. Contenido: François Rigolot, Voyages du traducteur, traductions du voyageur, pág. 3; Jean Céard, Mon-

taigne, traducteur de Raimond Sebond: Positions et propositions, pág. 11; Mireille Habert, L'inscription du sujet dans la traduction de la Theologia naturalis, pág. 27; Philip Hendrick, Montaigne's Translation of Sebond: Towards a Re-assessment, pág. 49; Valérie Worth-Stylianou, "S'il vous plaist de conter avec luy": les trois personnes dans la traduction de la Théologie Naturelle, pág. 65; Luce Guillerm, "Quelque langue que parlent mes livres, je leur parle en la mienne", pág. 77; Luigi Monga, Voyage et récit de voyage à la Renaissance, pág. 97; Craig B. Brush, The Secretary, Again, pág. 113; Michel Bideaux, Hommes vus dans le Voyage en Allemagne et en Italie de Montaigne, pág. 139; Daniela Boccassini, Ruines montaigniennes, pág. 155; Fausta Garavini, Montaigne rencontre Theodor Zwinger à Bâle: Deux esprits parents, pág. 191; Catharine Randall Coats, Writing Like A Woman: Gender Transformations in Montaigne's Journal de Voyage, pág. 207.

197. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. "Of History"*. Vol. VI, No. 1-2, October 1994. Edited by Steven Rendall. Contenido: Steven Rendall, "Of History", pág. 3; Gisèle Mathieu-Castellani, Portrait de l'artiste en historien: Montaigne et Plutarqu, pág. 7; Helmut Pfeiffer, Synkrisis-Spiele der Urteilskraft (Montaigne, Bodin, Plutarch), pág. 17; John D. Lyons, Tacit History, pág. 39; François Paré, Montaigne et l'impossible histoire du temps present, pág. 53; Tom Conley, Mapping Montaigne: The "Apologie" as Diagram and Discourse, pág. 63; David Lewis Schaeffer, Reconstructing Montaigne: The Essays and Contemporary Literary Theory, pág. 87; Patrick Henry, The Rise of the Essay: Montaigne and the Novel, pág. 113; Gérard Defaux, A propos "Des coches" de Montaigne (III, 6): de l'écriture de l'histoire àla représentation du moi, pág 135; Juan Durán Luzio, De la immoderación de Hernán Cortés a "De la modération" de Michel de Montaigne, pág. 163; Enea Balmas, Invention et idéologie dans "Des cannibales",

pág. 177; Richard Regosin, Montaigne's Memorable Stories of Gender and Sexuality, 187; Sue Farquhar, Venus Unveiled: A Reading of Montaigne's "Sur des vers de Virgile", pág. 203.

198. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne In Print.* Vol. VII, No. 1-2, October 1995. Edited by Philippe Desan and Ullrich Langer. Contenido: Philippe Desan and Ullrich Langer, Montaigne in Print, p. 3; Michel Simonin, Ouvres complètes ou plus que complètes?: Montaigne éditeur de La Boétie, p. 5; Philippe Desan, Brève histoire de Montaigne dans ses couches, p. 35; François Rigolot, Editing Montaigne's Translation of Sebond's Theologia: Which Latin Text Did the Translator Use?, p. 53; François Cornilliat, Des vertus et des mots: sur une leçon de l'édition posthume des Essais, p. 69; Cathleen M. Bauschatz, "L'il et la main": Gender and Revision in Marie de Gournay's "Préface de 1595", p. 89; Tom Conley, A Space-Event: The "Apologie" in the Essais of 1595, p. 103; Mary Mckinley, "Fleurs estrangeres": Gournay's Translation of Montaigne's Quotations in the 1617 Essais, p. 119; Tilde Sankovitch, "Un travail vétilleux [...] fort nécessaire": The Coste Edition of 1724, p. 131; Richard Cooper, Montaigne et l'Empire, p.147, Marcel Tetel, Idéologie et traductions de Girolamo Naselli à John Florio, p.169; Stefania Buccini, La ricezione degli Essais nell'Italia del Settecento, p. 183; Ullrich Langer, Montaigne's "couleuvre": Notes on the Reception of the Essais in 18th-Century Germany, p. 191; Juan Durán Luzio, Montaigne ante la censura hispánica, p. 203; Hironobu Saito, La réception de Montaigne au Japon, p. 213.

199. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Woman's Place.* Within and without the Essais. Vol. VIII, No. 1-2, October 1996. Edited by Dora Polachek & Marcel Tetel. Contenido: Dora E. Polachek and Marcel Tetel, A Place of One's Own, p.3; Floyd Gray, The Women in Montaigne's Life Autobiography and the Rhetoric

of Misogyny, p. 9; Donald Stone, Women and Friendship, p. 23; Anne-Marie Cocula, De la présence à l'absence: Marguerite de La Boétie dans l'Œuvre de Montaigne, p. 35; Daniel Menager, La Renaissance et le mythe de Cléopâtre, p. 47; Constance Jordan, Sexuality and Volition in "Sur des vers de Virgile, p. 65; Susan K. Silver, Melancholy, Motherhood, and Writing Wrongs in "Des Cannibales", p. 81; Marcel Gutwirth, Montaigne au feminine, p. 97; Carol Clark, Bradamante, Angelica and the Eroticizing of Virtue in Montaigne's Late Writing, p. 109; Georgianna Ziegler, En-Gendering the Subject: Florio's Feminization of Montaigne's "Moy-mesmes", p. 125; Patricia Francis Cholakian, Reading the Daughter's Desire, p. 145; Hope H. Glidden, Self-Portraiture, Marie de Gournay, and the Color of Rhetoric, p. 159; Anna Lia Franchetti, Marie de Gournay apologiste des Essais: la préface de 1599, p. 173; Marie De Gournay, Préface de 1599 publiée dans Le Proumenoir, p. 179; Mary McKinley, An Editorial Revival: Gournay's 1617 Preface to the Essais, p. 193; Marie De Gournay, Preface to the 1617 Edition of the Essais, p. 203.

200. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Psychoanalytical Approaches to Montaigne*. Vol. IX, No. 1-2, October 1997. Edited by Lawrence Kritzman. Contenido: Lawrence Kritzman, Montaigne and Psychoanalysis, p. 3; Gisèle Mathieu-Castellani, Lire "outre ce que l´auteur y a mis", p. 5; Carla Freccero, Psychoanalysis, Montaigne and the Melancholic Subject of Humanism, p. 17; Françoise Charpentier, La passion de la tristesse, p. 35; Georges Van Den Abbeele, "Taboo to Totem": Montaigne, Freud and the Anthropophagic Imaginary, p. 51; Elizabeth Jane Bellamy, Montaigne's Exotic Imaginary: Eating Bodies and Embodying Eating in "Des cannibales", p. 67; Douglas Trevor, Montaigne's Extraict and the Place of the Brother and Father, p. 85; Gary Ferguson, Perfecting Friendship: Montaigne's Itch, p. 105; Gregory De Rocher, Montaigne and Mollities: Problems with the Essayist's Public

"Filthie frigging", p. 121; Kathleen Long, The Invisible Woman in Montaigne's Essais, p. 135; Marcel Tetel, "De la praesumption" ou de l'"impremeditéement", p. 151; Tom Conley, A Suckling of Cities: Montaigne in Paris and Rome, p. 167; Arthur Kirsch, Sexuality and Marriage in Montaigne and All's Well That Ends Well, p. 187, Patrick Moser, The Exercice of Autobiography in the "Apologie de Raimond Sebond, p. 203; Virginia M. Green, Montaigne's "Librairie": A Monument to Vanity, p. 219.

201. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne au XIXe siècle.* Vol. X, No. 1-2, October 1998. Edited by Michel Simonin. Contenido: Michel Simonin, Préface, p. 3; Philippe Desan, Naigeon et l'"avertissement" censuré de l'édition des Essais de 1802, p. 7; Jacques-André Naigeon, "Avertissement de l'éditeur" (édition critique par Philippe Desan), p. 35; Michel Simonin, Le zèle et la compétence: le docteur Payen, Reinhold Dezeimeris, et les études montanistes au XIXe siècle, p. 79; Reinhold Dezeimeris, Recherches sur la recension posthume des Essais, p. 105; Ken Keffer, Albert Cagnieul, sous-bibliothécaire des Essais, p. 121; Ken Keffer, Les Essais en noir et blanc: Autour de la philologie de 1906, p. 137; Florence Vatan, Un livre "pour vivre": Flaubert, lecteur des Essais, p. 151; Arnaud Tripet, Amiel et Montaigne, p. 169; Richard Cooper, Montaigne in the Underworld: A Restoration Caprice by Ballainvilliers (1823), p. 183; Katherine Almquist, Judicial Authority in Montaigne's Parliamentary Arrêt of April 8, 1566, p. 213.

202. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. La Boétie.* Vol. XI, No. 1-2, October 1999. Edited by Michel Magnien. Contenido: Michel Magnien, Préface, p. 3; Jean Balsamo, "Le plus meschant d'entre eux ne voudroit pas estre Roy": La Boétie et Montaigne, p. 5; Anne-Marie Cocula, Les dernières années de La Boétie: revirement ou continuité?, p. 29; Andre Gendre, Les 29 sonnets de La Boétie publiés dans les Essais de Montaigne, p. 45; André Tournon,

Sur quelques aspérités du Discours de la Servitude volontaire, p. 61; Gabriel-A. Perouse, Montaigne, son lecteur et les 29 sonnets, p. 77; Nicola Panichi, De la compagnie à la confrairie: parcours politique de l'amitié, p. 87; François Rigolot, Reviving Harmodius and Aristogiton in the Renaissance: Friendship and Tyranny as Voluntary Servitude, p. 107; James Hirstein, La Boétie et la justification d'une amitié précoce: le début (vers 1-32) de la "Satyre latine" (Poemata, XX) et le Laelius de Cicéron, p. 121; Alain Legros, Travail de deuil et art de vivre: les deux inscriptions votives de la tour de Montaigne, p. 137; Olivier Guerrier, "En mille contraires visages": les présences lyriques de La Boétie, p. 155; Gérard Defaux, "Nul n'est mal long temps qu'à sa faulte": Montaigne, La Boétie, les Essais, p. 169; Françoise Charpentier, "Un ami que j'ai perdu", p. 197; Joshua Phillips, "Th'Intertraffique of the Minde": Publishing John Florio's Translation of the Essais, p. 209.

203. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. La Philosophie et Montaigne.* Vol. XII, No. 1-2, October 2000. Edited by Philippe Desan. Contenido: Philippe Desan, La philosophie et Montaigne, p. 3; Marie-Luce Demonet, Philosopher naturellement, p. 5; Jan Miernowski, Le "beau jeu" de la philosophie, p. 25; André Tournon, Suspense philosophique et ironie: la zététique de l'essai, p. 45; Bruno Pinchard, Montaigne: essai de lecture dialectique, 63; Ann Hartle, Montaigne's Scepticism, 75; Eric Macphail, Montaigne's New Epicureanism, p. 91; Thierry Gontier, Entre les "Politiques" et Montaigne: Le théologico-politique chez Pierre Charron, p. 105; Paul Mathias, Montaigne: une philosophie de gai savoir, p. 123; Catharine Randall, The Swallow's Nest and the Hermeneutics Quest in the Apologie de Raimond Sebond, p. 137; Dudley Marchi, Montaigne: A Practical Philosophy for the Twenty-First Century, 147. Varia: John R. Cole, Montaigne's Dead Babies, p. 167; Alain Legros, "Visite à Montaigne" au XIXe siècle: petite his-

toire d'un genre méconnu, p. 185; George Hoffmann, New Editions of Montaigne's Essais: A Test for Editorial Principles, p. 209.

204. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. La familia de Montaigne*. Vol. XIII, No. 1-2, October 2001. Edited by John O'Brien & Philippe Desan. Contenido: Philippe Desan, Préface, p. 3; John O'brien, Le récit familial, p.7; Rosana Gorris, Toujours il a frayé avec des hommes de cette farine: André de Gouvéa, principal du Collège de Guyenne et ses 'Bordaleses', p. 13; Philip Ford, George Buchanan et Montaigne, p. 45; Alain Legros, Montaigne et Maldonat, p. 65; Ricard Cooper, Montaigne dans l´entourage du maréchal de Matignon, p. 99; Jean Balsamo, Deux gentilshommes "nécessiteux d´honneur": Montaigne et Pressac, p. 141; Daniela Costa, Montaigne et François d'Amboise, p. 175; Alessandra Preda, Les siècles à venir te loueront à bon droit: Montaigne et Claude Expilly, p. 187; George Hoffmann, Croiser le fer avec le Géographe du Roi: l'entrevue de Montaigne avec Antoine de Laval aux Etats généraux de Blois en 1588, p. 207; Ingrid A. R. de Smet, Montaigne et Jacques-Auguste de Thou: une ancienne amitié mise au jour, p. 223; Warren Boutcher, Montaigne et Anthony Bacon: la Familia et la fonction des lettres, p. 241; Catherine Magnien, Etienne Pasquier 'familier' de Montaigne?, p. 277; Michel Simonin, Bernard Automne (1564-après 1628): témoin et lecteur de Montaigne, p. 315.

205. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montainge and Ethics*. Vol. XIV, No. 1-2, March 2002. Edited by Patrick Henry. Contenido: Patrick Henry, Montaigne and Ethics, p. 3; Ullrich Langer, Montaigne's Ethics in Context: Fortitude (I, 12) and Justice (I, 23), p. 7; François Rigolot, Quand Montaigne emprunte à Ethique á Nicomaque: étude des "allonngeails" sur l'Exemplaire de Bordeaux, p. 19; Sue W. Farquhar, Montaigne and the Law: "De l'experience", p. 37; Nancy Struever, Montaigne's Ciceronian Pessimism Rhetoric, Politics, Ethics, p. 49; Michael L. Hall, Di-

verse Ways: Montaigne's Ethos and the Rhetoric of Indirection, p. 65; Ann Hartle, Montaigne's Consistency, p. 81; John D. Lyons, Ethics, Imagination, and Surprise, p. 95; Jerome Schwartz, More on Conscience in the Essais, p. 105; David Lewis Schaefer, Montaigne's Two Ethics: Humanity and Deceit, p. 121; James J. Supple, Vices and Virtues: Montaigne and Alexander, p.139, Celso Martins Azar Filho, Remarques sur la relation entre coutume et vertu chez Montaigne, p. 155; Patrick Henry, Doing Nothing and Non-Doing in the Essais, p. 169. Varia: Alain Legros, Petit "eB" deviendra grand...: Montaigne correcteur de l'exemplaire "Lalanne" (Bordeaux, S. Millannges, 1580, premier état), p. 179; Bruno Roger-Vasselin, Les résonances de l'ironie chez Montaigne, p. 211.

206. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Le Journal de voyage*. Vol. XV, No. 1-2, March 2003. Edited by Olivier Millet. Contenido: Olivier Millet, Présentation, p. 3; Luigi Monga, Ecriture viatique et fiction littéraire: voyageurs et "secrétaires" autour du Journal de Montaigne, p. 9; Frederic Tinguely, Montaigne et le cercle anthropologique: réflexions sur l'adaptation culturelle dans le Journal de voyage, p. 21; Marie-Christine Gomez-Geraud, Autour du catholicisme de Montaigne: Perspectives depuis le Journal de voyage, p. 31; Laura Willet, Perdre le nord: Montaigne's Italian Prospects, p. 43; Olivier Pot, Lieux, espaces et géographie dans le Journal de voyage, p. 63; Elisabeth Schneikert, Montaigne dant le labyrinthe: compariasons, répétitions et retour, p. 105; Francçois Rigolot, Montaigne et Veronica Franco: de la courtisane à la femme de lettres, p. 117; Alain Legros, Jésuites ou Jésuates? Montaigne entre science et ignorance, p. 131; Concetta Cavallini, Les Mosti: intermédiares entre Montaigne et Le Tasse, p. 147; Lauro-Aimé Golliard, Le thème du duel chez Montaigne: l'affaire Mattecoulon, p. 159. Varia: Philippe Desan, Une édition inconnue des Essais (Venise, 1629), p. 169; Zahi Zalloua, Sameness and Difference: Portraying the

Other in "De l'amitié" and "Des cannibales", p. 177; Marc Foglia, La méthode d'évaluation iudicio alternante dans les Essais, p. 191.

207. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forumk. Documents sur Montaigne*. Vol. XVI, No. 1-2, March 2004. Edited by Jean Balsamo & Philippe Desan. Contenido: Jean Balsamo & Philippe Desan, Cher, très cher Montaigne, p. 3; Alain Legros, Trois livres annotés par La Boétie et légués à Montaigne, p. 11; Katherine Almquist, Montaigne Judging with Henri de Mesmes (May-June 1565), p. 37; Philippe Desan, Combien gagnait Montaigne au Parlement de Bordeaux? (un reçu du 27 août 1567), p. 41; Katherine Almquist, Examining the Evidence: Montaigne in the Registres secrets du Parlement de Bordeaux, p. 45; Jean Balsamo, Montaigne, le "sieur de Poiferré" et la comtesse de Guiche: documents nouveaux, p. 75; Lauro-Aimé Colliard, Le thème du duel chez Montaigne: l'affaire d'Estissac, p. 93; Michel Magnien, Trois lettres de Lipse à Montaigne (1587 [?] - 1589), p. 103; Philippe Desan, Sur l'Exemplaire de Bordeaux, ses reliures et son passage au monastère des Feuillants, p. 113; Philippe Desan, Testament de Léonor de Montaigne (4 mars 1615), p. 139; Jean Balsamo, Les Essais de Montaigne et leurs premiers lecteurs: exemplaires annotés (1580-1598), p. 143; Gilles Banderier, Une lettre inédite de Marie de Gournay (1639), p. 151, Sarah E. Hurlburt, The Last of d'Angiviller's grands hommes: The Statue of Montaigne by Jean-Baptiste Stouff (1800), p. 157; Ken Keffer, La non-commémoration de Montaigne en 1933, p. 167. Varia: Bernard Sève, Les "vaines subtilitez": Montaigne et le renversement du pour au contre, p. 185; Shinya Miyakawa, Montaigne au Japon après la Restauration de Meiji (1868-1920), p. 197; Bruno Roger-Vasselin, Les six postures de l'ironie chez Montaigne, p. 207.

208. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne et les Anciens*. Vol. XVII, No. 1-2, March 2005. Edited By Catherine Magnien. Contenido: Catherine Magnien, Montaigne et les An-

ciens, p. 3; Philip Ford, Montaigne's Homer: Poet or Myth?, p. 7; John O'brien, "Autheur de merveilleux poids": Montaigne et Xénophon, p. 17; Stephen Bamforth, Montaigne and Catullus, p. 35; Jean-Eudes Girot, Remarques sur Horace dans les Essais, p. 53; Alain Legros, De Perse à Montaigne: dire le vide, exposer l'intime, p. 63; Jean-Claude Ternaux, "J'ayme aussi Lucain", p. 81; Michel Magnien, Légèreté, plaisir et désinvolture: Montaigne à l'école de Martial?, p. 97; Bénédicte Boudou, La présence de Juvénal dans les Essais, p. 119; Isabelle Pantin, Montaigne lecteur de Quinte-Curce: quelques réflexions sur la collecte de Dezeimeris, p. 135; Takeshi Kubota, Montaigne et saint Augustin: note sur trois citations scriptuaires dans les Essais, p. 155; George Hugo Tucker, Montaigne et les néo-latins: 'Capilupus' et l'art du centon dans les Essais, p. 163. Varia: Catherine Séguier-Leblanc, "Somme, c'est César": le jugement de Montaigne sur la Guerre civile, p. 175; Gilles Banderier, Jacques Olivier et Montaigne, p. 191; William Hamlin, What Did Montaigne's Skepticism Mean to Shakespeare and His Contemporaries?, p. 195; Alessandro Zanconato, Montaigne, Pope et le fatalisme en France au XVIIIe siècle, p. 211.

209. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne et la poésie.* Vol. XVIII, No. 1-2, March 2006. Edited by Francis Goyet. Contenido: Francis Goyet, Montaigne et la poésie, p. 3; François Cornilliat, Montaigne et le sujet de la poésie, p. 7; Virginia Krause, Montaigne's Errors of Youth: Lyricism and Confession in 'Sur des vers de Virgile', p. 25; Ullrich Langer, De la douceur de mourir au ravissement poétique, 37; Corinne Noirot-Maguire, Montaigne et Du Bellay face au défi éthique de la modération poétique, p. 49; Anna Holland, Montaigne et Horace, p. 67; Nathalie Dauvois, Essais et Sylves morales: l'humaine poésie dans quelques chapitres du livre I des Essais, p. 79; Jean Balsamo, 'La peinture de la Poesie, qui est libre et volontaire': Montaigne et ses poètes

italiens, p. 89; Jean Céard, Montaigne lecteur de Catulle, p. 109; Cécile Alduy, Montaigne et les Vingt neuf Sonnetz d'Estienne de La Boétie: de la composition du recueil poétique à celle des Essais, p. 119; Jean Lecointe, In cauda venenum: Montaigne et la formation du conceptisme français, p. 137; Michel Jourde, De Paterson à Montaigne: les essais, le poème, p. 153. Varia: Hugues Daussy, Montaigne et Duplessis-Mornay: les mystères d'une correspondence, p. 169; Bruno Tremblay, Connaissance et utilisation des premiers philosophes grecs chez Montaigne, p. 183.

210. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Les libertins et Montaigne*. Vol. XIX, No. 1-2, March 2007. Edited by Giovanni Dotoli. Contenido: Giovanni Dotoli, Les libertins et Montaigne, p. 3, Philippe Desan, Le libertinage des Essais, p. 17; Jean-Pierre Cavaillé, Pierre Charron, 'disciple' de Montaigne et 'patriarche des prétendus esprits forts', p. 29; Nicola Panichi, Dalla scienza alla saggezza: Charron lettore di Montaigne, p. 43; Jean Balsamo, Montaigne 'admirable', les libertins et l'esprit 'satyrique', p. 57; André Pessel, De Montaigne à La Mothe le Vayer: le déplacement du scepticisme, p. 67; Giovanna Devincenzo, Marie de Gournay: une théologie libertine, p. 83; Mariafranca Spallanzani, 'Le grand livre du monde' et 'le magnifique théâtre des vies'. Montaigne, Descartes, La Mothe le Vayer, p. 95; Concetta Cavallini, Magie et politique chez Montaigne et Naudé: une question de style, p. 111; Patrick Dandrey, Molière lecteur de Montaigne: connivences libertines et stratégies d'esquive, p. 123; Jean-Charles Darmon, De Montaigne à Saint-Evremond: crise de l'exemplarité et variations des formes de la pensée morale, p. 135; Marcella Leopizzi, La présence de Montaigne et de Vanini dans L'Autre monde de Cyrano de Bergerac, p. 155; Francine Markovits, Montaigne, Bayle, Fontenelle: essais et variations, p. 167; Larry Norman, Fontenelle, Montaigne et les Anciens du Nouveau Monde, p. 185. Va-

ria: Bruno Tremblay, Tableau des renvois aux premiers philosophes grecs dans les Essais de Montaigne, p. 199; Lauro-Aimé Colliard, Montaigne et l'affaire Mattecoulon: dernières trouvailles, p. 213.

211. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Biographies of Montaigne*. Vol. XX, No. 1-2, March 2008. Edited by George Hoffmann. Contenido: George Hoffmann, Introduction, p. 3; Philippe Desan, Les protobiographies de Montaigne aux XVIIe et XVIIIe siècles: Scévole de Sainte-Marthe, Bouhier, Dom Devienne, Talbert, La Dixmerie, Lamontagne, Bourdic-Viot, p. 11, Katherine Almquist, The Public Life of Alphonse Grün: Montaigne and the Revolution of 1848, p. 21; Laura Willett, The Coherence of Kinship: Théophile Malvezin at the Crossroads of Patrimony and Publication, p. 31; John Mcclelland, Ernest Courbet: Montaigne à travers le prisme de Taine, 43; Cathleen M. Bauschatz, Grace Norton and Pierre Villey: Transatlantic Partners in Montaigne Studies, p. 53; Ken Keffer, On a Photograph of Pierre Villey, 67; Dorothea Heitsch, Wilhelm Weigand's Montaigne, p. 79; David Lewis Schaefer, Arthur Armaingaud: Montaigne as Liberal Rationalist, p. 91; Jeff Persels, Stefan Zweig and Montaigne, p. 105; Warren Boutcher, Schooling America: Donald Frame, Pierre Villey, and the Educational History of the Essays, p. 117; Jean Balsamo, Montaigne avant Montaigne ou les scénarios de Roger Trinquet, p. 129; David Laguardia, Biographical Identity and the Being of the Subject: Jean Starobinski's Montaigne en movement, p. 145; Alan Levine, Cruelty, Humanity, and the Liberalism of Fear: Judith Shklar's Montaigne, p. 157; Mark Cohen, Our Liberal Philosopher: A Portrait of Montaigne politique in 2008, p. 171. Varia: Marc Schachter, Presentation of a Newly Discovered Manuscript of La Boétie's Discours de la servitude volontaire and Hypotheses on the Datation of the BnF Manuscripts, p. 185; Concetta Cavallini, Sur l'italien de Montaigne, p. 207.

212. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne et les philosophes*. Vol. XXI, No. 1-2, March 2009. Edited by Nicola Panichi. Contenido: Nicola Panichi, Penser la philosophie: pour une introduction, p. 3; Thierry Gontier, Montaigne, les humanistes et la doctrine des Anciens, p. 13; Emanuel Faye, Montaigne et la perfection humaine de Socrate dans "De la Physinomie", p. 35; Jean-Louis Vieillard-Baron, Montaigne et la vie philosophique de Platon, p. 41; Ann Hartle, Breaking with Aristotle: Montaigne's Modern Project, p. 55; Suzel Mayer, Montaigne et les cyniques, p. 67; Guido Canziani, La senilità, il piacere, la morte. Motivi epicurei nel torzo libro degli Essais, p. 87; Alison Calhoun, Montaigne's Two Plutarchs, p. 103; Giambattista Gori, From Silence to Words, from Dispute to (Relative) Coherence: Pyrrho's Metamorphoses in the Essais, p. 115; Renzo Ragghianti, Montaigne lecteur sceptique de L'Ecclésiaste, p. 137; Zahi Zalloua, Montaigne, Seneca, and "le soing de la culture de l'ame", p. 155; Gianna Paganini, Socrate, Montaigne, Descartes: sur l'utilisation de l'ignorance socratique dans les Essais et dans les Regulae, p. 169; Pierre Magnard, Une ignorance qui se sait, p. 183. Varia: Reinier Leushuis, Amor ordinem nescit: Order and Disorder in Montaigne's "Sur des vers de Virgile", p. 191; William Hamlin, Montagnes Morals Maxims: A Collection of Seventeenth-Century English Aphorisms Derived from the Essays of Montaigne, p. 209.

213. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne et le Nouveau Monde*. Vol. XXII, No. 1-2, March 2010. Edited by Philippe Desan. Contenido: Philippe Desan, "Il est des peuples où...": Montaigne et le Nouveau Monde, p. 3; Frank Lestringant, Montaigne, le Brésil et l'unité du genre humain, p. 9; Thomas Parker, Art and Nature: the Old and New World Seen through Montaigne's Spanish Mirror, p. 23; Andrea Frisch, Montaigne and the Poetry of Antarctic France, p. 39; Peter Eubanks, Montaigne's Cannibalistic Communion, p. 53; Lison Baselis-Bitoun, Jean de Léry précurseur

de Montaigne, p. 61; Celso Martins Azar Filho, Nouveau monde, homme nouveau, p. 71; Deborah N. Losse, The Old World Meets the New in Montaigne's Essais: The Nexus of Syphilis, Cannibalism, and Empirical Medicine, p. 85; Philippe Desan, Le simulacre du Nouveau Monde: à propos de la rencontre de Montaigne avec des Cannibales, p. 101; Tom Conley, "Des cannibales": essai sous le don, 119; Alain Legros, D'un monde à l'autre, étranges similitudes: mise à l'essai d'un questionnement missionnaire, p. 127; Edward Tilson, Le discours sauvage: cannibalisme et autres rites barbares dans les Essais de Montaigne, p. 137; Joan Lluís Llinàs Begon, "Des cannibales": Montaigne en dialogue avec Platon, p. 159; Rui Bertrand Romao, Nouveau monde, politiques anciennes: la subordination du politique à la guerre dans "Des cannibales", p. 173; José Alexandrino de Souza Filho, Dy mythe à la chanson populaire: la fortune littéraire de la "chanson de la couleuvre", p. 187; Dominique de Courcelles, Montaigne au risque des nouveaux mondes, p. 195. Varia: Jean Balsamo, Montaigne et les Commentaires de Monluc: deux notes de philologie, p. 207.

214. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Translating Montaigne.* Vol. XXIII, No. 1-2, March 2011. Edited by Paul J. Smith. Contenido: Paul J. Smith, Traduire Montaigne à travers le monde, p. 3; William M. Hamlin, Sexuality and Censorship in Florio's Montaigne, p. 17; Paul Van Heck, The Essais in Italian: the Translation of Girolamo Canini, p. 39; Alexander Roose, "Le bon verrier": Jan Hendrik Glazemaker, traducteur néerlandais de Montaigne, p. 55; Karin Westerwelle, "Er denkt zu sehr französisch!". Les Essais en traduction allemande, p. 67; Ingrida Bakutyte, Les traductions des Essais de Montaigne en Russie et dans les pays baltes, p. 81; Jan Miernowski, Tadeusz Boy-Zelenski, traducteur de Montaigne, p. 91; Cathleen M. Bauschatz, The Fig-Leaf Edition: the Ives/Norton Translation of Montaigne's Essais (1925-1946), p. 107; Arzu

Etensel Ildem, Traductions et réception de Montaigne en Turquie, p. 123; Nadine Kuperty-Tsur, Les traductions hébraïques des Essais de Montaigne, p. 133; Joo-Kyoung Sohn & Seon-Hee Lee, Montaigne en coréen, p. 147. Varia: Peter Mack, Montaigne and Shakespeare: Source, Parallel or Comparison?, p. 151; Christopher Edelman, On Montaigne's Skepticism, p. 181; Telma De Souza Birchal, Montaigne impénitent: la question du moi dans "Du repentir", p. 205.

215. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne in England.* Vol. XXIV, No. 1-2, 2012. Edited by Philip Ford. Contenido: Philip Ford, Montaigne in England; Warren Boutcher, The Origins of Florio's Montaigne: "Of the Institution and Education of Children, to Madame Lucy Russell, Countess of Bedford"; William Hamlin, Florio's Theatrical Montaigne; Douglas Trevor, Love, Anger, and Cruelty in "De l'affection des pères aux enfans" and King Lear, Peter Mack, Marston and Webster's Use of Florio's Montaigne; Chris Tilmouth, "Honest Montaigne" from Temple to Pope; Philip Ford, Charles Cotton's Montaign; Timothy Chesters, Bayle St. John: Montaigne's First Biographer; John O'Brien, Montaigne in Some London Libraries. Varia: Concetta Cavallini, Montaigne à Venise: rencontres et hypothèses; Tsuyoshi Shishimi, Le gallicanisme et les réflexions politiques de Montaigne dans "De la liberté de conscience" (II, 19); Katie Chenoweth, Montaigne's Touch of French: From Langage to Langue; Douglas Thompson, Fortuna's Revenge: Montaigne's Criitique of the Classical Humanist Custom of Virtue.

216. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne and Descartes.* Vol. XXV, No. 1-2, 2013. Edited by Nicola Panichi & Mariafranca Spallanzani. Contenido: Nicola Panichi & Mariafranca Spallanzani, Montaigne and Descartes. A Philosophical Genealogy; Nicola Panichi, Sens, imagination, entendement: de Montaigne à Descartes; Mariafranca Spallanzani, Philosophie pre-

mière, métaphysique, scepticisme: de Descartes à Montaigne; Telma de Souza Birchal, Regard sur soi, l'esprit qui connaît: figures de la subjectivité chez Montaigne et Descartes; Gianni Paganini, Les transformations du doute de Montaigne à Descartes; José R. Maia Neto, Rationalisme critique académicien chez Montaigne et Descartes; Cristina Santinelli, De l'opinion à l'hypothèse: Montaigne et Descartes face aux découvertes scientifiques; Marco Sgattoni, De la métaphysique à la physique: un parcours à rebours?; Emiliano Ferrari, Une expérience mécaniste entre Montaigne et Descartes: l'exemple des mouvements involontaires; Thierry Gontier, Montaigne and Descartes: Precursors to the Modern Animal Question; Martine Pécharman, Contre le "pensement" et le "parler" des bêtes ou Descartes devenu juge de Montaigne; Raffaele Carbone, "Il est bon de savoir quelque chose des mœurs de divers peuples " : Customs and Reason in Montaigne and Descartes; Denis Kambouchner, "Avoir la volonté bonne": conditions montaigniennes et cartésiennes; Luigi Delia, Descartes, Montaigne: "Aimer la vie, sans craindre la mort"; Piero Schiavo, "Videor Democritum videre": Laughter, Wisdom and Melancholy in Montaigne and Descartes; Fréderic Lelong, La philosophie de la douceur chez Montaigne et Descartes; Joan Lluís Llinàs Begon, La philosophie comme forme de vie: un Descartes montaignien? Varia: Alain Legros, Dix-huit volumes de la bibliothèque de La Boétie légués à Montaigne et signalés par lui comme tels; Jean Balsamo, L'expérience italienne "à l'essai": Montaigne, Machiavel, Guichardin; Robert Kilpatrick, "Et nous enferrons de nos armes": Self-irony and Paradox in "Du pedantisme".

217. *Montaigne Studies. An Interdisciplinary Forum. Montaigne écrivain.* Vol. XXVI, No. 1-2, 2014. Edited by Jean Balsamo. Contenido: Jean Balsamo, Montaigne écrivain; Monica Barsi, La prise deposition par les expressions de degré dans les Essais de Montaigne

(III, 1); Mireille Brangé, Le Montaigne de Jean Pré, ou de l'"utilité des Essais"; Francis Goyet, Les Essais entre marqueterie "mal jointe" et nid "bien joint"; George Hoffmann, Self-Assurance and Acting in the Essais; Alain Legros, Autant la forme que la substance; Catherine Magnien, Litures et trasseures au chapitre "De la physionomie": réflexions sur la rature dans l'Exemplaire de Bordeaux; John O'brien, "Tout mouvement nous descouvre": Montaigne's Apocalypse; Anne-Pascale Pouey-Mounou, Montaigne metteur en scene; François Rigolot, Montaigne ou l'art de la depreciation. Varia: Jean-Louis Quantin, Les censures de Montaigne à l'Index romain: precisions et corrections; Christine Bénévent & Paul-Alexis Mellet, Un texte peu connu sur la réception et la censure du Réveille-matin et des Lunettes de Cristal de roche: le témoignage du poé occitan Auger Gaillard; Alain Legros, Buchanan et Cicéron chez Montaigne: deux sentences inédites de sa "librairie"; Juliette Morice, Montaigne et la folie; Jean-Yves Pouilloux, Une complexion studieuse; Ian Maclean, Degrés de certitude: Montaigne, Bacon, Descartes.

218. Keffer, Ken. *Montaigne forever.* (Traducción del inglés al francés por Pierre Gauthier) Etudes Montaignistes, dirigées por Claude Blum. Núm. 43, Vol. I, 235 pp.

El *Bulletin de la Société internationale des amis de Montaigne* se publica desde hace años por Classiques Garnier, París. Lo distribuyen las Ediciones Klinsieck (8 rue de la Sorbonne, París, Francia, 75008).

Extraído de la página de Internet:

http://www.classiquesgarnier.com/editions/index.php?option=com_content&view=article&id=110&Itemid=43

219. *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*. I, 1913-1, No. dans la collection 1.
220. BSAM. I, 1913-2, n° 2
221. BSAM. I, 1914-1, n° 3
222. BSAM. I, 1921-1, n° 4
223. BSAM. II, 1937-1, n° 1
224. BSAM. II, 1937-2, n° 2
225. BSAM. II, 1938-1, n° 3
226. BSAM. II, 1938-2, n° 4
227. BSAM. II, 1939-1, n° 5
228. BSAM. II, 1939-2, n° 6
229. BSAM. II, 1939-3, n° 7
230. BSAM. II, 1940-1, n° 8
231. BSAM. II, 1940-2, n° 9
232. BSAM. II, 1941-1, n° 10
233. BSAM. II, 1941-2, n° 11
234. BSAM. II, 1942-1, n° 12
235. BSAM. II, 1949-1, n° 13-14
236. BSAM. II, 1952, n° 15
237. BSAM. II, 1954-1, n° 16
238. BSAM. II, 1955-1, n° 17
239. BSAM. II, 1956-1, n° 18
240. BSAM. II, 1956-2, n° 19
241. BSAM. III, 1957-1, n° 1
242. BSAM. III, 1957-2, n° 2
243. BSAM. III, 1957-3, n° 3
244. BSAM. III, 1957-4, n° 4
245. BSAM. III, 1958-1, n° 5-6
246. BSAM. III, 1958-2, n° 7
247. BSAM. III, 1958-3, n° 8
248. BSAM. III, 1959-1, n° 9

249. BSAM. III, 1959-2, n° 10
250. BSAM. III, 1959-3, n° 11-12
251. BSAM. III, 1960-1, n° 13
252. BSAM. III, 1960-2, n° 14
253. BSAM. III, 1960-3, n° 15
254. BSAM. III, 1960-4, n° 16
255. BSAM. III, 1961-1, n° 17-18
256. BSAM. III, 1961-2, n° 19
257. BSAM. III, 1961-3, n° 20
258. BSAM. III, 1962-1, n° 21
259. BSAM. III, 1962-2, n° 22
260. BSAM. III, 1962-3, n° 23-24
261. BSAM. III, 1963-1, n° 25-26
262. BSAM. III, 1963-2, n° 27
263. BSAM. III, 1963-3, n° 28
264. BSAM. III, 1964-1, n° 29
265. BSAM. 1964-2, série III, n° 30
266. BSAM. 1964-3, série III, n° 31
267. BSAM. III, 1964-4, n° 32
268. BSAM. IV, 1965-1, n° 1
269. BSAM. IV, 1965-2, n° 2
270. BSAM. IV, 1965-3, n° 3
271. BSAM. IV, 1965-4, n° 4
272. BSAM. IV, 1966-1, n° 5
273. BSAM. 1966-2, série IV, n° 6
274. BSAM. IV, 1966-3, n° 7
275. BSAM. IV, 1966-4, n° 8
276. BSAM. IV, 1967-1, n° 9
277. BSAM. IV, 1967-2, n° 10
278. BSAM. IV, 1967-3, n° 11
279. BSAM. 1967-3, série IV, n° 12

280. BSAM. 1968-1, série IV, n° 13
281. BSAM. IV, 1968-2, n° 14
282. BSAM. IV, 1968-3, n° 15
283. BSAM. IV, 1968-4, n° 16
284. BSAM. IV, 1969-1, n° 17
285. BSAM. IV, 1969-2, n° 18
286. BSAM. IV, 1969-3, n° 19
287. BSAM. IV, 1970-1, n° 20
288. BSAM. IV, 1970-2, n° 21
289. BSAM. IV, 1970-3, n° 22-23
290. BSAM. IV, 1971-1, n° 24
291. BSAM. 1971-2, série IV, n° 25-26
292. BSAM. 1971-2, série IV, n° 25-26
293. BSAM. V, 1972-1, n° 1
294. BSAM. V, 1972-2, n° 2
295. BSAM. V, 1972-3, n° 3-4
296. BSAM. V, 1973-1, n° 5
297. BSAM. V, 1973-2, n° 6
298. BSAM. V, 1973-3, n° 7-8
299. BSAM. V, 1974-1, n° 9
300. BSAM. V, 1974-2, n° 10-11
301. BSAM. V, 1974-3, n° 12.
302. BSAM. V, 1975-1, n° 13
303. BSAM. 1975-2, série V, n° 14-15
304. BSAM. V, 1975-3, n° 16
305. BSAM. V, 1976-1, n° 17
306. BSAM. V, 1976-2, n° 18-19
307. BSAM. V, 1976-4, n° 20
308. BSAM. 1977-1, série V, n° 21
309. BSAM. V, 1977-2, n° 22-23
310. BSAM. V, 1977-3, n° 24

311. BSAM. V, 1978-1, nº 25-26
312. BSAM. V, 1978-2, nº 27-28
313. BSAM. V, 1979-1, nº 29-30
314. BSAM. V, 1979-2, nº 31-32
315. BSAM. V, 1979-3, nº 33.
316. BSAM. VI, 1980-1, nº 1-2
317. BSAM. VI, 1980-2, nº 3-4
318. BSAM. VI, 1981-1, nº 5-6
319. BSAM. VI, 1981-2, nº 7-8
320. BSAM. VI, 1982-1, nº 9-10
321. BSAM. VI, 1982-2, nº 11-12
322. BSAM. VI, 1983-1, nº 13-14
323. BSAM. VI, 1983-2, nº 15-16
324. BSAM. VI, 1984-1, nº 17-18
325. BSAM. VI, 1984-2, nº 19-20
326. BSAM. VI, 1985-1, nº 21-22
327. BSAM. VI, 1985-2.
328. BSAM. VII, 1985-3, nº 1-2.
329. BSAM. VII, 1986-1, nº 3-4
330. BSAM. VII, 1986-2, nº 5-6
331. BSAM. VII, 1987-1, nº 7-8
332. BSAM. VII, 1987-2, nº 9-10
333. BSAM. VII, 1988-1, nº 11-12
334. BSAM. VII, 1989-1, nº 13-16
335. BSAM. VII, 1989-2, nº 17-18
336. BSAM. VII, 1990-1, nº 19-20
337. BSAM. VII, 1990-2, nº 21-22
338. BSAM. VII, 1991-1, nº 23-24
339. BSAM. VII, 1991-2, nº 25-26
340. BSAM. VII, 1992-1, nº 27-28.
341. BSAM. VII, 1993-1 nº 29-32

342. BSAM. VII, 1993-2 nº 33-34
343. BSAM. VII, 1994-1, nº 35-36
344. BSAM. VII, 1994-2, nº 37-38
345. BSAM. VII, 1995-1, nº 39-40
346. BSAM. VII, 1995-2, nº 41-42
347. BSAM. VIII, 1996-1, nº 1-3, Hors-Série.
348. BSAM. VIII, 1996-2, nº 4
349. BSAM. VIII, 1997-1 nº 5-6
350. BSAM. VIII, 1997-2, nº 7-8
351. BSAM. VIII, 1998-1, nº 9-10
352. BSAM. VIII, 1998-2, nº 11-12
353. BSAM. VIII, 1999-1, nº 13-14
354. BSAM. VIII, 1999-2, nº 15-16
355. BSAM. VIII, 2000-1, nº 17-18.
356. BSAM. VIII, 2000-2, nº 19-20
357. BSAM. VIII, 2001-1, nº 21-24
358. BSAM. VIII, 2002-1, nº 25-26.
359. BSAM. VIII, 2002-2, nº 27-28
360. BSAM. VIII, 2003-1, nº 29-30
361. BSAM. VIII, 2003-2, nº 31-32
362. BSAM. VIII, 2004-1, nº 33-34
363. BSAM. VIII, 2004-2, nº 35-36
364. BSAM. VIII, 2005-1, nº 37-38
365. BSAM. VIII, 2005-2, nº 39-40
366. BSAM. VIII, 2006-1, nº 41-42
367. BSAM. VIII, 2006-2, nº 43-44
368. *Nouveau bulletin de la Société internationale des amis de Montaigne*. VIII, 2007-1, nº 45
369. NBSIAM. VIII, 2007-2, nº 46
370. NBSIAM. VIII, 2008-1, nº 47
371. NBSIAM. VIII, 2008-2, nº 48

372. NBSIAM. VIII, 2009-1, nº 49
373. NBISAM. VIII, 2009-2, nº 50
374. NBISAM. VIII, 2010-1, nº 51
375. NBISAM. VIII, 2010-2, nº 52
376. *Bulletin de la Société internationale des amis de Montaigne*. 2011-1, série VIII, nº 53
377. BSIAM. 2011-2, nº 54
378. BSIAM. 2012-1, nº 55
379. BSIAM. 2012-2, nº 56
380. BSIAM. 2013-1, nº 57

F. Algunos artículos sobre Michel de Montaigne publicados en periódicos (en algunos casos no se contó con la información completa para su registro)

381. Cerón, Julio, "Porque él no es quien, porque no soy yo quien", *ABC literario*, pp. 18-19.
382. Quiñones, Juan Pedro, "El Señor de la Montaña, revisitado", *ABC literario,* p. 20.
383. Ortega Sánchez, Esperanza, "Montaigne y los animales".
384. Cournot, Michel, "Un philosophe vif-argent. La difficile mise en scène de l´auteur des Essais. Montaigne au Poche Montparnasse".
385. Casanova, Nicole, "Montaigne ou les chemins de la vérité", *La Quinzaine littéraire,* pp. 14-15.
386. Meana, Luis, "Viajar con Montaigne. El autor de los *Ensayos* descubre y muestra la Europa del siglo XVI", *El País*, Sección Libros. España.
387. Marichal, Juan, "En la España de Quevedo", *ABC literario*, p. 15.
388. Meza, Julián, "El discurso del contrapoder", *La Letra y la Imagen*, suplemento del periódico *El Universal*. México, núm. 7, 11 de noviembre de 1979.

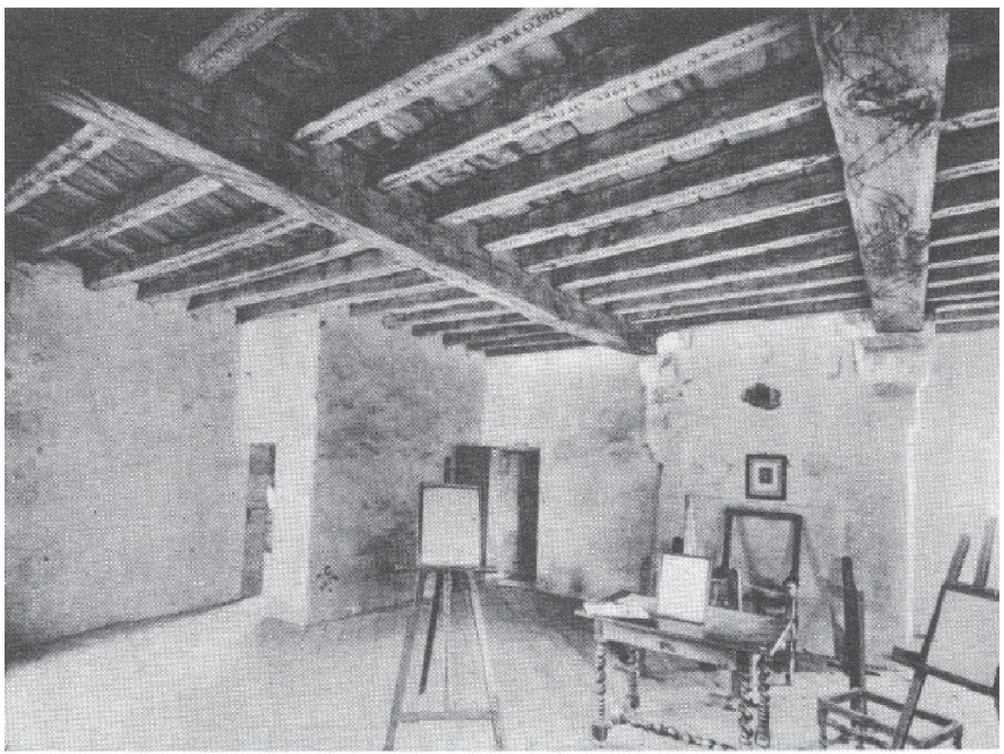
389. Domínguez Michael, Christopher, "Los cálculos de Montaigne", *Librero de la Gandhi*. México, agosto de 1989, p. 10.
390. Bueger, Rodolf, "Una réplica tardía del ensayo de Max Horkheimer sobre Montaigne", *La crítica del escepticismo*, domingo 30 de mayo de 1993, pp. 28-33.
391. Castañón, Adolfo, "En la Torre de Montaigne", *La Jornada Semanal*, Nueva época. (Fragmento de *Dentro y fuera de la Torre de Montaigne*, que próximamente publicará la revista *Ensayo).* México, núm. 15, 18 de junio de 1995, p. 4.
392. Acuña Borbolla, Arturo, "Catálogo razonado: Montaigne en español" *La Jornada Semanal,* Nueva época. México, núm. 15, 18 de junio de 1995, p. 4.
393. Vidal, Gore, "Montaigne: prepararse para morir. El diablo, por supuesto" *La Jornada Semanal,* Nueva época. México, núm. 15, 18 de junio de 1995, pp. 5-7.
394. Calvo Serraller, Francisco, "Grotesco" *El País*, Sección Babelia, Arte, España, 7 de abril de 2001.
395. Goytisolo, Luis, "En torno a la era global. Montaigne y lo nuevo" *El País*, Sección Opinión, España, sábado 2 de marzo de 2002, p. 12.
396. Galimard Flavigny, Bertrand, Les *Essais* revisités par aun collectionneur averti. "Montaigne cache son vélin", *Le Monde*, Sección Bibliophilie, París, ¿noviembre, diciembre 2003?
397. Fumaroli, Marc, "La vida como un ensayo", *ABC las artes y letras*, núm. 808, semana del 28 de julio al 3 de agosto de 2007, pp. 4-5.
398. Burke, Peter, "Montaigne y el arte del diálogo", *ABC las artes y las letras*, núm. 865, semana del 30 de agosto al 5 de septiembre de 2008, p. 5.
399. Bouza, Fernando, "Cuando era montaña", *ABC las artes y las letras*, núm. 865, semana del 30 de agosto al 5 de septiembre de 2008, p. 6.
400. "Montaigne's Essays". *TLS (The Times Literaty Supplement)*, Sección Comentary. Then and Now. (TLS junio 26, 1992). No. 5480. United Kingdom, april 11, 2008.

401. Domínguez Michael, Christopher, "Montaigne en español", *El Ángel, Suplemento Cultural*. Columna Escalera al cielo. *Reforma*, México, Núm. 714, domingo 24 de febrero de 2008, p. 2.
402. González Torres, Armando, "Autobiografía de un género", *Laberinto*, sábado 31 de julio de 2010.

G. Algunos artículos sobre Michel de Montaigne publicados en revistas

403. Primo y Sánchez, Francisco, "Montaigne: encrucijada", *Cruz y raya*. Madrid, núm. 15, 1934.
404. Castañón, Adolfo, Los 450 años de Montaigne, "Cadena Montañesca" presentación y selección, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, Nueva época, México, núm. 145, enero 1983, pp. 2-8.
405. Gómez Robledo, Antonio, "La libertad interior en Montaigne", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. Nueva época, México, núm. 255, marzo 1992, pp. 2-14.
406. Rexroth, Kenneth, "Montaigne: Ensayos", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. Nueva época, México, núm. 255, marzo 1992, pp. 15-16.
407. Brading, David A., "Mártir, Vespucio, Montaigne. Un nuevo mundo", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. Nueva época, México, núm. 255, marzo 1992, pp. 17-19.
408. Bartra, Roger, "El salvaje salvador y el salvaje salvado", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. Nueva época, México, núm. 255, marzo 1992, pp. 20-23.
409. Castañón, Adolfo, "Michel de Montaigne", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. Nueva época, México, núm. 255, marzo 1992, pp. 24-25.
410. Matamoro, Blas, "Montaigne, moderno y trasmoderno", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 509, noviembre 1992.

411. Thiebaut, Carlos, "Montaigne como pretexto", *Revista de Occidente*, Madrid, marzo de 1992.
412. Durán Lazo, Juan, "'De la moderación', de Michel de Montaigne a la inmoderación de Hernán Cortés", *Revista Chilena de Literatura*, núm. 15, noviembre de 1994.
413. Matamoro, Blas, "Montaigne en el Ampurdán", *Cuadernos Hispanoamericanos*, México, núm. 567, septiembre 1997.
414. Moreno Durán, R. H., "Sobre la servidumbre voluntaria", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, Nueva época, México, núm. 343, julio de 1999, pp. 28-29.
415. García Gual, Carlos, "Modernidad de Montaigne", *Revista de libros*, fundación Caja Madrid, Madrid, núm. 149, mayo 2009, pp. 36-37.



La biblioteca de Montaigne.

28. Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, Paidós, México, 2000, p. 68.

INDICE DE ILUSTRACIONES

1. Vista del castillo de Montaigne, en Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, présentation, choix de textes, bibliographie par Marcel Conche, Éditions de Mégare, París, 1992, p. 64[3] 21
2. Imagen de Montaigne, en Marcel Conche. Colección dirigida por André Robinet, París, Editions Seghers, Colección Filósofos de todos los tiempos, 3ª edición, 1970, p. 64[1] 27
3. Estatua de Montaigne, en Jena Lacouture, *Album Montaigne*, Iconographie choisie et commentée par Jean Lacouture, Gallimard, París, 2007, postal 41
4. Portada de los *Ensayos* (1595), en Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, Paidós, México, 2000, p. 58 55
5. Burdeos en 1563, en Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, *Ibid.*, p. 50 59
6. Vista de la Torre, en Jean Lacouture, *Album Montaigne*, *Op. Cit.*, postal 63
7. Imagen de Montaigne, en Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, *Op. Cit.*, p. 32[2] 69
8. Alciato, *Emblemas*, "Que el hombre debe alegrarse en Dios", prólogo de Manuel Montero Vallejo, preparación de textos y notas Mario Soria, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 85 73
9. Vista desde la torre, en Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, *Op. Cit.*, p. 160[2] 83

10. Imagen del castillo, en Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, *Ibid.*, p. 96[2] 91
11. Montaigne por Chéreau el joven (1723), en Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, *Op. Cit.*, p. 64 107
12. Alciato, *Emblemas*, "Del silencio", *Op. Cit.*., p. 53 121
13. Alciato, *Emblemas*, "La necedad", *Ibid.*, p. 100 125
14. Alciato, *Emblemas*, "Los prudentes", *Ibid.*, p. 193 131
15. Alciato, *Emblemas*, "Las alianzas", *Ibid.*, p. 51 137
16. Alciato, *Emblemas*, "El amor de los hijos", *Ibid.*, p. 98 145
17. Alciato, *Emblemas*, "De el que no sabe lisonjear", *Ibid.*, p. 173 153
18. Imagen de una página de los *Ensayos* corregido por Montaigne, en Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, *Op. Cit.*, p. 168[2] 169
19. Ilustración de Salvador Dalí, en *Ensayos* de Michel de Montaigne, ilustrado por Salvador Dalí, Capítulo XII "De los pulgares" de Fundación Gala-Salvador Dalí, VEGAP, 2005, p. 41 177
20. Alciato, *Emblemas*, "Bivir templadamente y no creer de ligero", *Op. Cit.*, p. 239 183
21. Portada de los *Ensayos* (1598), en Adolfo Castañón, *Op. Cit.*, p. 144 191
22. Portada de la 1ª edición de la traducción al español de los *Ensayos* por Constantino Román y Salamero en 1898, en Adolfo Castañón, *Ibid.*, p. 34 195
23. Las sentencias de la torre, en Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, *Op. Cit.*, p. 168[1] 203
24. Portada de una edición de los *Ensayos* (1772), en Marcel Conche, *Montaigne ou la conscience heureuse*, *Ibid.*, p. 64[4] 209
25. Página de los *Ensayos* corregida por Montaigne, en Adolfo Castañón, *Op. Cit.*, p. 106 217

26. Vista del castillo de Montaigne, en Marcel Conche,
Montaigne ou la conscience heureuse, *Op. Cit.,* p. 128[2] 243
27. Imagen del castillo de Montaigne, en Marcel Conche,
Montaigne ou la conscience heureuse, *Ibid.,* p. 128[1] 247
28. Vista de la biblioteca de la torre, en Adolfo Castañón,
Por el país de Montaigne, *Op. Cit.*, p. 68 337

ÍNDICE ONOMÁSTICO[27]

Aguilar, Julio: 15
Agustín, san: 29, 33,179-181, 254
Alas, Leopoldo, Clarín: 43
Alatorre, Antonio: 52
Albornoz, Gil de: 263
Alcalá, Jerónimo de: 129
Alejandro: 51, 238
Alpuín, Salvador: 19
Altamirano, Ignacio Manuel: 50
Anacreonte: 81
Ancira, Selma: 32
Anderson Imbert, Enrique: 52
Angelier, Abel: 205
Angst, Wolfgang: 279
Anselmo, san: 33
Aquino, Tomás de, santo: 81
Arciniegas, Germán: 51, 81
Ares, Antonio: 18
Ariosto: 14, 98
Aristófanes: 29
Aristóteles: 29, 33, 109-113, 115, 117, 118, 128-130, 156, 162, 236, 258, 269, 276
Arqués, Rossen: 231
Arreola, Juan José: 15, 221
Asís, Francisco de, san: 223, 237
Aubigné, Agrippa d: 235
Auerbach, Erich: 223
Augusto: 175
Aurelio, Marco: 180
Ausonio: 58
Ayax: 197, 198
Azcoaga, Enrique: 188, 194
Azorín (José Martínez Ruiz): 57, 227, 242, 250, 251,

Bacon, Francis: 267, 269, 270
Báez, Verónica: 20
Balsamo, Jean: 174 n, 185, 189
Baroja y Nessi, Pío: 277
Bataille, Georges: 85
Bataillon, Marcel: 17, 220
Bayod Brau, Jordi: 188, 189
Bellay, Joachim du: 250
Bello, Andrés: 47, 52
Benedicto XVI, Papa: 187

[27] No se incluyen los nombres de los autores de las obras referidas en "Michel de Montaigne y afines en los libreros de A. Castañón" ni los pertenecientes a las imágenes.

Berlin, Isaiah: 117
Bernanos, George: 187
Bianco, José: 51
Bioy Casares, Adolfo: 45
Boecio, Anicio Manlio Torcuato Severino: 127
Boétie, Ètienne de la: 38, 66, 67, 79, 87, 88, 112, 157, 167, 186, 187, 235, 236, 251, 254, 282
Boileau-Despréaux, Nicolás: 127
Boissonnet, Marie: 20
Bonfil, Beatriz: 19
Bonnefon, Paul: 236
Bonnefoy, Yves: 89
Borbolla, Lourdes: 20
Borges, Jorge Luis: 32, 52, 144
Boswell, James: 259
Boutang, Pierre: 237
Brach, Pierre de: 206
Braudeau, Michel: 19
Braudel, Fernand: 24, 221
Breña, Roberto: 15, 19
Breton, André: 172, 173
Browne, Thomas: 52
Brueghel, Pieter, llamado el Viejo: 11, 14
Brunel, Pierre: 17
Brunetière, Ferdinand: 261
Brunschvicg, León: 228, 228 n
Butor, Michel: 230
Byron, George Gordon, lord: 229
Caballero Calderón, Eduardo: 50
Cabrera Infante, Guillermo: 51
Campanella, Tomás: 267
Casal, Julián del: 52
Casas, Bartolomé de las, Fray: 270
Cassirer, Ernst: 223
Castiglione, Baldassare de: 76, 235, 256
Castillo, Ervey: 19
Castro, Américo: 269
Cellini, Benvenuto: 88, 172, 254
Cervantes Saavedra, Miguel de: 48, 50, 67, 142, 165, 172, 185, 187, 228, 269, 282, 284, 285
Cesi, cardenal de: 95
Cesi, Paulo: 95
Cicerón: 39, 156, 185, 212, 235
Cioran, Emil Michel: 226
Cisneros, Diego de: 43-45, 194
Compagnon, Antoine: 188, 189
Conche, Marcel: 234
Confucio: 24
Connolly, Cyril: 57, 58, 75
Conty, Patrick: 102
Copleston, Frederick: 30,
Corazón de León, Ricardo: 89
Coronel, Carlos: 19
Coronel, Felipe: 19
Covarrubias y Orozco, Sebastián: 34

Cowper Powys, John: 233
Cuesta, Jorge: 48, 224
Cuesta, Juan de la: 18

Chapelain, Jean: 271
Chassaigne, Françoise de la: 80, 187, 251

Chauron: 236
Chesterton, Gilbert Keith: 50
Chevalier, Haakon: 173

D'Ors, Eugenio: 219
Dalí, Salvador: 19, 171-174
Dante Alighieri: 285
Darío, Rubén: 48, 51, 52
Davenport, Guy: 38
De l'Hospital, Michel: 201, 235
Demócrito: 174
Deón, Michel: 173
Desan, Philippe: 188, 189, 205, 206
Descartes, René: 39, 46, 149, 228, 228 n
Díez-Canedo, Enrique: 194, 249, 250 n, 251, 271
Diógenes: 98
Dostoyevski, Fiódor: 285
Dotoli, Giovanni: 189
Ducamin, Jean: 264
Duchamp, Marcel: 172
Durero, Alberto: 102, 103, 173

Eckermann, Johann Peter: 259
Eclesiastés: 197-201
Echeverría, Esteban: 47
Éluard Dalí, Gala: 172-174
Éluard, Nusch: 173
Éluard, Paul: 89, 172,173
Emerson, Ralph Waldo: 52, 149, 220
Empírico, Sexto: 197, 198, 200-202, 235, 283
Enrique II: 88
Enrique III: 229
Enrique IV: 66
Epícteto: 201
Erasmo de Rotterdam: 123
Escalante, Fernando: 15, 19
Espinasa, José María: 15
Estobeo: 197-201
Estrada, Juan Manuel de: 47
Étiemble: 67
Eurípides: 198, 200, 201

Falconi, Miguel: 19
Feijoo, Benito Jerónimo: 45
Felipe II: 78
Felipe IV: 44
Fernández de Córdoba, Francisco: 17, 18
Fernández de Moratín, Leandro: 57

Fernández, Ramón: 225
Ferrater Mora, José: 229
Feytaud, Jacques de:
Filigrana, Jorge: 19
Flaubert, Gustave: 262
Foglia, Marc: 189
Foix de Candale, François de: 236
France, Anatole: 189, 241
Francisco I: 87, 88
Friedrich, Hugo: 232
Fumaroli, Marc: 187, 237

Galimard Flavigny, Bertrand: 206
García Márquez, Gabriel: 51
García Pimentel, Luis: 269
Garciadiego, Javier: 15, 19
Gaytán, Leticia: 20
Genette, Gerard: 231
Gerbi, Antonello: 228
Gide, André: 48, 220-222, 224
Goethe, Johann Wolfgang: 29, 228, 250, 254, 259, 266, 270, 271, 279, 280
Gómez Carrillo, Enrique: 51
Gómez Ruiz, Francisco: 19
Gómez, Eulalio: 16, 29
Góngora y Argote, Luis de: 250, 268
González Prada, Manuel: 50
González Vera, José Santos: 51
González, Marcelino: 19
Gournay, Marie de: 80, 139, 185, 187, 188, 206, 207
Goya y Lucientes, Francisco José de: 57
Gracián, Baltasar: 129, 254
Granell, Manuel: 194
Graniel Cáceres, Manuel: 19
Graniel Velasco, Pablo Alfonso: 19
Graves, Robert: 31
Greidin, Yuri: 32
Groussac, Paul: 48
Guillén, Jorge: 227
Gutiérrez Nájera, Manuel: 52
Gutiérrez, Juan María: 47
Guzmán, Martín Luis: 51

Hadas, Moses: 180
Hadot, Pierre: 111, 112
Hazlitt, William: 50
Helena de Troya: 31
Henríquez Ureña, Pedro: 20, 144, 251
Heráclito: 174
Hermes Trismegisto: 236
Hiriart, Hugo: 15
Homero: 31-33, 200, 250
Horacio: 39, 166, 175, 202
Horkheimer, Max: 223
Hostos, Eugenio María: 52
Howell, James: 279
Hue, Jean-Lios: 186

Hugo, Victor: 35
Huizinga, Johan: 172
Hutten, Ulrich von: 279
Huxley, Aldous: 24, 50

Ibáñez, José Luis: 19
Ibargüengoitia, Jorge: 51
Ibarra Lizárraga, Mario: 19
Illich, Iván: 33
Isaacs, Jorge: 265
Isaías: 32, 200
Isócrates: 34

Jaeger: 112
Jeanneret, Michel: 236
Jeanson, Frances: 225
Jenófanes: 200
Jenofonte: 130, 180
Jerónimo, san: 33, 103, 123, 237
Jesucristo: 31
Jiménez León, Pedro: 19
Jiménez, Rocío: 19
Johnson, Samuel, doctor: 52, 259
Jorge, san: 72
Julio César: 164, 180, 186
Juvenal, Décimo Junio: 257

Kambouchner, Denis: 189
Kant, Immanuel: 227
Kierkegaard, Sören: 134
Kosselleck, R.: 112
Krauze, Enrique: 17

Lacoste, familia: 88
Lacouture, Jean: 18, 101, 147, 147n, 148, 149, 150, 151, 188, 240
Lactancio: 276
Laemmert, Eduardo: 266
Laffly, Georges: 234
Lamb, Charles: 50
Lampedusa, Giuseppe Tomasi: 241
Langelier, Abel: 206
Lanson, Gustave: 263
Lara Zavala, Hernán: 16
Larbaud, Valery: 278
Lecuona, Laura: 15, 19
Lemarchand, Marié-José: 188
León, Luis de, fray: 129
Leonardo da Vinci: 231
Leroi-Gourhan, André: 87
Léry, Jean de: 270
Lévi-Strauss, Claude: 87
Lezama Lima, José: 48, 228
Lida, María Rosa: 52
Lida, Raimundo: 52
Lipsio, Justo: 44
Loayza, Luis: 52
López de Gómara, Francisco: 81, 228
López de Villanueva, Antonia: 80, 81

López Fanego, Otilia: 239
López Velarde, Ramón: 48, 219
Luaces, Juan G. de: 188, 194
Lucano: 200
Lucas, san: 128
Lucrecio: 39, 186, 198, 200, 274-276
Lutero, Martín: 46, 111

Macaulay, Thomas Babington: 50
MacIntyre: 112
Madrazo Pintado, Roberto: 19
Madrid, Miguel de la: 16
Magaña, Francisco: 18, 19
Magnard, Pierre: 189
Magnien Simonin, Catherine: 17, 174 n, 185
Magnien, Michel: 17, 174 n, 185
Malebranche, Nicolás: 229
Mallarmé, Stéphane: 250
Mandeville, Bernard de: 250
Mann, Henrich: 66
Mann, Klaus: 222
Mansilla, Lucio Victorio: 48
Marcial: 199
Marchena y Ruiz de Cueto, José, abate: 57
Mariátegui, Francisco, Javier: 50
Marichal, Juan: 43, 44
Marinas, José Miguel: 93 n, 95, 110, 112
Martí, José: 48
Martínez Estrada, Ezequiel: 17, 48, 144, 194
Martínez, José Luis: 219
Martius, Carl Friedrich Philipp von: 266
Massis, Henri: 264
Matamoro, Blas: 238
Médoc, los: 82
Melville, Herman: 270
Mencken, Henry Luis: 277
Menéndez Pidal, Ramón: 264
Menéndez y Pelayo, Marcelino: 230
Merlant, Joachim: 250, 252, 255
Meyer, Jean: 7, 15
Michelet: 240
Mier, Servando Teresa de, fray: 57
Miguel, san: 77
Millanges, Simon: 205, 206
Miranda, Francisco de: 47
Mitterrand, François: 189
Molière (Jean-Baptiste Poquelin): 30
Monfort, Simón de: 89
Monreal Romero, Susana: 19
Monsiváis, Carlos: 50
Montaigne, Leonor de: 17, 139, 140, 206
Montalvo, Juan: 47, 226
Monterroso, Augusto: 14, 49, 164

Montesquieu, Charles Louis de Secondat, barón de: 50
Montojo, Almudena: 188, 194
Montravel, señor de: 240
Morábito, Fabio: 100 n
Moratín: véase Fernández de Moratín, Leandro: 57
Moro, Tomás: 267, 270
Mota, Manuela: 251

Nabokov, Vladimir: 109
Navarra, Margarita de: 250, 258
Nicole, Eduardo: 229
Nietzsche, Friedrich: 39, 52, 93, 140, 173, 224, 250, 253
Norberto, Joaquim: 266
Novo, Salvador: 51
Núñez, Enrique Bernardo: 51

Olivares, Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde duque de: 44
Ortega y Gasset, José: 283, 284
Ovidio: 38, 39, 67

Pablo, san: 199
Pacheco, Pedro: 44
Paletta, Viviana: 17
Panabière, Louis: 7
Pascal, Blaise: 39, 48, 111, 149, 228, 228n, 230, 232, 259, 260, 264, 265
Paulhan, Jean: 232
Payen, Jean François: 205
Paz, Octavio: 15, 17, 49, 52, 89, 220, 281-283, 285
Peixoto, Afranio: 266
Pereda, Carlos: 19
Persio: 200
Pezzoni, Enrique: 52
Picasso, Pablo: 86
Picazo, María Dolores: 188, 194,
Picón-Salas, Mariano: 49, 52
Pichardini, Mariana: 19
Pirrón: 214, 281
Pitágoras: 31
Platón: 29, 31-34, 39, 40, 111, 123, 198, 236, 257, 260 n
Plinio: 12, 201
Plotinio: 265
Plotino: 236
Plutarco: 38, 39, 44, 51, 226, 272, 282
Ponce de León, Juan: 267
Poncio Pilatos: 220
Poniatowska, Elena: 50
Pottiée-Sperry, Francis: 205
Pradera, Javier: 18
Prunis, canónigo: 78
Puig y Oliver, Jaume de: 17

Quevedo, Francisco de: 39, 43, 44, 188, 282

Quincey, Thomas de: 50, 52
Quint, David: 239
Quintiliano: 34
Quiroga, Vasco de: 268

Rabelais, François: 123, 165, 250, 267
Rat, Maurice: 186, 260 n
Renan, Ernest: 252, 261, 262
Restrepo, Elkin: 189
Reuchlin: 279
Reyes, Alfonso: 36, 39, 47, 48, 51, 52, 57, 76, 80, 81, 144, 225, 249, 249 n, 250, 251, 251 n, 260 n, 262 n, 280
Reynier, Gustave 252
Rico, Francisco: 187
Richelieu, Cardenal: 206
Riva Agüero, José Mariano de la: 52
Rodó, José Enrique: 48
Rodríguez Monegal, Emir: 52
Román y Salamero, Constantino: 15, 144, 188, 194, 249 n
Ronsard, Pierre de: 88, 250, 270
Rossi, Alejandro: 15, 17, 52
Rousseau, Jean-Jacques: 143, 254, 280
Rozen, Charles: 187
Rubeanus, Crotus: 279
Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita: 263, 264

Sáenz Hayes, Ricardo: 48, 194, 219, 232
Sáenz Jurado, Óscar: 19
Said Reyes, Gabriela: 19
Sainte-Beuve, Charles-Agustin: 225, 252, 255
Saint-Victor, Hugo de: 33, 34
Salomón: 31
Sánchez Robayna, Andrés: 13, 15
Sánchez, Francisco: 278
Sanín Cano, Baldomero: 52
Sarkozy, Nicolas: 187
Sarmiento, Domingo Faustino: 45, 47
Savater, Fernando: 18, 19, 188, 230
Screech, Michael A.: 123, 123 n, 187, 232
Schils, Luis: 19
Schils, Miguel: 19
Schliemann, Arthur: 31
Schopenhauer, Arthur: 224, 231, 253
Sebond, Raymond: 17, 66, 71
Séneca: 44, 123, 165, 226, 242, 272
Servio Tulio: 34
Shakespeare, William: 30, 39, 129, 185, 257, 267, 270, 285
Sieburg: 265
Skirius, John: 50

Sloterdijk, Peter: 86
Sócrates: 31, 38, 39, 97, 127, 130, 150, 160, 213, 224
Sófocles: 33, 198, 240
Spinoza, Baruch: 253
Spix: 266
Staël, madame de: 35, 263
Starobinski, Jean: 222, 238
Stone, T. F.: 130
Strowsky, Ferdinand: 187
Subirats, Héctor: 19, 233
Sucre, Guillermo: 52
Swift, Jonathan: 47, 173

Tabucchi, Antonio: 12
Tácito: 174
Tarkovski, Andréi: 32
Tasso, Torquato: 232, 267
Terencio: 199
Thackeray, William: 279
Thibaudet, Albert: 186, 224
Thiebaut, Carlos: 19, 93 n, 95, 109-113, 115-118, 194
Tito Livio: 34, 35
Tomás, santo: 81, 257
Torres Fierro, Danubio: 19
Tournier, Michel: 102
Tournon, André: 147, 174 n, 205

Unamuno, Miguel de: 52

Valdés, Francisco: 11
Valdés, Juan de: 17
Valéry, Paul: 14, 245
Vallcorba, Jaume: 189
Vatieno, Cayo: 175
Vauvenargues: 252
Villa Gawrys, Cristina: 20
Villaurrutia, Xavier: 48, 52
Villey, Pierre: 171 n, 158, 158 n, 186, 187, 233, 250 n, 252, 265
Villon, François: 250
Vincent, Hubert: 234
Virgilio: 38, 51, 67, 139, 143, 185, 269
Vitale, Ida: 18, 147 n
Vives, Luis: 269
Voltaire (François- Marie Arnouet): 221, 229

Wagner, Cosima: 173
Wagner, Richard: 253
Weinberg, Liliana: 16
Werner, Eric: 235
Whitman, Walt: 52
Wilde, Oscar: 67
Wittkowski, Victor: 271
Wolf: 264

Xirau, Ramón: 242

Zaid, Gabriel: 52
Zalamea, Jorge: 51
Zambrano, María: 179
Zulueta, Luis de: 194, 249 n
Zum Felde, Alberto: 53
Zúñiga, Baltasar de: 44

Por el país de Montaigne
se terminó de imprimir en enero de 2015
en los talleres de Talleres Gráficos del
Distrito Federal, S.A. de C.V.,
Moralillo 49, col. Puente Colorado,
01730 México, D.F.
Portada: Pablo Reyna.
Tipografía y formación: Irma Martínez Hidalgo.
Cuidaron la edición Ana Cristina Villa, Víctor Kuri y
la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.



ISBN: 978-607-462-728-2



EL COLEGIO DE MÉXICO